



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos*.
Primera época (1942-1985).
México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXXVI, Vol. CCXIV, Núm. 5 (septiembre-octubre de 1977).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

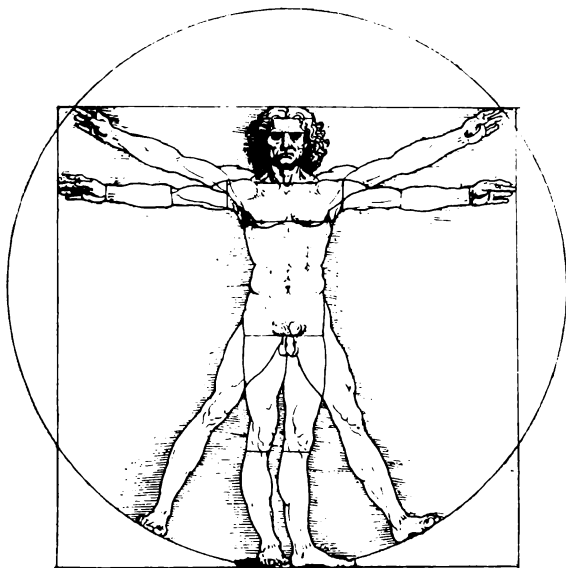
CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5

*La razón
de nuestra empresa:*
EL HOMBRE



GRUPO BANCARIO

...para las empresas del hombre

FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CON MADERA DE LOS BOSQUES DEL
ESTADO DE OAXACA, EN SU PLANTA
EN TUXTEPEX, OAX., ELABORA PARA
EL SERVICIO DEL PUEBLO DE MEXICO
PAPELES PERIODICO Y PARA CUADER-
NOS DE LOS LIBROS DE TEXTO UNICO.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Año VIII, No. 29 Febrero-Abril de 1977

Director: *Arturo Bonilla Sánchez*

Secretario: *Juvenio Wing Shum*

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS

L: Devaluación en México. Opinan: O. Sarahí Angeles, Arturo Bonilla, Irma Manrique y Benjamín Retchkiman.

ENSAYOS Y ARTICULOS

Rosalío Wences Reza

Ciencia y Tecnología.

Alain de Janvy y Carlos Garramón

Miseria rural en América Latina.

Carlos Samaniego y Bernardo Sorj

Estructura agraria en el capitalismo periférico.

TESTIMONIOS

Ramón Figueroa N.

Explotación del indígena otomí.

REUNIONES

El XXIII Congreso Internacional de Geografía.

LIBROS

DOCUMENTOS

SUSCRIPCIONES: República Mexicana, 150 pesos anuales por correo ordinario registrado y 170 pesos anuales por correo aéreo registrado. Al exterior, por correo aéreo registrado, 18 dólares (EUA) anuales al Continente Americano y 22 dólares (EUA) anuales a otros continentes.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por Autores y Temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS. Apartado Postal 20-721, México 20, D. F.

México al alcance de todos en el libro de consulta indispensable



MEXICO 1976

HECHOS/CIFRAS/TENDENCIAS

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S.A.

Edición completamente renovada:

- Visión histórica
- El territorio y sus recursos
- La población
- Las instituciones
- La política internacional
- El camino del desarrollo
- El Estado en la economía
- El desarrollo regional
- Las actividades agropecuarias
- El sector industrial
- Relaciones económicas internacionales
- El sector financiero
- Finanzas públicas
- Comunicaciones y transportes
- Política de trabajo y bienestar social
- Educación
- Las artes
- La evolución de las artes populares
- Sitios y actividades de interés turístico

BIBLIOTECA DEL
INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO 100.00
RIO HONDO N.º. Para el exterior Dis. 8.00
MEXICO 20. D. E. (Edición en inglés: Dis. 12.00)

Envíe cheque o giro postal al

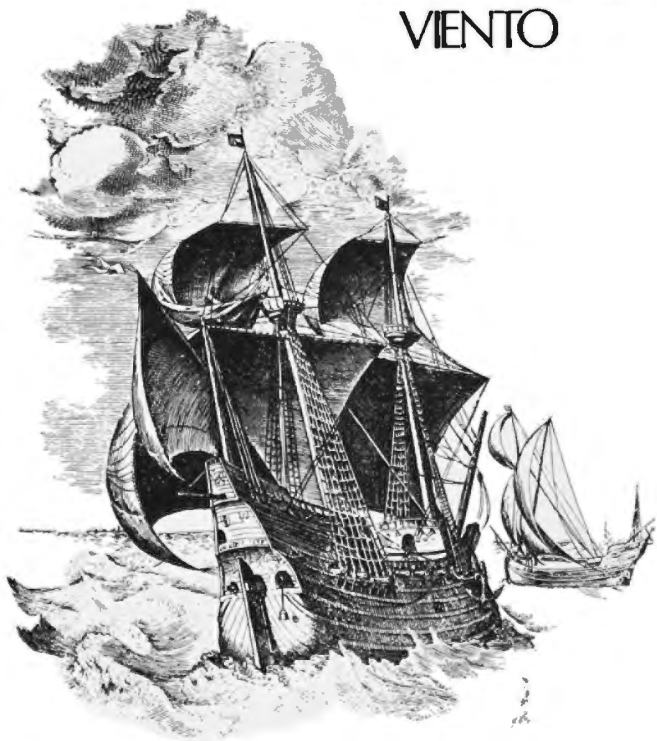
Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 20. piso, México 7, D.F.

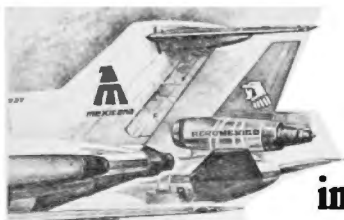
40927

24 AGO. 1978

PARA UN
BUEN NAVEGANTE
NO HAY MAL
VIENTO



BANCO DEL ATLANTICO
todo un océano de posibilidades



100,000

**inversionistas fortalecen
nuestro desarrollo...**



...y multiplican su dinero



que les produce hasta 13.44% anual neto

El Fondo General Nacional Financiera S. A. dispone 23,000 millones de pesos de sus recursos a programar proyectos que generen rendimientos positivos y que contribuyan al desarrollo y fortalecimiento de nuestra economía. ¿Te gustaría invertir en un negocio que te genere un ingreso mensual de hasta 13.44% anual neto?

Así como tu inversión en México es cada día más grande,

el Fondo General Nacional Financiera S. A. también lo es.



nacional financiera, s. a.

— Sube de Calles 51 México 1 C.F. — Pabellón de la Reforma 136 y 138 A. Fin. — El Universal 1208 (Paseo Universidad) 1

realiza los grandes proyectos nacionales



ETLA, S. A.
FILIAL DE
FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CON MADERA DEL ESTADO DE OAXACA FABRICA CABAÑAS DESMONTABLES, MUEBLES ESCOLARES, PARQUET, LAMBRINES, MADERA ASERRADA DESFLEMADA.

UN NUEVO LIBRO

DIAZ MIRON O LA EXPLORACION DE LA REBELDIA

por

MARIA RAMONA REY

La autora trabajó conscienzadamente y durante largo tiempo en este importantísimo libro sobre el gran poeta veracruzano. Su lectura gratificará ampliamente a cualquier lector.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i> <i>U.S.</i>
México	110.00	
Extranjero		6.50

—oOo—

De venta en las principales librerías

Distribuye:

'CUADERNOS AMERICANOS'

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

XXI NOVEDADES

LA FRONTERA NÓMADA: SONORA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Héctor Aguilar Camín

Exposición y análisis de los hechos que definieron la participación decisiva del grupo sonoreño en la Revolución mexicana.

DIALÉCTICA DE UNA DERROTA

Carlos Altamirano

Un interesante testimonio y reflexión autocrítica sobre el proceso chileno, realizada por Carlos Altamirano, Secretario del Partido Socialista de Chile.

LAS LUCHAS DE CLASES EN LA URSS Primer período (1917-1923)

Charles Bettelheim

Análisis de las transformaciones sociales ocurridas en Rusia entre 1917 y 1923 en el que se hace un intento por romper con las interpretaciones que presentan la historia de la URSS como resultado de las decisiones de un partido o de un solo hombre.

LA EUROPA ATLÁNTICA: DESDE LOS DESCUBRIMIENTOS HASTA LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Ralph Davis

Serie "Historia económica mundial"

Explica las causas económicas que configuraron la historia de los países atlánticos de Europa y de sus colonias americanas.

EL LENGUAJE PERDIDO

**Ensayo sobre la diferencia
antropológica**

Jean Duvignaud

Una autocrítica despiadada de toda la antropología del viejo mundo, cuyo planteamiento teórico ha de suscitar polémica.



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en RENAULT nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama RENAULT para que usted escoja (RENAULT 4, 6, 8, 12 y 12 quayin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el RENAULT 12 paga . . . 32.525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srta. Andión.



EDICIONES DEL

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

9020

MILLARES CARLO, AGUSTIN
**INTRODUCCION A LA HISTORIA DEL
LIBRO Y DE LAS BIBLIOTECAS**

\$ 125.00

9022

DUMEZIL, GEORGES
DEL MITO A LA NOVELA

\$ 75.00

17127

FOPPA, ALAIDE
**CONFESIONES DE JOSE LUIS
CUEVAS.**

(RUSTICA) \$ 50.00

(EMPASTADO) \$ 150.00

4021

HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH
**LECCIONES SOBRE LA HISTORIA DE
LA FILOSOFIA (3 TOMOS)**

\$ 270.00

9026

MORETTA, EUGENE L.
LA POESIA DE XAVIER VILLAUURUTIA

\$ 75.00

13116

ZAID, GABRIEL
CUESTIONARIO

\$ 100.00

13039 13040

MARTINEZ, JOSE LUIS
**EL ENSAYO MEXICANO MODERNO
(TOMO I Y TOMO II)**

\$ 80.00 C/U

14257

PHILLIPS, RACHEL
**LAS ESTACIONES POETICAS DE
OCTAVIO PAZ**

\$ 65.00

17134

CARDOZA Y ARAGON, LUIS
**POESIA COMPLETA Y ALGUNAS
PROSAS**

\$ 150.00

14266

JONES, W. T.
**LAS CIENCIAS Y LAS
HUMANIDADES**

\$ 80.00

De venta en las librerías FONDO DE CULTURA ECONOMICA
y en todas las buenas librerías.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DE PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	México	América y España
		Pesos	Precios por ejemplar Dólares
1942	110.00	5.20
1943	110.00	5.20
1944	Números 3 y 5	110.00	5.20
1945	Números 4 y 5	110.00	5.20
1946	110.00	5.20
1947	Números 1 y 6	110.00	5.20
1948	Número 6	110.00	5.20
1949	110.00	5.20
1950	110.00	5.20
1951	110.00	5.20
1952	Número 4	110.00	5.20
1953	Números 3 y 6	110.00	5.20
1954	110.00	5.20
1955	Número 6	110.00	5.20
1956	Números 4 al 6	90.00	4.35
1957	Números 1 al 6	90.00	4.35
1958	Número 6	90.00	4.35
1959	Número 3	90.00	4.35
1960	90.00	4.35
1961	Número 5	90.00	4.35
1962	Números 4 y 5	90.00	4.35
1963	90.00	4.35
1964	Números 1, 2 y 6	90.00	4.35
1965	90.00	4.35
1966	Número 6	90.00	4.35
1967	Números 1, 4, 5 y 6	90.00	4.35
1968	Números 3 al 6	90.00	4.35
1969	Números 2, 5 y 6	90.00	4.35
1970	Números 4 y 6	90.00	4.35
1971	Números 2, 4 y 6	55.00	2.65
1972	Números 1, 3 al 6	55.00	2.65
1973	Número 1 al 6	55.00	2.65
1974	Número 6	55.00	2.65
1975	Números 1 al 5	55.00	2.65
1976	Números 1 al 5	55.00	2.65

SUSCRIPCION ANUAL

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros continentes		18.25

PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros continentes		3.65

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyoacán 1035
México 12. D. F.

Apartado Postal 965
México 1. D. F.

o por teléfono al 575-00-17

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES EXTRAORDINARIAS

EDICIONES DEL
INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana, dirigida por Jesús Silva Herzog. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra, de 1910 a 1917 c/u	24.00	1.20
Bibliografía de la Historia de México, por Roberto Ramos	120.00	6.00
Los bosques de México, relato de un despilfarro y una injusticia, por Manuel Hinojosa Ortiz	12.00	0.60
Nuevos aspectos de la política económica y de la administración pública en México, por Emilio Mújica, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete, Eduardo Bustamante, Julián Rodríguez Adame, Roberto Amorós, Ricardo J. Zevada y Octaviano Campos Salas	12.00	0.60
Explotación individual o colectiva. El caso de los ejidos de Tlahualilo, por Juan Balles-teros Porta	12.00	0.60
Historia de la expropiación de las empresas petroleras, por Jesús Silva Herzog	48.00	2.40
El problema fundamental de la agricultura mexicana, por Jorge L. Tamayo	24.00	1.20
Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México, por Alvaro de Albornoz	78.00	3.90
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloisa Alemán	12.00	0.60
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	Agotado	
La reforma agraria en el desarrollo económico de México, por Manuel Aguilera Gómez	48.00	2.40
El pensamiento económico, social y político de México (1810-1964), por Jesús Silva Herzog	Agotado	
México visto en el siglo XX, por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	120.00	6.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

INDICES

CUADERNOS AMERICANOS

Estos índices —por materias y actores— abarcan los primeros 30 años de la vida de "Cuadernos Americanos", de enero-febrero de 1942 a noviembre-diciembre de 1971.

Obra de consulta indispensable para quienes se interesan por la cultura latinoamericana, principalmente, así como también por la de España y de algunos otros países como Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética, China Popular, etc.

Precios:

	Pesos	Dólares
México	180.00	
América y España		9.00
Europa y otros continentes		9.35

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del Nuevo Mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Suscripción 1977

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Europa y otros continentes		18.25
PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO		
México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Europa y otros continentes		3.65

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero: William Straub

Dirección: 1312 C. L. Universidad de Pittsburgh
Pittsburgh, PA, 15260

Suscripción Anual:

Países latinoamericanos: 10 Dls.

Otros países: 20 Dls.

Socios regulares: 25 Dls.

Socios protectores: 30 Dls.

Suscripciones y Ventas: William J. Straub

Canje: Lillian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura Iberoamericana, publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de escritores y estudiosos de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

COMITE EDITORIAL:

Jaime Alazraki, University of California, San Diego
João Alexander Barbosa, Universidade de São Paulo
Bella Jozef, Universidade Federal do Rio de Janeiro
Klaus Meyer-Minneman, Universität Hamburg

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXVI

VOL. CCXIV

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE

1 9 7 7

MÉXICO, D. F. 1^o DE SEPTIEMBRE DE 1977

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ



Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ



Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

Número 5

Septiembre-Octubre de 1977

Vol. CCXIV

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO. Una reforma política en México	7
LUIS CÓRDOVA. La colonización de guante blanco . . .	19
SUBCOMISIÓN DE SALUD MENTAL-CASA ARGENTINA EN MÉXICO. ¿Salud mental en la Argentina de hoy? . . .	36
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. Panamá; Soberanía y negociación	47

HOMENAJE A NUESTRO DIRECTOR

ALFREDO S. DUQUE y ANA MAGDALENA GAMA MUÑOZ. Homenaje a nuestro director	57
------------------------------------------------------------------------------------	----

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

FRANCISCO ROMERO. Nietzsche	101
IRING FETSCHER. Reflexiones sobre el cinismo como problema de nuestro tiempo	118
Otra vez, ¿entre Escila y Caribdis? Nota por MANUEL MEJÍA VALERA	128

PRESENCIA DEL PASADO

IGNACIO BERNAL. Opiniones sobre el origen del indio americano.	135
ARTURO USLAR-PIETRI. Andrés Bello, el desterrado	147
CARLOS M. RAMA. Flora Tristán en América del Sur	159

	<i>Pág.</i>
JAIME PÉREZ MONTANER. Una aproximación al teatro de la guerra civil española	169
CARLOS MALDONADO. La unidad popular y el proceso cultural chileno	177

DIMENSION IMAGINARIA

RAÚL NAVARRETE. Memoria en la especie	191
JUDITH A. WEISS. Roque Dalton: puntos de partida para el estudio de su obra poética	199
JAIME CONCHA. La poesía chilena actual	211
ENRIQUE CHIRINOS SOTO. Amor, tiempo y muerte en los poemas de Rubén Darío	223
BERNARDO VERBITSKY. "No soy intelectual ni literato"	233
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. Cosas que pasan	247

Nuestro Tiempo

UNA REFORMA POLITICA EN MEXICO

Por *Octavio RODRIGUEZ ARAUJO*

LA crisis económica de México en los años 70 se vio agravada por la coincidencia que tuvo con la recesión general del capitalismo mundial. Las manifestaciones más visibles —que no necesariamente superficiales— de la crisis económica en México fueron: la asimetría entre la capacidad productiva, desarrollada principalmente desde los años cuarenta con la coyuntura económica de la guerra y la consecuente política económica de sustitución de importaciones, y la existencia de un mercado interno insuficientemente desarrollado. Con el tiempo, la política económica del Estado Mexicano entró en contradicción con la recesión económica mundial que se dio en los años de 1974 y 1975 en forma acentuada y que se caracterizó por una crisis de sobreproducción y desempleo aunada a altas tasas inflacionarias. Esta contradicción afectó a la burguesía mexicana pues hubo una retracción del comercio internacional, lo que impidió buen número de exportaciones que, por la estrechez del mercado interno, no fue posible canalizar dentro de las fronteras nacionales.

La crisis económica nacional se puso en evidencia con la disminución del Producto Interno Bruto, con el incremento de la tasa de inflación y de las importaciones y el aumento del desempleo y la imposibilidad relativa y creciente de dar solución en los marcos del ahorro interno a esta situación económica.

En 1976 la situación de crisis, a pesar de las medidas correctivas en el régimen de gobierno anterior, se agudizó al grado de hacer imperativa la devaluación de la moneda y de incrementar la deuda externa hasta llegar a la cifra de 30 mil millones de dólares.

Si en otros países, incluyendo Estados Unidos y no pocos de Europa Occidental, fue necesaria una política de austeridad económica, en México esta misma política se planteó como necesaria. Aunque es obvio decirlo, la austeridad económica es un descargo de la crisis del capital en perjuicio de las masas trabajadoras. En Europa este descargo ha sido parcialmente frenado por el empuje organizado de los obreros, al grado de que la clase dominante en esos países ha pugnado, como alternativa para llevar a cabo tal programa de austeridad y mantener la estabilidad política —necesaria para la conservación del sistema capitalista—, ha pugnado por

modificaciones políticas que amplíen el espectro democrático sin la posibilidad, a corto plazo, de que las masas trabajadoras accedan al poder político. Es, esquemáticamente, la razón por la cual se ha impuesto la alternativa socialdemócrata con el apoyo de la izquierda reformista, representada con diferencias de matiz por el Eurocomunismo y los partidos socialistas.

Si en Estados Unidos, Alemania Federal, Gran Bretaña, Francia, etc., se implantó la política de austeridad económica desde 1969, en México, por la cercanía en el tiempo del movimiento de 1968, no era posible, a menos que se hubiera querido correr el riesgo de la generalización de la crisis social producto de la aplicación del modelo del "desarrollo estabilizador" y de la respuesta impolítica al movimiento popular-estudiantil de ese año.

En el sexenio anterior se aplazó el estallido de una crisis social y política a través de tres medidas principales: aumento progresivo de salarios; incremento del gasto público hasta niveles altamente deficitarios, y endeudamiento externo. Pero a partir de 1975 ya no fue posible continuar en esas condiciones y se dio inicio a una restricción en las respuestas a las demandas salariales, a una contracción del gasto público en los servicios, se redujo la contratación de trabajadores en el sector público (reducción acompañada de no pocos despidos), se trasladó el mayor peso de la carga fiscal a las capas medias, se cambió la paridad del peso con el dólar y si bien no se redujo considerablemente la producción, sí se aumentó la plusvalía relativa de los trabajadores incrementando la productividad.

La política de austeridad demostró pronto su bondad para el capitalismo mexicano; por ejemplo, la tasa de inflación ha disminuido en comparación con los dos años anteriores, asimismo, el producto interno bruto se ha visto incrementado y el presupuesto público ha logrado superávit.

Los primeros meses del actual gobierno han sido de incentivación a la inversión privada nacional y extranjera; y, en la medida de lo posible, se ha obstaculizado que los trabajadores logren un aumento salarial mayor del 10%. Es de preverse que en este sexenio la inversión pública será menor que en el anterior, pero en cambio, la inversión privada será mayor.

Parece evidente que la repercusión de la crisis económica ha afectado principalmente a los campesinos mexicanos. Reflejo de lo que se afirma sería la disminución de la producción de productos de consumo popular de origen agrícola —que también afecta el poder adquisitivo de los trabajadores de la ciudad—, varios de los cuales han tenido que ser importados. Las salidas para evitar la depauperación de los trabajadores del sector primario supone una

inversión muy alta y cambios fundamentales en la organización económica y política en el área.

Esta situación ha tenido serias repercusiones, no sólo en el ámbito de las distintas clases sociales, sino incluso en el de la clase dominante. La principal contradicción se desprende del deterioro objetivo y estructural de la política nacionalista tradicional del Estado pos-revolucionario. El mismo desarrollo capitalista mexicano y su indiscutible subordinación al capitalismo mundial ha aumentado el grado de dependencia del país, al extremo de que la burguesía nacional para sobrevivir como tal se ha visto precisada, de manera creciente, a asociarse con el capital imperialista. A pesar de los esfuerzos para evitar esta pérdida de independencia durante el sexenio pasado, la situación subdesarrollada del país, la crisis y la consiguiente agudización de la lucha de clases, condujeron a una mayor penetración del imperialismo y las empresas transnacionales en importantes rubros de nuestra economía.

Estas razones estructurales han repercutido necesariamente en la capacidad relativamente autónoma del Estado para suavizar las contradicciones de clase concernientes a la situación descrita. Por la misma escasez de créditos internacionales y la sujeción de la política económica del régimen a las posiciones del Fondo Monetario Internacional, se ha visto reducida la posibilidad de usar capitales extranjeros para paliar las contradicciones de clase en términos de salarios y prestaciones sociales de todo tipo. Por otro lado, la política de austeridad económica impide también la canalización de suficientes recursos públicos a la implantación de paliativos.

Su condición capitalista y su peculiaridad específica de carácter bonapartista le presentan al Estado mexicano, ante la crisis descrita, un conflicto objetivo. Por un lado le es inherente el papel de asegurar la reproducción del capitalismo. Y por otro, tiene que recuperar su carácter bonapartista deteriorado por el mismo desarrollo capitalista de los últimos años.

En su condición de Estado capitalista, la solución simple a la crisis actual no incluye contemplaciones a las posibilidades democráticas del sistema, lo que nos acercaría a un modelo de endurecimiento de los mecanismos de control generalizado ya en América Latina, sin tomar en cuenta las dificultades que plantea la actual correlación de fuerzas en el mundo.

Sin embargo, por el atributo bonapartista, coincidente con la tradición nacionalista y democrático-burguesa de los regímenes post-revolucionarios, el conflicto que la crisis le presenta al Estado mexicano se pretende resolver, por el momento, en los marcos de una solución política democrática.

Nos explicamos mejor. Por Estado capitalista de carácter bonapartista se entiende aquel formado por un grupo político-burocrático esencialmente diferenciado de la burguesía, aunque de hecho represente los intereses del capital. En otros términos, se trata del poder de ese grupo que, no siendo anti-burgués ni anti-capitalista, no se identifica directa y sencillamente con la clase dirigente y poseedora al tiempo que no cancela las organizaciones de trabajadores en las que pretende ejercer su control.

Si en el momento actual el peso de la crisis descansa sobre los trabajadores y no existen los recursos económicos suficientes para aliviar sus demandas más apremiantes, y si la burguesía, por otro lado, no está dispuesta a disminuir su tasa de ganancia, la posibilidad más viable, en términos de una línea de recuperación del bonapartismo por parte del Estado mexicano, es atenuar los efectos sociales de la crisis al través de una reforma política, lo cual, por cierto, corresponde al momento político mundial y a los modelos adoptados en Europa Occidental.

Esta medida, la reforma política, significa por un lado la ampliación de las libertades políticas y, consecuentemente, la mayor participación de la ciudadanía en la cosa pública. Por otro lado, consiste en el esfuerzo gubernamental por recuperar el apoyo necesario para mantener la legitimidad de la representación política, en términos de liberalismo, y renovar las formas de control político ejercido principalmente sobre las clases trabajadoras. Un criterio de esta naturaleza se ve avalado porque, de perder el Estado la legitimidad de la representación política y su capacidad de negociación entre las diferencias de las clases sociales, los sectores más reaccionarios y aun los conservadores *no* reformistas del capital, no vacilarían en auspiciar un régimen ajeno a toda posibilidad de respiro de las clases trabajadoras, lo cual sería, vale decirlo, la forma más socorrida de la solución antidemocrática a la crisis actual. Aquí radica la contradicción principal para el gobierno presente.

La reforma política que se anuncia en este régimen aspira indubitablemente a salvar los límites democráticos del desarrollo capitalista mexicano en los marcos mundiales del capitalismo. Esto supone, en primer lugar, conciliar la austeridad económica, que repercute en las masas principalmente, con el mantenimiento de las tasas de ganancia y de la acumulación de capital en un ambiente de mayor libertad política; en segundo lugar, la posibilidad a corto plazo, y desde el punto de vista del gobierno, de encauzar la oposición, acumulada y generada por la crisis actual, al través de instituciones cuya actividad es previsiblemente controlable; y en tercer lugar, también desde el punto de vista del gobierno, supone

la renovación del juego político que no ha podido dar el conjunto de los partidos actualmente registrados.

Por otro lado, la reforma política se plantea como una respuesta necesaria a la presión de las masas trabajadoras al través de acciones múltiples que, espontáneas unas y organizadas otras, han venido dando en todos los sectores de la producción. La reforma política es también una victoria importante de años de lucha por la destrucción de un sistema político que ha sido generalmente despótico.

Estos dos planos, el de la perspectiva estatal y el de la perspectiva proletaria, tienen acotaciones impuestas por las mismas posibilidades del desarrollo capitalista dependiente.

Por un lado, existe un límite para la clase dominante puesto que las libertades políticas no pueden ser tantas y de tal naturaleza que pongan en peligro su condición de dominante; si hubiera desbordamiento de los límites democrático burgueses, amplios sectores de la burguesía tratarían de imponer un dique a la participación de las masas aunque éste fuera semejante a los regímenes dictatoriales que se han multiplicado en América Latina. Los límites para las masas trabajadoras, por otro lado, radican en el hecho de que actúan políticamente dentro de un sistema que no fue creado por ellas y para ellas corriendo el riesgo de perder de vista sus verdaderos objetivos de clase. Su opción está en la oportunidad de organizarse más ampliamente y con una dirección partidaria adecuada y de tipo revolucionario, profundizando en la lucha favorable a sus intereses históricos.

Algunos observadores han interpretado la reforma política como una integración de la oposición a los cauces institucionales para que, con los límites expresos fijados constitucionalmente, los partidos de oposición puedan conducir la inconformidad activa en los marcos del control político. Sin embargo, otros observadores más optimistas son de la opinión de que la ampliación en número e influencia de la oposición plantea la disminución del poder del partido gubernamental y del mismo presidente de la república y que, paradójicamente, una forma de conservar el poder y la autonomía relativa del Estado en su carácter bonapartista, sería fortaleciendo el Congreso de la Unión. Es nuestra opinión que ambas interpretaciones no son excluyentes, y mucho menos descabelladas.

La reforma política no podría quedarse en la mera inclusión de nuevos partidos, aspecto por lo demás relevante, sino que tendrá que ampliarse a una reestructuración del PRI y principalmente de los sectores obrero y campesino. Dicha reestructuración tendría que moverse en función de una mayor democratización interna y mayores expectativas políticas que provoquen la participación real de sus miembros (lo que supone establecer vínculos más reales con las

diferentes instancias del poder y la sociedad, lo cual lo llevaría a disminuir su dependencia del gobierno, que no del Estado). Se entiende que una reforma política como la que se comenta apunta a restarle características de monopolio al PRI, con lo que no debe entenderse que se pretenda hacer peligrar su hegemonía y predominio mayoritario. En otros términos —se interpreta—, se trataría de incluir nuevos partidos, porque los actuales registrados han evidenciado, por un lado, incapacidad virtual para oponerse al partido gubernamental y, por el otro, incompetencia para ofrecerle alternativas políticas a una población crecientemente inconforme con la situación actual del desarrollo capitalista en México, cuyas relaciones sociales han devenido más complejas.

Asimismo, tal reforma tendría que abarcar la reestructuración de la Comisión Federal Electoral, el sistema de calificación de las elecciones y aspectos cuantitativos de sobra señalados por las organizaciones políticas del país.

En los dos planos referidos, es decir, la perspectiva estatal y la de las masas trabajadoras, se antoja conveniente averiguar qué partidos políticos satisfacen mejor ambas perspectivas.

Además de los partidos registrados cuya incapacidad política —entre otras razones— ha propiciado la necesidad de la reforma política que se propone en estos momentos, existen los siguientes partidos sin registro que, en orden alfabético, son: Partido Comunista Mexicano (PCM), Partido Demócrata Mexicano (PDM), Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Partido Socialista Revolucionario (PSR), y Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

De un estudio de los partidos no registrados donde se analiza su historia, su posición frente a la política del gobierno y sus posibilidades de acción, su ideología, sus objetivos, estrategias y tácticas, su estructura y funcionamiento, sus apoyos sociales reales y potenciales, sus relaciones con sindicatos, otros partidos políticos y otro tipo de organizaciones, etcétera, etcétera, se desprende que los seis partidos mencionados coinciden en calificar como deteriorado al sistema político mexicano que incluye a los actuales partidos políticos registrados. De éstos, opinan que no corresponden a las necesidades del desarrollo económico, por un lado, ni a los requerimientos de las clases populares, por el otro. Aunque con argumentos distintos, en lo fundamental coinciden en la conveniencia de que se incluyan nuevos partidos para que se "ensanchen las posibilidades de la representación política" y pueda ser captado "el complicado mosaico ideológico nacional".

El *Partido Comunista Mexicano*, el más antiguo de los que ahora solicitan registro, y cuya línea política ha sido renovada con cierta

coherencia, sobre todo a partir de 1971, sería un partido con amplias posibilidades de canalizar y movilizar a los sectores más politizados de la inconformidad activa del país. En virtud de su tesis "por una revolución democrática y socialista", en la coyuntura actual y en la proyección consecuente con las necesidades históricas de las clases trabajadoras, la inscripción del Partido Comunista en el sistema de partidos proporcionaría apoyo al mismo, coadyuvaría a legitimar la representación política y, a corto plazo, apoyo al modelo de desarrollo democrático en su dimensión política.

Este partido ha sido enfático al declarar su desacuerdo con la política económica y represiva del Estado mexicano y al oponerse franca y combativamente a toda fuerza social o económica ligada a los intereses imperialistas, sean éstos económicos o políticos.

Por comparación a los partidos de oposición registrados, el PCM es quizá el que mayores posibilidades tiene, formal y materialmente, para representar alternativa clara en términos de democratización de las organizaciones obreras y campesinas.

A diferencia de los otros partidos que formaron la coalición de izquierda en el mitin del 6 de marzo de este año, y a diferencia del Partido Socialista de los Trabajadores y del Demócrata Mexicano, el PCM es el único que ha intentado explícitamente establecer alianzas y coaliciones con un número mayor de organismos de izquierda, tales como el Partido Popular Socialista (fracción de Gazcón Mercado), el PMT, el PRT, y el PSR.

Finalmente, como los otros de izquierda, es seguro que representaría un muro de contención a intentos fascizantes promovidos por la derecha nacional e internacional. Lo que en este punto lo distingue de los demás partidos no registrados es su organización, su disciplina y su capacidad de aglutinamiento.

El *Partido Demócrata Mexicano* inscribe sus planteamientos políticos fundamentales en un marco aparentemente de liberalismo económico no exento de contradicciones, donde su principal demanda es en torno a la democracia en términos superestructurales, para no decir abstractos.

Siendo así, y las necesidades de las masas más ligadas a lo económico que a lo político, el PDM poco tendría que ofrecerles, que no fuera la "conciencia" anticomunista de la liza política; es decir, en el universo de los partidos políticos. Aunque propone reformas a la estructura de la empresa, a la propiedad de la tierra y a las formas de propiedad y explotación empresarial, sus planteamientos no sólo no rebasan la condición fundamental del capitalismo, sino que tampoco se inscriben en el modelo actual del desarrollo del país; más bien se encuentran incorporados a un proyecto de

Estado que la divisa de "orden" (sinarquismo) podría justificar incluso un proyecto fascista.

Como partido de derecha que es, el PDM jugaría más el papel de grupo de presión política de organizaciones ideológicas y/o económicas sin carácter de partidos, tales como asociaciones religiosas, para-religiosas o empresariales. El tipo de su membresía demuestra que sólo los sectores más atrasados políticamente podrían ser encauzados por este partido.

El PDM es un partido que está en contra de todo tipo de estatización, puesto que, además de externarlo explícitamente, su marco ideológico-político fundamental es de corte liberal individualista —aunque expresen que no coinciden con esta corriente. Por lo mismo estaría en contra del modelo previsible de desarrollo económico y social por el que pugnaría el Estado mexicano.

En virtud de su debilidad en la caracterización del imperialismo —connotación que no acepta—, y de que considera que no es tan dañino para la economía nacional, es de pensarse que podría apoyar (o ser instrumento de) intereses ajenos —y hasta contrarios— a las posibilidades de desarrollo independiente del país.

Por otro lado, no representaría alternativa para el Estado en los posibles intentos de renovación en los sistemas de control y participación en las organizaciones de masas.

Por último, por sus antecedentes sinarquistas, por su membresía mayoritariamente de la misma corriente y por la pertenencia de varios de sus dirigentes a esa organización caracterizada como fascista, no sería el PDM la organización que coadyuvara precisamente a detener los intentos de endurecimiento, rigidización y hasta fascistización que ciertos grupos económicos —nacionales y extranjeros— pudieran estar interesados en patrocinar.

El *Partido Mexicano de los Trabajadores*, con serias debilidades ideológicas en tanto partido que se reclama de izquierda, no parece estar suficientemente capacitado para atraer fuertes conjuntos de trabajadores politizados. Aunque el PMT apoyaría a sectores nacionalistas del gobierno, nunca lo haría con fracciones empresariales nacionales o extranjeras, ni dejaría de referirse al carácter burgués del Estado mexicano.

El liderazgo que tiene, y el tipo de membresía que participan en su seno, lo capacitan para canalizar sectores de oposición más a las formas que al contenido del sistema económico-político vigente. Contrariamente al PST, el PMT sí está en posibilidades de capitalizar orgánicamente a sectores de oposición cismática de base de, digamos, el movimiento obrero oficializado. Este distinguiría con facilidad las diferencias existentes entre el PRI y el PMT, a

la vez que probablemente se encuadraría en los marcos políticos que caracterizan a partidos más radicales.

Por esto mismo, el PMT estaría en condiciones de coadyuvar a la renovación democrática de la organización de la sociedad, particularmente en las organizaciones obreras menos politizadas y en el seno del movimiento campesino.

Por sus condiciones de dirección actuales y por sus postulados ideológico-políticos, es un partido limitado para establecer alianzas y coaliciones con *ciertas* organizaciones democráticas y de izquierda. Cuenta además con apoyo importante de intelectuales y estudiantes, principalmente reformistas.

El *Partido Revolucionario de los Trabajadores* se inscribe como un partido con clara definición ideológica y programática. Este partido, como el PCM, y en cierto sentido como el PMT y el PSR, está en contra de la clase dominante del capitalismo y del carácter burgués del Estado mexicano. Asimismo, reprueba todo acto o intento represivo del Estado en perjuicio de los trabajadores y todo acto o intento de endurecimiento de las estructuras de control político.

Por el tipo de militantes que participan en su seno, y por sus planteamientos políticos e ideológicos, está capacitado para canalizar sectores de oposición altamente politizados, tanto del campo como de los centros urbanos.

Este partido se pronuncia contra toda manifestación burocrática en las organizaciones de masas, al extremo de ser el único que permite en su seno la coexistencia de tendencias claramente diferenciadas dentro de su línea política general.

Al sostener la tesis de la revolución permanente, el PRT propone en las actuales condiciones la dirección democrática de la organización social, particularmente en las agrupaciones obreras y campesinas.

Por el tipo de dirección, de organización y de postulados ideológico-políticos, es un partido capacitado para establecer alianzas o coaliciones con otros partidos de izquierda, muy especialmente con el PCM, el PSR y el PMT. Al igual que el PCM y el PMT, cuenta con apoyo importante de intelectuales y estudiantes. Como los otros partidos de izquierda, combate toda posibilidad de fascismo o dictadura militar e incluso de endurecimiento de las estructuras políticas del país.

El *Partido Socialista Revolucionario*, aunque se reclama marxista leninista, presenta puntos programáticos incluidos en una estrategia confusa y en ocasiones sujeta a voluntarismos de clase o grupo, que no coinciden con la posición ideológico-política que sustenta.

Da la impresión que el PSR no sólo está dispuesto a hacer alianzas o coaliciones con los demás partidos de izquierda, sino que

parece tener dificultades para realizar actividades importantes o hacer declaraciones relevantes si no es en asociación con otras organizaciones o partidos políticos, como se demuestra en sus declaraciones públicas del periodo comprendido entre el 30 de abril de 1975 y el 6 de marzo de este año. Este hecho, aunado a la debilidad teórica de sus militantes y a la semejanza que sus planteamientos tácticos guardan con los del PCM, permite suponer que el PSR resulta poco atractivo para las masas trabajadoras politizadas o medianamente politizadas.

Al igual que los otros partidos de izquierda se opone a cualquier intento antidemocrático en el país. Asimismo, pugna por la renovación democrática de la organización de la sociedad.

El *Partido Socialista de los Trabajadores* se reclama partidario del socialismo científico pero sus planteamientos ideológico-políticos, por lo demás confusos y contradictorios, justifican o explican que su praxis política se diferencie poco de la del PRI y del PPS.

Representa apoyo crítico al sistema vigente y apoyo franco a un modelo de desarrollo económico-social de tipo nacionalista encabezado por el Estado, o más exactamente, por la fracción progresista en el gobierno —para usar su propia expresión—.

Por la debilidad de sus planteamientos ideológicos y programáticos, difícilmente podría canalizar amplios grupos de población combativa politizada y marginada del sistema legal de participación. A diferencia de los demás partidos de izquierda, que se pronuncian radicalmente en contra de los actuales sistemas de control en las organizaciones de masas, el PST sería un elemento coadyuvante de la simple renovación de los sistemas de control estatal tradicionales de los regímenes bonapartistas.

Por sus planteamientos políticos, al igual que los otros partidos denominados de izquierda, el PST se opone a cualquier intento de fascistización o de dictadura militar.

Hasta el momento no ha realizado alianzas duraderas y a nivel nacional con los otros partidos mencionados.

EN este orden de ideas, y continuando con la consideración del asunto que nos ocupa en los dos planos mencionados —la perspectiva del Estado y la de las clases sociales—, la reforma política que se propone deberá objetivarse en el registro de *todos* los partidos que se han descrito y, además, abrir los cauces legales para que otras corrientes políticas puedan expresarse legalmente en el futuro.

Un argumento que suele presentarse en contra de esta proposición es aquel que dice que muchos partidos confundirían a la

población ciudadana. Pero este argumento acoge el viejo criterio del Estado parterralista que, además de haber demostrado inoperancia, no es compartido por la amplia gama de propugnadores del llamado "desarrollo político". Sabido es que el sistema actual de pocos partidos (cuatro) no ha eliminado del todo, ni remotamente, confusiones entre la población sobre nuestra realidad y perspectiva políticas.

Pero éste no es un problema cuantitativo, sino cualitativo de educación política que los partidos no han sabido llevar a cabo. La confusión política no necesariamente es producto de exceso de información, sino más bien de falta de ésta, de métodos ineficientes de comunicación, de la confusión e ininteligibilidad de sus planteamientos o, finalmente, de la falta de identidad de estos últimos con los intereses de las clases o sectores sociales que pretenden atraer.

Los "muchos" partidos —que no serían demasiados si se compara con algunos países de Europa—, probarán su eficacia en la medida en que logren penetrar, influir y ganar adeptos o simpatizantes entre la población.

Desde la perspectiva del Estado, el registro de todos los partidos mencionados podría significar la atomización de la oposición y, por ende, menores probabilidades de competición partidista frente al PRI. En la perspectiva de las clases sociales, fundamentalmente del proletariado, dicho registro representaría un reto para imponerse sobre las demás organizaciones, sea creciendo autónomamente, sea coaligándose para acciones concretas. Pero al mismo tiempo, significará una depuración en sus planteamientos doctrinarios y programáticos a la vez que una mayor diferenciación que evite confusiones de selección en la clientela política potencial. Históricamente se puede probar que la proliferación de partidos ha sido en México de corta duración y que, a excepción de partidos electorales de tipo oportunista y coyuntural, los partidos políticos de relativa permanencia han ido sucumbiendo conforme coleccionan fracasos pese a los esfuerzos por subsistir. No nos referimos aquí a los partidos que han sido mantenidos artificialmente para propiciar una apariencia democrática en los términos de la corriente liberal del pluripartidismo.

En fin, la reforma política se plantea como necesaria y conveniente. Tiene límites para el Estado y para las clases sociales, pero por razones distintas conviene a ambas instancias y a las organizaciones partidistas que real o supuestamente las representan. Es una salida política a la inconformidad producida por la agudización de las contradicciones del desarrollo capitalista global y nacional de los últimos años. Pero también, justo es decirlo, sería deseable, en aras

de la credibilidad de la bondad e intención de la reforma política ante la opinión pública, que en estos momentos que comentamos sobre la pertinencia de la ampliación de la democracia, no se hubiera revivido y pretendido justificar lo sucedido en 1968 con el nombramiento del embajador de México en España, y no se hubiera lesionado una vez más la autonomía e integridad de la Universidad de Oaxaca y, por extensión, del pueblo de esa entidad, que ha sido una forma de resolver represivamente un problema político.

LA COLONIZACION DE GUANTE BLANCO*

Por Luis CORDOVA

HACE una década que autores nacionales y extranjeros se ocupaban del llamado "desarrollo" de México, fundamentalmente desde el punto de vista del crecimiento interior, sin ponderar en verdad el papel del factor externo en tal proceso.

Obviamente se veía lo más aparential: la sustitución de importaciones en aras de una proclamada industrialización, un mercado interno que por ese y otros caminos quedaba debidamente protegido; las apariencias de la inversión extranjera como complemento del ahorro nacional, etc.

A las alturas de 1967 se hacía notar que la estructura de nuestra economía había cambiado: una participación decreciente del sector agropecuario en el producto nacional y una concentración demográfica de familias en los estratos de ingresos inferiores que vivían de la agricultura (Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*).

Por lo contrario, para tal época, el desarrollo industrial había fortalecido los estratos medios de familias urbanas, así como de técnicos y obreros calificados, con aumento de la proporción recibida por propietarios y empresarios urbanos, se agregaba en la misma obra.

Al empezar el sexenio presidencial de 1970, se hablaba y escribía de estas situaciones, como características, entre otras, del llamado: "desarrollo estabilizador". Se empezó a aspirar a otro modelo que remediaría la desproporcionada distribución del ingreso, por ejemplo.

Desde antes ya se habían venido formulando hipótesis acerca del crecimiento de México. Así Raymond Vernon, *The dilemma of Mexico's development: the roles of the private and the public sectors*, pronosticó una parálisis económica, porque se había establecido una especie de equilibrio de fuerzas, un equilibrio "estable" para no perjudicar intereses creados o a influyentes grupos políticos;

* *La desnacionalización de la economía mexicana*. Por Manuel Aguilera Gómez. Primera edición. Fondo de Cultura Económica. (Colección Archivo del Fondo No. 47.) México, 1975, 154 pp.

que eso conduciría a la inacción. Consecuentemente se establecería el dilema: modificación política o estancamiento económico. Sería menester modificar viejas políticas económicas, proseguían afirmando otros teóricos, para evitar series de problemas que se habían venido gestando: el aumento del endeudamiento externo del país, la menor capacidad de absorción de mano de obra y la desigualdad en la distribución del ingreso (*El perfil de México en 1980*, por varios autores).

En todo ese proceso de crecimiento "hacia dentro", con sustitución de importaciones, mercado protegido y demás, ha estado presente sin interrupción la dependencia económica del exterior, cada vez en forma más aguda, pero no precisamente neurálgica, con la desnacionalización consiguiente de ramas enteras de la producción, de tal modo que el factor externo paradójicamente lo tenemos dentro, y hay una especie de crecimiento decreciente porque está orientado hacia intereses extranacionales.

En esta obra de Aguilera Gómez, que recibió el premio "Juan F. Noyola" establecido por el Colegio Nacional de Economistas en 1975, se logra explicar compendiadamente las consecuencias de la penetración del capital extranjero en la economía mexicana, a partir de las administraciones poscardenistas, que crearon marco excepcionalmente propicio para el capital internacional.

Contra lo afirmado por círculos financieros, académicos y políticos, la inversión extranjera está lejos de ser complemento del ahorro nacional. Es generadora del déficit de la balanza de pagos en cuenta corriente y controla con precisión el aparato productivo mediante el ahorro interno.

Afirma el autor: "Así se está en presencia de un fenómeno que se antoja, en apariencia paradójico: la 'desnacionalización' de las fuentes más dinámicas de la producción y el empleo, ha sido un proceso sustentado en gran medida con recursos generados en el seno de la propia economía nacional".

El capital externo, sustentado en buena medida con recursos internos, representa intereses de las grandes firmas transnacionales, para las que el mercado nacional es sólo parte de su estrategia de expansión.

En esa forma el capital extranjero controla la intensidad, la calidad, la orientación social, la magnitud y el destino geográfico de la producción nacional. Se ha llegado al extremo de que la política económica de un país, sólo podrá ser viable en la medida en que sea compatible con las decisiones adoptadas por los consorcios mundiales.

PRINCIPIA la obra con el estudio de los intereses extranjeros dentro del marco histórico de México, porque, se afirma, el surgimiento de la nación se realizó siempre frente a la agresión extranjera y, al parecer, ésta operó también en su propio proceso constitutivo.

Ha sido posible la existencia del país en tanto que triunfa sobre la agresión exterior. La Revolución de Independencia y su victoria se conciben, pese al condicionamiento impuesto por las clases dominantes, como la solución a un conflicto histórico que se había venido gestando desde el siglo XVIII, entre la hegemonía económica y el poder político. La primera representada por los criollos en cuyas manos estaba la agricultura, la ganadería, la minería y el comercio, pero no tenían facultades de decisión política, religiosa o cultural, que estaban reservadas a los peninsulares españoles. La corona española, por supuesto, a éstos los hacía víctimas de exacciones coloniales como a los criollos.

La contienda en forma de luchas intestinas que se prolongó por décadas después de la Independencia, se explica como las contradicciones entre grupos de presión muy poderosos como el clero y el ejército (que prosiguió siendo por cierto de corte colonial) y las fuerzas del progreso, como las llamaba el doctor Mora. Estas trataban de establecer "... un sistema gubernamental autónomo capaz de armonizar el control nacional del sistema productivo y el ejercicio institucional del poder político", dice Aguilera Gómez.

Recién independizado el país, encontró su economía destruida por causa de la guerra de 1810 a 1821, con todas las graves consecuencias aparejadas. Desde entonces los gobiernos tuvieron que afrontar problemas financieros como el desequilibrio absoluto entre gastos e ingresos. Se tuvo que acudir al endeudamiento interno y externo. En los primeros tiempos de la vida independiente se concertaron créditos con bancos ingleses, aparte de otros vínculos con la Albión, ante el temor de invasiones de reconquista apoyadas por la Santa Alianza. Se promovió, además, la inversión extranjera, principalmente la inglesa.

La guerra civil permanente y las invasiones extranjeras, llegaron a la culminación en el sedicente Segundo Imperio, que fue liquidado por el triunfo liberal de Juárez en 1867; pero todas estas luchas que duraron más de sesenta años, obstruyeron el desarrollo de las fuerzas productivas. A excepción de la minería y la industria textil, predominaban las formas de producción artesanal. El mismo atraso se observaba en el área de las relaciones de producción. De tal modo, según el autor, en el último tercio del siglo pasado, la economía mexicana se encontraba en la etapa del capitalismo preindustrial, por contraposición al mundo capitalista internacional que empezaba a iniciar su fase monopolista.

"A partir de ese momento las relaciones de América Latina con los centros capitalistas europeos, se insertan en una estructura definida: la división internacional del trabajo, que determinará el curso del desarrollo ulterior de la región. . .", palabras de Ruy Mauro Marini que se citan en esta obra; pero agrega Aguilera Gómez que la incorporación de México en ese marco adquirió perfiles propios, mediante un intenso proceso de penetración del capital extranjero. "Al implantarse la dictadura de Porfirio Díaz no existían en el país grupos productores nacionales, con capacidad económica para organizar el aparato productivo de acuerdo con los requerimientos del capitalismo mundial. Por lo tanto, fue la inversión extranjera la encargada de desarrollar directamente, aquellas áreas de producción que respondían a las necesidades de las metrópolis, llegando a controlar por esta vía el aparato productivo del país".

De ese modo el crecimiento económico relativamente acelerado, a una tasa anual media de 2.9%, que tuvo lugar durante el porfiriato, estuvo directamente relacionado con la inversión extranjera. Esta ascendía en 1911 a más de 3 000 millones de pesos, que equivalía al 42% de la riqueza nacional según estimación de Frank Tannenbaum, citada por Aguilera Gómez.

Desde sus primeros tiempos el gobierno porfirista se inclinó por la inversión extranjera. Se reiteraba con frecuencia que en el país *no* existían recursos financieros para impulsar la vida económica; también se afirmaba que, precisamente por su escasez, la tasa de interés era muy elevada. A este respecto se trata de la experiencia en la construcción de ferrocarriles por empresas norteamericanas, que fue precedida por presiones político-militares del gobierno de los Estados Unidos, para que fuera realidad la incorporación ferroviaria de México a la red del suroeste de aquel país. Con palabras de Ralph Roeder, dice el autor, que el conflicto se vio resuelto pacíficamente por virtud de las concesiones respectivas que se otorgaron, con las franquicias comerciales respectivas, otorgadas a la acometividad norteamericana. Fueron líneas férreas de penetración para integrar geográficamente el mercado y los centros de abastecimiento de México, a la economía del vecino país y, sin duda, la localización de las vías obedeció al objetivo de comunicar las zonas mineras. En cambio las rutas interoceánicas construidas con anterioridad, ofrecieron al país posibilidades de diversificar su comercio exterior.

Concomitantemente, la minería también formó parte del proyecto general de expansión del capitalismo mundial. Los capitales: británico, francés y estadounidense, se dedicaron primero a la explotación de los metales preciosos y luego a los útiles: plomo, cobre y cinc principalmente. Después de concluida la línea troncal: México-Ciu-

dad Juárez, la construcción de las demás vías férreas estuvo directamente relacionada con la explotación de las minas.

El autor hace notar que la estructura "agro-minera-dependiente" de tiempos del virreinato, fue perpetuada y profundizada por la inversión extranjera. Asimismo en el sector agropecuario y forestal, el capital foráneo había penetrado en proporciones considerables con adquisiciones del orden de 32 millones de hectáreas o sea la quinta parte de las áreas registradas en poder de los particulares. Los norteamericanos tenían 16.6 millones, de las que la mitad se localizaba en los estados de la frontera. Con excepción del henequén las exportaciones agropecuarias provenían de las áreas en manos extranjeras, a saber: café, hule, chicle, tabaco, ganado y pieles, renglones que llegaron a representar casi el 25% de los ingresos por concepto de exportación hacia el fin del porfirismo.

Muchas de las extensas propiedades pertenecientes a extranjeros, fueron tierras enajenadas por el gobierno porfirista directamente o a través de las compañías deslindadoras, con el propalado fin de promover la colonización y la explotación de sus recursos naturales. En realidad los beneficiados se dedicaron a la especulación o a la explotación directa con sojuzgamiento, al estilo del coloniaje, de la población. Es sabido, además, que los procesos de apropiación no fueron del todo rectos y pacíficos.

Asimismo, el capital extranjero se invirtió en las urbes con motivo de la minería o el comercio exterior, por ejemplo. Hubo compañías que se interesaron en el suministro de energía eléctrica, teléfonos y agua potable.

A medida que la expansión económica fue en aumento, hubo nuevas oportunidades de inversión extranjera: la construcción urbana, el comercio importador, el sistema financiero y las industrias de bienes de consumo. En estas áreas concurrió con el capital criollo de la oligarquía porfirista, terrateniente en su origen, pero que se vio acrecentado en forma considerable por sus servicios de intermediación o de gestoría a favor del capital foráneo. Esta fórmula de identidad de intereses, hizo posible el crecimiento económico relativamente rápido; pero también gestó el movimiento revolucionario de 1910.

Suelen darse los mismos datos en cuanto a la inversión directa extranjera con respecto de la primera y la segunda décadas de esta centuria. Las cifras para 1923 se consideran representativas de la etapa porfirista (Frank Tannenbaum: *La Revolución Agraria Mexicana*, citada por Aguilera Gómez, p. 21). Eso, no obstante el movimiento revolucionario de 1910, puede deberse a la falta de estadísticas en tiempo de guerra. Quizá las cifras relativas al petró-

leo sean considerablemente mayores, dado el aumento notorio en la extracción del aceite para los años veinte.

Probablemente por esas razones, el autor considera la etapa revolucionaria sólo a partir de la Constitución de 1917. En las semanas anteriores a la promulgación de esta Carta, empezaron las presiones del gobierno norteamericano, ante el temor de que contuviera disposiciones confiscatorias. Washington las proseguiría interminablemente, pero por entonces se propuso acreditar el "derecho universal" a la propiedad privada absoluta y desde el ángulo político pretendió dejar establecida la tesis, de que los bienes de ciudadanos norteamericanos en el extranjero, formaban parte del dominio de la nación estadounidense. Trataba de proteger ante todo los cuantiosos intereses de los terratenientes norteamericanos y de las compañías petroleras, que habían extendido considerablemente sus operaciones.

En cuanto la nueva Constitución entró en vigor, los intereses extranjeros la objetaron, argumentando que violaba derechos y garantías de que disfrutaba la propiedad privada en todo el mundo; se la tachaba, además, de retroactiva, contra quienes habían adquirido propiedades al amparo de régimen legal diferente. Su artículo 27 fue tildado de confiscatorio: "atacaba la raíz misma de los derechos de la propiedad privada que se encuentran en el fondo de toda sociedad civilizada", según insistencia característica de todas las reclamaciones del gobierno estadounidense. Se pretendía hacer prevalecer el principio de que la propiedad privada resultaba superior a la soberanía nacional de los países. De igual modo la Ley Agraria de 6 de enero de 1915, de rango constitucional, también fue calificada por el Departamento de Estado norteamericano como confiscatoria; pero era de interés público, notoriamente, que la reforma agraria *no* se detuviera, so pena de no poderse restablecer el orden interno de la nación. No cabía esperar a que el Estado tuviera los recursos necesarios para cubrir las indemnizaciones. Estas se cubrirían a tiempo o posteriormente al acto expropiatorio; pero los terratenientes extranjeros exigían que el pago fuera previo, en efectivo, expedito y justo; mas las exigencias del interés público fundado en la soberanía nacional tuvieron que sobreponerse.

El artículo 27 constitucional, además, establecía el principio del dominio directo, inalienable e imprescriptible de la nación, sobre todos los recursos del subsuelo. Consecuentemente, la explotación de los mismos sólo podría realizarse mediante concesiones otorgadas a los mexicanos por nacimiento. Se podría conceder el mismo derecho a los extranjeros, siempre que convinieran en considerarse como nacionales respecto de dichos bienes y en no invocar, por lo mismo, la protección de sus gobiernos, bajo la pena, en caso de faltar a lo

convenido, de perder en beneficio de la nación los bienes que hubieren adquirido en virtud del mismo, según el precedente establecido en derecho internacional por la Cláusula Calvo.

Prosigue el autor describiendo cómo en cuanto el presidente Carranza y su gobierno, comenzaron a expedir las leyes que reglamentaban los preceptos constitucionales, los intereses creados internos y externos empezaron a oponerse (banqueros, petroleros, terratenientes y clero), mediante insidiosa campaña en el extranjero, encaminada a obtener el apoyo ante todo del gobierno norteamericano, para obtener, si el caso lo requería, su intervención armada.

Tras el triunfo de la rebelión de Agua Prieta contra Carranza, el gobierno norteamericano asumió la política de "no reconocer ningún gobierno mexicano que no fuese . . . responsable, dispuesto y capaz de dar las suficientes garantías de que las vidas y las propiedades de los ciudadanos norteamericanos fuesen respetadas y protegidas", y obtuvo el respaldo de la mayoría de los gobiernos europeos.

Para reconocer al gobierno del general Obregón, Washington presentó sus indeclinables exigencias, respaldadas por las presiones que juzgó oportunas. En el cuerpo de los convenios conocidos como De la Huerta-Lamont, la administración mexicana cedió y la Suprema Corte de Justicia dictó resoluciones favorables a los amparos interpuestos por las compañías petroleras y fue anulándose de hecho el principio de la propiedad originaria de la nación sobre el subsuelo. En la cuestión del reparto de tierras, se resolvió afectar sólo una parte de las propiedades de extranjeros y, en fin, se aceptó cubrir daños al patrimonio de los ciudadanos norteamericanos, por causa de la revolución. A pesar del reconocimiento de México de tales obligaciones, Aguilera Gómez afirma sin citar fuente y un tanto anfibológicamente que "el propio gobierno norteamericano se negó a efectuar pago alguno a los extranjeros, cuyas propiedades fueron destruidas durante la Guerra Civil". ¿La suya —de los Estados Unidos— o la nuestra? (V. p. 40).

Al final de 1923 el grupo en el gobierno se vio aún más presionado por la rebelión de gruesos contingentes del ejército, a propósito de la sucesión presidencial. Obregón tuvo que calcular lo que podría haber sucedido, caso de que el gobierno de los Estados Unidos hubiera apoyado a los rebeldes.

Después el presidente Calles intentó rectificar los términos de los convenios que se habían establecido. Con todo y las protestas de las empresas petroleras, promovió la expedición de la Ley Reglamentaria del artículo 27 constitucional. La respuesta fue inmediata y la misma que antes: amenaza de intervención. Calles ordenó, como consecuencia, que la Suprema Corte de Justicia "declarase anticons-

titucional la Ley del Petróleo" y, acto seguido, en 1928, el embajador norteamericano Morrow, comedidamente, auxilió al Secretario de Industria mexicano en la formulación del reglamento de la Ley del Petróleo, para garantizar los intereses de las compañías. (Obviamente, en México, no se puede declarar tal anticonstitucionalidad por la Suprema Corte, en principio, ni menos, legalmente, por orden del Poder Ejecutivo. El autor reprodujo a este respecto una afirmación norteamericana).

Cuando Lázaro Cárdenas es electo Presidente de la República, el país estaba en crisis —prosigue—; que la estabilidad política del país se encontraba amenazada: enfrentamientos constantes de campesinos y hacendados, de patronos nacionales y extranjeros y sus trabajadores. Estos reclamaban sus derechos conforme a la Ley del Trabajo. Enfrentados asimismo: las instituciones y el caudillismo militar.

Apoyado en la alianza de campesinos y obreros, Cárdenas desarrolló programas de reformas sociales, que afectaron cuantiosos intereses extranjeros. Repartió veinte millones de hectáreas, de las zonas más prósperas del país. Se creó así una nueva clase campesina que sustentaría la producción nacional y la estabilidad política. Estimuló la organización obrera, que permitió elevar la participación de los salarios dentro del producto nacional; nacionalizó los ferrocarriles, estableció el sistema de participación directa del gobierno en la economía nacional; que si institucionalmente integró a obreros y campesinos dentro de los órganos de control político, esa alianza popular confirió legitimidad y poder al gobierno.

A continuación, como la reforma social de mayor trascendencia histórica, dentro del gobierno de Cárdenas, el autor describe la expropiación petrolera de 1938 y los muy conocidos hechos que la conformaron, a partir de sus antecedentes.

Era de rigor que ésta entrara en el cuerpo de su exposición, por tratarse de inversiones extranjeras, que llegaron a constituir para el país un continuo motivo de agresión antinacional y perturbadora del orden público; peor aún, sus actividades condicionaban constantemente las relaciones entre México y diversos países. A cada momento se prevalecía de la importancia de la industria petrolera para la vida económica, de su poder e influencia ante prominentes círculos financieros y políticos del exterior.

Las crecientes tensiones entre México y varias potencias mundiales a raíz de la expropiación —afirma Aguilera Gómez— detuvieron futuras nacionalizaciones o importantes reformas sociales. El interés del presidente Cárdenas se centró en la lucha diplomática y comercial, para lograr que la expropiación fuera hecho irreversible.

ble. Al mismo tiempo, combatió diversas manifestaciones de rebelión militar, bajo el patronato de las compañías petroleras.

Lázaro Cárdenas constantemente vivió preocupado con la idea de que tal expropiación aprovechara por entero al pueblo mexicano. En una misiva citada por Aguilera Gómez y que Cárdenas dirigió a su sucesor, con relación a las inversiones extranjeras se dice: "Algo de lo muy importante y trascendental en la vida de México, para los hombres que asumimos el poder, es cuidar de que entre tanto no haya una declaración categórica del gobierno de Norteamérica, en el sentido de que abandona su teoría de reconocer la nacionalidad de origen de los norteamericanos que se trasladan a otros países, no debe aceptarse aquí a nuevos inversionistas de la nación vecina. Si se descuida este importante aspecto, tendremos que lamentar más reclamaciones indebidas y conflictos graves para México. Aunque los extranjeros, de acuerdo con nuestras leyes, están obligados a renunciar a toda protección diplomática, lo cierto es que los gobiernos de Norteamérica no han respetado este principio que es ley suprema en nuestro país, y por ello se hace indispensable tener previamente una declaración oficial del gobierno norteamericano. Nuestra Cancillería deberá seguir trabajando hasta lograr el respeto absoluto a la soberanía de la nación. L. Cárdenas. Rúbrica, enero, 1940. Si con este principio está de acuerdo el ciudadano que llegue a sucederme en la responsabilidad del poder, se servirá transmitirlo a su inmediato sucesor." (Cámara de Diputados. *Los Presidentes de México ante la Nación*. México, 1966, V. p. 794).

Acota Aguilera Gómez que ningún gobierno posterior adoptó la política recomendada por el general Cárdenas; que, en cambio, los países industrializados sí han implantado instrumentos más eficaces para proteger sus inversiones en el exterior.

LAS implicaciones de la penetración del capital extranjero, son examinadas por el autor al través de tres décadas de desarrollo estabilizador y de unidad nacional. Esta como fórmula política que condiciona al primero.

Con palabras expresas del presidente Avila Camacho, al tomar posesión de su alto cargo, el desarrollo que estabilizará al país se fundamenta como sigue: "...Cifraremos nuestra seguridad de expansión económica, principalmente en las energías vitales de la iniciativa privada". A su vez, la unidad nacional se subraya: "Ni patronos ni trabajadores deben olvidar que son, ante todo, mexicanos, y que por encima de la división de clase está la unidad patria. Ambos factores de la prosperidad nacional tienen una común obligación con las instituciones, a las que deben íntegro apoyo".

Así nació el "desarrollismo populista". Más lo primero que lo segundo, porque quedaba ignorada oficialmente la lucha de clases. Garantías y prerrogativas a la inversión fue la consigna política. Nada de reformas sociales que, al suscitar conflictos de clase, desalentaban la inversión, que generaría empleos y aumento de la productividad.

Esta etapa fue continuada por el régimen del presidente Alemán que no sólo frenó la reforma agraria, sino que propició el latifundismo con la reforma al artículo 27 de la Constitución Política, que admitía el amparo como recurso de los terratenientes para oponerse al reparto de tierras. Se atribuyó a la propiedad carácter absoluto e irrestricto en la administración avilacamachista y de entonces en adelante, la Ley de Expropiación se aplicó casi exclusivamente para afectar tierras ejidales.

La correlación de fuerzas políticas se modificó al haberse dado el viraje en pro de la propiedad y se dio especial prioridad al impulso de las actividades industriales. En este campo el "crecimiento hacia dentro", que venía registrándose a partir de la crisis económica de 1929, siguiendo una política proteccionista, en los años de la Segunda Guerra Mundial se crearon las condiciones para que este proceso tomara mayor impulso, ante un mercado internacional escaso, que aseguraba elevados precios para los productos.

En la posguerra, anota el autor, ante la incapacidad de competir con los rivales extranjeros, se agudizó el proteccionismo por presión, además, de los grupos empresariales que, con grandes núcleos de trabajadores organizados, formaron frente común nacionalista y se empezó a exigir por connotados grupos empresariales, una legislación *ad hoc* protectora contra la intromisión del capital extranjero.

Como probable respuesta, una comisión intersecretarial del gobierno dictaminó que la inversión mexicana debería representar cuando menos el 51% del capital social de las empresas mercantiles organizadas para explotar e industrializar, en las siguientes áreas: hule, ediciones y publicidad, refrescos embotellados, películas, transportes urbanos, interurbanos, marítimos y aéreos; agricultura, piscicultura y pesca. Se agregaron expresamente: distribución de gas, explotación forestal, autotransportes en carreteras federales, radio y TV. Agregó que la vigilancia y control de la inversión extranjera quedaría en manos de la Secretaría de Relaciones Exteriores y que se suprimiría la exigencia de que las acciones en poder de los nacionales, fueran nominativas, porque según su criterio eso dificultaba el movimiento de venta de acciones en el mercado de valores. Esta disposición, de modo contradictorio, hizo inoperante cualquier intento de vigilancia, "intención" que, por otra parte, jamás se vislumbró por parte del Estado, a fin de no desalentar el flujo de los

capitales foráneos. Se asumió, pues, una actitud ampliamente liberal en lo que toca a la inversión extranjera tanto en teoría cuanto en la práctica especialmente, porque el gobierno no dio paso que desalentara la inversión extranjera. Sin embargo, virtualmente, se aumentaron las ramas en que se exigía predominio de capital mexicano: aluminio, fertilizantes, cemento, vidrio, celulosa, siderurgia, fabricación comercial y distribución de armas.

Naturalmente los capitales extranjeros, representados por algunos grupos financieros internacionales, como que se engolosinaron ante tanta liberalidad y hubo, al fin, de rechazarse alguna o algunas de sus pretensiones. Hubo disposiciones, además, en el sentido de que el capital de instituciones de crédito y sus auxiliares, de seguros y de fianzas, debería ser predominantemente nacional en un 75%. En la minería hubo, asimismo, restricciones importantes. Concluida la Segunda Guerra Mundial, hubo una internacionalización del *marxismo* norteamericano, para proseguir conservando la hegemonía de su país, en forma de presiones políticas. Fueron muy receptivos a esas presiones destacados funcionarios mexicanos que, en tribunas internacionales, sustentaban con entusiasmo la tesis de que el capital extranjero vendría a complementar el insuficiente ahorro nacional de nuestros países latinoamericanos. Los tratadistas norteamericanos no fueron remisos en el apoyo de ese punto de vista.

Al mismo tiempo y en forma gradual, la burguesía mexicana, antes defensora del "interés nacional", comenzó a asumir actitudes conciliatorias en relación con las inversiones extranjeras. El fin de este proceso fue que la burguesía nacional se fortaleciera conjuntando sus intereses materiales con los extranjeros, aunque quedó en el papel de satélite. Ambas entidades vigorizaron su poder y, como consecuencia, su poder y capacidad de negociación políticas, como lo reconoce el tratadista Hansen en su obra: *The politics of mexican development*: "Ningún otro sistema político de América Latina ha proporcionado más recompensas a sus nuevas élites industriales y agrícola-comerciales".

El autor pasa a examinar las consecuencias de esta situación: concentración bancaria, piramidación financiera-industrial-comercial, su influencia creciente en las decisiones sobre la política económica nacional, con el consiguiente debilitamiento relativo del sector público.

"Frente a una burguesía cada vez más fuerte y mejor organizada, la función del Estado, como productor de bienes y servicios, fue deliberadamente detenida. Ciertamente se extendió su acción a diversos campos de las manufacturas, pero ello no obedeció a una estrategia definida dentro del contexto industrial del país, sino a que, por lo general, se vio obligado a hacerse cargo de compañías pri-

vadas que, por su crítica situación financiera, amenazaban paralizar sus actividades y provocar conflictos políticos a causa del desempleo. Las empresas gubernamentales en las ramas minera, textil, azucarera y algunas otras, tuvieron, en su mayoría, el origen descrito, pese a que los voceros de la iniciativa privada han proclamado en reiteradas ocasiones la "excesiva estatización del país", nos dice el autor, y agrega que en rigor la participación gubernamental en la actividad económica, en proporción al producto interno bruto, es sensiblemente inferior a la imperante en la mayor parte de los países capitalistas, incluso los de América Latina.

Aparte de este aspecto cuantitativo, la posición del sector público como productor de bienes y servicios, se tornó pasiva en varios aspectos, con desventaja en relación con el sector privado, con la consiguiente y fraguada imagen propagandística de la "incapacidad administrativa del Estado". A eso se añade otro elemento de debilidad: la participación del Estado en el producto interno bruto, muy modesta por cierto, hasta 1972, se ha mantenido inalterable. Es la explicación de fondo del consiguiente aumento de la deuda pública interna y externa. De 1965 a 1972 sólo el 45% de la inversión pública fue financiada con recursos propios.

Otra magna y grave consecuencia del esquema de crecimiento que se ha venido mencionando: la creciente desigualdad del ingreso, con la consiguiente pauperización acelerada de grandes masas de población.

Al estudiar la *desnacionalización del aparato productivo*, Aguilera Gómez enfoca tres temas principales: origen y destino de la inversión extranjera, los sofismas en torno a este tipo de inversión y la oligopolización industrial.

Pese a las apariencias, un examen más detallado revela cuál es la verdadera importancia de la penetración de la inversión extranjera. Lo aparente es que, por ejemplo, en el lapso entre los años 1960 y 1972, el ingreso neto de capital privado del exterior, representó únicamente un 4% de la inversión interna bruta en promedio, según cifras del Banco Mundial. De ese modo se afirma que es complementario del ahorro nacional y tiende a aliviar el déficit de la balanza de pagos.

Lo real es que, de acuerdo con informaciones disponibles para 1972, de más de dos mil empresas extranjeras que operaban en México, el 77% pertenecen a inversionistas norteamericanos, con todo y que algunas de ellas aparezcan registradas como provenientes de Venezuela, Brasil, Suiza, Bolivia, Colombia, Canadá, etc., porque en realidad vienen siendo filiales de corporaciones norteamericanas.

Conforme a datos del Banco de México, S. A., ascendió la inversión total a 3,174 millones de dólares (valor en libros), orientada fundamentalmente hacia la industria de transformación, el comercio y otras actividades tradicionales: minería, transportes, etc.; pero en realidad sus activos totales para 1971, por ejemplo, conforme al mismo Banco ascendieron a 128,760 millones de pesos m. n. (Hágase la conversión al tipo vigente entonces.)

Durante el lapso 1965-1970, los pasivos de las empresas extranjeras estaban integrados en un 44.3% por obligaciones adquiridas con compañías y bancos del exterior y el 55.7% corresponde a compromisos con empresas radicadas en México. Además, el financiamiento proveniente de recursos internos ha venido aumentando: en 1965 representaba el 48.6% de los pasivos, mientras en 1970 ya había ascendido al 61.3% y en 1971 al 61.5%.

Hay el hecho fundamental de que, concluyendo, el financiamiento en su mayor parte procede del ahorro nacional. No parece corresponder a la realidad el aserto de que las empresas extranjeras contribuyan a aliviar la insuficiencia del ahorro interno.

La tesis de que la inversión extranjera es compensatoria de la balanza de pagos . . . "es justamente cuestionable: en primer lugar en el curso de los últimos treinta y dos años, el valor de los ingresos por concepto de movimientos de capital privado a largo plazo, ascendieron a 3,931 millones de dólares y los egresos por ese mismo concepto ascendieron del orden de los 5,517 millones de dólares; esto es: el déficit por concepto de movimientos de capital privado del exterior, ascendió a 1,586 millones de dólares. . ." Lo que es en realidad un "desahorro", afirma el autor y agrega que, por consiguiente, es elemento perturbador de la balanza de pagos. En la balanza en cuenta corriente, señala Aguilera Gómez, que hubo un factor activo de desequilibrio por el uso del capital externo en general: 3,275.4 millones de dólares. En particular los pagos efectuados por las compañías extranjeras representaron el 65.9% de la balanza de pagos en cuenta corriente. "Por ello, las recomendaciones de política en el sentido de inducir a la inversión extranjera a reinvertir sus utilidades, sólo conduciría a diferir el efecto de la repatriación de utilidades, sobre la balanza de pagos, pero no habría de resolver el problema esencial".

Respecto a la oligopolización industrial, se dan cifras fehacientes de que el 27.6% de la producción bruta industrial, se elabora en plantas pertenecientes al capital extranjero: tabaco, hule, industria química, construcción de maquinaria, aparatos eléctricos y equipo de transporte, industrias alimentarias, bebidas, textil, madera, imprentas, productos de cuero. Los volúmenes de ventas de las empresas

extranjerías, han crecido a un ritmo superior al de cada una de las ramas industriales.

En relación con el punto que se viene tratando, el autor examina acuciosamente el costo tan alto para el país de la transferencia tecnológica, como otro capítulo de la desnacionalización.

A mayor inversión extranjera directa mayor dependencia, podría enunciarse así una de las reglas del subdesarrollo. Desnacionalización equivale a colonialismo; pero este proceso no es sólo cuantitativo, afirma el autor. Entraña cambios profundos en la orientación política y social de la nación. Trata de explicar algunas implicaciones de la inserción de la economía mexicana, al contexto del proceso de internacionalización capitalista.

Se estudian así la naturaleza y alcances de la penetración extranjera. En los términos de una encuesta formulada en 1971 entre más de cien empresas extranjeras, se reveló que los motivos primordiales de sus inversiones, han sido las características del mercado nacional mexicano, a saber: un mercado cautivo como efecto de la política de protección industrial. Raymond Vernon afirma que decidieron establecer instalaciones manufactureras en el exterior: sustituyeron así su penetración comercial por inversiones en la esfera de la producción, temerosas de ser desplazadas en un mercado protegido. Fueron la magnitud y dinámica del mercado nacional: un mercado solvente compuesto por casi 10 millones de habitantes que percibían entonces un ingreso promedio de casi siete mil dólares anuales, con altos gastos en bienes de consumo duradero y semiduradero, que se equipara al de cualquier país europeo de desarrollo intermedio.

Otros factores han influido —prosigue en su exposición— sobre todo en la orientación del capital extranjero, por ejemplo: el marco institucional: la estabilidad política por más de cuatro décadas que creó tranquilidad y confianza en el inversionista; los estímulos y franquicias fiscales dentro del proteccionismo al mercado.

Correspondientes a estos factores internos los hay externos que explican la exportación de capitales hacia las naciones periféricas, fenómeno universal de necesidad histórica del sistema y en una época del gigantismo de las corporaciones internacionales. Se estima que del total de ventas a escala mundial de las compañías norteamericanas más importantes en 1969, más del 80% correspondieron a productos elaborados en el exterior. Esa magnitud de las empresas está apoyada cada día en menor escala en el mercado norteamericano y en la capacidad industrial instalada que le corresponde. Esta aumentó a una tasa anual para el lapso: 1950-1968. Para la misma

etapa, las inversiones norteamericanas en el área de las manufacturas crecieron a un ritmo de 12.4% al año. Concomitantemente, las utilidades provenientes del exterior crecen más rápidamente que las internas de los países metrópolis. El canal comercial para las exportaciones son las filiales regadas por el mundo y así, según se ha dicho, se sustraen al marco competitivo de los canales tradicionales de comercio.

De ese modo se explica el papel que desempeñan las firmas tradicionales como "tercera potencia mundial", según Vernon. La economía mexicana es muy inferior en su valor a las ventas conjuntas de la General Motors y la Standard Oil.

Los grandes consorcios aludidos son en realidad la expresión del capitalismo mundial en su fase imperialista, pero a través del capitalismo norteamericano. El imperialismo internacional es sostenido fundamentalmente por la fuerza militar de los Estados Unidos de América. Los Estados Unidos son, en la actualidad para el capitalismo, lo que en el pasado representó España para el catolicismo.

La penetración que se viene estudiando en crescendo constante, no sólo significa la pérdida correlativa del control interno del aparato productivo, sino que engendra todo un proceso de dependencia —a veces colonización insensible— que ha implicado el condicionamiento general de las posibilidades históricas de desarrollo de la sociedad mexicana.

Esa dependencia tiene un arraigo en el seno de las economías subdesarrolladas —como que la sostienen económicamente en gran medida— asimismo en la complicidad interna. Sólo es posible la dominación, cuando encuentra respaldo en los sectores nacionales que se benefician de ella, afirma el economista Theotonio Dos Santos.

El autor examina analíticamente la influencia de la desnacionalización del aparato productivo sobre la estructura social. En una generación apunta Aguilera Gómez, se han formado grupos dominantes que unifican la función de la burguesía. Su cohesión está íntimamente relacionada con la estructura bancaria del país. Hay núcleos familiares entre este tipo de grupos de presión.

Se sabe suficientemente que los bancos del país dentro de la red privada, desarrollan por cuenta propia empresas industriales y comerciales o intentan penetrar las ya existentes. Su poder económico reposa en una "piramidación" financiera-industrial-comercial, que a su vez ha operado "como correa de transmisión para la penetración del capital extranjero", son los intermediarios y a veces los prestanombres, por su conocimiento del medio, por su influencia en el aparato gubernamental. La mayor parte de las empresas extranjeras reciben el auxilio de las instituciones financieras privadas, están entre sus principales clientes y, finalmente, afirma el autor, que

la vinculación de la burguesía "dominante" con el capital extranjero ha condicionado y obstaculizado en último resultado la aplicación real de cualquier política autónoma de desarrollo que haya podido implantar el estado. Ha determinado su incapacidad de llevar adelante un proyecto nacional independiente.

Pero no es sólo la subordinación de las clases mexicanas dominantes, sino su influencia sobre diferentes capas sociales para imponerles un patrón de desarrollo que configura el destino de nuestra sociedad; pero tal imposición es amable y seductora: la situación de privilegio relativo de sus trabajadores y aun sus cuadros gerenciales, que se integran con personas del país.

La penetración cultural determina ese patrón de desarrollo: costumbres, forma de vida, actitud política, patrones familiares, aspiraciones y, en general, el conjunto de valores que configura la actitud de nuestro pueblo al que se le prescribe una cultura de masas enajenada porque es en beneficio de los consorcios extranjeros.

El autor comenta con perspicacia dos leyes que se refieren a la inversión extranjera: la que es propia de esta materia (*Ley para Promover la Inversión Mexicana y Regular la Inversión Extranjera*) y la de Registro de la Transferencia de Tecnología y el Uso y Explotación de Patentes y Marcas. Ambas se dieron en 1973 tras prolongadas negociaciones con los representantes de la iniciativa privada.

Esos ordenamientos legales constituyen un esfuerzo trascendente, dice Aguilera Gómez, para que los empresarios nacionales obtengan un papel hegemónico en nuestro desarrollo industrial. Esta oportunidad, al parecer, no es para despreciarse, pero llega tardíamente, porque la experiencia demuestra, al través de la observación de la conducta de dos generaciones de empresarios nacionales en medio siglo de posrevolución reconstructora, que se inclinan a negociar la condición mayoritaria que les concede la ley, en las sociedades mercantiles que forman con ciudadanos extranjeros. Esto no siempre es de grado, supongamos, por su carácter dependiente, sobre todo en el campo de la tecnología.

Se mencionan palabras de Celso Furtado: en el sentido de que, por tanto, es necesario que la integración de los dos sistemas de decisiones: las de los Estados nacionales y las de las grandes corporaciones extranjeras, continuarán definiendo en los próximos años las posibilidades y las formas de desarrollo económico en América Latina. Tal desarrollo existirá si es posible aumentar y racionalizar la acción del estado, como centro de decisión autónoma.

Caso contrario, como dice el autor de este ensayo, México "podrá llegar a ser una 'colonia de prosperidad para algunos sectores y marginalidad para las mayorías' en los que prevalecerán, deforma-

dos por la necesidad, los esquemas culturales, económicos y sociales, trasplantados de las metrópolis. . .”

“Dentro de un marco reformista —concluye Aguilera Gómez— el fortalecimiento del estado parece ser la única alternativa histórica, para llevar a cabo un proyecto de desarrollo económico nacional independiente; un estado provisto de recursos para penetrar y ejercer el control directo de los medios de producción en las actividades fundamentales —industria pesada, metalmecánica, química, automotriz, de consumo masivo, el sistema bancario y los medios de comunicación— y apoyado por un sistema político de participación de masas en la conducción del proyecto social”.

¿SALUD MENTAL EN LA ARGENTINA DE HOY?

Por la *SubComisión de Salud Mental*
Casa Argentina en México

"La subversión empieza en la cultura y la educación." I. Saint Jean, General. Gobernador de la Prov. de Buenos Aires.

Si la consigna "Nada de lo humano nos es ajeno", lema de las entidades rectoras de la psiquiatría internacional, sigue teniendo vigencia y se acepta el contenido amplio y humano de su convocatoria, no puede dejar de preocupar a los hombres de pensamiento y de corazón lo que ocurre en aquellos países en los cuales los adelantos científicos y técnicos en el campo de la salud mental, en lugar de llegar cada vez a estratos más numerosos de la población, sufren un camino inverso o se transforman en instrumentos coadyuvantes de la brutalidad represiva. Obviar la consideración de estas prácticas reaccionarias e inhumanas implicaría un renunciamento a la esencia misma de la condición de intelectual. Por lo tanto, no les puede ser ajeno lo que ocurre en la Argentina de hoy, en este campo específico, y que se expresa por el cierre de servicios, de carreras universitarias, de cursos tradicionalmente impartidos por instituciones gremiales y científicas, de prohibición y quema de libros, de persecución, detención y secuestro de numerosos especialistas; de exilio obligado de muchos más, de proscripción de técnicas modernas, de caracterización oficial de la psicología y la psiquiatría como subversivas, de participación activa de psiquiatras en la tortura y la represión, etc.

El testimonio que presentamos referente a la represión en el campo de la Salud Mental, abarca tres partes:

- Una caracterización general y algunas hipótesis de por qué la represión se ha ensañado particularmente en este terreno de la salud.
- En segundo lugar, algunos comentarios sobre la situación sanitaria en el área de la Salud Mental.

— En tercer lugar nos referimos a aspectos concretos de la represión.

En el primer punto, caracterizamos la coexistencia de viejas líneas, antihumanistas y anticientíficas en la psiquiatría (con su eje puesto en la política manicomial), y de líneas progresistas que no disocian al sujeto de la inserción familiar y social. La represión ha caído brutalmente sobre esta segunda orientación, devolviendo los resortes de la política de la salud a los representantes de la primera.

En segundo lugar, al comentar la situación sanitaria, nos referimos a la inadecuada distribución de recursos, a la insuficiente cantidad de medios disponibles y a una deficiente administración.

El tercer punto está dedicado a resaltar aspectos concretos de la represión en nuestra área. Se ilustra con ejemplos concretos lo sostenido en el primer punto, señalando los servicios que, por haber adherido en mayor o menor medida a una política sanitaria popular, han sido afectados por la represión.

*La extensión de la ofensiva al
campo de la salud mental*

CREEMOS que es necesario diferenciar dos niveles desde los cuales analizar la presente situación.

Por un lado la psiquiatría es terreno de permanentes controversias entre los diferentes desarrollos teóricos y técnicos, entre las diferentes teorías psicopatológicas acerca de la salud y enfermedad, pero lo que hasta ahora ha ocurrido, el énfasis puesto en lo asistencial, que resulta de las sucesivas medidas tomadas a lo largo de los años, marcan la oposición entre dos concepciones de la enfermedad mental: una no ya controvertida, sino anacrónica y por lo tanto anticientífica y antihumanista, que concibe al paciente como un caso en general irrecuperable, a la enfermedad como un hecho exclusivamente biológico y, por lo tanto, al hombre como un individuo desvinculado de sus relaciones familiares y sociales. Coherente con esta concepción resulta una psiquiatría custodial, que encierra a los pacientes, alejándolos de sus parientes en muchos casos, que no considera necesario entrevistar a los pacientes ni para medicarlos; y otra concepción que ubica a la enfermedad mental en un hombre inmerso dentro de las relaciones con sus semejantes, su familia y la sociedad y cuya patología y salud mental dependerá y afectará a dichas relaciones. Aunque dentro de esta concepción coexisten y polemizan diferentes posiciones teórico-técnicas (como en cualquier terreno científico), resulta de ella una psiquiatría que busca curar, que inves-

tiga técnicas terapéuticas ambulatorias, en la que la internación sea sólo un episodio, que no sólo trata de mantener el contacto del paciente con su medio, sino que intenta incorporar a la familia al proceso terapéutico y, finalmente, que centra mucho de su esfuerzo en el desarrollo de las posibilidades de rehabilitación del paciente. En el caso de pacientes crónicos, esta psiquiatría trata de lograr, en los hospitales y colonias, condiciones de vida y trabajo que los transforme en medios humanos y no en depósitos de desechos humanos.

En el primer nivel de nuestro análisis creemos que está predominando aquella concepción como base para definir muchas de las cesantías, ya que parte de los exonerados son caracterizados especialistas que desarrollan en sus servicios precisamente las modernas concepciones psiquiátricas sobre el enfermo mental, y algunos han sido pioneros en la materia.

En el segundo nivel de nuestro análisis entramos en el terreno de los mitos. A nadie escapa que todo lo que tiene que ver con la mente, la locura, las técnicas psiquiátricas, está rodeado de un halo de supersticiones, miedos y prejuicios. Son éstos los que transforman a los psiquiatras en algo así como los brujos de la tribu, que motivan ciertas actitudes recelosas hacia ellos, porque los psiquiatras "leen los pensamientos". Este conjunto de prejuicios ha desarrollado la idea del "lavado de cerebro". Los psiquiatras parecen peligrosos porque pueden "meter ideas" en la cabeza de la gente; el paso siguiente es "ideas raras" y el siguiente "ideas subversivas".

Estas erróneas ideas sobre el poder de los psiquiatras sería a nuestro criterio lo que ha provocado la peculiar focalización de las cesantías en salud mental que se ha producido en el área de la salud pública, además de su fundamentación en las leyes de seguridad, en la mayoría de las cesantías.

*Situación sanitaria en el área
de la salud mental*

A continuación se hace una breve descripción de la situación:

Mala distribución de los recursos. (De por sí escasos):

- Grandes zonas del país desvalidas.
- Despreocupación del problema en los niveles provinciales y comunitarios que se desprenden y desarraigan de sus enfermos en vez de asistirlos.

- Falta de estímulos y posibilidades en el nivel estatal para los profesionales en el interior del país, donde hay carencia de instituciones asistenciales y existencia de hacinamiento en los grandes hospitales.

Insuficiencia de medios

- No existen medios para hacer promoción, prevención y rehabilitación. En consecuencia se mantiene el énfasis en lo asistencial y se vuelcan los medios existentes prácticamente sólo sobre estructuras asilares.
- Falta información y por lo tanto no pueden coordinarse los recursos.
- Frustración del personal por malas condiciones de trabajo, escaso rendimiento y retribución injusta.

Escasa o deficiente administración

- Falta de programas, de análisis de rendimientos, de organización, de normas, de supervisión, evaluación, capacitación y estímulo para el personal.
- Carencia o grave escasez de normas administrativas definidas, no realizándose los presupuestos en base a programas.
- No hay estudios de costos y rendimientos, ignorándose la eficiencia.
- Continuas intervenciones al INSM (Instituto Nacional de Salud Mental).

Falta o grave escasez de personal especializado o rentado

- La no realización de concursos por congelamiento de vacantes que se mantiene desde principios de 1975, salvo algunas excepciones, ha mantenido o distorsionado el plantel profesional realizándose la asistencia psiquiátrica sobre la base de profesionales sin reconocimiento oficial y que en la mayoría de los casos concurren gratuitamente. Esta situación desvirtúa todo intento de buena administración.
- No se promueve formación especializada a personal auxiliar de enfermería, ni se estimula la especialización de técnicos en prevención, rehabilitación, asistencia social, técnicas auxiliares terapéuticas, etc.

Inexistencia o escasez de importantes eslabones del sistema psiquiátrico

- No es posible encontrar para cada edad y tipo de paciente la instalación que lo trate en forma adecuada y en tiempo oportuno. Faltan servicios especializados en niños, adolescentes, de gerontopsiquiatría, tanto para tratamiento ambulatorio como para internación.
- Grandes esfuerzos se esterilizan por falta de oportunidad, continuidad o coordinación.

Incoordinación y falta de planes y de apoyo a la investigación

- No se estimula la investigación. La poca que se realiza es fruto del sacrificio individual, ya que no se coordina, ni se orienta ni explotan todas las posibilidades.
- Se desperdician buenos potenciales intelectuales y vastos campos hospitalarios y sociales de la investigación.
- Se detiene el progreso científico y se depende de los avances realizados en el extranjero.
- No se aplican medidas preventivas derivadas de los resultados de las escasas investigaciones epidemiológicas realizadas, como lo que se esteriliza el trabajo realizado.
- Se pierden investigadores que van a trabajar al extranjero.
- No se toman en cuenta las conclusiones de los congresos y jornadas como elementos de utilidad para cualquier planificación.

Agravamiento al extremo de la situación por la crisis económica y la política económica

- Se torna dramática la situación en el área de S. M., ya que lo que en este momento está en peligro es la vida de los pacientes internados, en los hospitales y colonias psiquiátricas.

Algunos aspectos concretos de la represión en el área de la salud mental

Es necesario destacar que dentro de esta estructura, caracterizada por el desorden y el deterioro, muchos profesionales aunaron sus esfuerzos, y sobre la base de su trabajo no remunerado —en la inmensa mayoría de los casos— trataron de desarrollar un tipo de atención.

psiquiátrica más acordes con las modernas adquisiciones en el campo del conocimiento y de las técnicas terapéuticas de la psiquiatría. Intentaron así dar respuesta a la demanda creciente de la población, que mejorando su nivel de educación sanitaria concurre a los servicios de psicopatología solicitando atención para una amplia gama de patologías.

Resultado de estos esfuerzos han sido los intentos de terapias de tipo comunitario, la creación de hospitales de día, los diferentes desarrollos teórico-técnicos de formas de atención ambulatoria, los proyectos específicos para alcohólicos, drogadictos, el desarrollo de grupos dentro de los servicios dedicados a niños y adolescentes, etc.

Esta era la compleja situación en el área de la salud mental hasta marzo de 1976, en que se produce el golpe militar. Señalaremos hechos que demuestran el intencionado y sistemático deterioro iniciado desde entonces.

El tres de abril las fuerzas militares, equipadas con tanques, helicópteros y armas largas ocuparon el Policlínico Posadas en Ramos Mejía, una localidad suburbana, ubicada cerca de Buenos Aires. La intención es demostrar que el hospital es base de operaciones de la guerrilla. Profesionales, enfermeros y trabajadores del hospital son maltratados y arrestados ciento sesenta de ellos. Con posterioridad todos fueron eliminados de sus cargos y permanecieron arrestados tres profesionales y nueve trabajadores sin ninguna acusación en su contra, ya que no se confirma la sospecha.

Después de esto, la primera semana de abril fueron afectados los siguientes servicios de Salud Mental por una ley de prescindibilidad dictada para los trabajadores gubernamentales, que los elimina por razones de servicio y de "presunta o potencial perturbación ideológica".

Este fue el comienzo de una ofensiva que en la actualidad —julio de 1977—, ha hecho que todos los centros mencionados dejen prácticamente de funcionar:

Centro de Salud Mental No. 1: Primero son exonerados su jefe y una psicóloga; después se prohíbe el ingreso de personal *ad-honorem* y todas las actividades se deterioran. Se reinicia la aplicación de electrochock.

Centro de Salud Mental No. 2: Se elimina a su jefe y cuatro coordinadores. Se prohíbe también el ingreso de personal *ad-honorem* y cesan las actividades del Centro.

Servicio de Psicopatología del Hospital Alvarez: Se elimina a su jefe y cinco profesionales.

Servicio de Psicopatología del Hospital Torné: Se elimina a su jefe.

Servicio de Psicopatología del Hospital Pirovano: Se elimina a su jefe, se limitan los residentes y suspenden actividades formativas.

Servicio de Psicopatología del Hospital Alvear: Se echa a uno de sus psiquiatras.

Servicio de Psicopatología del Hospital Penna: Son echados su jefe y uno de sus psiquiatras.

Servicio de Psicopatología del Hospital Piñeiro: Son eliminados dos psiquiatras.

Estos son los servicios de Salud Mental pertenecientes a la ciudad de Buenos Aires. En todos aquéllos, por orden superior, se interrumpieron las actividades docentes y de supervisión y se prohibió a los psicólogos que efectuaran psicoterapia, permitiéndole solamente la aplicación de tests psicológicos. Todas estas separaciones de cargos se originaron en razones de seguridad, —sospecha de presuntas actividades subversivas—, sin sumario o juicio, sin explicaciones ni oportunidad para la defensa.

En los hospitales pertenecientes a la competencia del gobierno nacional la situación es la siguiente:

Hospital Aráoz Alfaro: Uno de los más prestigiosos en América Latina y conocido en todo el mundo, lugar de formación de muchos psiquiatras latinoamericanos. Primero fueron destituidos su jefe y otros psiquiatras, después fueron detenidos miembros del personal lo que originó el alejamiento de numerosos profesionales, debiendo emigrar muchos de ellos.

Hospital Finochietto: Su jefe fue eliminado y a los profesionales que trabajaban allí —médicos y psicólogos en número de setenta y cinco— y lo hacían *ad-honorem*, se les prohibió el acceso. Quedaron sólo una psicóloga y una médica (que estaban rentadas) y la atención descendió de cien a ocho pacientes diarios. Prácticamente significó el cierre del servicio, en un área muy populosa de cuatrocientos mil habitantes, donde era el único completo con sus secciones de familia, alcoholismo, interconsulta, infanto-juvenil, etc.

Centro de Salud Mental Ameghino: Se elimina a siete profesionales además de enfermeros y personal administrativo. Su director —que no quiso denunciar a su personal— fue enviado a un hospital a seseta kilómetros de distancia de la capital. Se cierra el hospital de día.

Hospital Psiquiátrico Infanto-Juvenil Tobar García: Se elimina a cinco profesionales y miembros del personal administrativo.

Hospital Psiquiátrico Moyano: Se elimina a dos jefes de servicio y a ocho profesionales más. Se prohíbe el acceso de ochenta y cinco profesionales que lo hacían *ad-honorem*.

Hospital Psiquiátrico Borda: Se elimina a siete profesionales, incluyendo cuatro jefes con más de dieciocho años de servicio. Después

se despide a veinte enfermeros y personal administrativo. Esto en un hospital donde hay guardias de cuatrocientos pacientes con un enfermero.

En todos los casos que hemos descrito las exoneraciones fueron de profesionales que ocuparon sus cargos por concurso. Muchos de ellos de considerable prestigio. La forma en que fueron despedidos presenta los siguientes rasgos comunes: 1) Se solicitó lista a las autoridades del respectivo establecimiento (ello implicó no sólo persecución por razones políticas, sino instrumentación de enemistades personales); 2) La eliminación fue sorpresiva; 3) cuando lo solicitaban se les otorgaba una entrevista con un funcionario, un odontólogo de la Fuerza Aérea. Este expresaba que se investigarían las ideas del afectado (en una primera etapa la suspensión era provisoria), y que sus antecedentes serían investigados por las fuerzas de seguridad; 4) Todas las medidas fueron tomadas sin sumario previo, ni juicio; 5) En todos los casos se ignoró las causas reales o acusaciones existentes; 6) No se permitió legítima defensa; 7) A los exonerados no se les permite ocupar ningún otro puesto oficial.

Algunos ejemplos de hechos sucedidos en el interior del país:

Provincia de Entre Ríos: fueron exonerados cuatro psiquiatras, uno de ellos Director del Hospital Roballos de Paraná. La situación fue similar a la descrita anteriormente, pero en este caso el Director del Roballos, apeló al juez que ordenó su reposición; después de esto también el juez fue despedido de su cargo.

Provincia de Córdoba: Fueron separados más de cincuenta empleados de los servicios provinciales de salud, entre ellos varios profesionales.

En Cosquín (Córdoba), ciudad ubicada a unos ochocientos kilómetros de Buenos Aires, en mayo de 1976, tropas del Ejército en número de ciento cincuenta, con bazookas, armas largas, perros y aviones actuando como apoyo, ocuparon el Hospital Psiquiátrico Santa María que alberga tres mil pacientes crónicos. Otra vez, malos tratos, absoluta falta de respeto a los pacientes y al personal. Se arresta a un psiquiatra, el Dr. Sassatelli, que permanece detenido desde entonces, y a dos psicólogas. En uno de sus pabellones se aloja a doscientos habitantes de la zona que también fueron detenidos.

Provincia de Buenos Aires: En el Hospital Municipal de Quilmes fue destituido su jefe. Se impidió el acceso de algunos profesionales porque tenían barba y de psicólogas porque usaban pantalones. Finalmente se prohibió el ingreso de los profesionales *ad-honorem*. Todo ello implicó el cierre del Servicio de Psicopatología.

A nivel nacional, el Delegado Militar en el Consejo Nacional de Educación, suspendió el funcionamiento de unos veinte Centros

Técnicos de Orientación, que asesoraban a maestros, padres y alumnos que presentaban dificultades en el proceso de aprendizaje, por haberse limitado los servicios de ciento veintinueve docentes que revistaban en dichos organismos.

Lo anterior se refiere a la atención en Salud Mental. En cuanto a la enseñanza psicológica y psiquiátrica, se cerraron gran número de residencias de la especialidad y la docencia que se desarrollaba también en los servicios de psicopatología de muchos hospitales generales, volvió a impartírseles en las cátedras tradicionales de los grandes manicomios de la ciudad de Buenos Aires. Gran número de profesores y ayudantes de las carreras de Psicología y Sociología en las Universidades de Córdoba, La Plata, Rosario, Buenos Aires, Mendoza y Tucumán, fueron eliminados. Se cerró la inscripción en primer año de las carreras de psicología en Córdoba y Mar del Plata. En una entrevista publicada en el diario "Córdoba" de esa ciudad (8 de mayo de 1976) el Secretario General de la Universidad de Córdoba, se refirió a las técnicas de penetración subversiva. Declaró que "la filosofía de los planes de enseñanza era subversiva". Habló de delinquentes ideológicos, "como Freud y Marx, para citar a los más frecuentes".

Además de todo esto, un gran número de profesionales psicólogos y psiquiatras han dejado el país emigrando a México, Venezuela, Brasil, España, Francia, etc. Detenciones, secuestros, amenazas, clima de intimidación y falta de oportunidades son las razones de tal determinación.

Psiquiatras detenidos o desaparecidos

1. EDUARDO LLOSAS: Detenido en San Luis desde abril de 1975, sin ninguna acusación y alojado desde entonces en el Penal de Rawson. Ex-sacerdote y médico del Hospital Psiquiátrico de San Luis.

2. NICOLAS ESPIRO: Detenido desde el 22 de abril de 1976, acusado de simpatizar con una organización política de izquierda. Distinguido psicoanalista y Director de la Clínica Racker de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Alojado en la Unidad Penal No. 9 de La Plata.

3. CLAUDIO BERMANN: Detenido desde el 27 de abril de 1976, primero en la Penitenciaría de Córdoba, donde permaneció totalmente incomunicado hasta el mes de diciembre, en que es trasladado al Penal de Sierra Chica en la Provincia de Buenos Aires. Sin ningún cargo, está a disposición del Poder Ejecutivo, si bien no figura en ninguna de las listas publicadas y se le ha negado la

opción a salir del país. Ex Profesor de la Universidad de Córdoba y Director del Instituto Neuropático.

4. FRANCISCO BELLAGAMBA: Secuestrado en su domicilio en abril de 1976, sin que hasta la fecha se sepa nada de él, a pesar de intensas gestiones. Su casa fue destrozada y robada durante el secuestro. Psicoanalista de prestigio y miembro de la Federación Argentina de Psiquiatras.

5. ANTONIO CALABRESE: Arrestado sin causa ni juicio en abril de 1976. A raíz de las pésimas condiciones de la prisión y su mala salud, debió ser hospitalizado. Después de seis meses, por gestiones del Consulado de Italia, se consiguió su traslado a ése, su país de origen. Prestigioso médico del Hospital Colonia de Oliva (Córdoba).

6. CARLOS SASSATELLI: Arrestado en el Hospital Colonia Santa María, Córdoba, en mayo de 1976. Alojado e incomunicado hasta diciembre en la Penitenciaría de Córdoba, fue luego trasladado al Penal de Sierra Chica, en la Provincia de Buenos Aires. Sin causa ni proceso. Secretario científico de la Regional Centro de la Federación Argentina de Psiquiatras.

7. RAUL FUENTES: Desaparecido el 18 de julio de 1976, sin que hasta la fecha se tenga ninguna noticia de él. Prestigioso psiquiatra de La Rioja y dirigente de la Regional Centro de la Federación Argentina de Psiquiatras.

8. JUAN CARLOS RISAU: Detenido en su domicilio en julio de 1976. Desde entonces se carece totalmente de información sobre su paradero. Psiquiatra de prestigio, autor de numerosos trabajos científicos y Secretario Gremial de la Federación Argentina de Psiquiatras.

9. ROBERTO PARGAMENT: Detenido en su domicilio en septiembre de 1976. Fue allí bárbaramente golpeado y torturado, "pégale más fuerte que es judío", escuchó su esposa que decían los torturadores, mientras ella embarazada de siete meses se encontraba encerrada en el cuarto vecino. Psiquiatra y miembro destacado de la Escuela de Psicoterapia Psicoanalítica.

10. BLANCA TARNOPOSLKY: Secuestrada junto a su esposo e hija en junio de 1976, sin que hasta la fecha se sepa nada de ella. Es tal vez el caso más dramático. Distinguida psicopedagoga, autora de textos sobre el tema.

11. ALEJANDRO PARTORINI: Detenido en Rosario en mayo de 1976. Sin causa ni proceso, no ha sido liberado aún. Miembro de la Regional Litoral de la Federación Argentina de Psiquiatras.

12. SYLVIA BERMANN: Su hija Irene y el novio de su hija menor, DAMIAN ALFREDO SOTO, fueron secuestrados en noviembre de 1976, sin que hasta la fecha se sepa nada de ellos.

Su casa y su auto fueron asaltados y robados. Ex Presidente de la Federación Argentina de Psiquiatras.

13. ROSA MITNIK: Secuestrada en noviembre de 1976, sin que hasta la fecha se sepa nada de ella. Distinguida psicoanalista y miembro de la Federación Argentina de Psiquiatras.

Estos son algunos de los casos más relevantes que pueden ser dados a publicidad. Existen muchos más, pero no se dan a conocer por temor a represalias.

Conclusión

TODO lo anteriormente referido es sólo una parte del ataque perpetrado por la Dictadura de la Junta Militar Argentina a la docencia y a la asistencia en materia de Salud Mental.

Esta política de terror, que afecta al conjunto de la sociedad argentina, ha alcanzado niveles de mayor profundidad que los que en este modesto esfuerzo hemos podido perfilar. Téngase presente que ningún ciudadano cuenta con la certeza de si regresará con vida a su casa, o si algún familiar o amigo no engrosará la lista diaria de los desaparecidos, en tanto que los secuestros y detenciones son totalmente indiscriminados.

La angustia económica y la inflación que devora día a día los salarios congelados, son factores también importantes que perturban el equilibrio y la salud mental de toda la población. Así también, el fomento de la delación y la mentira, la corrupción, el terror, la deserción escolar creciente, son, entre otros, los factores que acentúan un clima enrarecido por la falta de oportunidades, también a nivel de la cultura, la educación y el arte. Intentos vanos que no logran suprimir ni quebrar la decisión del pueblo argentino por concretar su definitiva liberación.

México, D. F., julio de 1977.

PANAMA: SOBERANIA Y NEGOCIACION

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

PRIMERO fue una concesión colombiana para que el genio de Lesseps realizara una de las maravillas mundiales. El capital francés, alud de grandes y pequeños ahorradores, se embarcó rumbo a uno de los lugares legendarios del mundo nuevo donde se localizaba "El Dorado", fuente de riquezas inverosímiles, escenario de la gran hazaña de Vasco Núñez de Balboa, puerta antes cerrada al Pacífico, tema de literatura de aventuras de piratas, de sueños y desengaños. Lesseps tenía genio y tesón pero no tuvo vocación fenicia y su empresa terminó con la ruina de esos franceses alucinados que pensaban, en la inversión del canal proyectado, multiplicar sus francos en ciento por uno, como en las promesas bíblicas. Y europeos que no tenían aún concepto real del continente identificaban el nombre del istmo con el de una colosal estafa, una ruina colectiva, un desengaño cruel, un símbolo de fraude, de trampa, de corrupción. Después vinieron las gestiones del Tío Sam, ya desde entonces convencido de que América, toda América, era regalo de los dioses para compensar su tarea como guardián de ese medio mundo, sujeto a la política del "gran garrote" con el primer Roosevelt como supremo ejecutivo.

La solicitud original de los Estados Unidos para recoger la deteriorada herencia de Lesseps fue presentada y rechazada por el Senado de Colombia, por considerarla lesiva para su soberanía en lo fundamental e insatisfactoria por los términos del proyecto del convenio. No se desanimó por ello el Tío Sam. Suscitó una rebelión de Panamá, supuestamente para independizarse de Colombia y a unos cuantos días de la rebelión, con los improvisados "libertadores" celebró con el país recién nacido el convenio rechazado por Colombia y con fuerzas militares defendió la "independencia de la república recién nacida".

La aplicación del convenio partió en dos a la antigua provincia colombiana y reservó una zona de 82 kilómetros de anchura que se extiende del Atlántico hasta el Pacífico. El entonces Secretario de Estado del gobierno de Washington, John Hay y el representante de Panamá, Bunneau-Varilla concertaron ese acuerdo cuya vigencia se alargaría hasta 99 años. Panamá recibió 15 millones de dólares

y una renta anual fijada originalmente en 250 000. En su Zona, el gobierno norteamericano sería la única autoridad y, además, el propio gobierno yanqui podía intervenir en el resto del territorio panameño cuando dificultades internas o externas pusieran en peligro sus instalaciones y el funcionamiento del canal. Además, por apropiarse de las instalaciones y parte de la colosal obra realizada por los franceses, la compañía, en juicio de quiebra, recibió 40 millones de dólares.

El dominio del Canal de Panamá en manos norteamericanas permitió que el proceso político panameño fuera monopolio exclusivo de tres o cuatro familias de la oligarquía durante casi todo lo que va del siglo. Arias, Guardias y otros apellidos tradicionales fueron, sucesiva y alternadamente, huéspedes del Palacio de las Garzas, residencia del Poder Ejecutivo de ese país.

Durante la última guerra un Presidente audaz, Arnulfo Arias, mostró ciertas aproximaciones con la política hitleriana y, naturalmente, fue derribado en menos tiempo del que emplea para persiguirse un sacristán con prisa.

Sin embargo, en la postguerra, sobre todo a partir de los cincuenta, los panameños empezaron a mostrar preocupación por esa puñalada yanqui que partía su territorio y establecía, dentro de Panamá, un centro de dominio extranjero. Estudiantes y líderes izquierdistas hicieron manifestaciones hostiles y tropas norteamericanas, en 1959 y 1964 intensificaron el disgusto popular con intervenciones cruentas.

El imperio de las pocas familias oligárquicas terminó cuando los jefes de la Guardia Nacional empezaron a tener preocupaciones y ambiciones políticas. El hombre fuerte de hoy, Omar Torrijos, dio a la política panameña una expresión más congruente con la naturaleza latinoamericana de su país y enfocó sus empeños en una revisión y/o cancelación del tratado impuesto a su patria cuando aún no llegaba al primer mes de vida. Torrijos se significó por una política de reivindicación que entusiasmó a los panameños y puso a prueba la no siempre presente y activa solidaridad de los pueblos latinoamericanos. Desde el principio de su tarea, Torrijos recibió los respaldos unánimes de los pueblos de nuestra América y de algunos de los gobiernos de nuestros países.

Larga ha sido esta pugna de Panamá por reivindicar su soberanía sobre la totalidad de su territorio y los regateos y contradictorias actitudes del gobierno norteamericano. Para Kissinger, por ejemplo, las reclamaciones panameñas eran, simplemente, actividades de guerrilleros que tomaban el vital interés de Panamá sólo como pretexto y cuyo verdadero objetivo era fomentar nacionalismos agresivos en la zona y lesionar las relaciones de los Estados Unidos con

sus tan buenos como sufridos vecinos continentales. Las negociaciones han tenido diferentes etapas. En algunos momentos, con las pláticas rotas, Panamá concretaba su exigencia a la devolución incondicional de la zona, con el canal incluido. No en pocas ocasiones Torrijos fundamentó su actitud con el proyecto de poner el canal bajo dominio de una comisión internacional designada por las Naciones Unidas, que garantizara el libre uso de las naves de todos los países, sin discriminación alguna. En otras ocasiones, las pláticas tendían, más que a la devolución del Canal, a las condiciones económicas del convenio y a ciertas modificaciones concretas en cláusulas de dominio y de administración.

En los últimos meses, a partir de la toma de posesión de Carter como Presidente de los Estados Unidos, las pláticas se han realizado con mayor fluidez y con menos conflictos y desavenencias. No hay un arreglo definitivo y, muchísimo menos, se cree que esté a la vuelta de la esquina, una solución que satisfaga plenamente a las partes en conflicto. De todas maneras, dejando pendientes las cuestiones de soberanía y la solución definitiva de una administración bilateral del Canal, con la restauración de la autoridad panameña en algunos aspectos administrativos que pudiéramos llamar municipales como reglamentación del comercio, tareas policíacas no relacionadas con la función específica del canal y algunas otras, se ha llegado, a lo que parece, a un arreglo bastante satisfactorio, cuya vigencia sólo se prolongará hasta el 31 de diciembre de 1999, esto es hasta el arribo del año 2000, fecha que recibirá, en todo este último cuarto del siglo que vivimos, todas las promesas y amenazas que puedan concebirse. Todo se deja o se anuncia para el año 2000; lo mismo los demógrafos asustados por la explosión demográfica que las previsiones aterradoras u optimistas de los sabios para la conquista de la galaxia realizada por el hombre que los pronósticos sobre la capacidad destructora de nuevas armas, por un lado o el triunfo del hombre en empresas de salud, como la derrota del cáncer. En fin, todo se deja pendiente o se anuncia para el año 2000. Y lo del conflicto de Panamá no podía ser menos.

Este adelantado borrador del convenio que mejora en mucho las participaciones económicas para Panamá y reduce los poderes hoy absolutos de los Estados Unidos sobre el Canal y su zona fue espléndido motivo para una reunión al máximo nivel en Bogotá donde cambiaron impresiones y ratificaron apoyos, los gobiernos todavía constitucionales, civiles, de nuestra América. En efecto, el presidente de Colombia, el apremiado López Michelsen fue el anfitrión, no obstante que el deterioro político de su país obligó a declarar el Estado de Emergencia aún vigente y recibió en su casa al promotor de la junta, el gobernante panameño Omar Torrijos; al de Costa

Rica, Daniel Oduber; al Primer Ministro de Jamaica, Michael Manley; al de Venezuela, Carlos Andrés Pérez y José López Portillo, de México. Se ratificó la solidaridad de esos países con la justa causa de Panamá y se dieron a conocer las siete condiciones ya aprobadas bilateralmente por Panamá y Estados Unidos.

Esas condiciones son las siguientes:

- Estados Unidos y Panamá compartirán el manejo, mantenimiento y control del canal.
- El tratado vencerá el 31 de diciembre de 1999, fecha en la que la zona será desocupada por las bases militares que actualmente se encuentran allí establecidas.
- Para evitar que las conversaciones se prolonguen indefinidamente se nombrará una comisión por cada país quienes discutirán la forma en que la soberanía sobre tierras y aguas será reintegrada a Panamá.
- En forma progresiva pasará el control del movimiento comercial al gobierno panameño. Esto deberá quedar finiquitado en el curso de los siguientes 22 años.
- Ambas naciones garantizarán la neutralidad de la vía marítima hasta el año 2000, en el que entrará en funciones la Organización de las Naciones Unidas mediante cinco delegados plenipotenciarios, otro panameño y uno más de los Estados Unidos.
- La indemnización que finalmente acuerden los dos gobiernos, así como la cifra anual que entregará Estados Unidos serán destinadas a programas de desarrollo en Panamá.
- La firma del nuevo tratado se hará a más tardar en octubre, según aceptaron los norteamericanos.

A juzgar por las informaciones dadas a la publicidad el sábado 6 de agosto de este año, estas condiciones aceptadas digamos en forma preliminar por los dos países no pueden todavía considerarse definitivas. Entre otras cosas para dejarlas totalmente formalizadas hace falta la aprobación del Senado Americano, lo cual, aunque es probable, no puede asegurarse desde ahora.

El clima de esta reunión de los presidentes latinoamericanos no da idea de conflicto agudo. El propio Presidente mexicano, José López Portillo, al arribar al aeropuerto en Bogotá declaró a los periodistas que el Presidente Carter le había enviado un telegrama en el cual le agradecía la amistosa intervención que facilita el buen entendimiento para la solución de un problema que el mandatario norteamericano espera tenga una solución satisfactoria no sólo para

los dos países interesados directamente en la cuestión sino para la armonía y el buen entendimiento continental.

Independientemente de la actitud que adopte el Senado Norteamericano, donde hay una fuerte corriente no dispuesta a reducir en lo mínimo el dominio imperial, hoy absoluto, sobre esa arteria de comunicación que, como estaba previsto, facilita tanto la comunicación marítima entre los dos litorales del gran país del norte. Esa corriente opuesta a la revisión del tratado y a la disminución del dominio norteamericano preferiría zanjar la cuestión con facilidades económicas, multiplicando las aportaciones que recibe Panamá.

Esto no es fácil arreglo, desde el punto de vista del pueblo panameño, por cuanto se ha encendido un nacionalismo muy justificado, con requerimientos que no pueden encontrar satisfacción con sólo una lluvia de dólares. Torrijos mismo, hoy indiscutiblemente popular en su país gracias, precisamente, a su tarea de recuperación de la total soberanía panameña, pagaría un costo político cuyo nivel no es fácil predecir.

De todas maneras, independientemente de las satisfacciones económicas, la solución será tanto más o menos satisfactoria en la justa medida en la cual se reconozca que el convenio no pone en duda la plena soberanía de Panamá. Como quiera que se defina el rumbo de estas negociaciones puede adelantarse la satisfacción que se deriva de unas pláticas en las cuales el Tío Sam abandona —después se verá su sólo aparentemente— su actitud, su jactancia imperialista, derivada de la convicción de Washington de que para los Estados Unidos, América Latina no es más que el patio trasero de su casa.

Por otra parte, resulta simbólico que frente a las sombras siniestras que oscurecen el cono sur de nuestra América, sólo gobiernos civiles, designados dentro de las formalidades democráticas tradicionales, hayan estado en la reunión de Bogotá, donde la ausencia de los gobernantes militares habla por sí sola. Aun con las deficiencias reales que pueden encontrarse en los sistemas de la democracia formal, la necesidad de los gobiernos en esos países obliga a una preocupación por las reacciones de la opinión pública y de los distintos sectores sociales de su comunidad. La paz interior sólo puede conservarse, así sea relativamente, cuando los gobernantes se sienten obligados a escuchar los reclamos de la opinión pública. En cambio, los regímenes militares, sin congreso ni exigencias electorales, se despreocupan totalmente de esas reacciones populares y sólo atienden a sus compromisos con el Gigante Imperial y con la oligarquía de sus ínsulas.

Por lo demás, independientemente de la postura de los gobiernos,

es obvio que la opinión generalizada en nuestra América respalda a Panamá en esta cuestión por lo que su triunfo, mayor o menor, definitivo o circunstancial, representaría una modificación saludable en las relaciones del Imperio con la América Latina.

No ocurre lo mismo en el más difuso, complicado asunto de Belice. En la antigua Honduras Británica las circunstancias, los antecedentes y los enfoques son varios y, en no pocos casos, contradictorios. No es razonable suponer que en la América Latina haya grupos y corrientes que se adhieran a la idea de que Inglaterra debe prolongar indefinidamente su dominio de Belice. Ni siquiera ha quedado claro que esa sea la actitud actual de lo que queda del Imperio Británico. Además, hay contradicción entre las ambiciones de Guatemala, que podrían ser opuestas a las de México si este país las alimentara y a la generalizada opinión de que, en nuestros tiempos, debe respetarse la autodeterminación de los pueblos. Como otras veces los conflictos con México, los gobiernos de Guatemala suelen utilizar la cuestión de Belice como un recurso político circunstancial. Cada vez que hay inconformidades en la población guatemalteca, su gobierno esgrime y agita ya sea los conflictos con su vecino mexicano como las reivindicaciones sobre el territorio beliceño.

Lo de Panamá es más concreto, mucho más claro. Se trata de una situación injusta, impuesta por el poderío norteamericano desde un principio y mantenida unilateralmente contra un pueblo débil al cual ni siquiera se le dio oportunidad de un proceso de configuración de patria, cuando se fraccionó su territorio en mitades y, con ello, se lesionó rotundamente la soberanía nacional. Desde este punto de vista, no sólo el principal, sino el único en el caso, la solidaridad con el pueblo panameño es de interés latinoamericano sin vacilaciones ni reservas. Esto tiene, desde luego, las limitaciones obligadas por un realismo elemental. No será fácil, a pesar de los optimismos, que la cuestión del canal tenga la solución definitiva, justa y satisfactoria que todos anhelamos. Pero ir ganando batallas aisladas es ya un triunfo. El convenio que ahora está en su fase de afinamiento —y si el Senado de los Estados Unidos no lo anula— será un avance importante, irreversible, en la relación del Tío Sam con nuestra América. Muy lejanos nos parecen los años en los cuales fue hacedero ese convenio original que condenaba al sometimiento y a la humillación a una república recién nacida. Otros conceptos y otras realidades imperan en nuestros días y si bien no puede decirse que la justicia, la equidad y el mutuo respeto sean los signos en la relación continental, no deben subestimarse estos logros concretos, aunque no sean todavía lo esperado. El compartir el gobierno y la administración del canal es un paso adelante, un paso en dirección a

la meta, que no puede ser otra que la reivindicación plena de la soberanía panameña.

Estas pláticas de Bogotá no tienen, ni ambicionan, resultados definitivos ni obligatorios. Torrijos quiso dar una muestra de respeto y de gratitud a los países cercanos a la zona del canal, no sólo para agradecer la solidaridad y apoyo que le fueron mantenidos a su país por parte de esos países sino para vigorizar la unidad latinoamericana, siempre tan invocada y tan esquiva en el proceso histórico de nuestros países pero que ahora está imponiéndose como una necesidad vital de nuestros tiempos. Ojalá hayan pasado, definitivamente, los episodios en los cuales Cuba, México, Nicaragua y otros países hermanos fueron dejados solos frente a la voracidad del Gigante Imperial.

Si la política es hacer posible lo necesario, la formulación de este convenio, cuyos aspectos principales se dieron a conocer en la reunión de Bogotá, constituye una buena muestra de oficio político. Mérito que debe abonarse no sólo a los empeños del gobierno de Panamá sino a la solidaridad y simpatía que suscitó la actitud panameña en toda Latinoamérica, aun en aquellos países donde la voz de los pueblos es silenciada por dictaduras castrenses, sólo comprometidas con Washington y con las oligarquías nacionales.

Si este convenio llega a ser definitivo, la gran causa de la libertad y la autodeterminación de los pueblos habrá obtenido en Latinoamérica una victoria trascendente, que se une a la consolidación del gobierno que quisieron darse los cubanos y que mantuvo tan larga como desventajosa lucha con los afanes imperialistas.

Cada vez entendemos mejor que una victoria lograda en un país determinado de nuestro sub-continente es, efectivamente, un triunfo latinoamericano. El abandono de México cuando la intervención francesa y las invasiones norteamericanas; el haber dejado virtualmente solo a Sandino en el drama nicaraguense y el bloqueo contra Cuba, a partir de 1964 y mantenido tanto tiempo e, incluso, ante la invasión a Playa Girón, son episodios siniestros de ese otro "archipiélago de soledades" que fue Latinoamérica durante tantos años.

Los vientos cambian y la necesidad de solidaridad y ayuda mutua en nuestra América va abriendo el difícil, áspero camino de la liberación política y económica de la familia latinoamericana.

México. D. F., 9 agosto de 1977.

*Homenaje a nuestro
Director*

HOMENAJE A NUESTRO DIRECTOR

Por *Alfredo S. DUQUE* y
Ana Magdalena GAMA MUÑOZ

LA invitación al acto dice textualmente lo siguiente:

"El Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México invita a usted al homenaje que rendirá al maestro Jesús Silva Herzog, en el LXIV aniversario de su primera publicación.

"Este homenaje tendrá lugar el jueves 16 de junio de 1977 a las 20:00 horas en la Sala José María Vigil de la Biblioteca Nacional, en Uruguay e Isabel la Católica, con el siguiente programa:

"*Una imagen de Jesús Silva Herzog*, por Gilberto Loyo, lectura de Jesús Silva Herzog Flores.

"Intermedio musical.

"*Las ideas económicas del maestro*, por Olga Elena Morán de Rey.

"Intermedio musical.

"*Una semblanza de Jesús Silva Herzog*, por Francisco Martínez de la Vega.

"Inauguración de la *Exposición biblio-inconográfica en torno a la obra y la vida de Jesús Silva Herzog*, montada por Othón Lara Barba."

EL acto se inició con unas palabras de don Ernesto de la Torre Villar, director de la Biblioteca Nacional, aludiendo a los méritos del maestro Jesús Silva Herzog y por lo tanto a lo justificado del homenaje.

GILBERTO Loyo fue un hombre de clarísimo talento y de sólida cultura: demógrafo, historiador, economista y en más de una ocasión alto funcionario público. En el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines —diciembre de 1952 a noviembre de 1958— tuvo a su cargo la Cartera de Economía, cargo que desempeñó con atingencia y honradez. Gilberto Loyo murió el 10 de abril de 1973.

El discurso leído por Jesús Silva Herzog Flores fue pronunciado por Loyo en la comida ofrecida en un céntrico restaurante a Jesús Silva Herzog el 15 de mayo de 1940, con motivo del día del maestro y aquí se incluye a continuación:

"Me he dedicado a diversas actividades, entre ellas al cultivo de la Estadística, y a pesar de esto, no podría decir si la obra de Jesús Silva Herzog como maestro en la cátedra es mayor o menor que la obra de Jesús Silva Herzog como maestro en la vida. Sólo sé decir que son dignos de respeto y admiración quienes han sabido ser maestros en la cátedra y maestros en la vida, y Jesús Silva Herzog ha sabido serlo.

"Es bello reunirse, como en esta ocasión, en un ambiente de cordialidad, cuando el vínculo que une es la expresión de dos de los más altos aspectos de la vida humana: la amistad y la admiración.

"En un país como México en que la amistad casi no existe, es sin duda confortante una reunión como ésta. Los amigos se reúnen para compartir el exquisito deleite de la compañía del amigo socrático. Porque precisamente el carácter socrático de Silva Herzog, que se expresa en unos bellos versos muy conocidos del eminente economista, constituye una de las fuerzas más potentes de su atracción y de su capacidad de ser un hábil, por sincero y profundo, cultivador de la amistad. Quien se posee a sí mismo, porque ha tenido el valor de enfrentarse a sí mismo, no en el espejo narcisista, sino en la austera introspección socrática, se puede dar a los demás, y la amistad es un sereno darse a los demás en lo que se tiene de mejor.

"En casi dos decenios de amistad con Silva Herzog, he visto a Silva Herzog cultivar, sobre la base de sus virtudes fundamentales, la amistad con los más variados tipos de gentes, y a cada una ha dado lo que él tiene, precisamente lo que el amigo necesitaba.

"Silva Herzog es fundamentalmente un criollo. En un país de indios y mestizos, el criollo, por su prestancia física, por su complejo de superioridad, tiene posiciones iniciales privilegiadas y condiciones ventajosas para el ascenso, para el éxito, y así es como se explica la facilidad con la que los criollos han ocupado y ocupan los puestos superiores en todos los planos de la vida nacional. La simulación, el engaño, la adulación, la amistad interesada, que no es amistad, la intriga, se emplean fácilmente para escalar altas posiciones. Todos los que hemos visto el desarrollo de la carrera científica y profesional de Silva Herzog, hemos podido comprobar un hecho casi excepcional: no han sido ni la prestancia física, ni el empleo de la simulación y de la astucia, los factores que han conducido al éxito a nuestro amigo. Han sido el estudio constante y serio, la actividad sostenida, la vida privada austera que ahorra energías y tiempo para utilizarlas en el estudio y en el trabajo, la sinceridad en las convicciones, la rectitud en los actos y la pasión, una inmensa pasión de superarse y de servir al país, las fuerzas que han llevado a Silva Herzog en su carrera ascendente, sin saltos ni retrocesos, sin emboscadas ni asaltos, sino paso a paso, en elevación lenta pero firme. Porque en un país de improvisación, como éste, la carrera de Silva Herzog da la impresión de años pacientes y continuados de labor concienzuda de un cultivador de nobles campos.

"Las anécdotas de su primera juventud revelan la energía de su carácter y la rectitud de su conducta, la grandeza de sus aspiraciones y la autenticidad de sus virtudes.

"Sus primeras intervenciones juveniles en la política son salidas de Don Quijote, con toda su belleza humana, con todo su profundo significado.

"Sus versos juveniles son pocos, pero buenos, y escritos no por vanidad, ni por imitación extralógica, sino porque tiene algo que decir, y el ritmo se busca casi instintivamente para expresarse mejor.

"Entre aquella anécdota del joven Silva Herzog, que exportó queso de tuna a los Estados Unidos, y el economista Silva Herzog que en días pasados volvió de los Estados Unidos después de haber arreglado el conflicto con la Sinclair y después de haber vendido 54 millones de dólares de petróleo a algunas compañías norteamericanas, hay una vida de esfuerzo, de estudio, de sacrificio y una actividad multiforme al servicio del país.

"Caracterizan su personalidad su espíritu científico y su sentido práctico. La disciplina del hombre de estudio, su preparación, no amenguan en lo más mínimo su concepción clara de los problemas y su sentido certero de las soluciones, sino que al contrario. Por esto, los éxitos de Silva Herzog como Director de Estadística Económica en el antiguo departamento de Estadística Nacional, como

investigador, como jefe de la Biblioteca de Hacienda y de los Archivos Económicos, como escritor, como catedrático de Economía, como consultor técnico en asuntos financieros, como pionero de diversas actividades técnicas en materia económica, como miembro de la comisión pericial en el conflicto de orden económico de las compañías petroleras y últimamente como negociador en Washington y Nueva York, forman un todo orgánico y tienen el significado vital de numerosas y cada vez más ricas cosechas que provienen de sus cualidades personales y de su propio esfuerzo.

"Su aspiración de saber, su anhelo de investigar, y su sentido de servicio al país, lo llevaron al campo de la ciencia económica y él fundó su propia universidad, recibió no en el recinto del aula sino en la soledad de las noches de estudio, las lecciones de los grandes maestros, y en esa universidad austera en la que él era el único alumno, recibió el doctorado de invisible jurado formado por las cumbres de los economistas del mundo, al mismo tiempo que el país lo doctoraba, como la juventud ateniense habría doctorado a Sócrates, porque al conocer su obra de investigador, de funcionario y de catedrático, todo México reconoció al doctorado que en lugar de diploma ostenta el título más alto y más real: la posesión sería y profunda de conocimientos científicos en la materia que ha cultivado.

"Detrás de sus primeros triunfos como economista está no sólo la inteligencia clara y avasalladora sino la voluntad enérgica y la constancia. Y también el sacrificio. Recuerdo sus sacrificios pecuniarios para poder formar su propia biblioteca adquiriendo primeramente todos los libros fundamentales sobre los problemas de México.

"Recuerdo su placer, no de bibliómano sino de estudioso, cuando a pesar de sus modestos ingresos adquiría obras relativamente caras, y con qué satisfacción justa mostraba su biblioteca inicial en la que no faltaba ninguna obra básica sobre los problemas nacionales. Porque el estudio profundo de los problemas nacionales fue desde un principio su preocupación y haciendo una especie de arrasamiento cartesiano, echó al mar del olvido todos sus conocimientos fragmentarios conforme a un plan que él mismo se trazó, paralelamente devoraba las obras de Bernal Díaz del Castillo, Sahagún, Alamán, Humboldt, José Luis Mora, Justo Sierra, Macedo y Rabasa, y se anegaba de luz en la crestería magnífica de Adam Smith, Ricardo, Mill, Pareto, Marx, Marshall, Cannan. Y este era su plan de vida como estudioso, pero ya tenía su plan de vida como hombre. Recuerdo que una vez perdió su único empleo, y nada tenía de raro que lo perdiera quien despertaba celo a los mediocres por el brillo y la amplitud de sus trabajos. Fui a su casa y lo encontré gozando la compañía de su familia, y me habló de sus planes. Sin pensar en lo

que iba a ganar, que era poco, se disponía a salir a un estado de la República, llamado por un gobernador revolucionario. Al salir de la modesta casa donde la palabra hogar adquiría todo su sentido eterno, un amigo que llegaba me mostró, escrita en tinta china sobre una cartulina blanca, el pensamiento socrático: No hay mal para el hombre de bien, ni en la vida ni en la muerte. Y este pensamiento ha sido norma de vida, porque Silva Herzog, es y ha sido, y ha querido ser, un hombre de bien, y porque a nada ha temido y ha opuesto a los embates de la vida sólo el escudo de la sinceridad de sus convicciones.

"En algunas bibliotecas de Europa encontré sus obras, y me preguntaban si era húngaro, y yo contestaba que de la tierra de Hungría sólo tenía el amor a la música y esa potente resignación que se alimenta en las más altas virtudes humanas, frente al dolor de la vida. Y después, muchos años después, cuando la muerte le arrebató al primogénito, con una resignación de personaje de tragedia esquiliana, se enfrentó al dolor.

"No he querido, adrede, referirme a su obra de maestro universitario y de economista al servicio de la Nación. Todos ustedes conocen mejor que yo estas obras. He querido referirme más al maestro de la vida que al maestro de la cátedra.

"Como Beethoven, Silva Herzog ha podido decir: quiero demostrar que todo el que obra recta y noblemente, puede por ello mismo, sobrellevar el infortunio. Como el glorioso sordo de Bonn, bien puede decir: hacer todo el bien que sea posible, amar la libertad, mejor dicho, la libertad y el bienestar de todos los trabajadores del mundo, por encima de todo, y aun cuando fuera por un trono no traicionar nunca la verdad.

"Dice Romain Rolland en su vida de Miguel Angel: Hay en el Museo Nacional de Florencia una estatua de mármol que Miguel Angel llamaba "El vencedor". Es un joven desnudo, de cuerpo hermoso y con los cabellos en bucles sobre la frente. De pie y erguido, apoya la rodilla sobre la espalda de un prisionero barbudo que estira la cabeza hacia adelante, como un buey. Pero el vencedor no lo mira. En el instante de ir a lanzar el golpe se detiene, con expresión de tristeza en la boca y con los ojos indecisos. Su brazo se repliega hacia el hombro, se echa hacia atrás; ya no quiere la victoria como si le repugnara: Ha vencido y está vencido. Es la imagen de la duda heroica. Sólo derrotas como esta del joven guerrero que por nobles sentimientos no se atrevió a matar al prisionero, son las derrotas que un hombre como Silva Herzog puede tener en la vida y estas derrotas son victorias.

"Decía Federico Nietzsche: el hombre del porvenir, original, vigoroso, ardiente, infatigable, enemigo de los libros. Silva Herzog

es un hombre del porvenir en un sentido casi nietzscheano, porque el único requisito que no reúne es el de no ser enemigo de los libros.

"Decía el mismo Nietzsche: yo quisiera expulsar de mi estado ideal a los hombres que se llaman cultos, como Platón quería hacer con los poetas; este sería mi terrorismo. Si Silva Herzog hiciera el plan de su República ideal, expulsaría a los perezosos, a los simuladores, a quienes carecen de virtudes fundamentales, a los que no ponen la vida al servicio de la nación y de la humanidad y a los que no luchan por una organización social de plena justicia.

"En este cordial ambiente de amistad en que celebramos justamente al amigo y al maestro, hago votos porque por muchos años más las generaciones de jóvenes mexicanos sigan recibiendo las lecciones y el ejemplo de este amado amigo nuestro, doblemente maestro, en la cátedra y en la vida."

LA señora Olga Elena Morán de Rey perteneció a la generación de estudiantes de Economía de 1955-1959, habiéndose distinguido entre sus copañeros de grupo por las altas calificaciones que obtuvo. Muy luego presentó su examen de licenciatura con unánime aprobación del Jurado. Actualmente enseña materias económicas en la Facultad de Ciencias Políticas, cátedra que obtuvo por oposición. El maestro Jesús Silva Herzog la considera como una de sus más brillantes discípulas. Y ahora, aquí viene su excelente discurso:

"El Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México rinde hoy homenaje al Dr. Don Jesús Silva Herzog por la obra realizada a lo largo de su vida que, como la calificó Rosierí Frondizi, 'ha sido una vida entera regida por una conducta insobornable puesta al servicio del bien social y alimentada por una pasión que ha tenido siempre proyección continental. Desde sus actuaciones juveniles en los años más duros de la Revolución Mexicana, se pone al lado de los que quieren conquistar más felicidad para su pueblo, pugnando por lograr el imperio de una justicia integrada en un ámbito de libertad'.

"Hombre cabal, de convicciones hondamente arraigadas, trabajador infatigable, bien puede enorgullecerse de la vida recorrida. El esfuerzo sostenido a través de ella lo ha llevado invariablemente al éxito. Éxito que ha conocido en todas las actividades que ha desarrollado: como diplomático, como técnico al servicio de su Patria, como economista, maestro, escritor o editor.

"Imposible hablar de lo que el Maestro ha realizado en los incontables aspectos de la actividad humana en que ha incursionado y que lo han llevado a realizar su vida. Sólo quiero hacer mención

de su importante intervención en la expropiación petrolera, de su esfuerzo en el sostenimiento y la dirección de la revista *Cuadernos Americanos* y de lo que creo sea su labor más importante, como él mismo lo ha descrito: 'la formación intelectual y moral de un gran número de jóvenes, procurando clavar en su conciencia la honradez como norma de vida y el servicio desinteresado a México'. Esta tarea lo ha llevado a ser Maestro en la cátedra, en la calle y en los libros.

"La única justificación que puede tener mi intervención en este acto de homenaje, es haber sido su alumna en la cátedra y seguir siendo su alumna en la vida, participando así de sus conocimientos, de su optimismo, de su alegría y de su preocupación por el hombre. El hombre, ha dicho: 'es lo fundamental en la vida de la sociedad. lo primero su bienestar físico, para lograr su superación moral e intelectual; la ciencia y el arte deberán estar al servicio del hombre y el supremo ideal de la civilización estriba en la armonía del hombre con la naturaleza y de todos los hombres entre sí'."

"Su presencia en el aula era siempre alta, muy alta, erguida, robusta y recia. Su voz sonora exponía cifras y hechos traídos de una gran memoria que impresionaba. Disciplina mental y sabiduría. Una mano que subía lenta y temblorosa, acercaba el papel de grandes letras a los ojos y se apoyaba en la frente como para lograr el pensamiento exacto. Bajaba bruscamente golpeando en la mesa como para afirmarlo y fijarlo mejor en las conciencias. Todo esto es un resumen de la figura y el estilo del Maestro.

"El pensar y el actuar difícilmente van de acuerdo, por eso es de admirar a quienes como Don Jesús practican cotidianamente sus ideales, predicando así a sus alumnos con el ejemplo de su propia conducta, ganando su profundo respeto.

"Sincero siempre, sus discípulos hemos recibido de él una verdad luminosa, sintiéndola en nuestras conciencias: 'el hombre sólo con la verdad sirve al hombre, el hombre sólo con la verdad sirve al pueblo'."

"Este ejemplo ha sido dado a muchos jóvenes desde 1919, año en que el Maestro se inició en la cátedra. Ya en 1924 enseñaba Economía Política en la Escuela Nacional de Agricultura y, en 1925, en la Escuela Nacional de Maestros. Creó en ese mismo año la cátedra de Historia Económica de México y en 1928 la de Problemas Sociales y Económicos de México en la Facultad de Filosofía y Letras.

"Consciente de las necesidades del país y de su transformación, fue uno de los fundadores de la Escuela Nacional de Economía, la que debe a él gran parte de su existencia y espíritu, en ella impartió su cátedra de Historia del Pensamiento Económico hasta 1969.

y dictó innumerables conferencias. Más de cinco décadas dedicó a la docencia, transmitiendo el pensamiento de los hombres que nos antecedieron, examinándolo con rigor analítico, ejerciendo la crítica, reconstruyéndolo e interpretándolo, buscando siempre la función de las ideas en el contexto histórico social.

"Pero, ser maestro implica una eterna lucha contra el tiempo para no desgastarse y un siempre viajar dentro del tiempo en pos de la actualización constante de los conocimientos. La renovación continua y la ardua investigación han hecho del Dr. Silva Herzog no sólo un Maestro, sino un gran Maestro. Estudioso permanente y gran investigador lo califican así, todos esos libros que ha escrito; para mejor enseñar.

"En 1927 empieza a publicar el resultado de sus investigaciones, bajo el título 'Apuntes sobre la Evolución Económica de México', su primer libro, que da la pauta de sus inquietudes. Posteriormente, entre sus numerosas obras, sobresalen especialmente los trabajos sobre temas sociales y de historia económica y social. Muchos de sus años de investigador los ha dedicado a presentar las ideas predominantes de la Ciencia Económica, en las distintas épocas históricas.

"Conviene señalar que el interés por la evolución de esta ciencia data apenas de un poco más de cien años. En el siglo XVIII hay unas cuantas obras sin importancia y un capítulo de la Riqueza de las Naciones que se ocupa de este tema. Es a fines del siglo XIX y principios del XX cuando con el desarrollo de la enseñanza de la economía llega a ser más popular la historia de las ideas que la han venido superando. Don Jesús fue pionero en ella. En su primer libro 'Historia y Antología del Pensamiento Económico: Antigüedad y Edad Media', publicado en 1939, señala el objeto del conocer el pensamiento económico en estos períodos, en los siguientes términos: 'No tener presentes o desdeñar las ideas económicas de tales períodos es un error porque muchas de esas ideas han ejercido innegable influencia en el pensamiento y en los hechos económicos durante varios siglos, influencia que a veces ha llegado hasta la época contemporánea; y no es posible explicar satisfactoriamente ciertas doctrinas ni determinados hechos que se han señalado en la historia, sin conocer las fuentes de su origen'."

"Así es, muchas de las antiguas ideas tuvieron sus orígenes en estructuras institucionales, en las relaciones entre los diferentes grupos económicos y sus intereses opuestos. En la medida que algunos de estos elementos siguen existiendo en formas similares o iguales, esas ideas no han muerto.

"Las opiniones de Aristóteles sobre las diferentes clases de trabajo humano, la censura de los Escolásticos de la Edad Media

a la usura, las teorías de los mercantilistas sobre el comercio exterior, las nociones de los fisiócratas sobre la agricultura, la teoría de la renta de Ricardo y las aportaciones de sus seguidores, la rebelión de los románticos alemanes contra el liberalismo económico y tantas otras siguen viviendo entre nosotros y han formado el fondo de ideas de donde las generaciones posteriores hemos tomado nuestro alimento intelectual.

"Con 'Tres Siglos de Pensamiento Económico' editado en 1950, el Maestro continúa su obra, llevando a cabo un esfuerzo de síntesis de una época que se caracteriza por su riqueza ideológica y su carácter de transición entre el feudalismo y el capitalismo, obra que fue ampliada y profundizada más tarde en 'Antología del Pensamiento Económico-Social —de Bodino a Proudhon', editada en 1963.

"Lo de económico y social, escribe en el prólogo de este libro, se debe a que muchas veces no es posible establecer fronteras estrictas entre lo social y lo económico, sobre todo tratándose de períodos en que no existía una doctrina propiamente dicha, ni la economía política había sido constituida como ciencia'."

"Por ser siempre una obra de selección e interpretación, en una historia de las ideas, suele estar presente la ideología del autor, no sólo en aquello que omite y por la forma como presenta lo que incluye, sino especialmente, en esto de la forma lo que cuenta mucho es el énfasis. Así, en la 'Antología del Pensamiento Económico-Social' se brinda al lector un panorama económico en el que se ubica a cada autor en su tiempo y espacio, analiza la evolución económica y social desde la antigüedad al siglo XIX y critica acremente al capitalismo y a los sistemas anteriores de explotación, panorama que, a guisa de introducción, antecede a la selección de autores: mercantilistas, economistas de transición, fisiócratas, clásicos, críticos sociales y socialistas utópicos.

"Los hombres —dice enfatizando en esa introducción—, son instrumentos del momento histórico en que viven, aun cuando a su vez influyen o suelen influir en su momento histórico' y refiriéndose al capitalismo escribe: 'No puede negarse la obra constructiva del capitalismo, mas tampoco cabe negar, de igual manera, que no puede continuar esa obra para siempre en el tiempo, porque ello es contrario a la experiencia histórica y porque así lo están revelando los últimos acontecimientos científicos, técnicos y sociales'.

"Al comentar los postulados de la Revolución Francesa, expresa: ¡Igualdad política! ¡libertad! ¿fraternidad?

"La igualdad política resulta una sangrienta ironía, porque ¿cómo puede ser igual ante la Ley el hombre miserable, el hombre del pueblo que no tiene qué comer y el rico que disfruta de los goces

que la vida ofrece a los que poseen bienes de fortuna. Palabras, palabras.

“¡Libertad! pero ¿libertad para quiénes? ¿libertad para los trabajadores?”

“Al obrero y al campesino asalariado, afirma, les queda la libertad de morirse de hambre o de pegarse un tiro.

“¿Fraternidad? pregunta, fraternidad milagrosa entre explotadores y explotados, entre ricos y pobres, entre víctimas y victimarios, entre lobos y corderos. ¡Mentira! responde. Había que hacer literatura para engañar al proletariado, entonces sin conciencia de clase y de organización’.

“Siempre en defensa de la clase trabajadora, al tratar sobre la situación de ésta, en Inglaterra a mediados del siglo XIX, afirma, ‘qué importaba que un inmenso dolor estrujara las entrañas de miles y miles de esclavos blancos, qué importaba todo esto; la burguesía por medio de la moderna producción capitalista, misteriosa alquimia, había logrado convertir el dolor, la miseria y la muerte en riquezas que aumentaban más su poder y su bienestar’.

“Dos son las aportaciones que a la historia de las ideas hace el Dr. Silva Herzog en esa obra: la inclusión de seis grandes pensadores españoles, nunca antes tratados y la presentación en castellano, por primera vez, de fragmentos de la obra de algunos autores extranjeros y su correspondiente análisis.

“De pensamiento marxista, todos los libros del Maestro se apoyan en la convicción de que la estructura económica de una época dada y los cambios que sufre son los factores que ejercen influencia más poderosa sobre las ideas económicas, pero insiste en que el factor económico si bien es preponderante no es el único y que las ideas a su vez influyen en el desarrollo de la práctica económica. A este respecto escribe: ‘No hay que olvidar nunca que los cambios sociales profundos siempre son originados por cambios económicos y éstos, por las modificaciones que introduce la técnica en las formas y sistemas de producción’.

“‘Al cambiar la realidad, cambia también el pensamiento, primero en los espíritus más afinados, más sensibles a las transformaciones del mundo circundante; después tras de largo batallar en aquellos incapaces de percibir con facilidad los rumbos del movimiento histórico. La realidad dio nacimiento a la teoría, afirma, aun cuando después la teoría influyó en la realidad’.

“Quizás el libro más importante del Maestro por lo que a historia del pensamiento económico se refiere sea: ‘El Pensamiento Económico y Social de México’. En él presenta en forma clara y didáctica no sólo las ideas económicas sino las sociales y políticas de nuestros mejores pensadores, desde la Independencia hasta nues-

tros días y contribuye al conocimiento de la evolución de estas ideas en nuestro país, así como de la influencia que el medio histórico y social han tenido en ellos.

"En el brillante resumen de la historia de nuestra Patria que sirve de introducción a este libro, escribe: 'Conviene distinguir el significado de las palabras progreso y desarrollo. El vocablo desarrollo, en sentido moderno, significa avance paralelo de lo económico con lo social o mejor dicho con la justicia social. Y la justicia social consiste, en pocas palabras, en que todos los miembros de una sociedad coman lo necesario para su normal, adecuado y armónico desarrollo biológico. Consiste en que todos se vistan con decoro. Consiste en que todos habiten en casas cómodas e higiénicas. Consiste en la abolición total del analfabetismo y en que todos tengan igualdad de oportunidades para alcanzar la cultura superior técnica o universitaria'.

"Al referirse a la forma de lograr un auténtico desarrollo con eficacia económica y justicia social, el Maestro expone: 'Una política de Moneda y de Crédito es indudable que contribuya al funcionamiento del gasto público; pero es absolutamente necesario realizar una reforma fiscal a fondo para llegar lo más pronto posible al impuesto único personal'.

"Es menester considerar que es algo esencialísimo distribuir el ingreso nacional con justicia y equidad'.

"De la reforma agraria, opina:

"La reforma agraria debe ser integral o de lo contrario no será reforma agraria. . . la solución apropiada consistirá en la explotación colectiva de los predios agrícolas por medio de sociedades cooperativas de responsabilidad solidaria ilimitada, tanto entre los ejidatarios como entre los dueños de parcelas de propiedad particular'.

"Hay que fomentar la agricultura, transformarla, mecanizarla utilizar semillas mejoradas, abonos químicos y el riego donde sea posible con el fin de incrementar la productividad del campesino mexicano'.

"Es necesario 'elevar los niveles de vida del campesino para que sea consumidor de los productos de la industria sin lo cual, no será posible la industrialización'. El mercado, afirma, necesita del mercader y del mercador.

"En relación con las inversiones extranjeras directas, declara que deben ser cuidadosamente reglamentadas, si no se quiere entregar al país a los monopolios norteamericanos. . . 'Es preferible caminar despacio siendo libres, que caminar de prisa para ser esclavos. Las inversiones indirectas pueden ser deseables, o no serlo.

Ello depende de sus términos y de nuestra capacidad para cumplir con los compromisos contraídos'.

"En cuanto a la planificación, cree que es el único camino para incrementar la tasa de crecimiento de una Nación. Para avanzar de prisa, aconseja, debemos nacionalizar las minas, las fundiciones de metales, la siderúrgica y toda la industria pesada, la banca y las compañías de seguros.

"Hombre libre, independiente, sin compromisos con nada ni nadie, propone llegar, con amplio y consciente apoyo popular, de acuerdo con nuestra historia y nuestra idiosincrasia, a nuestro sueño de superar la dura realidad del presente.

"Después, para el futuro, será inevitable llegar al socialismo, a un socialismo democrático o democracia socialista, sin menoscabo de la libertad de pensar, de escribir, de creer o de actuar'.

"SON éstas sólo algunas de las ideas económicas del Maestro, todas ellas nutridas de contenido social y humano, porque, como ya he dicho, lo más importante para él y su más notable posición, es el Hombre.

"El Hombre contemporáneo, ha dicho muchas veces, 'lucha con la más profunda crisis de todos los tiempos, crisis vertical y horizontal, moral e ideológica: crisis total. Los grandes estadistas quieren resolver el problema del mundo con fórmulas viejas, guiados por el interés económico más que por los sagrados intereses del hombre'.

"Guiado por esos sagrados intereses ha luchado Don Jesús, por resolver los problemas de su pueblo. Soñando siempre por hacer de su Patria 'una morada en la cual disfruten todos de los mayores bienes materiales y espirituales y de la mayor igualdad compatible con la naturaleza humana'.

"Bien puede estar orgulloso de su vida recorrida y de su obra realizada. Es la vida y la obra, como dijera León Felipe, de un hombre de clara estirpe luminosa que 'aunque oficialmente es un gran economista, su corazón se mueve con un ritmo poético y sabe muy bien que toda la economía del mundo trabaja para que el Hombre pueda cantar un día, libre y alegremente, su canción'".

Y luego tocó el turno a Francisco Martínez de la Vega, periodista en el más alto y mejor sentido del vocablo. Hace dos años recibió el Premio Nacional por sus méritos como comentarista político, premio que le fue entregado por el señor Presidente de la

República, licenciado Luis Echeverría. Martínez de la Vega es coteráneo de Silva Herzog. El discurso dice:

"Hacer de la vida una ininterrumpida rutina de esfuerzo, de afán, de reto cumplido sin que importen circunstancias adversas, incomprendiones e indiferencias y cuando esa rutina de la dignidad esforzada se prolonga más y más sin la presencia de vacilaciones; sin petición de tregua; sin atenuar los requerimientos íntimos, esos requerimientos no susceptibles de engaño, de conformismo amañado, de autoconmiseración siempre inclinada a disculpar debilidades pero enérgica en el juicio de las ajenas, es, en el mejor sentido del vocablo, dejar un noble ejemplo, justificar hasta la exaltación la existencia de un ser humano; realizar y rematar, en fin, la hazaña de recorrer el camino vital con la ocupación y la preocupación de igualar la conducta con el pensamiento.

"Así he visto desde hace varias décadas a Jesús Silva Herzog. Siempre que pienso en las circunstancias que han encuadrado su vida; siempre que oigo a alguno de sus alumnos referirse a ese maestro por antonomasia; cuando veo a tantos solemnes y admirados personajes de nuestro mundo intelectual humillarse ante los vientos cortesanos y ante los hombres del poder, se acentúa la admiración hacia ese potosino que no cesa de responder a los retos de la vida en este mundo de confusiones y tempestades y de afanarse por salvar cuanto sea posible del naufragio de los máximos valores morales.

"Quizá la primera referencia del hombre y del nombre haya sido la recibida en una infancia todavía confusa cuyos recuerdos se entremezclan en la irrupción de hombres de sombrero y vestimenta de Texas y malas palabras en el ambiente sosegado de la provincia potosina. Debe haber sido en la conversación de los mayores en el viejo hogar del barrio de Tequis, antes o después de la voladura del templo para hacer el camino a Morales. Los 'curros' de la tierra no agradecían el camino pero consideraban obra del Maligno la voladura del templo. En ese ambiente debo haber oído comentar que un joven brioso estaba en peligro de ser fusilado por los carrancistas. Después supe que ese joven había estado en la Convención de Aguascalientes y ese y algún desdenoso comentario sobre Obregón, vencedor de la División del Norte, eran causa de su enjuiciamiento.

Pasaron no pocos años para que yo volviera a oír el nombre y supiera de los pasos del hombre. Admiración en algunos, respeto en todos, acompañaban las alusiones a ese maestro que destacaba en el difícil medio de la capital. Maestro, escritor, hombre de cultura conquistada con inverosímil esfuerzo. Supimos de las deficiencias de su vista y de cómo, a pesar de ello, manteníase al día en

lecturas no sólo de su especialidad como economista, sino de su más generalizada, alerta preocupación por todos los frutos de la cultura humanista.

"Después, ciertas coincidencias en la posición mexicana acrecentó mi admiración y solidaridad ante Jesús Silva Herzog, y lo he seguido, desde entonces, pendiente de sus empresas, de sus logros, de sus intentos. Ajeno a las disciplinas de la economía, esa admiración se ha cultivado, por lo general, fuera del ámbito de ese oficio hoy tan bien cotizado en las preocupaciones de planeación y promoción en un país que se mece entre crisis y crisis; en tarea inacabada de formular programas de desarrollo que tienen que sufrir constantes adecuaciones a las cambiantes circunstancias y requerimientos. Esta solidaridad y simpatía siguen al mexicano, al hombre de preocupaciones políticas, al exponente de una dignidad individual que, triste es tener que confesarlo, resulta fruto de excepción en nuestro medio; tan propicio a deslices o descuidos éticos y a premiar afanes acomodaticios.

"Quisiera evocar especialmente esta noche sólo un momento en la vida de Silva Herzog. Se conmemoraban, me parece, cincuenta años de tarea magisterial de este maestro por excelencia. Era el año de 1969. Las heridas dejadas en el ánimo de los mexicanos por las tempestades del año anterior aún no empezaban a cicatrizar. En torno a Silva Herzog nos reunimos varios centenares de sus amigos y de sus alumnos. Se respiraba en la atmósfera de esa celebración la sana alegría, sin solemnidades, que produce un homenaje a la hombría de bien; al esfuerzo limpio; a la figura respetable de un maestro y de un hombre de su calidad. Aún me parece ver llegar, con el aire digno y modesto que lo caracteriza, con su gentileza indígena y sus ademanes discretos a Norberto Aguirre, a la sazón Jefe del Departamento Agrario. Acudía a la reunión a legítimo título de alumno del homenajeado, pues allá en la Escuela de Agricultura en Chapingo, Silva Herzog dictaba cátedras que no olvidan varias generaciones de ese gremio agronómico tan ligado, entonces, a la tarea de realizar, con Cárdenas, el reparto de tierras, ese viejo ideal revolucionario, tantas veces expuesto en las palabras como compromiso cumplido y satisfecho. El alto funcionario era depositario de una carta cordial y gentil del Presidente Díaz Ordaz. En esa misiva, el Presidente de México saludaba al maestro y se asociaba al homenaje. No podré olvidar la respuesta de Silva Herzog a esa atención presidencial. Agradeció el gesto cumplidamente pero expresó, en obediencia a los reclamos de su conciencia de mexicano libre y digno, que muchísimo más agradecería la liberación de los estudiantes y maestros que permanecían en las cárceles, víctimas de las represiones con las cuales se pretendieron liquidar las cuentas

tempestades del 68. En ese momento, la voz del maestro fue, en plena identidad, la voz de la conciencia de la nación. Y en esa coincidencia se forjó una lección más del viejo maestro. Una lección que, como tantas otras derivadas de su ejemplo, no deberemos olvidar nunca.

"Hemos oído ya la semblanza que el maestro Loyo hizo en 1940 sobre este mismo hombre de México. Y, además, seguimos con interés el inventario de las tareas y afanes del economista singular. A este modesto periodista corresponde, inmerecidamente, el intento, que sabemos bien no alcanzará el nivel ambicioso del propósito, de hablar de Jesús Silva Herzog escritor, del hombre preocupado por el proceso mexicano, por la cultura en sus diversas expresiones; del fundador y editor de *Cuadernos Americanos*, esa publicación que recoge la vida y pasión de nuestra América; que nos liga al vivir y sufrir de los pueblos de este continente, siempre en desventaja frente al Gigante Imperial, voraz y agresivo, que ha contado tantas veces con la servil complicidad de sus aliados y socios dentro de nuestros ámbitos nacionales.

"Nada importarían tal vez, los inverosímiles esfuerzos de toda su vida, si Jesús Silva Herzog los mantuviera, concreta y exclusivamente, encauzados hacia el incremento de su personal prestigio y aureola. Sería, de todos modos, admirable su afán, pero no tendría el hálito de la grandeza que le mantienen su conducta y sus preocupaciones. Siempre sin olvidar sus responsabilidades con los demás; en todo momento dispuesto a enfrentarse con los molinos de viento para deshacer entuertos; para brindar ayuda a los perseguidos; para arrimar el hombro a la causa de la verdadera democracia y de la justicia social. En reiteradas ocasiones ha expuesto su convicción de que esa democracia, esa justicia social, sólo serán posibles en la medida en que nos acerquemos a una organización socialista, despojada de dogmas y de limitaciones a la suprema dignidad del ser humano.

"Aunque sea con la brevedad obligada de la ocasión, intentemos la semblanza del hombre que hoy nos reúne para testimoniarle nuestra admiración, nuestro respeto, el reconocimiento de sus altas virtudes.

"La cuna

“No quiero ni puedo desdeñar el hecho de que es este el homenaje rendido a un potosino ilustre. Silva Herzog no olvida, como suele decirse, la cruz de su parroquia. No sólo no la olvida, sino se muestra siempre orgulloso de ella. Me cautiva esa fidelidad a la

cuna provinciana por una solidaridad más que mantengo con el ilustre maestro: la de ser también potosino. Ustedes sabrán disculpar que esta noche, al referirnos a la cuna de Silva Herzog, recoja aquí algunos párrafos de un viejo trabajo en el cual intenté describir la cara y cruz de San Luis Potosí. Citemos a San Luis con su venia:

"En su altiplano, el oro y la plata; en su tierra baja, el petróleo. San Luis Potosí ha cargado en la cruz de su destino la paradoja de la patria grande: pueblo pobre en subsuelo rico. Caras contrastadas de una misma moneda. San Luis ofrece el gris horizonte semi-desértico y el verde mojado de su Huasteca. Conquistadores espadachines, beatos misioneros y gambusinos descubren ricas vetas y fundan villas y poblados para el beneficio de los metales. Una de esas vetas parece 'El Dorado' y a la franciscana veneración por el rey santo de las Galias se une, en esperanza y en ambición, el nombre mágico de Potosí, como el recién descubierto mineral boliviano. Y un 25 de agosto, el de 1573, nace en el valle de Tangamanga la ciudad de San Luis Potosí. En el posterior escudo de la muy noble y leal ciudad habría de quedar la efigie de San Luis Rey, sobre el mineral de San Pedro y barras de oro y plata. Un día, la justa furia de los trabajadores de las minas entraría a romper el sosiego del poblado con motines de rebeldía proletaria alterando el ritmo tranquilo de la Colonia. Otra vez, por las mismas calles de 'Los Tumultos', saldría un joven ingeniero de minas que no volvería más al Potosí, porque su cabeza quedó, con la de Allende y Aldama, escoltando en la Alhóndiga de Granaditas la del cura de Dolores. Se llamaba Mariano Jiménez y no hay labios mexicanos que, desde entonces, puedan pronunciar sin devoción su nombre.

"Días negros en el camino de México dieron a San Luis su mayor y más noble blasón. Tropas extranjeras se internaron en nuestro territorio por la frontera norte, en aquella injusta guerra de 1847 en la cual honor y victoria no coincidieron. La anarquía, la miseria y la pasión partidista entorpecían la cohesión de nuestro país y hacían prácticamente imposible la eficaz defensa de nuestro territorio. El Congreso de la nación hizo un patético llamado a todo el país. Y el estado que respondió primero y en mayor grado fue el potosino. El mismo Congreso de la Unión le concedió el título de San Luis de la Patria.

"En el México ejemplar de la Reforma, una voz potosina fue heraldo de la mayor dignidad republicana. En el Constituyente de 1857, Ponciano Arriaga fue guía certero y ayudó en proporción inolvidable a la formulación del estado mexicano. Su voto particular sobre las modalidades y limitaciones que el interés público debía imponer a la propiedad de la tierra, fue semilla que la his-

toria haría fructificar en la Constitución que el pueblo armado habría de darse en Querétaro 60 años después, en 1917.

"La verdadera nobleza de su ilustre apellido alumbró de nuevo las mejores esperanzas populares, cuando Camilo Arriaga, en los albores del siglo, convocó y organizó en San Luis Potosí el Primer Congreso del Partido Liberal, donde los precursores de la revolución descargaron sobre la ya anacrónica dictadura los primeros rayos de la inconformidad del pueblo mexicano.

"De la vieja ciudad, que tuvo Casa de Moneda y Obispos que vivieron como Cardenales del Renacimiento, pero en la que el pueblo siempre consiguió con extremas dificultades sostener su vida, salió el llamado de honor que convocó a los mejores mexicanos del campo y de la ciudad para la rebeldía popular de 1910. De su cárcel salió Madero libre y rebelde en la hora en que no se podía ser libre sin ser rebelde. Y vino la revolución.

"La Huasteca es, dicen los intelectuales del altiplano, otro mundo. Y en efecto, lo es en más de un sentido. Mientras en el altiplano potosino cielo y tierra son resecos, claros, luminosos, en la Huasteca el verde se amotina a cada paso, la naturaleza prodiga dones y amenazas y el ruido del agua es música constante en el oído del viajero. Zona que durante muchas centurias permaneció prácticamente incomunicada, conservó mejor sus propias costumbres, sus características sociales, sus contradicciones. Paisaje, fauna y flora son naturalmente, distintos. Caña de azúcar, café, frutas tropicales, pastos inmejorables para la engorda de ganado mayor abundan en esta tierra huasteca donde la presencia indígena se hace notoria. Joaquín Mead, señala Tancanhuitz como la cuna del maíz, ese cereal milagroso en cuyo torno se va fraguando la cultura prehispánica y que el poeta concretó como la superficie de la suave patria. En Tamuín, las ruinas nos recuerdan similitudes y coincidencias con los mayas, lo que también ocurre con el habla musical que aún se escucha los días de 'tianguis' en los pueblos de la sierra y en el Tamazunchale que es la salida natural de los productos de la zona. Violento el clima, violentas las pasiones, vehemencia en la amistad y en la enemiga, la convivencia humana no fue nunca fácil ni plácida en la Huasteca y con los productos de la tierra se cultivaron durante siglos cacicazgos y rivalidades familiares que frecuentemente salpicaron el verde prodigioso con la sangre del odio desbordado.

"Ayuda a comprender a la tradicional huasteca, que las cada vez más fluidas comunicaciones van domando, el significado de los nombres de algunos de sus viejos poblados. Tamazunchale es el lugar donde mandan las mujeres; Tancanhuitz queda como poética canoa de flores; Tampamolón es el hogar del jabalí y así va contrastando el dulce hablar de los huastecos peliños y sonrisas de la naturaleza."

"Este contraste de altiplano y tierra baja que es San Luis Potosí es la cuna de Jesús Silva Herzog.

"El esfuerzo

“DESDE muy joven, Silva Herzog tuvo problemas con sus ojos. Lo que hubiera desalentado a todo adolescente con preocupaciones culturales resultó acicate para la voluntad de nuestro homenajeado. Entregó el don de la vista a su afán insaciable de lector. Y Silva Herzog fue formándose como maestro de historia, de literatura, de economía. Pero nunca dejó de ser escritor ni hombre preocupado por los problemas de la humanidad y los de su país. Estancia en puestos cada vez más altos y de más grave responsabilidad de nuestra vida pública. Funcionario de Hacienda; Embajador en la Unión de Repúblicas Socialistas; Factor en la fundación y en la tarea, durante muchos años, del Fondo de Cultura Económica; fue su esfuerzo lo que dio origen a *Cuadernos Americanos* y lo que aún hoy sostiene a ese heraldo de la verdadera fraternidad latinoamericana. Pero, ¿se puede sintetizar en sólo esta noche, la magnitud, hondura y elevación de la obra de este singular hombre de México? Renunciemos a esa inalcanzable ambición. Seamos más modestos y aludamos, aunque sea superficialmente, a los gestos, actitudes, posiciones destacadas de este luchador a quien su poderosa vocación cultural nunca encerró en la tranquila y solitaria torre de marfil, sino que en todo momento sintió como suyos los problemas, las angustias, las necesidades del hombre de su tiempo y, sobre todo, las de su Patria.

"En Silva Herzog, Lázaro Cárdenas —¿podemos pronunciar ese nombre, tan nutrido de lo mejor de nuestra historia, sin veneración y mexicana gratitud?— tuvo un auxiliar inestimable en esa batalla del petróleo, página ilustre y orgullo de nuestras mejores realizaciones. Como Perito en el conflicto económico planteado por las compañías extranjeras y como administrador de capacidad, resolución y limpieza que no podrán llegar a la exageración. Su participación en esa hazaña del nacionalismo y de la dignidad de nuestro país, bastarían para asegurar a Silva Herzog un lugar distinguido entre los mexicanos de nuestro tiempo. Pero, recordemos, don Jesús está ligado, directa o indirectamente, a las más nobles y asediadas trincheras de la mexicanidad y a las mejores causas del hombre. Los dictadores de nuestra América fueron rechazados siempre por Silva Herzog y sus publicaciones, su influencia personal, vigorizó y humanizó el asilo a los perseguidos en todos los rincones del planeta pero, más directamente, a quienes llegaron a tierras mexicanas per-

seguidos por la insania de los Somoza, Trujillo, Franco y todos los dictadores que hemos padecido, victimario de cuantos perdieron patria por la fidelidad a sus ideas y por su insobornable vocación libertaria. Todos aquellos hijos a quienes, digámoslo con las palabras de Pablo Neruda —parieron a México las tormentas del mundo— encontraron en Silva Herzog mano amiga, comprensión humana, solidaridad espiritual.

“Ese es el Silva Herzog que yo concibo, entiendo y admiro. Veo en este viejo maestro la fortaleza del roble, la serenidad del hombre que sabe que ha cumplido con su tarea, veo, también, la paz interior que sólo puede dar, en los hombres de bien, haber respetado cuanto de respetable encontró en la vida. Y, lo más difícil: Saber que él mismo se ha hecho, ante sus ojos, respetable.

“*El escritor*

“**C**OPIOSA es la cosecha del escritor. Conferencias, discursos, ensayos sobre diversos temas, podría decirse que no hay cuestión mexicana de trascendencia; no hay problema vital de nuestra época que no haya sido motivo de su meditación, de su análisis, de su exposición. Silva Herzog, apuntemos, fue una de las primeras voces que advirtieron de las desviaciones de la Revolución convertida en Institución gubernamental, desde los dorados tiempos del alemanismo, con sus memorables ensayos en *Cuadernos Americanos* sobre la Revolución Mexicana en Crisis, en 1944. Muchos de los yerros y desviaciones en el camino mexicano fueron señalados por el maestro con veracidad, con valor cívico y con acierto. Sobre la tierra, nudo donde se traban y destraban tantas tempestades en el proceso mexicano, el escritor tiene múltiples ensayos luminosos donde el rigor histórico no pierde nunca el aliento del revolucionario y del humanista; El Agrarismo Mexicano y la Reforma Agraria; en su Breve Historia de la Revolución Mexicana; en Trayectoria Ideológica de la Revolución Mexicana y en casi todos sus estudios sobre México, la cuestión de la tierra mantiene jerarquía de primer orden. Su participación en el proceso de expropiación de los bienes de las Compañías Petroleras y la posterior nacionalización de la Industria quedan también registradas con veracidad en numerosos libros y folletos. Su autobiografía lleva ya varios tomos, en los cuales puede seguirse paso a paso la marcha vital de este maestro y confirmar la impresión de que no estuvo nunca ajeno ni fue indiferente a las angustias de su país y de su mundo.

“Mención especial merece, seguramente, el Mensaje a un joven economista mexicano. Allí el maestro se muestra en plenitud, así

como sus concepciones de la profesión; de los deberes de todo profesionalista de México; de la conciencia que el hombre debe tener de los problemas, injusticias y necesidades de su medio físico y de su convivencia.

“Repitamos en esta ocasión algunos de los párrafos de su Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, el 17 de octubre de 1956. Siguió don Jesús la huella de la crítica social que alienta en el Quijote, esa biblia de los ideales humanísticos, esa suma de locura sublime cuando la cordura es oportunismo, voracidad y ambición. Recoge en ese discurso, fiel a sí mismo y al espíritu de don Alonso de Quijano, el Bueno, la intención cervantina de crítica a esa sociedad en la cual el mutilado de Lepanto, el esclavo de Argel, no se sintió nunca, en cabalidad, bien adaptado. Se hace eco de las palabras de Manuel Azaña cuando dice: ‘el frenesí antisocial de Don Quijote viene a ser la descarga de la tensión insufrible de un alma dolorida, tierna, amante; su grandeza, su extravío, su vida descomunal, revelan la fuga de un ensueño gigantesco desde la prisión de lo mediocre’. Repara y acentúa, como era congruente esperar de Silva Herzog, en las palabras del Quijote ante los guardias de los cabreros, cuando expresa: ‘... No faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso hacer esclavos a quienes Dios y naturaleza hizo libres... allá se lo haya cada uno con su pecado. Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno y no es bueno que los hombres honrados sean verdugos de los otros, no yéndoles nada en ello’. Comprendemos que esta reflexión hiciera impacto en Silva Herzog, cuya energía y capacidades se han ennoblecido en la defensa de los perseguidos.

“Pero queremos terminar con lo que, muy probablemente, impresionó más del Quijote a nuestro homenajeado. ¿No es este consejo una radiografía del mejor aliento de este viejo maestro a quien hoy rendimos el homenaje de nuestro respeto y admiración? El lo exalta al principio de su discurso. Oigámosle otra vez:

“‘La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres’.

“DON JESUS:

“Su vida entera nos parece que es el cumplimiento de este consejo inolvidable de nuestro señor Don Quijote a su fiel escudero.

Por la libertad del hombre; por su dignidad y por una justa convivencia, usted se ha esforzado, se ha mantenido fiel a los requerimientos de su conciencia de hombre de bien, usted ha hecho de su vida lección y ejemplo. Por ello deja usted a sus hijos un nombre iluminado por el más noble de los signos: el de la dignidad, la preocupación por los demás. Usted merece el reconocimiento que hoy y tantas otras veces ha cosechado en justicia."

NO obstante lo avanzado de la hora, buena parte de los asistentes —algo más de doscientos— se quedaron en la sala José Ma. Vigil para ver la exposición que tan inteligentemente organizó el señor Othón Lara Barba, un verdadero experto en estos menesteres.

Para no hacer demasiado extenso esto del homenaje a nuestro Director, vamos a enumerar lo más importante que contiene la susodicha exposición:

1o. Inmediatamente a la entrada está la bibliografía de Jesús Silva Herzog, representada por 43 libros perfectamente encuadernados y abiertos en la carátula interior. Su primer libro publicado en 1927 se titula "Conferencias. Apuntes sobre evolución económica de México" y el último "La Economía Política en México. 1810-1974", que bajo el sello de Cuadernos Americanos se dio a la estampa en 1975. Cada volumen contiene algún párrafo del autor o un comentario escrito por otra persona del mundo intelectual latinoamericano. Vamos a presentar unas cuantas muestras de lo anterior, unas cuantas solamente, pues de lo contrario harían demasiada extensa esta reseña:

En el libro titulado "Meditaciones sobre México. Ensayos y Notas", que apareció en 1948, se recogen las palabras que el poeta León Felipe pronunció al presentar a nuestro Director en el Ateneo de Montevideo en agosto de 1947; palabras que como remate a su discurso citó la señora Olga Elena Morán de Rey.

En "El mexicano y su morada", libro de ensayos, se citaron, como en el caso anterior, palabras de Rómulo Gallegos, que nos parece pertinente recoger: "Humanidad afable, de fina substancia compuesta, bien iluminado de inteligencia el copioso abastecimiento de cultura, bellas letras junto a severa ciencia, bien puesta la recia voluntad a seguro resguardo de prevaricaciones. De tal manera, para fortuna nuestra, que cuando los que caen en ellas —después de haber sido depositarios de la confianza de quienes tenemos vinculada nuestra suerte a la dignidad del pensamiento americano que en nuestra lengua se expresa— podrían hacernos zozobrar la fe en los ejercicios de la cultura, si hacia este hombre se mira, del uno al otro extremo del continente, vuelve a los ojos el gusto de contemplar".

En "Inquietud sin Tregua", libro de ensayos escogidos, se reproduce un párrafo del Prólogo que Benjamín Carrión escribió en el libro "Una vida en la vida de México": "La confesión del potosino está en el extremo opuesto. Poderosa, densa de pensamiento, cuajada de acción y operación, es de tal manera alta y frondosa que deja lugar para que, entre sus ramajes, circulen brisas de esperanza, de consolación, de optimismo. Hombre de pasiones también, Silva Herzog es no solamente el 'sembrador de nogales', como alguna vez se autocalificara, sino, y principalmente, el sembrador de inquietudes, el 'suscitador' por excelencia de ideas, proyectos, obras. Y, como pocos en América, el sembrador de ejemplos, el señalador de rutas. Silva Herzog no es el predicador, ni menos aún el 'moralista' al estilo francés de Rivarol o Fontenelle. Predica con la palabra y con la acción; pero sobre todo, Jesús Silva Herzog predica con su vida."

De Antonio Castro Leal, al contestar el discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua de nuestro Director, nos parece pertinentes reproducir las líneas siguientes: "Este varón de obra tan abundante y de tantos merecimientos, ingresa ahora en la Academia Mexicana de la Lengua. Escribió versos desde los 14 años y no le han sido ajenas las inquietudes literarias que revelan un espíritu comprensible y sensible a la belleza. Pero más que esta labor literaria, escasa y sólo conocida de unos cuantos íntimos, honramos aquí una larga carrera en la que, por medio de la palabra oral y de la palabra escrita, ha tenido que explicar las doctrinas y los pensamientos de los demás y dar expresión a sus propios pensamientos y doctrinas."

A los visitantes llamó la atención que en la primera página del libro "El pensamiento económico en México", editado por el Fondo de Cultura Económica a fines de 1947, en vez de la opinión de algún autor, se destaca la dedicatoria a la esposa, escrita de puño y letra de quien recibiera tan señalado homenaje. Dice así: "A Esther, compañera de todos los caminos. . . fuente escondida de ternura y estímulo de mis mejores propósitos; a ella que supo destilar en mi alma un nuevo amanecer, dedico este libro en homenaje de gratitud".

Ahora bien, a los 43 libros mencionados arriba, hay que agregar 4 volúmenes expuestos aparte con el título general "La Cuestión de la Tierra". Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana. Cada uno de estos volúmenes tiene una selección y estudio-prólogo de don Jesús y comprenden 44 folletos de 1910 a 1917. El primer folleto es por Oscar Braniff y el último por Manuel Gamio.

Finalmente, sobre esta materia se exhiben dos libros voluminosos que no han sido publicados. Se trata de una edición de 50 ejem-

plares cada uno que contienen entrevistas, notas bibliográficas y opiniones. El primero se llama "El libro de la vanidad" y el segundo "Alcance al libro de la vanidad". El expositor, por su cuenta y riesgo, apuntó: "En más de 1 400 pp. los más grandes escritores del siglo xx emiten un juicio sobre un mexicano". Agreguemos que en esta misma vitrina el visitante encuentra la "Bibliografía de Jesús Silva Herzog" por Gloria Yolanda Padilla Carreño y "Un mexicano y su obra" por Fedro Guillén.

Pero se nos estaba olvidando hacer referencia que en un apartado especial que el señor Othón Lara Barba denominó "Sala del Homenaje" se encuentran dos ejemplares de "Poemas del Recuerdo". Uno cerrado y el otro abierto en el poema "Para calmar mis males", publicado en 1913 en la revista "Juventud", órgano de un grupo de estudiantes del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí. Hay además un retrato del joven poeta a los 21 años y ampliada la reproducción del susodicho poema.

2o. El público muy luego se da cuenta de que hay en la exposición un espacio de cierta extensión destinado a *Cuadernos Americanos*, sin duda alguna la obra de mayor proyección cultural llevada al cabo por Silva Herzog a lo largo de 35 años ya bien cumplidos. Se exhiben 36 entregas de enero-febrero del bimestral, incluyendo la de 1977, así como también 57 libros de los ochenta editados por la misma Editorial. Entre éstos, merecen mención especial las primeras ediciones de "Ganarás la luz" por León-Felipe; "Juan Ruiz de Alarcón. Su vida y su obra" por Antonio Castro Leal; "El hombre del Búho" por Enrique González Martínez; "Martí escritor" por Andrés Iduarte; "Corona de Sombra y dos Conversaciones con Bernard Shaw" por Rodolfo Usigli; "El laberinto de la soledad" por Octavio Paz, y "Entre la libertad y el miedo" por Germán Arciniegas.

En la misma sección, el visitante puede leer, por estar ampliados, el discurso de Alfonso Reyes al ser entregada en una cena en céntrico restaurante, el 30 de diciembre de 1941, la primera entrega de la Revista; el de Benjamín Carrión, al celebrarse los 17 años de la publicación, y otro de nuestro Director al cumplirse los 29 años de la hazaña editorial. Recordamos de paso que alguna vez nos dijo don Jesús las palabras siguientes: "No se podrá escribir la historia de la cultura de los países de nuestra estirpe idiomática de 1942 a 1977, sin consultar *Cuadernos Americanos*. Pensar en esto, agregó, es una de las más grandes satisfacciones de mi vida".

3o. Es muy explicable que Jesús Silva Herzog, después de algo más de 60 años de actividad cultural, incluyendo 37 en la dirección

de *Cuadernos Americanos* y 27 como miembro de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica, haya sostenido copiosa correspondencia con artistas, hombres de letras y de ciencia, muchos de ellos de la más alta estatura intelectual, reconocida por propios y extraños dentro de sus países y aun continental y universalmente. Tenemos noticias de que al expositor se le entregaron —atendiendo a su pedido— algo más de 100 cartas. En la exposición, seguramente por falta de espacio, se exhibieron solamente alrededor de 50. Parece que se siguió un orden alfabético por países, comenzando con Argentina y concluyendo con Francia. En consecuencia, de una lista que nos ha sido dable recoger, quedaron fuera varios países de la América Latina. Las cartas se exhibieron en vitrinas y paneles. A continuación vamos a citar a los autores de algunas de ellas:

Argentina: Anderson Imbert, Victoria Ocampo, Ezequiel Martínez Estrada, Alfredo Palacios, Francisco Romero, José Luis Romero y Romualdo Brughetti. Colombia: Germán Arciniegas, Baldomero Sanín Cano y Carlos Lleras Restrepo. Costa Rica: Alfredo Cardona Peña, Joaquín García Monge y León Pacheco. Cuba: Jorge Mañach, Juan Marinello, Fernando Ortiz, José Antonio Portuondo, Raúl Roa y Cintio Vitier. Chile: Ricardo Donoso, *Gabriela Mistral* y *Pablo Neruda*. Ecuador: Jorge Carrera Andrade y Benjamín Carrión. España: Max Aub, Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas, José Gaos, Juan D. García Bacca, *Juan Ramón Jiménez*, Juan Larrea, Ramón Menéndez Pidal y Juan Rejano. Francia: Marcel Bataillon, Fernand Braudel, Albert Camus, François Chevalier, Paul Merimée, François Perroux, Noël Salomon, Jean Sarrail y Jacques Soustelle. A los cuatro premios Nobel subrayados, hay que agregar a Miguel Angel Asturias, que tuvo la mala suerte de no ser incluido por empezar su país con la letra G.

Al preguntar al señor Lara Barba si nuestro Director no le había mostrado cartas de mexicanos, la contestación fue afirmativa y nos entregó una lista de 25 personas, que en orden alfabético damos a continuación: Pedro de Alba, David Alfaro Siqueiros, Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Ignacio Chávez, Isidro Fabela, Justino Fernández, Carlos Fuentes, Manuel Gamio, Angel María Garibay, Antonio Gómez Robledo, Enrique González Martínez, Martín Luis Guzmán, Miguel León Portilla, José Luis Martínez, Octavio Paz, Carlos Pellicer, Alfonso Reyes, Diego Rivera, Jaime Torres Bodet, Rodolfo Usigli, José Vasconcelos, Agustín Yáñez, Silvio Zavala y Leopoldo Zea.

40. Parece que al señor expositor le pareció conveniente resaltar el ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua de don Jesús Silva Herzog, el 26 de octubre de 1956, porque amplificó completo su

discurso y lo ilustró con dos fotografías, una del beneficiario con el licenciado Alejandro Quijano, director de la Institución y otra con Alfonso Reyes, Antonio Castro Leal y Salvador Novo. El tema de la disertación se titula "La crítica social en don Quijote de la Mancha". La respuesta estuvo a cargo del doctor Antonio Castro Leal. Quien lo propuso para tan alta distinción fue su gran amigo, el licenciado Isidro Fabela y según nuestras noticias, fue aprobado por unanimidad por los académicos que asistieron a la sesión correspondiente. El diploma está fechado el día 17 del mes que arriba se indica. El párrafo final del discurso lo transcribimos a continuación:

"El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha es, como antes dije, de tal manera abundante en sucesos y caudaloso en ideas, que puede ser enfocado desde los más diversos ángulos. Después de tantos años el libro permanece pleno de juventud, como los cedros del Líbano, gigantes y copudos, que desafían victoriosos la acción desintegradora y tenaz de los siglos. Ya Ortega y Gasset decía: 'No pocas de las satisfacciones que halla en su lectura el lector contemporáneo proceden de lo que hay en el 'Quijote', común con un género de obras literarias, predilecto de nuestro tiempo. Al resbalar la mirada por las viejas páginas, encuentra un tono de modernidad que aproxima certeramente el libro venerable a nuestros corazones: lo sentimos tan cerca, por lo menos, de nuestra más profunda sensibilidad, como pueden estarlo Balzac, Dickens, Flaubert, Dostoyewsky'. Y en estos momentos históricos de perfiles dantescos —añadimos nosotros— cuando el hombre atribulado se refugia en la lectura de los grandes libros, lámparas encendidas en medio de la noche, se conforta el espíritu, y de la esperanza muerta nace la nueva esperanza en el destino superior del hombre."

50. Ya habíamos oído hablar de la participación que don Jesús Silva Herzog tuvo en el conflicto de orden económico de la industria petrolera en 1937, conflicto que culminó con la expropiación de los bienes de las empresas petroleras el 18 de marzo de 1938. En nuestra visita nos detuvimos a leer a grandes saltos, bajo el rubro de "México y el Vampirismo Petrolero", amplificado y en 11 páginas, los sucesos que culminaron con el primer acto antimperialista, realizado por México, en toda la historia de los países latino-americanos.

Ahora bien, como no disponíamos de tiempo para copiar el documento, acudimos a don Othón Lara Barba para pedirle que nos diera la ficha bibliográfica. Con la gentileza que le caracteriza, nos informó que lo había tomado de un libro de nuestro Director, publicado en 1972 por Siglo XXI, editores, bajo el título de "Una

vida en la vida de México". De suerte que ya con ese dato, adquirimos el libro y nos pareció de tal importancia el escrito exhibido, que aquí lo reproducimos íntegramente:

"La legislación española separaba claramente la propiedad del suelo de la del subsuelo. Esta legislación estuvo vigente en México desde la Independencia hasta 1884 en que se expidió el Código de Minería, en el cual se asimiló la propiedad subterránea a la de la superficie. De suerte que a partir de entonces el propietario del suelo lo era también del subsuelo, 'desde el cielo hasta el infierno', como escribiera el doctor José María Luis Mora.

"En el año de 1901 se promulgó en México la primera ley del petróleo, colocándose a los propietarios del suelo en condiciones privilegiadas. A continuación se hace una síntesis de las características fundamentales de dicha ley:

"1) El propietario del suelo lo es también del subsuelo.

"2) Pueden hacerse exploraciones y explotaciones en terrenos nacionales, en cuyo caso la compañía deberá dar participación de 7% de sus utilidades al gobierno federal y de 3% a los estados en que se hallen ubicados los terrenos.

"3) El propietario del suelo, que es también dueño del subsuelo de acuerdo con la ley, tiene derecho a llevar al cabo perforaciones si así le parece, sujetándose tan sólo a requisitos insignificantes y fáciles de cumplir.

"4) En el caso de que el propietario de un terreno con indicios de contener petróleo en el subsuelo se negase a realizar exploraciones, quedaría sujeto a denuncia y podría adjudicarse al denunciante mediante convenio entre las partes.

"5) Se concedían franquicias especiales en materia de impuestos a las empresas petroleras: de importación de maquinaria, de exportación de petróleo crudo y derivados, de barra y anclaje, etc.

"6) Obviamente, si se exploraba y perforaba en terrenos de propiedad privada desaparecía la participación de utilidades al gobierno federal y a los estados.

"Esta era la situación legal mexicana en la primera década y parte de la segunda del presente siglo. De manera que, es útil insistir en ello, el propietario del suelo era dueño del subsuelo antes de ser promulgada la Constitución de 1917.

"Sobre las bases que arriba se indican se celebraron los contratos en 1906 con Pearson & Sons, luego traspasado a la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila, y con la Huasteca Petroleum Company en 1908, traspasado en 1922 a la Standard Oil Company de Nueva Jersey.

"En 1908 hubo un incendio en el pozo Dos Bocas. La falta de conocimientos de los técnicos petroleros, que no habían conocido

pozos de la potencia de los mexicanos, fue la causa del desastre. Se cuenta que el petróleo hecho llamas se elevó a 300 metros de altura. Fue imposible apagarlo. Se extinguió el incendio cuando se acabó el petróleo. Se calcula que se perdieron por descuido e ignorancia de los técnicos algo más de 50 millones de pesos; pero aquel incendio formidable reveló la inmensa riqueza de los campos petrolíferos de México.

"En 1911 se produjeron 12 500 000 barriles; en 1916 40 000 000, y en 1921 la producción se elevó a 193 000 000. A partir de ese año descende la producción casi año tras año a tal grado que en 1932 la producción fue apenas de 32 000 000; y en 1937, último año en que trabajaron las compañías petroleras en condiciones normales, llegaron a producir 47 000 000 de barriles.

"En nuestro país existieron los 'gushers' más productivos del mundo. Veamos unos cuantos datos: el pozo Potrero del Llano produjo en 28 años 117 000 000 de barriles; Cerro Azul, en 21 años, 89 000 000; Juan Casiano, en 9 años, sólo en 9 años, 75 000 000. De 1901 a 1937 los campos mexicanos produjeron 1 866 000 000 de barriles de petróleo, riqueza enorme para las compañías extranjeras; y para México los salarios de hambre a nuestros trabajadores, impuestos discutidos centavo a centavo, presiones diplomáticas y ninguna obra de beneficio social.

"Hubo una lucha constante en las zonas petroleras: lucha por la obtención de petróleo, lucha de compañías contra compañías; compañías inglesas contra compañías norteamericanas; en ocasiones luchas entre subsidiarias de una misma empresa por la obtención de los mejores terrenos petroleros. Un hervidero de pasiones. La historia del petróleo mexicano está llena de relatos sombríos, de chicanas, de incendios de juzgados para conseguir la desaparición de documentos comprometedores, de asesinatos de quienes se negaban a entregar sus propiedades.

Por otra parte a los dueños de los terrenos se les pagaban por concepto de regalías sumas insignificantes. Ejemplos: al propietario del terreno en que brotó el pozo Cerro Azul, que produjo 89 000 000 de barriles, se le pagaron apenas 200 000 pesos; el dueño de los terrenos de Juan Casiano, que produjo 75 000 000 de barriles, recibió de los vampiros del oro negro apenas 1 000 pesos anuales; y al propietario de un lote de Chinampa, del que se extrajeron 70 000 000 de barriles, se le entregó cada año la cantidad de 150 pesos.

"Las compañías petroleras no sólo lucharon entre sí, lucharon también contra el gobierno y el pueblo de México. En noviembre de 1914 se levantó en armas en la zona petrolera de Tamaulipas y Veracruz el aventurero Manuel Peláez, pagado por las compañías para sustraer de la obediencia del gobierno todo lo que era posible.

Así las compañías se encontraron a menudo como moros sin señor. Este es un hecho histórico que ni las propias compañías se han atrevido a negar. Peláez depuso las armas en mayo de 1920.

"Con cuánta razón el poeta Ramón López Velarde escribió en "Suave Patria", su poema de mayor aliento, estos dos endecasílabos:

"El niño Dios te escrituró un establo
y los veneros de petróleo, el diablo."

"Al conocerse en el extranjero la Constitución de 1917, que estableció en su artículo 27 el principio de que la riqueza del subsuelo pertenece a la nación y que es inalienable e imprescriptible, se inició en los Estados Unidos y otros países una campaña contra México. Se nos llamó bolcheviques y se dijo que al no reconocer los derechos adquiridos nos declarábamos en contra de ordenamientos reconocidos por el derecho internacional. El embajador Joseph Daniels, en su libro titulado 'Diplomático en mangas de camisa', escribe que cuando los Estados Unidos entraron a la guerra europea en 1917 y él era ministro de la Guerra en el gobierno de Wilson las compañías petroleras pidieron al presidente que el ejército norteamericano ocupara la zona petrolera de México. La petición fue rechazada por el exprofesor de la Universidad de Princeton. Y Daniels en ese asunto fue testigo mayor y de cargo.

"Durante los gobiernos de Adolfo de la Huerta y del general Alvaro Obregón no sucedió nada digno de ser anotado en cuanto a la cuestión del petróleo. Empero, la situación se tornó grave al publicarse, a fines de 1925, la ley reglamentaria del artículo 27 constitucional en materia de petróleo. Notas poco diplomáticas y aun agresivas del Departamento de Estado. En alguna de esas notas se decía con cierto eufemismo que México estaba en el banquillo de los acusados ante el mundo civilizado. El gobierno del general Plutarco Elías Calles rechazó con dignidad los conceptos vertidos en esa nota.

"En 1927 fue nombrado embajador de los Estados Unidos en México el señor Morrow, quien llegó en actitud comprensiva y amistosa sin descuidar los intereses de su país. En un desayuno con el presidente Calles en la Hacienda de Santa Bárbara, se arregló el grave problema petrolero, simplemente reconociendo los derechos confirmatorios por medio de una sentencia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. En 1935 existían tantos sindicatos de trabajadores como empresas. De suerte que los salarios y las prestaciones sociales eran muy diferentes en cada caso para una misma labor. Venciendo dificultades innúmeras, los petroleros lograron fundar en 1936 el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la Repú-

blica Mexicana, es decir, un sindicato industrial; y como esto se llevó a cabo de conformidad con la ley, las compañías no tuvieron más remedio que reconocerlo y entablar conversaciones con sus empleados y obreros con la finalidad de llegar a la firma de un contrato colectivo de trabajo.

"Las pláticas se iniciaron entre representantes de las partes a mediados de 1936. En noviembre estuvieron a punto de romperse. El gobierno intervino como amigable componedor y las conversaciones continuaron. Así se llegó a mayo de 1937, sin que se adelantara un solo paso para llegar a la formulación del contrato colectivo, pues los representantes del capital no mostraban interés alguno para acceder en todo o en parte a las demandas de los representantes sindicales.

"A fines del mes susodicho el sindicato declaró la huelga general a todas las empresas petroleras que operaban en México. Pasaron los días, unos cuantos días y los efectos no se hicieron esperar. Bien pronto escaseó la gasolina y otros derivados en todo el país. Ocho días después de declarada la huelga, las calles de la ciudad de México se veían desiertas de automóviles particulares, lo mismo que de camiones de pasajeros y de carga. Se presentó la amenaza de un paro total o casi total de la vida económica de la nación.

"El Presidente de la República llamó a Palacio Nacional a los dirigentes del sindicato, para pedirles que levantaran la huelga en vista de los graves daños que estaba sufriendo el país y que cambiaran de táctica en su lucha contra las empresas. El general Cárdenas les sugirió que plantearan un conflicto de orden económico ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje de conformidad con la ley. Los trabajadores así lo hicieron y la huelga fue levantada.

"¿Qué es un conflicto de orden económico, preguntará quien esto lea? Voy a intentar explicarlo en el menor número de palabras:

"Cuando los representantes del capital y del trabajo no se ponen de acuerdo, y las posiciones de unos y otros aparecen irreconciliables, alguna de las partes puede plantear un conflicto de orden económico. Para mayor claridad, supongamos que los trabajadores solicitan un aumento de salarios que implica para la empresa un aumento en sus erogaciones de 1 000 000 de pesos, y que ésta afirma no tener capacidad de pago para ello, mientras los trabajadores sostienen lo contrario; es entonces cuando se acude al procedimiento de que se viene tratando.

"Al plantear los representantes sindicales ante la Junta Federal el conflicto de orden económico, se designó de conformidad con la ley tres peritos, quienes en un término de 30 días debían presentar ante la autoridad del trabajo dos documentos: un informe acerca del estado de la industria en todos sus aspectos fundamentales y

un dictamen dando su parecer sobre la manera de resolver el conflicto. La Junta Federal nombró desde luego peritos a los señores Efraín Buenrostro, subsecretario de Hacienda, al ingeniero Mariano Moctezuma, subsecretario de la Economía Nacional y a Jesús Silva Herzog, que desempeñaba el cargo de asesor del Ministro de Hacienda.

"Supe más tarde que el Presidente de la República le pidió al licenciado Vicente Lombardo Toledano, secretario general de la Confederación de Trabajadores de México, que la representación obrera le propusiera una terna para designar a uno de los tres peritos que debía nombrar el Grupo No. 7 de la Junta Federal. La terna presentada por Lombardo fue la siguiente: Víctor Manuel Villaseñor, Luis Fernández del Campo y Jesús Silva Herzog. El general Cárdenas, sin consultarme, me escogió. Villaseñor era entonces, como yo, hombre de izquierda con inclinación socialista. Hoy Villaseñor es el director general del Complejo Industrial de Ciudad Sahagún* y yo sigo siendo el mismo de ayer. A Fernández del Campo lo he perdido de vista.

"En la primera reunión de los peritos se convino nombrar presidente a Buenrostro, vocal a Moctezuma y secretario a mí. Con ese carácter me di por notificado del acuerdo de la Junta diez días después, con objeto de disponer siquiera de 40 días para tarea tan abrumadora y difícil; porque no es lo mismo informar y dictaminar sobre una sola compañía —criterio de legislador— que sobre toda una industria como la petrolera.

"Dos días después tenía instalada una oficina con algo más de 60 personas: ingenieros petroleros, economistas, sociólogos, contadores, estadígrafos y el personal administrativo necesario. A cada grupo le designé su parte de conformidad con el plan previamente elaborado. Fungí como director y coordinador. Se trabajó intensamente diez o doce horas diarias, sabiendo que se trataba de un asunto de trascendencia para México. A medida que el informe iba saliendo, lo pasaba a mis colegas de peritaje, quienes siempre aprobaban lo hecho sin ninguna observación o corrección. Al terminar se hicieron 20 ejemplares en una máquina Dito, en papel tamaño oficio, que equivalió a unas 2 500 páginas escritas a doble espacio. Con apoyo en el informe redacté el dictamen en 80 páginas escritas a renglón cerrado.

"El dictamen contenía al principio 40 conclusiones, tremenda requisitoria contra las compañías que durante más de un tercio de siglo habían explotado los mantos petrolíferos de México. Se decía que, no obstante las cuantiosas utilidades obtenidas, jamás habían

* Este capítulo fue escrito en alguno de los meses de 1969.

realizado una sola obra de beneficio social; se decía que solían ocultar sus utilidades por medio de maniobras contables para burlar el pago del Impuesto sobre la Renta, principalmente la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila; se afirmaba que de 1934 a 1936 inclusive las utilidades obtenidas por las empresas habían sido aproximadamente de 55 000 000 de pesos al año; y, por último, se ordenaba que debían pagar salarios y prestaciones sociales, sobre lo pagado en 1936, la cantidad de 26 000 000 en números redondos, a sabiendas de que ello estaba dentro de sus posibilidades.

"Es pertinente aclarar que las compañías se hallaban de acuerdo en que el aumento llegara a 14 000 000. Una tarde me visitó un alto personaje del sindicato patronal, cuando apenas estaba en proceso la elaboración del informe. El personaje aquel, utilizando un lenguaje matizado de eufemismos, dijo que si el dictamen resultaba favorable para las empresas estarían disponibles 3 000 000. Procuré contener mi indignación; dije lo que era menester decir y le abrí la puerta de mi oficina.

"Las personas que colaboraron en la redacción de los varios capítulos fueron las siguientes: licenciado Miguel Manterola Flores, profesor Federico Bach, licenciado Moisés T. de la Peña, ingeniero José López Portillo y Weber, Manuel J. Zevada, Gustavo Ortega, licenciado Gilberto Loyo, Humberto Tejera, Macedonio Garza, Gustavo Martínez Cabañas, Joaquín Ramírez Cabañas, Manuel Aguilar Uranga, José B. Durán y Adrián Reyes. El señor Leonardo Galván tuvo a su cuidado la parte administrativa del trabajo. Alrededor de 20 contadores se encargaron de analizar la contabilidad de las empresas, y varios estadígrafos y calculistas, así como también numerosas taquimecanógrafas, entre ellas las señoritas María Teresa Muro y Esther Rojas. Todos colaboraron con entusiasmo en un documento que ya es histórico, seguramente el primer estudio de importancia realizado en equipo en nuestro país.

"A los colaboradores se les dieron pequeñas gratificaciones al terminar el trabajo, ya que todos eran empleados del gobierno y no dejaron de percibir sus sueldos. Las gratificaciones se pagaron de 15 000 pesos que me dio el Departamento del Trabajo por gestiones del Subsecretario de Hacienda.

"Cinco días antes de la fecha en que debía entregarse informe y dictamen a la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, se presentaron en mi oficina tres abogados de las compañías y uno de ellos me preguntó sin disimular su incredulidad: '¿Y qué, van a entregar los peritos informe y dictamen?' Yo señalé una silla sobre la cual estaban tres tomos perfectamente encuadernados con percalina azul y les dije: 'Allí está el informe y el dictamen lo estoy redactando en estos momentos'. Se quedaron sorprendidos y se marcharon.

"El 3 de agosto de 1937, nos presentamos los peritos con tres ejemplares del informe y del dictamen ante el Grupo No. 7 de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje. La ley daba a las partes 72 horas para presentar objeciones. Los documentos fueron recibidos por el licenciado Gustavo Corona, presidente de la Junta. Recuerdo que en el acto, que adquirió cierta solemnidad, estuvo presente el licenciado Lombardo Toledano.

"Los trabajadores presentaron unas cuantas objeciones sin importancia, más bien para cubrir el expediente. En cambio, las empresas pusieron el grito en el cielo e iniciaron a planas enteras en todos los periódicos una campaña contra el peritaje. Nos pusieron de oro y azul, como se dice en el pintoresco lenguaje popular; habíamos cometido graves exageraciones, lo que decíamos no era cierto, y las empresas no tenían capacidad de pago para aumentar prestaciones y salarios en 26 millones.

"El Presidente de la República citó el 2 de septiembre en su despacho del Palacio Nacional a representantes de las compañías y a los peritos, algo así como un careo entre unos y otros. Al comenzar la junta, el gerente de la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila, un caballero inglés impecablemente vestido, tomó la palabra afirmando entre otras cosas que su compañía era mexicana y que no era cierta nuestra afirmación de que era subsidiaria de una entidad extranjera. Llegué muy bien preparado. Saqué de mi portafolio un periódico financiero londinense y leí, traduciendo al español, un informe de la Royal Dutch Shell correspondiente al año de 1928 en el cual se decía: 'Nuestra subsidiaria, la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila, ha obtenido buenas utilidades durante el último ejercicio. . .' Se añadía que para evitar el pago de impuestos elevados se decidió dividir las acciones de 10 pesos en una de 4 de El Aguila de México y otra de 6 de una nueva compañía El Aguila del Canadá. Había otra Aguila, The Eagle Shipping Company, a la que El Aguila de México vendía sus productos por debajo de los precios del mercado, trasladando de esta manera el pago de impuestos por concepto de utilidades de México al gobierno de su majestad británica. El caballero inglés se puso muy nervioso y quiso interrumpirme. El general Cárdenas lo detuvo diciendo: 'Deje que termine el señor'. De la confrontación salieron mal parados los representantes de las empresas. Al terminar, el Presidente me acompañó hasta la puerta de su despacho y me dijo: 'Lo felicito'.

"La Junta Federal de Conciliación y Arbitraje dio plazos y más plazos a las compañías para que presentaran objeciones. No sé cuándo lo hicieron y no conocí el contenido de ellas. Lo cierto es que la Junta Federal pronunció su laudo el 18 de diciembre apoyando en lo sustancial el dictamen pericial, particularmente en lo relativo a

los 26 000 000, y exponiendo consideraciones y adiciones de carácter jurídico. Ante tal hecho las empresas elevaron la puntería lanzando ataques apasionados y virulentos contra la Junta. Por supuesto que acudieron en demanda de apelación ante la Suprema Corte de Justicia. Así pasaron los meses de enero y febrero. A fines de este último mes las compañías habían sacado de los bancos todos sus fondos y propalaron la noticia de que el tipo de cambio de 3.60 por dólar no podría sostenerse. Al mismo tiempo enviaron todos los carros-tanque que tenían alquilados a cruzar la frontera de los Estados Unidos y tuvieron cuidado de que no hubiera ningún barco petrolero en puertos mexicanos. La ofensiva contra México se iba acentuando cada día.

"Recuerdo que por aquellos días el licenciado Javier Icaza me convidó a cenar a su domicilio con cuatro ministros de la Suprema Corte de Justicia, de la que él formaba parte. En esa cena di un amplio informe a los ministros y contesté a todas sus preguntas.

"Por otra parte, el presidente Cárdenas, por conducto del licenciado Eduardo Suárez, me ordenó que me trasladara a Washington para informar de la situación a nuestro embajador don Francisco Castillo Nájera. Llegué a la capital de los Estados Unidos el 2 de marzo de 1938. Allí me enteré de que el día 10, la Suprema Corte de Justicia de la Nación había ratificado el laudo de la Junta Federal, negando así el recurso presentado por las compañías.

"El mismo día 2 tuve mi primera plática con el Embajador. Me preguntó: '¿Qué cree usted que va a pasar?' Respondí: 'Una intervención temporal...'. 'Eso yo lo arreglo'. Añadí: 'O la expropiación'. '¡Ah, chingao! Si hay expropiación hay cañonazos.' Así veía el problema nuestro representante diplomático ante la Casa Blanca.

"Después de dos o tres conversaciones con Castillo Nájera, tuve que ir a visitar varias fábricas de papel en Canadá, en mi carácter de presidente de la PIPSA. El 19 de marzo, en Nueva York, me enteré por el 'New York Times' del decreto expropiatorio. Mi impresión inicial fue de sorpresa y temor por lo que podría pasar. En la tarde tomé el ferrocarril para regresar a México.

"Supe después que todavía en marzo el presidente Cárdenas trató de buscar un arreglo con las compañías petroleras. Todo fue inútil, alegando siempre que no tenían capacidad de pago para aumentar los 26 000 000 en salarios y prestaciones sociales. Las compañías, llenas de soberbia, se declararon en rebeldía ante la sentencia de la suprema autoridad judicial de la República.

"Un elevado personaje de la Standard Oil Company de Nueva Jersey declaró enfáticamente en Nueva York: 'Nosotros ya no tenemos nada que hacer; que el próximo paso lo dé el gobierno de

México'; y el gobierno de México tuvo que dar el único paso que le quedaba por dar: la expropiación.

"El 18 de marzo el presidente Lázaro Cárdenas anunció por la radio a toda la nación el acto expropiatorio, en defensa de la soberanía y del decoro de México. Hizo una detallada explicación de los sucesos, terminando con la formulación de cargos justificados e incontrovertibles contra las empresas extranjeras. A continuación transcribo los últimos párrafos del histórico y memorable discurso:

" 'Examinemos la obra social de las empresas. ¿En cuántos de los pueblos cercanos a las explotaciones petroleras hay un hospital, o una escuela, o un centro social, o una obra de aprovisionamiento o saneamiento de agua, o un campo deportivo, o una planta de luz, aunque fuese a base de los muchos millones de metros cúbicos del gas que desperdician las explotaciones?

" '¿En cuál centro de actividad petrolífera, en cambio, no existe una policía privada destinada a salvaguardar intereses particulares, egoístas y algunas veces ilegales? De estas agrupaciones, autorizadas o no por el gobierno, hay muchas historias de atropellos, de abusos y de asesinatos siempre en beneficio de las empresas.

" '¿Quién no sabe o no conoce la diferencia irritante que norma la construcción de los campamentos de las compañías? Confort para el personal extranjero; mediocridad, miseria e insalubridad para los nacionales. Refrigeración y protección contra insectos para los primeros; indiferencia y abandono, médico y medicinas siempre regateados para los segundos; salarios inferiores y trabajos rudos y agotantes para los nuestros.

" 'Otra contingencia forzosa del arraigo de la industria petrolera, fuertemente caracterizada por sus tendencias antisociales, y más dañosa que todas las enumeradas anteriormente, ha sido la persistente, aunque indebida intervención de las empresas en la política nacional.

" 'Nadie discute ya si fue cierto o no que fueron sostenidas fuertes facciones de rebeldes por las empresas petroleras en la Huasteca veracruzana y en el Istmo de Tehuantepec, durante los años de 1917 a 1920 contra el gobierno constituido. Nadie ignora tampoco cómo, en distintas épocas posteriores a la que señalamos y aun contemporáneas, las compañías petroleras han alentado casi sin disimulo las ambiciones de descontentos contra el régimen del país, cada vez que ven afectados sus negocios, ya con la fijación de impuestos o con la rectificación de privilegios que disfrutaban o con el retiro de tolerancias acostumbradas. Han tenido dinero, armas y municiones para la rebelión. Dinero para la prensa antipatriótica que las defiende. Dinero para enriquecer a sus incondicionales defensores. Pero para el progreso del país, para encontrar el equilibrio me-

diante una justa compensación del trabajo, para el fomento de la higiene en donde ellas mismas operan o para salvar de la destrucción las cuantiosas riquezas que significan los gases naturales que están unidos con el petróleo en la naturaleza, no hay dinero, ni posibilidades económicas; ni voluntad para extraerlo del volumen mismo de sus ganancias.

"Tampoco lo hay para reconocer una responsabilidad que una sentencia les define, pues juzgan que su poder económico y su orgullo los escuda contra la dignidad y la soberanía de una nación que les ha entregado con largueza sus cuantiosos recursos naturales y que no puede obtener, mediante medidas legales, la satisfacción de las más rudimentarias obligaciones.

"Es por lo tanto ineludible, como lógica consecuencia de este breve análisis, dictar una medida definitiva y legal para acabar con este estado de cosas permanente en que el país se debate, sintiendo frenado su progreso industrial por quienes tienen en sus manos el poder de todos los obstáculos y la fuerza dinámica de toda actividad, usando de ella no con miras altas y nobles, sino abusando frecuentemente de ese poderío económico hasta el grado de poner en riesgo la vida misma de la nación, que busca elevar a su pueblo mediante sus propias leyes, aprovechando sus propios recursos y dirigiendo libremente sus destinos.

"Planteada así la única solución que tiene este problema, pido a la nación entera un respaldo moral y material suficientes para llevar a cabo una resolución tan justificada, tan trascendente y tan indispensable.

"El gobierno ha tomado ya las medidas convenientes para que no disminuyan las actividades constructivas que se realizan en toda la República, y para ello, sólo pido al pueblo confianza plena y respaldo absoluto en las disposiciones que el propio gobierno tuviere que dictar.

"Sin embargo, si fuere necesario, haremos el sacrificio de todas las actividades constructivas en que la nación ha entrado durante este periodo de gobierno, para afrontar los compromisos económicos que la aplicación de la Ley de Expropiación sobre intereses tan vastos nos demanda y aunque el subsuelo mismo de la patria nos dará cuantiosos recursos económicos para saldar el compromiso de indemnización que hemos contraído."

"Todos los directores administrativos y los técnicos de las compañías eran extranjeros. Al enterarse de la expropiación, abandonaron en masa sus puestos. El problema consistió en sustituirlos desde luego siendo preciso ascender a los capitanes y tenientes —valga la comparación— a coroneles y generales; y todos, sin excepción, desempeñaron sus nuevas obligaciones correctamente, celosos del cum-

plimiento de su deber. Los ferrocarriles transportaron en los carros, tanque la gasolina y otros derivados con singular diligencia; y no faltó gasolina ni querosina ni gas oil en ninguna parte del país. Es cierto que nuestro pueblo tiene numerosos defectos, pero cuando sabe que se hallan en juego intereses vitales para su patria es capaz de las más altas virtudes.

"Días después hubo una manifestación en la ciudad de México, a la cual asistieron espontáneamente más de 100 000 personas en apoyo decidido al gobierno. El clero, por primera vez en la historia de México, se puso al lado de una causa eminentemente popular y nacionalista; y cuando se comenzaron a recoger fondos para pagar la deuda petrolera permitió que se hiciera en las iglesias.

"Para recolectar fondos con el propósito indicado se organizó un comité en el Palacio de las Bellas Artes, el cual funcionó durante cierto tiempo. Se reunieron apenas algo más de 2 000 000 de pesos, suma meramente simbólica. Muchas personas aportaron lo que pudieron: dinero en sumas pequeñas o de cierta cuantía, joyas y otros objetos de valor. Se publicó entonces que una viejecita del pueblo entregó una gallina, su único patrimonio.

"La expropiación de los bienes de las empresas petroleras y la lucha contra ellas poco después tuvo a mi parecer matiz de epopeya. El héroe fue el pueblo de México; su caudillo, no hay que olvidarlo, se llama Lázaro Cárdenas".

En conexión con el asunto de que se trata, están expuestos en una mesa cubierta con paño rojo, cinco libros, tres encuadernados en tela azul, verdadera joya bibliográfica, puesto que según lo investigamos posteriormente, forman parte de la edición de 20 ejemplares en máquina Dito a fines de julio de 1937 y que contienen el dictamen y el informe de los peritos en el conflicto de orden económico a que se ha hecho referencia en páginas anteriores. Uno de esos ejemplares es de la biblioteca particular del Maestro, quien se lo prestó para la exposición al señor Lara Barba. Los otros dos ejemplares, uno en español y otro en inglés, "México y su petróleo" y "Mexico's oil", fueron impresos posteriormente en edición de mil ejemplares.

Seguimos con el asunto del petróleo. En una vitrina se encuentra un álbum conteniendo dos discos de la serie de nuestra Universidad, grabados por Jesús Silva Herzog en 1969. En ellos —él lo ha declarado en uno de sus libros— procuró hacer una síntesis de las seis conferencias que dictó en El Colegio Nacional diecisiete años antes. En cuanto llegó a sus manos el primer ejemplar, lo envió al señor general Lázaro Cárdenas, quien días después remitió a nuestro Director la carta de tres páginas que se exhibe ampliificada y que aquí se copia:

Andes 605
México 10, D. F.

3 de junio 1969.

Sr. Prof. Jesús Silva Herzog
Monte Líbano No. 645,
México 10, D. F.

Distinguido y fino amigo:

Ante todo deseo felicitar a usted con afecto en los cincuenta años de su notable labor docente que se cumplen en el año que transcurre.

Esta fase de su trabajo que lo enaltece, la considero de la mayor proyección ya que usted ha contribuido, con otros ilustres maestros, a formar varias generaciones de profesionistas y maestros que, además de haber adquirido los conocimientos correspondientes, han sido formadas ideológica y socialmente en un espíritu revolucionario, el que hoy extiende su influencia en nuevas promociones de la juventud estudiosa.

Debido a mi ausencia de esta capital me he visto privado de la oportunidad de agradecerle el envío del disco que editó la Universidad Nacional Autónoma de México y que registra una síntesis de sus conferencias sobre la expropiación petrolera dictadas en el año de 1952 en el Colegio Nacional.

Con mucho interés escuché la relación que con toda propiedad y conocimiento hace usted de la historia del petróleo en México y del proceso que antecedió al acto expropiatorio, así como de la valiosa intervención que, junto con otros funcionarios y amigos mexicanos, tuvo usted en las difíciles circunstancias anteriores y posteriores a la expropiación petrolera.

El veraz y ameno extracto de los sucesos tiene, sin embargo, un punto que me interesa dilucidar y que, aunque no obra en detrimento del documento auditivo que tuvo usted la bondad de obsequiarme, constituye un acto de justicia para todos y cada uno de los miembros del Gabinete que me acompañaron en aquella histórica jornada.

En la junta de los Secretarios de Estado que se efectuó antes de la expropiación, en la cual se examinó el problema petrolero en su conjunto y se cambiaron impresiones sobre la forma de resolverlo, ninguno de ellos expresó un criterio adverso a la eventualidad de expropiar la industria petrolera que, entre otras posibles soluciones, se planteó.

También leí el prólogo de nuestro amigo, el señor Henrique Gonzáles Casanova. Es una interesante nota biográfica de sus actividades revolucionarias, docentes, diplomáticas y administrativas, otorgando justo relieve a su actuación en cada uno de los campos mencionados, la que se distingue por la firmeza de sus convicciones, su patriotismo insobornable, la invariable honestidad de su proceder y su independencia de criterio, atributos del mayor mérito en su larga y fecunda vida intelectual.

Reitero a usted que estimo en alto grado su importante colaboración en las funciones que desempeñó usted durante el Gobierno que me tocó presidir y, en especial, las relacionadas con la expropiación petrolera cuyos resultados y alcances ha sabido usted examinar y difundir con patriotismo y un claro sentido de sus proyecciones.

Quedo de usted su amigo que lo saluda muy afectuosamente.

Lázaro Cárdenas

60. Además de dos retratos pintados por los artistas Felipe Cossío del Pomar y Oswaldo Guayasamín y el de un artista anónimo tejido con la trama de un sarape, vamos a mencionar varios retratos ampliados y distribuidos en la Sala José María Vigil:

1. De sus padres cuando contrajeron matrimonio; con sus dos hermanos mayores, y la casa en que nació en San Luis Potosí.

2. Con León Felipe y Emilio Frugoni en el Parque Artigas de Montevideo el 16 de agosto de 1947. León Felipe tiene en la mano un ejemplar de *Cuadernos Americanos*.

3. Vino de honor a don Rafael Altamira y Crevea, ofrecido por *Cuadernos Americanos* días después de su arribo a la ciudad de México en 1943. Solamente nos fue posible identificar a nueve de las personas que asistieron al homenaje: Mario de la Cueva, Enrique González Martínez, Jesús Silva Herzog, Juan Larrea, Manuel Márquez, Mariano Ruiz Funes, José Antonio Rivera, José Luis Martínez y José Miguel Quintana. Sentimos mucho no poder hacerlo con el resto de los asistentes.

4. Al tomar posesión de sus cargos los miembros de la Primera Junta de Gobierno de la UNAM en enero de 1945, de conformidad con la ley aprobada por la Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión el 30 de diciembre de 1944. Sentados: Dr. Manuel Sandoval Vallarta, Arq. Federico Mariscal, Dr. José Torres Torija, Lic. Alfonso Reyes, Ing. Ricardo Caturegli Fontes. De pie: Lic. Antonio Martínez Báez, Lic. Alejandro Quijano, Lic. Gabino Fraga, Ing. Mariano Hernández, Lic. Jesús Silva Herzog, Dr. Fernando

Ocaranza, Lic. Manuel Gómez Morín y Dr. Abraham Ayala González. No estuvieron presentes dos de las personas designadas.

5. El doctor Risieri Frondizi, Rector de la Universidad de Buenos Aires, felicitando a Jesús Silva Herzog por su discurso al inaugurar la Cátedra de América. Sentado a la izquierda el doctor Alfredo Palacios. Mayo de 1958.

6. El presidente Adolfo López Mateos felicita a Jesús Silva Herzog, al entregarle el Premio Nacional de Ciencias Sociales, el 13 de diciembre de 1962.

7. Con el doctor Benjamín Carrión durante el "vino de honor" que le ofreció *Cuadernos Americanos* el 16 de marzo de 1965.

8. Con los ilustres guatemaltecos el novelista Miguel Angel Asturias y el poeta y crítico de arte Luis Cardoza y Aragón. 18 de octubre de 1966.

9. Al entregarle el Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí la presea al mérito universitario "Ildefonso Díaz de León", primer gobernador de San Luis Potosí del México independiente. Este es el mayor honor que concede la universidad potosina.

10. El retrato con la toga de la Universidad de Toulouse, al otorgarle el doctorado "Honoris Causa" a fines de noviembre de 1959. El discurso del recipiendario se denominó "La influencia de la literatura francesa en la juventud de mi generación".

70. Lo mismo que en el caso de los retratos, hay una serie de títulos, nombramientos, diplomas y premios a don Jesús Silva Herzog, que se exhiben aquí y allá en diferentes lugares del salón. Vamos a hacer brevísima enumeración de dichos documentos:

a) Título de Licenciado en Economía Ex-Officio, otorgado por el Consejo Universitario de conformidad con el reglamento aprobado y promulgado en la sesión del día 12 de marzo de 1940 por el H. Consejo Universitario. El título está firmado por el rector, doctor Gustavo Baz y el secretario general, licenciado Mario de la Cueva, el 8 de julio de 1940.

b) Diploma de Catedrático Honorario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima, fechado el 17 de julio de 1947. Lo firma el rector Luis Alberto Sánchez y el secretario general, Roberto Mac-Lean.

c) Nombramiento de Miembro de El Colegio Nacional, fechado el 16 de noviembre de 1948. Lo firma el Presidente en turno, Ignacio González Guzmán y el Secretario, José Luis Martínez.

d) Diploma y medalla de oro por haber sido maestro fundador de la Escuela Nacional de Economía. Fechado en septiembre de 1954. El diploma lo firma el rector, doctor Nabor Carrillo y el Secretario General, Dr. Efrén del Pozo.

e) Nombramiento de Miembro de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, medalla con liga de oro y venera que usan los miembros de la Institución en sesiones solemnes. El nombramiento lo firma el director, Alejandro Quijano y el secretario perpetuo, Alberto Ma. Carreño y está fechado el 17 de octubre de 1956.

f) Nombramiento de Miembro de la Real Academia Española, fechado el 9 de mayo de 1958. Lo firma el director, Ramón Menéndez Pidal y el secretario, Julio Cásares.

g) Premio y medalla de oro Cátedra de América de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. El premio está firmado por el rector de la Universidad de Buenos Aires, doctor Risieri Frondizi y 31 personas más. Fechado en mayo de 1958.

h) Diploma de Profesor Honorario de la Facultad de Economía de la Universidad de El Salvador, fechado el 13 de junio de 1958. Lo firma el rector, Romeo Fortín Magaña, el secretario general, José Enrique Córdova, el decano de la Facultad de Economía, Gabriel Piloña Araujo y el secretario de la Facultad de Economía, Manuel Antonio Anaya.

i) Título de Doctor y medalla de oro de la Universidad de Toulouse, el 24 de noviembre de 1959. El título lo firma el rector Georges Bastide.

j) Premio de Economía del Banco Nacional de México, correspondiente a 1959. Lo firma el director general, señor don Agustín Legorreta y el vice-presidente del Consejo de Administración, señor don Fermín Lance, y está fechado el 4 de agosto de 1960.

k) Nombramiento de Profesor Emérito por el H. Consejo Universitario el 20 de diciembre de 1960. Lo firma el rector, doctor Guillermo Soberón y el secretario general, licenciado Sergio Domínguez Vargas, el 15 de mayo de 1973.

l) Premio Nacional de Ciencias Sociales, fechado el 13 de diciembre de 1962. Lo firma el presidente de la República, licenciado Adolfo López Mateos y el secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet.

ll) Diploma y medalla de oro de la UNAM por 40 años de profesor. El diploma está fechado en 1965 y lo firma el rector, doctor Ignacio Chávez y el secretario general, doctor Roberto L. Mantilla Molina.

m) Presea y medalla de oro al "Mérito Universitario Ildefonso Díaz de León" de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Lo firma el rector, licenciado Guillermo Medina de los Santos y el secretario, licenciado Roberto Leyva Torres, el 24 de octubre de 1969.

n) Diploma y medalla de oro "Eduardo Neri, Honor al Mérito Cívico", otorgados por la XLVIII Legislatura de la Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, el 9 de octubre de 1972. El diploma lo firma el presidente, diputado licenciado Raymundo Flores Bernal.

o) Diploma y medalla de oro otorgados por la Comunidad Latinoamericana de Escritores. El diploma está fechado en 1976 y firmado por su presidente Carlos Pellicer, el gran poeta de nuestra América, recientemente fallecido.

Por desgracia, la exposición duró solamente abierta los días 16, 17 y 18, a causa de la huelga universitaria que estalló el día 20; y, no queremos terminar este relato, sin reconocer el extraordinario trabajo realizado por el organizador de la exposición, don Othón Lara Barba.

Aventura del Pensamiento

NIETZSCHE

Por *Francisco ROMERO**

AL final del siglo pasado y en los primeros años del nuestro, la influencia de Nietzsche fue sin duda enorme. Para comprender el tipo de esa influencia conviene recordar el ambiente espiritual de la época.

A mediados del siglo XIX reinaba el positivismo; otras filosofías de notable profundidad aparecieron en ese tiempo, pero al positivismo correspondió sin disputa el privilegio de ocupar el puesto céntrico y de ser expresión del momento histórico. Ya veremos que no es esto cierto para el positivismo en sentido estricto, pero no hay inconveniente en denominar positivismo en acepción amplia a las corrientes de pensamiento dominantes en aquella sazón. Según mi parecer, no se suele apreciar debidamente la significación del positivismo del siglo XIX. Yo creo que es la peripecia, la culminación y el desenlace del drama teórico moderno, con lo cual se sobreentiende que la etapa moderna está terminada y deja el paso a otra época de la historia del Occidente. La mente moderna se aplica desde el siglo XVII a una interpretación racional, analítica, inmanenista de la realidad;¹ tal interpretación se persigue por los dos caminos del racionalismo y del empirismo, el uno orientado hacia el fondo último y en sí de la realidad, el otro abierto en el plano de lo dado, de la inmediata realidad fenoménica. Durante el siglo XVII las corrientes del racionalismo y del empirismo van separadas y en constante disputa; es el momento de la teorización y la fundamentación. En el siglo XVIII se aproximan, empiezan a confundirse; es la ocasión de las aplicaciones, y suelen sumar sus recursos en una faena común. El racionalismo se prolonga sobre todo como metafísica de la sustancia extensa y anida cada vez más en la ciencia de la naturaleza; se transforma resueltamente en materialismo, y como tal apela a la experiencia. El empirismo desemboca en Condillac y

* Homenaje a la memoria del ilustre filósofo argentino.

¹ He proporcionado algunas indicaciones al respecto en "Programa de una filosofía", sobre todo en el apartado "Inmanencia, trascendencia y razón". Ver mi libro *Papeles para una filosofía*. (Losada, Bs. Aires, 1945), págs. 18 y ss.

en los ideólogos. Las bases doctrinarias quedan un tanto olvidadas, o lo son del todo, cuando los materiales de las dos corrientes contribuyen a la concepción del mundo, propia del siglo, a lo que se denomina la Ilustración, en la cual conviven racionalismo y empirismo, desteñidos y atenuados ambos, compenetrados mutuamente y convertidos en cosa de "sentido común". Lo que en el siglo XVII eran dos ramas filosóficas distintas —cuyas discrepancias anotan puntualmente los manuales, pero cuyas afinidades no se suele advertir—, sin perjuicio de prolongarse cada una a su modo en el plano de la teoría, han pasado a ser conjuntamente concepción habitual de las cosas y de la vida, en otros planos más extensos y frecuentados. Contra esta concepción del mundo irrumpen el romanticismo y todas las corrientes coetáneas y más o menos semejantes del idealismo, del tradicionalismo, del espiritualismo, etc. La insurrección romántica contra la Ilustración es pasajera. A poco sobreviene una restauración de la mente moderna, también de escasa duración, y que cuando termina señala el fin de la modernidad: esto es, en mi opinión, el llamado positivismo. Sus características generales o formales coinciden con bien conocidas maneras del ritmo histórico. Cuando una revolución (la romántica en este caso) arrasa un régimen vigente durante largo tiempo, es frecuente que ocurra una contrarrevolución, una restauración del régimen abolido, que a poco fracasa para dejar el campo libre a un régimen nuevo. El positivismo fue la restauración de lo moderno.

Un examen del llamado positivismo del siglo XIX creo que justificará estas opiniones. En la etapa positivista coexisten dos tipos de pensamientos bien diferentes. Está el positivismo propiamente dicho, el de un Comte. Es la continuación —con notorios ingredientes racionalistas y románticos— del viejo empirismo. A su lado prospera un científicismo audaz, que lucha por instaurar una metafísica extraída de la ciencia natural, ante todo de la física, con permanente reclamo a la experiencia, pero en una actitud más semejante a la del racionalismo que a la de un empirismo estricto; basta recordar que da por sentado la existencia absoluta de la materia y la fuerza, la reducción a ellas sin residuo de toda otra forma de realidad, la validez incondicionada de ciertos principios y la necesidad y universalidad de las leyes naturales, tesis todas ellas extrañas a una auténtica postura empírica. Así como el positivismo de un Comte prosigue la línea empirista, así este científicismo se enlaza con el materialismo del siglo XVIII, con Hobbes y con el Descartes de la "res extensa"; las dos vertientes del pensamiento moderno desde el siglo XVII reaparecen, pues, en el periodo positivista. De ningún modo se intenta negar con ello la peculiaridad y propia significación del lapso positivista, que es mucho más que un rezagado

retoño de la Ilustración. Varios motivos nuevos contribuyen a crear la especial atmósfera del tiempo, y en primer lugar el fracaso y descrédito de la especulación romántico-idealista, que abonaron el terreno para el arraigo y fructificación de cualquier tendencia opuesta. El auge excepcional de las ciencias naturales parecía destinarlas a ocupar el puesto principal, como imposición universal de sus métodos y puntos de vista, como sistema del saber más firme y fundamental, y también como el único acceso válido para arribar a una metafísica que el olvido de la historia de la filosofía hacía imaginar originalísima en su género e incomparable en su alcance. Se ponen las bases de una psicología y una sociología inspiradas en el naturalismo dominante, y la reflexión sobre la historia, en cierto modo inaugurada y desde luego generalizada por el pensamiento romántico, se traduce a las nuevas normas, recurriéndose a los más variados recursos de hecho para la comprensión del devenir humano. Después de iniciado el movimiento positivista y científicista, la suerte o, mejor dicho, cierta interna consecuencia imperante en la marcha de las ideas, le depara el más formidable refuerzo con el suceso intelectual más considerable de la época, la aparición del darwinismo, doctrina que por primera vez incorpora al sistema moderno el mundo de la vida en los términos de una explicación que da —o parece dar— cuenta del finalismo vital por el mero juego de causas ciegas. Con el transformismo darwiniano el cuadro de la visión moderna del mundo alcanza su perfección. No sólo los hechos de la vida, rebeldes hasta entonces a la interpretación racional, se ordenan en el sistema causalista y mecánico, sino que se plantea la "naturalización" del espíritu y de la cultura, del hombre social e histórico con todas sus acciones y productos, sumándose a éstos los valores, en dependencia estricta y en relación de continuidad respecto al viviente en cuanto tal, cuya arisca índole había domado Darwin sometiéndolo al régimen científico unitario proclamado desde el advenimiento de la *Scienza nuova* y del cartesianismo. Después del ocaso de la Edad Media, el Occidente no había disfrutado de un sistema de pensamiento comparable a éste en la amplitud, la universalidad, la coherencia, la capacidad para alimentar una concepción del mundo generalmente compartida.

Hacia el final del siglo, el positivismo a su vez está agotado. Debo renunciar a consignar ahora todo lo que se me ocurre en cuanto juicio del movimiento positivista y en lo tocante a las consecuencias de su derrumbe. Desaparece con él la única cosmovisión integral del Occidente posterior a la medieval; esto explica sobradamente mucho de lo ocurrido desde entonces. Con su naufragio puso en peligro muchas cosas fundamentales; así la fe en la ciencia (recuérdese las resonantes polémicas sobre su "banarrota"); así la

misma fe del hombre en sí mismo, en el paulatino triunfo del espíritu: que esto va implícito en las burlas hacia el progresismo positivista, ingenuo sin duda y con seguridad parcialmente equivocado, pero expresión de la creencia irrenunciable en el afianzamiento y creciente imperio de lo espiritual en el hombre y en la historia. La situación filosófica es de desconcierto. El reemplazo y superación de las posturas positivistas se intentan de varias maneras, casi todas ellas transitorias. En el confuso intervalo que va hasta la plena renovación filosófica ocurrida en nuestro siglo se destaca un hombre con su filosofía: Federico Nietzsche.

UN hombre con su filosofía, porque nunca acaso el hombre y la doctrina han sido más compañeros, más inseparables. En filosofía no es lícito ni hacedero por lo regular la separación entre la obra y el creador, pero en la inevitable relación entre ambos no ha de verse una penetración cabal; la filosofía no pertenece al género autobiográfico. Indudablemente hay mucho de cierto en la frase de Fichte: "La filosofía que se elige depende del hombre que se es", pero ello no equivale a sentar que el hombre y su filosofía sean cosas paralelas. Tampoco ocurre así en Nietzsche, aunque, como se ha dicho, nunca autor y doctrina hayan sido más entrañablemente solidarios. La filosofía y el filósofo no pueden apartarse demasiado por la especial índole de la experiencia filosófica. En el orden del conocimiento, el matemático estudia entes ideales cuya esencia y legalidad forzosamente se le imponen; el físico investiga procesos cuya efectividad externa y propia consistencia le obligan a reconocerlos tal como son; el historiador, más libre en la interpretación, está constreñido sin embargo por la fuente tradicional o documental. En el arte, la obra realizada cobra una total autonomía que deja en la sombra al creador. El filósofo, en un sector considerable de su trabajo, da forma objetiva a una experiencia personal que aspira a ser más que una experiencia personal. La construcción reposa sin duda en sus últimas razones, en sus cimientos teóricos, pero no podemos desentendernos del todo de la calidad de la experiencia íntima de la cual brota. Las circunstancias de la elaboración o el hallazgo, la personalidad del descubridor o creador ni agregan ni quitan al sentido y valor del principio de la gravitación, de las leyes de Mendel, del *Edipo Rey*, de la *Novena Sinfonía*. Propongámonos ahora este pequeño problema: ¿Seguiría siendo para nosotros lo que ha sido hasta este instante la *Ética* de Spinoza, si descubriéramos que es la obra de un mistificador genial que la fraguó caprichosamente, como mero juego de ingenio y trapacería, sin

adherir personalmente a una sola de sus proposiciones? En presencia de cualquier filosofía abrimos un crédito al filósofo, convencidos de que por lo menos no intenta defraudarnos. Es como si de continuo nos dijéramos al recorrer sus tesis: esto fue pensado por un hombre que buscaba apasionadamente la verdad.

Por aquí tocamos uno de los muchos interrogantes que nos propone Nietzsche. Que él buscó apasionadamente, no es dudoso; más inseguro es que buscara la verdad. "Sea la vida, perezca la verdad", dijo. Y en otro sitio problematiza el valor de la verdad, de la voluntad de verdad: "Nos hemos preguntado, pues, cuál era el *valor* de esta voluntad. Y admitiendo que deseemos la verdad ¿por qué no preferiríamos la no verdad, o la incertidumbre, o la ignorancia misma? . . . Sea el que fuere el valor que se atribuye a lo que es verdadero, verídico, desinteresado, acaso ocurriría que hay que reconocer a la apariencia, a la voluntad de ilusión, al egoísmo y al deseo un valor más alto y fundamental con respecto a la vida. . . La falsedad de un juicio no es para nosotros un argumento contra ese juicio. . . Se trata de saber en qué medida ese juicio acelera la vida y la conserva, mantiene y aun desenvuelve la especie". Este es un género extraño y hasta un poco incomprensible de filosofía. Se pone en cuestión el valor de la verdad, pero se lo supone sin embargo, se parte de él, porque se dice: "se trata de saber", esto es, se quiere averiguar o poner en claro *si es verdad* que el error favorece la vida. La cuestión del valor de la verdad no es posible —Nietzsche nos lo muestra— sin admitir de antemano tal valor, y de ahí no se puede salir. En resumen, es como si viniera a decir: es verdad que la vida vale más que la verdad. Si renuncia a la verdad es apoyándose antes en la verdad y justificándose con ella.

Pero Nietzsche no retrocede ante la contradicción. Es el genio de la oposición, de la negación; negar es su manera de afirmar. Impugna sin piedad a los dos máximos símbolos del Occidente, Jesús y Sócrates. Deslumbrado en su juventud por Schopenhauer y Wagner, se vuelve luego contra ellos. Contra la gran tradición de nuestra cultura —y aun de toda cultura— que sienta el primado de lo espiritual, eleva como valor contrario el de la vida. . . La negación va en gran parte, acaso en su mayor parte, contra sí mismo, y ésta es una de las peculiares maneras de relacionarse en él la filosofía con el filósofo. Hombre afable, amabilísimo en el trato, se expresa en sus escritos en fórmulas violentas y enfáticas, desaforadas a veces. Filólogo por su formación y profesión, reniega de la historia. Tiernísimo en sus afectos, de una delicadeza extremada, predica una ética de dureza inexorable. Acaso la cifra de todo está en la ardorosa negación del mal físico que lo corroe y lo destruye, que le lleva a afirmar por sobre todo la salud y la energía vital.

Por estos y otros motivos muy largos de explicar, cualquier exposición de Nietzsche resulta insatisfactoria si se queda en exposición. Yo no creo —como otros han creído, por ejemplo, Pfänder— que haya en Nietzsche un sistema; pero creo también que no se lo entiende sin un sistema, sin una clave que introduzca cierta unidad y orden interno en su doctrina. Y en estas claves posibles no es hacedero dejar de lado el tema de la contradicción. Uno de los más lúcidos estudios sobre él es el de Vaihinger,² donde la idea de la contradicción ocupa el puesto principal. Nietzsche es para él la viva y total antítesis de Schopenhauer, la inversión en sentido positivo —bajo el influjo de Darwin— de las tesis del gran pesimista. A su vez esta oposición total respecto a Schopenhauer se desenvuelve y diversifica en siete oposiciones parciales: antimoralismo, antisocialismo, antidemocratismo, antifeminismo, antiintelectualismo, anti-pesimismo y anticristianismo.

Yo prefiero otro esquema, en el que acaso puedan entrar algunas de las constancias de Vaihinger. La situación filosófica de su tiempo, como ya se indicó, se define por el ocaso y sustitución del positivismo. De varias maneras se intenta la restauración filosófica o, por lo menos, la salida de la situación que ha llegado a considerarse insostenible. Nietzsche participa en tales esfuerzos, pero del modo más singular y aun extraordinario: desde dentro del movimiento positivista, transformándolo románticamente. Representa, pues, algo así como la interpretación idealista del positivismo, lo que suele conseguir mediante la exageración de sus tesis, sacadas de quicio, exasperadas, llevadas al límite o convertidas en mitos. Así dibuja su pragmatismo, desarrollando gérmenes existentes en el practicismo de la teoría positivista del conocimiento. Así, sobre la exigencia positivista de circunscribirse a lo dado empíricamente, decreta que no hay otra realidad que la experiencial y que ella es lo en sí, trasladando a este plano de la empiria aquel sentido metafísico a que el positivismo renunciaba, y remachando el clavo con la hipótesis del eterno retorno, que otorga al cambio, por la infinita reiteración, una suerte de fijeza mediante la cual el devenir es reconducido a la identidad de la sustancia tradicional. El tema de la vida y el del hombre se someten a la misma alquimia. El problema de la vida, el planteo de esta gran cuestión en el foco del interés intelectual pertenece a la etapa positivista, a la cual proporciona a partir de la aparición del *Origen de las especies* en 1859 sus más señalados rasgos; el hombre es explicado en función de los cánones del transformismo, en términos estrictamente biológicos y con la extensión de este biologismo a la historia y a toda la cultura. Nietzsche

² *Nietzsche als Philosoph*, 3a. edic., 1905.

hace suyo el tema de la vida, lo convierte en núcleo capital de su pensamiento, agrandado, trascendentalizado, intensificado hasta la obsesión. Más que una metafísica es una religión; la vida viene a ser una diosa monstruosa, tiránica, en cuyas aras debe sacrificarse todo viviente. El hombre prefigurado en el devenir del darwinismo se muda en el Superhombre; también aquí, como para la vida, ocurre una tremenda transmutación. Así como la vida obliga al viviente a proclamarla supeditándose a ella, así el Superhombre es como la negación del hombre real en hombre del futuro. El positivismo profesó una gran fe en el porvenir con su creencia en el progreso indefinido; este optimismo firmemente asentado en la tierra se cambia en Nietzsche en un peculiar optimismo trágico que, lejos de vigorizar el presente mediante la confianza en el porvenir, decreta el total sacrificio de lo actual a lo futuro. La suma de todo esto puede concretarse así: se afirma la vida como realidad y bien sumo, pero la vida efectiva y real, la vida actual en los vivientes se humilla ante la vida en sí, ante la idea de la vida o la vida como ideal o sueño. El positivismo, contra la predilección del idealismo romántico por ideales y valores, se atuvo a los hechos; Nietzsche toma estos hechos y los convierte en ideales. Ello se advierte con especial evidencia para lo ético. Si sólo se atiende a la vida y al punto de vista de los hechos, lo único legítimo es el egoísmo; en todo caso, un "egoísmo bien entendido" o un egoísmo colectivo resultante del compromiso de los egoísmos individuales. Nietzsche, según su acostumbrado proceder, exalta, agranda y trascendentaliza el egoísmo en la voluntad de poder, hasta imaginar una especie de santos o ascetas del egoísmo, para los cuales la voluntad de poderío es algo así como un deber, como un imperativo categórico. Esta promoción del hecho a un gigantesco duplicado trascendente o lejano, da su carácter a la filosofía de Nietzsche y acarrea una impresión de pavor cuando en su lectura o su meditación nos atenemos a la letra. Pero con Nietzsche ocurre una cosa curiosa: no es frecuente seguirlo a la letra. A diferencia de lo que ocurre con las otras filosofías, que se aceptan o se rechazan, en el todo o en las partes, ante Nietzsche se toma una postura especial que no me detendré a analizar ahora, en la cual el respeto y aun la admiración hacia el pensador se concilian con una actitud ambigua respecto a sus tesis más resonantes, vistas a una luz cambiante y en una perspectiva que no parece imponer la admisión ni el rechazo perentorio.

Es que en Nietzsche no se nos ofrece el filósofo en los términos comunes, esto es, o como filósofo puro, o como hombre de varias caras entre las cuales podemos aislar la filosófica. Nietzsche es, además de filósofo, poeta, psicólogo, reformador, creador de mitos; es también un problema para sí mismo, una vida humana hecha

problema y vuelta constantemente sobre sí. Todos estos planos se mezclan de continuo, y el uso del aforismo, la ausencia hasta de la externa disciplina impuesta por los desarrollos largos y coherentes, favorece la anarquía del enfoque y de los planteos. A veces imaginamos que se pronuncia el filósofo, y quien habla en cambio es el poeta, o el crítico de la sociedad de su tiempo, o el político de la cultura y el forjador de mitos. Aunque no acertemos corrientemente en la lectura a discriminar estos diversos planos sobre los que se mueve su pensamiento —discriminación por otra parte difícil y aun imposible en muchas ocasiones por la fusión y simultaneidad de varios de ellos— se origina en el lector atento un estado de precaución y reserva, una inconsciente contención que empieza por distinguir entre lo que en esta filosofía hay de conmovedora experiencia personal y lo que intenta ir más allá de esta experiencia como contenido doctrinario. La aceptación más amplia y la mayor influencia ocurrieron hace años entre los jóvenes. El fervor y la natural rebeldía de la juventud hallaban en el filósofo una voz acorde con la suya: expresiones tan incitantes por su corte paradójico y su ardor combativo como por lo confuso y sibilino de la significación, por una oscuridad grata a la confusión de la primera edad juvenil, cuando se busca afanosamente. Dos cosas hacen al filósofo: una profunda y rica experiencia subjetiva, y una elaboración objetiva de esa experiencia; dos cosas hacen, paralelamente, al hombre: el hallazgo de sí en los primeros tramos de la juventud, y el posterior encaje de su mundo íntimo, así descubierto, en la común realidad de los hombres y de las cosas. En el filósofo Nietzsche prepondera con mucho el momento de la experiencia subjetiva —de distintas sucesivas experiencias subjetivas— sobre la rigurosa objetivación, y también en el hombre Nietzsche hallamos como la prolongación de una juventud sin cesar renovada, una juventud que no arriba al ensamblamiento con la restante realidad. Mucha de la simpatía con que lo escuchan los mismos que mantienen con él irreductibles divergencias proviene de que vagamente perciben en su voz el eco de la propia —cercana o distante— juventud.

Puntualizar lo que sigue vivo y lo irremediablemente caduco en la obra de un filósofo es tarea sobremanera ardua; en el caso de Nietzsche se acumulan especiales dificultades. Debo confesar que considero estas anotaciones como sujetas a rectificación y complementación, porque el tiempo y la extensión concedidos me parecen ahora, al afrontar el asunto, desproporcionados con la magnitud y complejidad de la cuestión, aun después de haberla rodeado un poco con las reflexiones introductorias que van por delante.

De los dos aspectos que componen una filosofía, según dije anteriormente, la experiencia personal y su traslado al plano teóri-

co y objetivo, el primero se afirma en lo individual y el segundo ensaya o realiza la salida a lo universal. Lo corriente es que el segundo momento absorba al primero, lo elabore sin residuo y se nos ofrezca solitario y cerrado en sí. En Nietzsche sucede al revés: la teorización es transparente envoltura de la experiencia inmediata o mera expresión directa de ella. La sinceridad y apasionada busca es ejemplar en el padre de Zarathustra, frente a tantas filosofías perezosas, fundadas en el arrimo a un influjo ocasional o tramadas habilidosamente con materiales allegadizos. Parece evidente —aunque mis preferencias vayan por otro lado— que la línea iniciada por Nietzsche y Kierkegaard y continuada por el existencialismo y otras direcciones afines, ha remozado el pensamiento filosófico y le ha infundido un calor nuevo. Entre los aportes permanentes de Nietzsche pondría, pues, el llamamiento a la autenticidad, a la radicalización personal del interés filosófico; además, por este camino llegó a uno de los descubrimientos que constituyen uno de sus mayores legados, o acaso el mayor, como se dirá más adelante.

El nudo de su filosofía en cuanto nos importa para discernir en ella lo caedizo y lo valioso para nuestro tiempo se halla probablemente en la gran contraposición entre la vida y el espíritu. De aquí provienen algunas consecuencias buenas y muchas malas. La filosofía se había decidido desde el comienzo por el espíritu. Nuestra cultura occidental en su conjunto —como toda gran cultura— se había resuelto también por el espíritu, sin que valgan como argumentos contrarios los infinitos pecados contra el principio espiritual que jalonan la marcha histórica, hechos que no bastan a eclipsar la majestad del principio. La contraposición entre naturaleza y espíritu redundaba en una afirmación dogmática de la supremacía de lo espiritual, sin profundizar en las relaciones entre ambas instancias ni aclarar suficientemente los modos espirituales. El planteo del problema de la vida en el siglo XIX trae una grave crisis: la vida parece envolver al espíritu, parece ser una desmedida realidad no advertida hasta entonces, de la cual el espíritu es un producto tardío y secundario, como un apéndice. La oposición tradicional entre espíritu y naturaleza (o entre espíritu y materia) se agudiza al mudarse en la oposición entre espíritu y vida. Nietzsche es de los primeros en advertir el contraste, y se resuelve por la vida —se resuelve por la vida valiéndose de todos los recursos del espíritu. Con la cruda luz que arroja sobre la cuestión la pone en nuevos términos. No será lícito en adelante un dogmatismo de lo espiritual, esa beatería sin ojos para reparar en el choque brutal entre la vida y la espiritualidad; además, será necesario ahondar en la índole del espíritu y buscar claridades y especificaciones sobre ella. Así como el racionalismo avanza y se va afinando desde Descartes hasta Kant

gracias en primer lugar a la impugnación empirista, así los progresos en la teoría del espíritu deberán su impulso decisivo al gesto de quien, transido de espíritu y viendo que su pobre vida se le escapaba de las manos, proclamó: sea la vida. Si tomamos como puntos de referencia a dos tratadistas del espíritu tan eminentes y excepcionales como Hegel y Max Scheler, nada más sencillo que reconocer como lo capital entre ellos la intercalación de Nietzsche.

Su vitalismo le hace cifrar su ideal en una aristocracia de personalidades vitalmente potentes para las cuales no rige otra norma que la propia voluntad de poderío. Con tal particularismo se planta en contra de dos grandes movimientos universalistas: el cristianismo, que afirma la igualdad de los hombres en cuanto hijos de Dios y predica la caridad, y las corrientes igualitarias de la democracia y del socialismo. Como un peñón en el curso de un río impetuoso, se opone nada menos que a la total marcha histórica. Impuesto y triunfante el principio democrático y establecida la igualdad política, la marcha hacia la nivelación económica pasa a ser el principal resorte histórico, en el que coinciden las urgencias más efectivas con los motivos éticos e ideales. En su tiempo los reclamos de justicia económica estaban atados todavía a escuelas y programas determinados y aun a cierta concepción del mundo. El instrumento de liberación debía ser una "conciencia de clase" capaz de promover en las filas de los menos favorecidos una unidad y un ímpetu aptos para la lucha social y la victoria. Nietzsche ve en esto una verdadera conspiración de los peores contra los mejores, la marea de la vida decadente que avanza pronta a ahogar toda nobleza. Ahora, cuando la exigencia de nivelación económica, sin dejar de ser el requerimiento de una clase, es o empieza a ser un imperativo generalmente aceptado, Nietzsche está todavía más a trasmano que en los años de su vida; a la común conciencia social de nuestra época, que cada día con mayor decisión asume la tarea de la igualación económica, no puede sino repugnarle el individualismo nietzscheano, cuyo único papel en la práctica sería alimentar y justificar conatos de detención o de retroceso, cuando no supuestos avances por rutas de violencia y de extravío. Mucho se ha hablado de la influencia de Nietzsche en los movimientos afortunadamente frustrados por la guerra reciente, que llevaron la civilización al borde del abismo; tan cierto me parece que hay incitación e influjo de su prédica en esos movimientos —como que él, de conocerlos, los hubiera repudiado. La similitud entre los postulados de Nietzsche y muchos puntos del programa y la práctica fascista y nazi es patente, y sólo una excesiva y desplazada ternura hacia el filósofo puede desconocerlo. Hagamos sitio al sentido común, que también tiene sus derechos y a veces debe ser escuchado. El recurso acostumbrado para limpiarlo

de culpa es someter sus tesis a una retorcida hermenéutica que progresivamente las aleja de todo sentido comprensible. Pero su justificación no me parece alcanzable por el camino de las ideas sino por otro: como he dicho, es seguro —hasta donde suposiciones de este género sean seguras— que él hubiera renegado de esos horrores y desvaríos.

La renuncia cada vez más señalada a la libre competencia, la complejidad de las relaciones sociales en el presente y otros factores bien conocidos, al imponer por todas partes regímenes de coordinación y planificación, han propuesto un problema nuevo, el de las relaciones entre lo individual y lo socializado o socializable. El conflicto entre libertad y planificación, típico y fundamental para esta hora y para las que vendrán, exige una revisión de las ideas de hombre y de sociedad, una discusión sobre lo que en el hombre es lícito socializar, un cómputo de las ventajas y perjuicios en cada avance planificador. Cuestión amplísima y urgente, porque no se trata ya de especular en vista de una situación posible o venidera, sino en presencia de una realidad, de una imposición a la cual ninguna sociedad escapa, sea cual fuere su orientación social o política. Parecería que un individualismo tan definido y acerado como el de Nietzsche tuviera algo que decirnos en la ocurrencia, terciando en el debate con argumentos en defensa del hombre singular ante el riesgo de que su singularidad perezca entre las mallas de la red estatal y social. Pero no creo que sea así. Ese individualismo anti-social no ofrece valores dignos de ser salvados de la socialización. Provisionalmente, opino que sólo la distinción entre la unidad espiritual —la persona— y la unidad psico-física —el individuo— puede darnos algún criterio o pauta para establecer los límites de la planificación. La persona no es socializable por su esencia, ni ofrece peligro al no ser socializada, por su consustancial vocación trascendente, generosa y universalista; el individuo, con más de una importante reserva, puede y acaso debe ser socializado. No veo por el momento otro criterio aplicable a la cuestión, que por cierto se debate con ciego desdén o descuido hacia cuanto no sea las conveniencias más materiales. En Nietzsche no se afirma la persona, sumrida con la negación del espíritu, sino que se saca de juicio al individuo y se lo promueve a una dimensión colosal. Este individuo desmesurado poco tiene que hacer en el dilema.

Ni en la vasta tarea histórica de los tiempos nuevos —la compensación de la desigualdad económica y la recuperación de los bienes materiales e ideales para todos los hombres—, ni en la faena social más apremiante y difícil del presente —la conciliación del individualismo con el colectivismo, de la libertad con la planificación—, hay sitio para Nietzsche. Ni creo que ninguno de los

particulares puntos de su programa tenga atractivo para el hombre de la época actual ni de la futura. La voluntad de engaño en algunos y la transigencia con el engaño en otros tuvo su hora, que ya pasó. La comprobación de que falsos mirajes, ilusiones colectivas o individuales y equivocados juicios sobre hombres y situaciones provocan a veces dichas consecuencias, mientras que las correlativas verdades hubieran sido ineficaces o deprimentes, llevó a muchos a la peregrina conclusión de que se debe fabricar de intento tales engaños estimulantes y propinarlos sistemáticamente al hombre. No se reparó en que el error o el engaño sacan su fuerza de su verdad supuesta, y que la difusión de cualquier sistema preconizador de la falsedad como método acarrea la desvalorización de las tesis contrahechas y la desconfianza hacia cuanto provenga de quienes aceptan esos principios, aun cuando sea verdad pura, porque "en boca del mentiroso la verdad es sospechosa", con lo cual se llega al desorden mental y aun a la confusión más absurda y estrafalaria. Una política trazada sobre esos supuestos, consciente forjadora de mitos, ha de parecer inaceptable a toda conciencia recta —y mucho más después de haber visto políticas semejantes en su obra nefasta. En la pura teoría se anduvo hace años por parecidos senderos, en filosofía con el ficcionismo de Vaihinger y otras ramas del pragmatismo, y en la interpretación científica con el llamado conceptuualismo, que reducía la teoría física a mera simbolización; Poincaré llegó a decir que el objeto de Fresnel al sentar su teoría no era realmente saber si realmente había un éter, si estaba compuesto de átomos, si estos átomos se movían efectivamente en uno u otro sentido, sino únicamente prever los fenómenos ópticos, porque lo que interesa no es saber cómo son las cosas sino estar en condiciones de manejarnos entre ellas. No sé si Fresnel pensaría como supone Poincaré; lo seguro es que el físico ha buscado y buscará —con pocas excepciones— lo que es, y aun con dogmatismo extremado, y protestará indignado cuando se le diga que a él la verdad le importa un bledo porque sólo va en demanda de la utilidad. El intento de despojar al hombre de su ansia de aprender lo que es tal como es me parece tan ocioso como descaminado. Ocioso, porque está en la índole del espíritu la aspiración a la verdad, o más bien, es éste uno de los esenciales modos del espíritu; descaminado, porque la tensión hacia la verdad, incluso hacia las verdades últimas, acaso nunca alcanzables con plenitud, constituye una de las formas inalienables de la vida humana, que es por su esencia un haz de tensiones, una esforzada marcha desde el polo de la pura animalidad al polo de la espiritualidad pura. El hombre y su vida son esa tensión, ese avance; el espíritu humano se agota en la persecución y conquista paulatina del valor, y la absoluta realización del valor equivaldría

a la disolución del espíritu, por donde se ve que el hombre sólo hallaría reposo tornando a su estación de partida o alcanzando la de llegada, fijándose en uno de los polos entre los cuales se mueve, en el de la animalidad —reposo en la naturaleza— o en el de la lograda espiritualidad —reposo en el valor—, y ambas maneras de sosiego importarían la anulación de su ser específico. En su gusto por un pesimismo o por un optimismo trágico —las dos cosas vienen a ser lo mismo— Nietzsche podría haber advertido que le bastaba reparar en esta situación y destacarla, sin sacarla de quicio, porque la vida del hombre es drama y el remoto fin ideal de la historia —de la aventura humana— no es sino la supresión de la historia. Tesis o hipótesis o mitos como los del Superhombre y del eterno retorno carecen de vigencia actual y de posible porvenir, y no creo que valgan gran cosa como anticipaciones del futuro; más aún, si columbráramos en el horizonte de los siglos venideros algo semejante al Superhombre nietzscheano, la humanidad no tendría tarea mejor ni más imperiosa que aniquilarlo en germen o potencia. Algo parecido podría decirse de la ética de Nietzsche. Precisamente es en lo ético donde existe una experiencia ideal más remota y persistente, que busca fundamentarse con diversas razones, pero cuya fuente común resulta visible. La más profunda y constante experiencia ética pone la moralidad en el reconocimiento emocional o racional —o emocional y racional— de la comunidad de las personas iguales, en la promoción del sujeto empírico a un sujeto universal que supera cualquier momento de individualidad concreta y se niega como singularidad para afirmar en sí lo humano y realizarlo. La ética cristiana, la de Kant, la muy reciente de los valores, coinciden en unir indisolublemente moralidad y humana universalidad. La ética de Nietzsche no es, no puede ser sino un pasajero episodio al margen de la sucesión de tentativas grandiosas destinadas a explicar y justificar filosóficamente la comprobación casi unánime del sentido universalista de lo moral en el hombre.

Nietzsche ha traído un aporte de extraordinaria significación a la doctrina del hombre, del cual no se podrá prescindir en adelante. Klages es quizás quien lo ha puesto de relieve con mayor energía,³ y quiero recapitular aquí sus palabras, porque son las de un gran psicólogo procurando hacer justicia a uno de sus más geniales congéneres. Hoy en día —viene a decir Klages— unos consideran a Nietzsche como un poeta, otros como un filósofo y algunos como un profeta y fundador de una religión; pero él mismo se denomina con frecuencia psicólogo, y fuera de toda duda el tema favorito de sus meditaciones ha sido la esencia del hombre. Si nos preguntamos

³ Ludwig Klages, *Die psychologischen Errungenschaften Nietzsches* (en *Jahrbuch der Charakterologie*), I, 1924.

por el alcance y magnitud de su labor de psicólogo, podemos respondernos sin titubeos que la psicología comienza en rigor con él, tanto por la faena que se propuso como por el método puesto en práctica. Nietzsche comprende que para la indagación psico-caracterológica es inevitable la investigación de sí mismo, pero sabe también que este ahondamiento en la propia intimidad requiere el enajenamiento de sí, el autoalejamiento, porque el yo no se manifiesta fielmente de modo inmediato, no se descubre en la mera introspección —como suponían en su tiempo casi todos los psicólogos, Wundt entre ellos— sino en la reflexión. El tú es más viejo que el yo. Comprende al mismo tiempo que es muy difícil o casi imposible conocerse, que es necesario extirpar antes las erradas opiniones sobre uno mismo. Estas falsas opiniones son ficciones nacidas del afán de atribuirse valor, y como natural consecuencia de ellas apreciamos equivocadamente nuestra propia persona y consiguientemente todo lo demás, enjuiciado desde el mirador de la errónea estimación de nosotros mismos. En esta forma vamos motejando de no valioso cuanto para nosotros resulta inalcanzable. Los valores ilusorios o aparentes que nos atribuimos pasan a ser convicciones firmes en nuestra descendencia, por donde vemos que no debemos considerar nuestras opiniones de este orden como cosa completamente nuestra, puesto que incluyen abundantes juicios formulados mucho tiempo atrás. Nietzsche abraza la tarea de descubrir estas erradas interpretaciones, estos falsos juicios valorativos, examinando a lo largo de la historia su nacimiento y evolución. Su método consiste en indagar si tales juicios no han surgido como expresión de una urgente voluntad de poder y si, por lo tanto, su pretensión de absoluto valor no es injustificada; para llevar a cabo la averiguación el investigador debe establecer la conveniente distancia entre él mismo y aquella zona de su yo en la cual mantienen validez actual aquellos juicios y nociones, a fin de poner en claro si la voluntad de poderío desempeña algún papel en el asunto. Los psicólogos anteriores habían partido de las vivencias inmediatas y aun se habían atenido a ellas, aceptando confiadamente su testimonio; Nietzsche muestra que la sencillez y evidencia de un sentimiento no arguyen nada sobre su origen e índole primigenia, y que tal origen debe ser descubierto. Como factor en gran parte determinante del contenido y calidad de muchos juicios y vivencias tenidos por nosotros como desinteresadamente objetivos y por lo mismo verdaderos, registra el estado corporal de cada sujeto, motivo suficiente para acusar de marcadamente subjetivos a esos juicios y vivencias. El influjo de lo orgánico sobre nuestros juicios y deseos y, a la larga, sobre toda nuestra concepción del mundo, lo sentía y desenterraba el filósofo en su propio ser; su sufrimiento corporal lo inducía a anhelar cuanto era grato o salu-

dable para su organismo enfermo: el aire cálido, el ambiente meridional, etc. Así también quienes se hallan excluidos de un goce cabal en la vida santifican todo aquello que no pueden lograr, de donde proviene en la ética cristiana el desprecio de los bienes terrenales.

Aunque la rotunda afirmación de Klages según la cual la psicología comienza verdaderamente con Nietzsche parezca exagerada, ha de reconocerse la capital importancia de su hallazgo. Max Scheler la admite con estas palabras terminantes: "Entre los escasos descubrimientos que en los últimos tiempos se han hecho sobre el origen de los juicios morales, se destaca como el más profundo el de Federico Nietzsche, al advertir que el resentimiento es una fuente de tales juicios de valor. Y ese descubrimiento es profundo aun cuando resulte falsa su afirmación concreta de que la moral cristiana y, en particular, el amor cristiano, son la más fina "flor del resentimiento".⁴ Del descubrimiento de Nietzsche brotan varios temas, ramificaciones de un solo motivo, cuyo alcance para la comprensión del hombre no podría ser exagerado. Está desde luego, en primer término, la significación del resentimiento en los juicios valorativos, fundamental para la psicología y la sociología de los sentimientos éticos, aunque deba negársele la transcendencia más general atribuida por su descubridor. Desde otro punto de vista, hallamos la dirección que pone en el centro del ser del hombre la voluntad de autoafirmación, el instinto de hacerse valer individualmente, de preponderar, basamento de cierta antropología reciente cuyas raíces pueden hacerse remontar hasta Schopenhauer, pero en la cual parece decisiva la incitación nietzscheana. Y, *last not least*, debe ponerse en la misma línea el tema de la autojustificación, la interpretación de la vida del hombre como algo no sólo vivido y duplicado vivencialmente en la reflexión, sino además como algo que el sujeto permanentemente procura justificar ante sí mismo y ante los demás. Una patente unidad gobierna estos motivos, que sin embargo se abren proyectándose en distintas orientaciones. Sus resonancias son numerosas en la más reciente antropología —en la de Sombart, por ejemplo⁵— y seguramente han de continuar siéndolo, pues se trata de pensamientos de notable hondura y fecundidad.

En muchos puntos de vista de Nietzsche hemos de reconocer al mismo tiempo la agudeza y acierto de la comprobación y la errónea interpretación, extremosa de continuo en el persistente relativismo vitalista, llevado a sus postreras posibilidades y como en busca

⁴ Max Scheler, *El resentimiento en la moral*, edic. de *Revista de Occidente*, Madrid, 1927, pág. 13.

⁵ Sombart, *Vom Menschen. Versuch einer (geistwissenschaftlichen Anthropologie)*. 1938.

de un absoluto por la vía de la relatividad, o, mejor dicho, como la promoción de la relatividad misma a un nuevo absolutismo. Si no nos convencen sus conclusiones, no podemos desentendernos de sus planteos; a menudo nos obliga a un nuevo ajuste de cuentas, a un examen más severo y detenido de los problemas. En este respecto, su contribución es considerable. Es como el abogado del diablo, que no nos persuade a abrazar la causa diabólica, pero nos obliga a revisar y fundar mejor nuestras antiguas seguridades. Es un purificador; no nos atraen los mitos propuestos por él, pero de paso degüella una buena cantidad de mitos acreditados como verdades inconcusas, cuyos cadáveres servirán para jalonar la ruta hacia verdades más sólidas. Ha contribuido a dejar más respirable el aire, pero cuando nos invita a aceptar "su verdad", podemos responderle —a él y a cuantos nos ofrezcan su verdad privada en filosofía— con las palabras de un alto poeta:

*¿Tu verdad? No, la Verdad.
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.*

Después de él, en parte por obra suya, sabemos que la tarea filosófica —el objetivismo filosófico— es más arduo de lo supuesto anteriormente. Hemos aprendido a contar en ética y en teoría del saber con lo vital, lo psicológico, lo social y lo histórico, pero el advertir con claridad estas instancias es superarlas, en principio por lo menos, y más allá de ellas avanza la búsqueda perenne. La reciente doctrina de los valores atestigua un renovado sentido para lo objetivo y lo absoluto. En teoría del conocimiento se generaliza la convicción del parcial desajuste entre razón y realidad (N. Hartmann, Ortega, Lask, Meyerson y tantos otros), pero en lugar de recaer en un cómodo irracionalismo, se persiguen y recogen los índices del acuerdo y los del desacuerdo para esbozar parsimoniosamente una ontología crítica, para poner la razón en su sitio. Todo ello es trabajo meticuloso, averiguación despaciosa sembrada de interrogaciones y de hipótesis. El filósofo ha aprendido a tener paciencia.

Nietzsche era un impaciente, un pensador con urgencias de reformador y vuelo de profeta. El profeta y el reformador eran uno en él; profetizó una humanidad reformada según sus módulos, y por eso su visión del porvenir no puede separarse de los deberes que imponía al presente y al futuro, de los mitos vitalistas, de las metas propuestas al hombre, de la ética en que debía encarnar la voluntad de poderío. Era también un hombre —cuerpo y alma— expresándose en pensamientos, un vivo laboratorio filosófico, una vida convertida en problema. Piénsese lo que se quiera de su filoso-

fía, se le ama y se le admira, porque padeció la filosofía como una dolencia más, y porque en ella fue un genio a su manera. Es su manera precisamente lo que suscita reparos. Pensó y escribió con la sangre; ahí está lo malo. Porque para pensar está la mente, y para escribir, la tinta.

Martínez (Bs. Aires), septiembre de 1946.

REFLEXIONES SOBRE EL CINISMO COMO PROBLEMA DE NUESTRO TIEMPO*

Por *Iring FETSCHER*

NUESTROS contemporáneos tienen muy poco en común con los representantes de la escuela cínica de la antigüedad. El cinismo actual es más radical, más desconsolado, es una última y desesperada manera de vivir o, más propiamente, de morir anímicamente.

Paul Tillich en su obra "Der Mut zum Sein" (El valor de ser) ha formulado esta diferencia de la siguiente manera: "Nuestra comprensión del cínico es actualmente distinta a la que tuvieron los griegos de la antigüedad. Para éstos, el cínico era un hombre que criticaba la cultura griega desde el punto de vista de la razón y de las leyes naturales; era un racionalista revolucionario, un correligionario de Sócrates. Los cínicos modernos no quieren ser partidarios de ninguna escuela. No creen en la razón, no conocen ningún criterio de la verdad, ningún sistema de valores y no tienen ninguna contestación ante la pregunta por el sentido. Tratan de socavar toda norma existente. La valentía del cínico no encuentra una expresión creativa, pero se expresa en su posición ante la vida. Rechaza con coraje toda solución que le quite la libertad de rechazar todo lo que quiere rechazar. Los cínicos modernos son solitarios, aunque precisan de la sociedad para poder mostrar su soledad. No conocen relaciones previas que tengan sentido ni tampoco algún sentido último incondicionado, y son, por eso, fácilmente víctimas de la angustia neurótica. La autoafirmación compulsiva de sí mismos así como el autosacrificio fanático son frecuentemente la expresión de la valentía no creativa de ser lo que son." (Obras Completas, tomo 11, pág. 114). La diferencia entre los cínicos de la antigüedad y los cínicos contemporáneos se puede definir también, indicando que aquéllos postulaban la autonomía del individuo racional y moral y éstos sólo la del individuo definido únicamente como ente vital, para el cual todas las capacidades intelectuales son sólo un "medio" para la autoafirmación animal y la maximación del placer.

¿Qué es esta posición cínica y de dónde viene? El que vive entre hipócritas encontrará en el cínico por lo menos una virtud: la since-

* De Universitas, Septiembre, 1976.

ridad. El hipócrita afirma que lo que le importa es únicamente el objeto en sí, el bienestar del pueblo, la felicidad de sus amigos, mientras en realidad sólo persigue el provecho personal, el progreso individual, la ganancia privada; el cínico, en cambio, declara abiertamente que en todo persigue sólo su propia ventaja. Pero tal sinceridad es una virtud bastante dudosa, porque incluye el desprecio total de todos aquellos comportamientos amigables que el hipócrita quiere por lo menos fingir. La "veneración del vicio a la virtud", como se ha llamado a la hipocresía, incluye, con todo, el reconocimiento de aquellos valores fingidos. El cínico los niega totalmente —por lo menos en lo que respecta a su propia persona. Abiertamente muestra que su comportamiento no tiene nada que ver con reflexiones sobre el bienestar de los otros. Pero aún más, mediante su "apertura" busca el cínico prosélitos, declara que sólo los necios permiten que consideraciones sobre el interés de los otros hombres limiten su comportamiento egoísta —a no ser que tengan necesidad de hacerlo por motivos de dependencia. El cínico se entiende como el poderoso que no precisa mostrar consideraciones, se comprende como un hombre independiente que se ha liberado de ilusiones y de prejuicios morales, como un solitario que, por haberse emancipado de las cadenas morales, se encuentra más allá de los otros hombres. ¿Quién no desearía alinearse detrás de tal "modelo ejemplar"? Pero es curioso que el cínico, que parece despreciar la opinión de los otros hombres, desee reconocimiento y admiración. El desprecio a las normas éticas que muestra abiertamente, precisa de la admiración: "Mirad cuán libre y grande soy" parece gritar a todos el modelo ejemplar que no tiene ningún modelo para sí.

No le basta haberse liberado de las cadenas morales, desea ser reconocido como hombre que se ha liberado. Parece a veces que esta admiración le importa más que su amoralidad sin escrúpulos.

Son dos aspectos de este comportamiento que precisan una aclaración: primeramente el desprecio a las normas y valores morales y luego el afán por lograr reconocimiento y preponderancia frente a los otros (a aquellos que limitan su conducta de acuerdo a las normas morales).

El desprecio cínico a las normas morales no significa sencillamente indiferencia. El cínico no es amoral, pues conserva un sentido para normas y valores morales. Por lo menos tiene que conocerlos para despreciarlos abierta y ostentativamente y para violarlos. Su amoralidad tiene algo demasiado violento y artificial como para poder convencer. El cinismo proviene, a mi parecer, de la profunda decepción frente al hecho de que las normas y valores morales juegan un papel tan ínfimo en la vida de la mayoría de los hombres, y que su

acatamiento acarrea al hombre moral más perjuicios que beneficios. Frente a esta experiencia hay dos reacciones extremas: una de ellas consiste en condenar con tono moral a los hombres que no obedecen a aquellas normas del comportamiento, la otra en despreciar las normas mismas porque son evidentemente débiles y llevan siempre las de perder cuando chocan con los intereses. La primera posición es la del moralista, la segunda la del cínico. Ambas posiciones son de igual manera "abstractas", porque absolutizan una componente de la experiencia en lugar de investigar y comprender el comportamiento concreto del hombre y sus condiciones reales. Es cierto que el cínico está más allá de aquellos hombres ingenuos que no han notado todavía la contradicción de la cual el cínico saca sus falsas conclusiones, pero queda detrás del conocimiento que la mayoría de aquellas normas morales corresponden totalmente a necesidades humanas (ánimicas) y que frecuentemente entran en conflicto con otras necesidades (por ejemplo con la necesidad cínica de la autoafirmación), y que sucumben en este conflicto.

Aquella decepción tiene que provenir, según mi opinión, de una experiencia en la cual la amabilidad propia, el amor a la bondad han chocado contra la ingratitud, el rechazo y el abuso. Me parece que alguna vez el cínico se ha identificado totalmente con su propia amabilidad o amor y que ha sido profundamente herido. Ha experimentado que el que ama es siempre débil y puede ser fácilmente herido. Esta experiencia lo ha vuelto duro y cínico, tal vez después de haberse repetido varias veces, tal vez después de haberla sufrido por primera vez. Theodor Adorno ha dicho en cierta oportunidad, que el hombre sólo puede amar allí donde pueda mostrarse débil, sin provocar fuerza. Pero ¿dónde se puede actuar de esa manera en un mundo donde impera la lucha competitiva de todos contra todos? Si la vida, como decía Thomas Hobbes,¹ se asemeja en la sociedad moderna a una carrera y si sólo se trata de lograr un puesto adelantado en esta carrera, entonces la bondad, el altruismo y el amor son comportamientos bastante inútiles. El cínico ha experimentado que en su contorno social nunca debe mostrar debilidad, y la bondad, el amor y la amabilidad son para él sólo variantes de esa debilidad.

¿Qué se puede decir de la "fuerza" del cínico? ¿No es más bien dudosa? El hombre fuerte puede comportarse con altruismo y bondad frente al débil, sin convertirse por ello en una persona débil. La caballerosidad era una virtud de la capa superior feudal (aunque esta virtud no correspondía en general a aquella capa, así como no

¹ Comp. las famosas palabras en "Elements of Law, natural and politic" (1640).

corresponden a la capa burguesa sus virtudes de honradez, aplicación y honestidad), el cinismo es más bien una conducta plebeya. Surge en una sociedad formalmente egalitaria en la que nadie reconoce la supremacía "natural" o "convencional" del otro, en la que cada uno está en lucha competitiva contra el otro. Esta igualdad la ha definido Thomas Hobbes con toda sobriedad. Proviene de que el más débil puede asesinar al físicamente más fuerte (y más inteligente) cuando, por ejemplo, lo ataca mientras duerme, es decir, cuando aprovecha su debilidad momentánea.²

En una sociedad que por lo menos teóricamente reconoce la igualdad de derechos de todos y que se basa a la vez en el principio de la libre competencia (de la lucha de todos contra todos) desaparecen las diferencias entre alto y bajo, fuerte y débil, y también la actitud de amabilidad y bondad que por condescendencia solía tener el más fuerte. Esta actitud ya no puede ser practicada, ya no puede ser aceptada. El que la quiera practicar (como Albert Schweitzer) tiene que irse a aquel continente lejano, e inclusive allí se criticará y rechazará su posición desde el punto de vista de los movimientos de emancipación del colonizado. La bondad en la que se mezcla condescendencia no puede ser aceptada por la sociedad que se entiende como egalitaria.

En la sociedad de competencia individual y colectiva es igualmente extraña la bondad como expresión de solidaridad, que sólo sería posible entre hombres realmente iguales, unidos por intereses y concepciones comunes.

En un mundo social cuya realidad consiste en la lucha competitiva egoísta de todos contra todos, en el cual cada uno quiere lograr su posición a costa del otro, en el que la ética oficial predica a la vez amabilidad, bondad y altruismo, prospera el cinismo precisamente en aquellas personas que alguna vez tomaron en serio los valores éticos, y que tienen una conciencia demasiado débil para poder permitirse el lujo de la "derrota". El cínico tiene siempre la necesidad de "vencer", el que no muestra nunca debilidad (amor) tampoco sufre derrotas anímicas ni decepciones. Al que no toma en serio ningún valor, no se le puede ayudar. ¿Dónde se le podría tocar? O dicho de otro modo: sólo se le puede tocar ahí donde

² Comp. Thomas Hobbes, "De Cive", cap. 1: "La razón del miedo recíproco radica en parte en la igualdad natural de los hombres, en parte en su voluntad de dañarse unos a otros. . . . Pues si se observa a los hombres adultos y se ve lo frágil que es la constitución del cuerpo humano (cuyo decaimiento trae consigo la pérdida de fuerza, vigor y sabiduría), lo fácil que es para el más débil, matar al más fuerte, no se comprende que alguien, confiando en su fuerza, se crea superior a otro por naturaleza". Comp. también "Leviathan", cap. XIII, § 1.

están sus intereses, pero él los persigue sin escrúpulos y los define abiertamente como ventajas materiales personales.

¿Pero puede un hombre cualquiera vivir de tales "intereses materiales"? ¿Es posible imaginar que pueda satisfacerse sólo por la acumulación de riqueza? ¿Que todo lo demás sea para él sólo un medio para lograr los fines de la riqueza y/o del poder? Es cierto que se presentan tales posiciones unilaterales. En general se trata empero de "tipos ideales", de construcciones que corresponden a la sociedad capitalista competitiva o al estatismo autoritario y burocrático. Mientras que en la sociedad capitalista predomina la acumulación de riquezas, en la sociedad estatista es la acumulación del poder la que está por encima de los otros fines. Pero en la práctica hasta los comerciantes y burócratas cínicos tienen otros fines (inconfesos pero no por eso menos reales): quieren causar buena impresión a su mujer, a sus hijos, a su amada, lograr y conservar su cariño. Existe una reserva de contactos interhumanos, no determinados por el cinismo, sin los cuales sólo pocos pueden vivir. Esta reserva no corresponde a la visión de mundo del cínico, y éste prefiere negarla y se niega a concederla, aunque casi siempre está presente en alguna parte. Dentro de esta reserva incluso el cínico puede practicar esporádicamente aquellos comportamientos que él mismo desprecia y ridiculiza. Frente a la madre, a la amiga, a la mujer o al niño se siente tan "superior" que puede permitirse la debilidad de la bondad condescendiente. El cinismo cotidiano no puede tocar esta relación porque la destruiría. El cínico no puede practicar aquí su última virtud, la sinceridad, y se convierte en hipócrita. En la realidad seguramente no existe el cínico sin contradicciones, porque estaría sentenciado a una soledad carente de todo consuelo. Pero el cínico inconsecuente, que se ha reservado algo humano, tiene que vivir continuamente temiendo que se llegue a conocer su cinismo y se destruya así aquello que se ha reservado para sí. Es por eso que tiene que esconderlo, para que los otros no utilicen en su contra esta su debilidad.

Sólo al cínico puro se le podrán atribuir aquellas palabras de Nietzsche: "El cinismo en el trato humano es un signo de que el hombre en la soledad se trata a sí mismo como un perro".³ Entre los valores que desprecia el cínico se encuentra naturalmente también la dignidad. ¿Cómo sería posible que él mismo en su soledad se experimente como un ente digno? Hacia afuera el cínico se presenta valiente, fuerte, libre, seguro. Pero esta actitud exterior es sólo una

³ Friedrich Nietzsche, "Menschliches Allzumenschliches" (Lo humano demasiado humano), t. 2, citado según: Obras, edición Schlechta, t. 1, pág. 834 (Aforismo 256).

máscara detrás de la que se esconde inseguridad, debilidad y miedo.⁴ El cínico es aquel que se jacta de inmoralidad, el estafador de la emancipación moral. Su mundo interior es seguramente en el fondo más bien sentimental. Contando con lo que se ha reservado para sí se cree seguramente "bueno", en cierto sentimentalismo secreto.

Pero si el cinismo corresponde tanto a la vida en una sociedad de clase y de competencia formalmente egalitaria, ¿cómo es posible que surja tan notoriamente en nuestros días? ¿Por qué lo encontramos rara vez en los siglos pasados? Porque el comportamiento de la gran mayoría de la población hasta al siglo XIX estaba regido por normas y valores tradicionales, y sólo una pequeña minoría, proveniente de las capas sociales superiores, podía emanciparse de estas normas. Con otras palabras, porque la autonomía moral (con sus posibilidades de amoralidad y de moralidad responsable) era la excepción y no la regla.

Un sinnúmero de valores y normas se aceptaban y transmitían sin que se dudara de ellos. Se los obtenía de la doctrina religiosa o sencillamente de las costumbres. El relativismo de las normas y valores, descubierto por los filósofos de la Ilustración, provocó paulatinamente la conmoción de estas normas sobreentendibles. Paul Tillich expone esta relativización de las normas en relación a la crítica marxista de las ideologías: "La justicia de la clase gobernante es injusticia, y la defensa de esta injusticia es ideología. Las leyes que da esta clase gobernante aseguran un determinado orden social, y mientras no haya una alternativa a este orden, son las leyes de la clase gobernante mejores que el caos." Con este enunciado concuerda la mayoría de los marxistas que, como se sabe, condenan la violación individual de las normas (delitos) por los miembros de la clase oprimida. "Los representantes cínicos de esta teoría entienden por justicia exclusivamente una función del poder y de ninguna manera el juez sobre este poder. Concuerdan con el análisis marxista sin tener la esperanza de los marxistas." (Amor, poder, justicia, 1954, cita según Obras, tomo 11, pág. 152.)

El conocimiento del carácter animal del hombre y de sus impul-

⁴ Paul Tillich ha remarcado este fondo de angustia en el comportamiento cínico: "La mayoría de aquellos que han vivido la angustia ante el vacío y la desesperación por la falta de sentido, trataron de confrontarse a esta experiencia con un desprecio cínico a la autoafirmación espiritual. Pero no pudieron ocultar la angustia bajo el abrigo de la arrogancia escéptica". (Obras, t. 11, pág. 50.) Es este autodesprecio que tortura al "hombre más feo" de Nietzsche, el que "se ve con los ojos de Dios" al que él ha matado. Esto quiere decir que se ha roto la convicción que el hombre no es otra cosa que un ser animal que pretende la maximación del placer y del poder. Incluso el cínico sabe (en secreto) que hay un otro yo al que no ha sido fiel, y por esta razón se desprecia a sí mismo.

Los contribuyó también a que las normas tradicionales aparezcan como arbitrarias, "no naturales" y "artificiales". Finalmente apareció como "adecuado" sólo aquel comportamiento que garantiza la autoconservación (animal), la obtención directa de placer: la sociedad competitiva de la "lucha por la existencia", que Darwin proyectó hacia el reino animal, llegó a ser entendida como confirmación y legitimación de la falta de escrúpulos y de la agresividad en el trato interhumano. Los valores y las normas fueron desenmascarados como "ideologías" al servicio de esta lucha, la moral cristiana del amor fue interpretada por Nietzsche como expresión del resentimiento que los enfermos y débiles tienen frente a los sanos y fuertes.

Es por eso que no es una casualidad que el cinismo obtenga en el pensamiento de Nietzsche ciertos rasgos positivos. En su obra "Ecce homo" elogia Nietzsche sus propios libros con las siguientes palabras: "Logran aquí y allá lo más alto que puede adquirirse en la tierra, el cinismo. . .".⁵ Pero es cierto que Nietzsche supuso que sólo una minoría valerosa y fuerte podría liberarse hasta alcanzar esta posición honrada. Ahora, en cambio, se ha convertido en una pose muy difundida de almas menores.

Este desarrollo se vio fomentado por el derrumbe de aquel sistema de fe que en el transcurso de los siglos XIX y XX sustituyó progresivamente las convicciones cristianas y humanas, y determinó el comportamiento sobre todo de la juventud. Me refiero al nacionalismo. En el nacionalismo (y en el patriotismo que con tanta frecuencia toma rasgos nacionalistas) se une el egoísmo sin escrúpulos de la sociedad de competencia, legitimada por la interpretación darwinista de la existencia, con una solidaridad (imaginaria o real) de los miembros de un pueblo o un Estado. La agresividad que, en el trato interhumano, se mantiene dentro de ciertos límites por las leyes penales, llega a ser legitimada en el comportamiento de los representantes de las naciones que entran en lucha. Aquí se libera totalmente aquello que en las sociedades nacionales permaneció por lo menos delimitado. De esta manera se explica la fuerza e intensidad de aquellos sentimientos que fácilmente se colocan por encima de argumentos racionales y de la crítica, y convierten hasta al investigador más tranquilo en un fanático ciego. Con el autodesenmascaramiento del nacionalismo perdieron (sobre todo en Alemania) muchos hombres el último sentido de su vida, que iba más allá de su existencia egoísta. Reaccionaron con el cinismo.

El cinismo fascina por su supuesta sinceridad y amor a la verdad y atemoriza a la vez, porque el cuadro de las relaciones interhumanas que presenta es carente de todo consuelo, porque revela

⁵ Friedrich Nietzsche, *Ecce homo*, Obras, ed. Schlechta, t. 2, pág. 1102.

soledad radical e insuperable del individuo en una sociedad competitiva de mónadas egoístas. No es casual que precisamente la juventud realice todo lo posible para eludir esta posición resignada y deprimida que parece ser algo así como la última seducción.

El compromiso apasionado con algún movimiento político que se haya puesto como meta la emancipación de la clase trabajadora y del tercer mundo hambriento corresponde frecuentemente al deseo presumido (o consciente) de proporcionar a la existencia individual un sentido que vaya más allá de ella misma, y de extraerse de esta manera del cinismo. Me parece que por esta razón adquiere este compromiso un carácter tan dogmático, tan poco corregido por la realidad y acomodado a ella. Precisamente aquellos hombres jóvenes que en su proceso de socialización han adquirido altos valores morales, y que por su situación económica tienen la posibilidad de acomodar su propio comportamiento bajo aquellas normas, encuentran en el compromiso revolucionario en favor de la emancipación proletaria una posibilidad de acción que no está desvalorada por la contradicción entre postulados morales y comportamiento egoísta. La rebelión decisiva contra la generación de los padres y el "establishment" es tanto más aguda cuanto más dolorosa es esta contradicción. Surge de la decepción y de la decisión de no acomodarse a un mundo cuyo principio es sólo la hipocresía o el cinismo. Una generación, en la que la sinceridad ha llegado a ser el valor supremo, sólo contaría con el cinismo ante esta alternativa. Allí donde el cinismo se encuentra en los hombres jóvenes, es éste una expresión de resignación y aburguesamiento. El joven cínico expresa que él, por lo menos, "no será el tonto". Tiene miedo de ser engañado en el trato con los otros y jura sólo ante una bandera, ante la bandera del egoísmo ilimitado y frío. Para él no existen modelos ni ideales de integridad moral. Al contrario, trata de superar, en su falta de escrúpulos, a los miembros despreciados de las generaciones mayores, contando para ello con la ayuda de su fuerte vitalidad y de su abierto cinismo.

Los jóvenes que se adhieren a movimientos religiosos de renovación o a cultos orientales están seguramente movidos por motivos similares a los que tienen los jóvenes comprometidos políticamente. Se diferencian de éstos en que son conscientes de que se trata de su "propia alma", cuya "salvación" para el revolucionario comprometido es sólo un producto secundario (deseado inconscientemente).

En ambos casos —tanto en los jóvenes revolucionarios como en la juventud religiosa— desempeñan un papel muy importante las comunidades de los adherentes: permiten ya ahora extraerse de la sociedad, de las mónadas egoístas, para establecer relaciones que se

basan en la verdad, la ayuda mutua y la amabilidad. Es muy grande el peligro que el fracaso de estas comunidades —debido a la meta propuesta o a los "daños" individuales ocasionados por sus miembros— acarree consigo, como única alternativa, el desconsuelo, la renuncia a sí mismo o el cinismo.

Desde que Rousseau idealizó al campesino y al artesano sencillo, muchos críticos de la cultura han contrapuesto la moralidad íntegra e ingenua de las capas de la población dependientes y explotadas —del proletariado, de las mujeres, de los colonizados— a la arrogancia y al cinismo de los círculos imperantes, propietarios de la riqueza. Los revolucionarios esperan de la emancipación de los oprimidos una renovación moral. Pero ya demasiadas veces aquella lucha liberadora fue utilizada por las minorías para establecer su propio poderío "en nombre de los condenados de esta tierra", casi siempre vinieron después de los idealistas revolucionarios los aprovechadores burócratas de la revolución. Esta experiencia histórica y el contacto con los representantes de la clase trabajadora, totalmente condicionados por la sociedad del consumo, pueden conducir a la resignación y al cinismo. Aunque haya una concordancia entre la necesidad colectiva de emancipación de la clase trabajadora y el interés por lograr relaciones sociales humanas, libertarias, que respeten la dignidad del individuo, la emancipación de una minoría o, mejor dicho, la sustitución de una élite antigua por una nueva, conduce necesariamente a una reproducción de relaciones alienadas y explotadoras en lo social que se ven justificadas con la ayuda de una nueva ideología.

¿Cómo se puede evitar entonces el cinismo, cómo se puede detener la desesperación frente a aquellas experiencias que sugieren la resignación? ¿Cómo se pueden evitar ilusión y dogmatismo así como el cinismo y la confirmación reaccionaria del *status quo*? Tal vez comprendiendo que el cinismo general hace imposible una vida humana digna y que sólo una revolución podría traer la verdadera liberación para todos, podría destruir el terreno en el que prospera siempre el cinismo, podría fomentar aquella posición y aquel valor sin el cual ya no puede soportarse mirar la realidad. Pero tal vez se necesita por encima de ello una fe, nunca segura, que el hombre no está condenado a sucumbir bajo el cáncer del cinismo autodestructivo. Al problematizar toda filosofía la historia optimista, decrece el deseo de fundar ontológicamente la justicia que pueda servir como "criterio contra la arbitrariedad tiránica o el relativismo unitario". Paul Tillich busca tal "ontología del amor" y dice: "Si la vida, como ser que se va realizando, es esencialmente el afán por la reunificación de lo que se ha separado, entonces se puede concluir

que la justicia del ser es la forma que corresponde a este movimiento".⁶

El cínico cree que el mundo de las mónadas aisladas, hostiles, que se encuentra en lucha competitiva, es la última realidad de la cual no hay ninguna salida. Pero la consecuencia de esta realidad es la deshumanización del hombre, que sólo puede existir humanamente en unión con otros hombres. Es por eso un imperativo humano de la autoconservación (no reducida a lo vegetativo-biológico) sostener la tarea de la reunificación de los hombres con el hombre. Tal vez no es ninguna ilusión proponerse tal voluntad de autoconservación.

⁶ Paul Tillich, Amor, Poder, Justicia, citado según: Obras, t. 11; págs. 179.

OTRA VEZ, ¿ENTRE ESCILA Y CARIBDIS?

Las especulaciones sobre conceptos probabilistas que rigen los hechos históricos y sus elementos de sorpresa, el análisis de la contingencia y sus múltiples perspectivas abiertas, en otras palabras, la insistencia en una decisiva intervención del azar en el acontecer humano, han originado una serie inacabada de ensayos, búsquedas y suposiciones. Acerca de esta teoría de tan débiles indicios, existen escritos de Pierre Vendryés, de G. H. Bousquet, de Theodor Schieder y de Arthur Schlesinger Jr., entre otros.

De algún modo dentro de los esquemas del azar o la incertidumbre histórica, tras una larga y erudita cimentación, Octavio Paz afirma que el hombre contemporáneo es un naufrago que se debate en medio de escollos y torbellinos, nuevos Escilas y Caribdis en los que oscila entre signos que, para su desconcierto, se convierten en intraducibles garabatos.

Estas distorsiones originadas en la limitación humana para apoderarse de la realidad, alejan a Paz de la lógica —que estudia las significaciones— considerada como parte de la Teoría de la Ciencia (que sólo analiza nociones dotadas de eficacia cognoscitiva) para hacerlo concebir una lógica plena de sentido metafísico. Una lógica metafísica, una ciencia del logos que a la postre se confunde con la ciencia misma del ser, la cual, además, para el autor de *El signo y el garabato*¹ es temporal e ideal, es decir, histórica.

Así, en "La Nueva Analogía: Poesía y Tecnología" —a nuestro entender el más importante ensayo del volumen— dentro de su obsesivo análisis del quehacer poético, Paz hace un recuento histórico de las imágenes del mundo que, como es comúnmente aceptado, hunden sus raíces en las estructuras inconscientes de la sociedad y se sustentan en una concepción particular del tiempo. En este repaso minucioso, aunque sin citarlo, coincide con Dilthey cuando asegura que el hombre no considera el tiempo —en realidad a sí mismo— como un mero suceder sino como un proceso intencional. Sabido es que para Dilthey la categoría esencial de la vida es su dinamismo: nuestra existencia es esencialmente *teleológica* e histórica; en suma dinámica y no contemplativa. Además, la vida espiritual se caracteriza por una perpetua transformación de carácter acumulativo, lo más distante de la pura y vacía transformación.

Pero acorde con su sincretismo *sui generis*, Paz (más cercano a Nietzsche) se aleja de Dilthey, cuyo afán, como se sabe, es construir una teoría del conocimiento espiritual (así como Kant intenta fundar una teoría del cono-

¹ México, 1976.

cimiento natural), basada en una nueva concepción de la psicología. El mundo histórico, para Dilthey, y todo lo que se halla alrededor de nosotros se refleja en nuestras vivencias: al ahondar en nosotros mismos, ahondamos y aprehendemos el mundo objetivo. Para Paz, en cambio, las nociones que del tiempo tuvieron todas las civilizaciones, han encarnado —y reencarnado— en esas imágenes que llamamos poemas. En suma, se llega al conocimiento identificándonos con la concepción del mundo de nuestra época, a través de la poesía, que viene a ser una superestructura de las diversas experiencias del tiempo, siempre en movimiento. No es el factor económico sino la imagen del mundo en perpetuo cambio la que crea la superestructura. Por supuesto, la teoría de la comprensión histórica de Dilthey no acompañaría al autor de *El arco y la lira* en ese desordenado imperialismo (o totalitarismo) poético, que le lleva a afirmar que no cree en la omnipotencia de la historia, sino en la soberanía de la poesía, cuya sustancia es tiempo puro. Y en otro lugar: "El hombre es lo inacabado... él mismo es un poema".

La sociedad actual se halla profundamente alterada por la técnica —la ciencia considera al tiempo sólo una coordenada y se habla de la economía de la incertidumbre— al extremo de amenazarnos con la negación de la imagen del mundo: etapa apocalíptica que para Paz conlleva un doble y azaroso riesgo: el mundo puede acabar de súbito por una catástrofe cósmica o por una hecatombe atómica, provocada por el hombre. No es nueva la noción del azar como principio activo de la creación y destrucción del mundo. Presente en Heráclito —el cosmos es resultado de "desperdicios echados a voley"— se desarrolla en Epicuro, quien sostiene que es el azar y no las leyes físicas el origen de las asociaciones atómicas que conforman el mundo conocido, inclusive los átomos del alma que se rigen por un libre y voluntario desvío. Pero Epicuro no teme al azar, en tanto que la teoría que despliega *El signo y el garabato* está impregnada del más desolado pesimismo. Los conceptos probabilistas que prevalecen en la sociedad contemporánea, repetimos, ¿se han transformado en un garabato? ¿es insalvable —o intraducible— este mundo escindido por fronteras, castas, jefes y clanes ideológicos?

Tanto en "Los signos de rotación" como en *El signo y el garabato*, Octavio Paz no contesta directamente estas interrogaciones, puesto que en ambos ensayos el tema central es una reflexión sobre el poema. Por suerte, como en toda la obra de Octavio, sus meditaciones no tienen una ordenación sistemática por lo que aquí y allá advertimos fisuras que nos ayudan a analizar su pensamiento sobre los mencionados temas que, en el fondo, no son sino, como diría Heidegger, "la experiencia del pensar, a partir del diálogo con la tradición del pensar y al mismo tiempo a partir de la inteligencia de la presente época del mundo" (*¿Qué es esto, la filosofía?*).

Para Paz, si bien nuestra época permite la utilización poética de los medios científicos, la técnica, que es nuestro sustento y significación máxima,

comienza por ser una supresión de la imagen del mundo y acaba en una imagen de la destrucción del mundo. Abolición censurable que ni siquiera mitiga la aceleración del tiempo histórico que trae consigo la cibernética. De paso, subrayaremos la valerosa oposición de Paz a la tecnología irreverente ante las imágenes que en el poeta, y sólo el poeta, danzan como olas y conceden la dádiva de un pedernal a nuestros ojos. Para Octavio el "computer" no elimina al poeta como no lo suprimen ni los diccionarios de la rima, ni los tratados de retórica, pues la auténtica poesía es la "irrupción de lo inesperado e imprevisible, quiebra del procedimiento, fin de la receta".

Octavio Paz afirma que el marxismo ha penetrado tan profundamente en la historia que todos, de una manera u otra, y a veces sin saberlo, somos marxistas. Pero el propio autor de *Los signos de rotación* se contradice al decir que "la noción del proletariado como agente universal de la historia, la del Estado como simple expresión de la clase en el poder, la de la cultura como 'reflejo' de la realidad social, todo esto, y muchas otras cosas más desaparecerán". Estas conclusiones, que provienen del ejercicio de la recta razón, en realidad eliminan la totalidad del materialismo histórico. Lo que para Paz prevalecerá es el impreciso anhelo (que alguna vez fue llamado utópico) de los hombres de todas las épocas: la creación de "una sociedad en la que se borre la distinción entre el trabajo y el arte". Anhelo en el que no pocos han persistido —entre ellos el propio autor de *El laberinto de la soledad* —enfrentándose a incomprendimientos, sinsabores angustias, desdenes y sacrificios sin fin. Por lo demás, recordemos que la teoría del azar considera que la historia, colmada de probabilidades abortadas, se rige principalmente por la ocasión, el incidente, la causa superficial, el genio de los protagonistas, concepción diametralmente opuesta al determinismo histórico.

¿Y el materialismo dialéctico? Casi no es necesario repetir que el marxismo se aniquila a sí mismo al aceptar que "todo pasa, se niega, deviene, es decir, que no hay verdades eternas en el conocimiento del hombre". No olvidemos que el materialismo dialéctico se basa en una concepción de la materia que en la actualidad ha sido superada por la relatividad einsteiniana, y el propio determinismo está cuestionado por Heisenberg, Dariae, Nihls, Bohr, etc., quienes han revolucionado las nociones de materia, energía, masa, velocidad, espacio y tiempo. No en vano hoy prevalecen el cálculo de probabilidades, las estadísticas cuánticas, las estadísticas estelar y de Bose Einstein, de Fermi-Diroc, etc. La concepción de Marx corresponde a la ciencia física de Newton y si el marxismo apoyó su negación dialéctica del hegelianismo en la ciencia del siglo XIX, el materialismo dialéctico debe ser negado por la ciencia del siglo XX.

Fascinante aparece el paralelo que el autor establece entre *La Divina Comedia*, representativa de la sociedad cristiana y su noción del tiempo, y

Don Quijote, reflejo fidelísimo del mundo moderno. Confrontación más meritoria si tenemos en cuenta que muchos críticos sólo pueden hallar en ambas obras vaguísimas semejanzas y muchos más antagonismos. Pero disentimos de Octavio cuando tan someramente y tan de pasada afirma que "las negaciones sucesivas de la subjetividad fueron otras tantas tentativas para anular la escisión entre la palabra y el mundo, es decir, fueron la búsqueda de un principio universal suficiente e invulnerable a la crítica. Este principio fue la crítica misma". Indudablemente el autor se refiere a una teoría del conocimiento, puesto que cita a Kant, quien a su juicio "se enfrentó a un problema que no es esencialmente distinto al de Cervantes: entre los nombres y la realidad hay un espacio abismal y aquel que lo traspasa se precipita en el vacío, se vuelve loco".

No dudamos que en su pertinaz vagabundeo Don Quijote elaboró una visión distorsionada del mundo y que al recuperar la razón aceptó sus limitaciones de hijodalgo, que difícilmente podrían equipararse a un reconocimiento de sus limitaciones cognoscitivas. En el caso de Kant —si aceptamos el cotejo o más bien el contrapunto— todo sucede exactamente al revés. En una de sus primeras aventuras intelectuales —*La crítica de la razón pura*— sostiene que la metafísica es consustancial con la naturaleza del hombre, pero que "a su alcance no se encuentra". En suma, la metafísica —la realidad noumenal— es imposible como ciencia. Desde luego, esto lo angustia, pero no lo enloquece. Más adelante, en otra de sus salidas elabora *La crítica de la razón práctica* —que podría llevar como irónico subtítulo: "Que cuenta la noticia que se tuvo de cómo se habían de desencantar las cuatro antinomias y otros graves y graciosos sucesos..."— donde considera que los principios metafísicos —el ser en sí— son postulados. En suma, sin reconocimiento tardío de locuras, "disparates y embelecós", completa su obra, no la rectifica.

Sin duda Octavio Paz reconoce sus deudas con Heidegger, cuando afirma que nuestra situación histórica se caracteriza por el *demasiado tarde y el muy pronto*: "Demasiado tarde: en la luz indecisa, los dioses ya desaparecidos, hundidos sus cuerpos radiantes en el horizonte que devora todas las mitologías; muy pronto: el ser, la experiencia central saliendo de nosotros mismos hacia el encuentro de su verdadera presencia".

Más diluida, pero no menos evidente es la influencia de Ernst Cassirer. Como en la anterior hermosa cita, con espontaneidad jubilosa, Octavio vacía en un molde ajeno —esta vez del autor de la *Antropología filosófica*— la carga de sus espejismos, lo entrañable de sus meditaciones. Recordemos que Cassirer define al hombre no como un animal racional, sino como un animal simbólico que se diferencia de los seres inferiores en que éstos se relacionan por medio de signos, mientras que el hombre lo hace por símbolos. Dice Paz "...la otredad se confunde con la religión, la poesía, el amor y otras experiencias afines. Aparece con el hombre mismo,

de modo que puede decirse que si el hombre se hizo hombre por obra del trabajo, tuvo conciencia de sí gracias a la percepción de su radical *otredad*: ser y no ser lo mismo que el resto de los animales".

Tampoco hay motivo para dudar que Octavio Paz, rebasando los límites de la especialización, haya asimilado cabalmente las ideas de Max Scheler (mucho más presentes en *El signo y el garabato* que las de Bataille), sobre todo las contenidas en *La esencia y las formas de la simpatía*, que aparecen en su comentario a Farabeuf o *la crónica de un instante* y *El hipogeo secreto* de Salvador Elizondo, las cuales nos conturban blandamente, sin obstaculizar con un efecto violento la ídole literaria del discurso.

Para Octavio, la crítica que de la realidad y del lenguaje hace Elizondo no se origina en la razón o en la justicia, sino en una evidencia inmediata, directa y agresiva: el placer. En seguida añade: "no hay más absoluto que el deseo ni más eternidad que la del instante". Recordemos que Scheler habla de "sentir lo mismo que otro", refiriéndose a la crueldad que a su vez comprende la satisfacción de atormentar: la intensidad del dolor de la víctima acrecienta el goce del dolor ajeno. Lo mismo ocurre con la llamada venganza de sangre, tan ejercitada en épocas primitivas: chinos, aztecas y aun antiguos peruanos. La "fusión mutua" es otra forma de relación estudiada por Scheler que explica aquel concepto de Paz: "no hay más absoluto que el del deseo", y de paso también explica la danza primitiva y el baile contemporáneo, formas de identificación de los yo individuales que no hacen perder nuestra conciencia dentro del azoro que bien puede ser el placer vital o la sugestión del ritmo.

Ni fácil ni lúcida —más que a un claro signo próxima a un distorsionado dibujo, a un azaroso garabato— termina esta crítica con la anunciación de un anhelo, de una imagen del mundo. Incierta imagen del mundo, de la que también participa el autor del libro comentado: aunque para muchos en la actualidad la historia y su carga de hechos contingentes no tiene sentido, o es inaccesible para la conciencia, vislumbramos una sociedad que concilie al poema y al acto, que sea palabra viva y palabra vivida, creación de la comunidad y comunidad creadora. En suma, vislumbramos al hombre navegando sin escollos ni torbellinos, abolidas las Escilas y Caribdis del conocimiento, con la libertad en los extremos, en lo infinito de la fe.

Presencia del Pasado

OPINIONES SOBRE EL ORIGEN DEL INDIO AMERICANO

Por Ignacio BERNAL

AFIRMAR que todos los objetos del pasado son producto de los hombres sería una perogrullada. Pero sin duda el problema teológico e histórico de los conquistadores de América y después de los europeos en general, tanto los nuevamente radicados en este Continente como los del Viejo Mundo, fue precisamente el del origen del hombre americano, de las poblaciones indígenas que á millones encontraron a su paso y de los innumerables monumentos, ruinas y objetos que con frecuencia destruían, y a veces describieron en sus escritos.

El problema obviamente no atañe sólo a México sino a todas las Américas. Lo aumenta aún más el que las innumerables soluciones dadas por los innumerables autores que se interesaron en estudiar la incógnita, rara vez pudieron basarse en documentos arqueológicos. Apoyaban sus argumentos principales en exégesis bíblica, en leyendas antiguas de Grecia y de otros pueblos europeos o asiáticos, así como en aparentes similitudes lingüísticas y etnográficas tales como la circuncisión, vestido o desnudez, el hecho creído de que los hombres orinaban de cuclillas mientras las mujeres lo hacían de pie, relatos de migraciones, existencia de religión o la falta de ella, según Colón mencionó para las Antillas, etc. A todo este fárrago muchos autores añaden aspectos de lo que hoy llamamos antropología física, comparando a los indígenas de América con diversas razas humanas según rasgos de la cara o color de la piel o hablando de la antigua existencia de gigantes.

Por mucho que haya poca arqueología será necesario un breve esbozo de estas ideas desde fines del siglo xv para entender la reacción de los españoles primero, y de los demás después, ante las ruinas y el misterio de la oscura historia que sin la arqueología fue imposible entender.

En parte se explica esa ignorancia porque muchos de los libros escritos por aquellos que *habían visto* las cosas de América no se editaron sino hasta el siglo xix. Casi todos los autores como Herrera o Torquemada publicados a principios del siglo xvii, mencionan di-

ferentes posibilidades de origen, frecuentemente sin adoptar ninguna. Un buen ejemplo sería Gregorio García (1607) donde es notable la tremenda confusión de los escritores de teorías del siglo xvi en relación a este tema. Como dice bien Huddleston se caracteriza por una fuerte creencia en comparaciones etnológicas, una tendencia a aceptar migraciones transatlánticas y una facilidad en tomar orígenes posibles como orígenes probables. Aparecen en su obra mil ideas y razonamientos. En realidad García no deseaba probar *una* teoría sino *todas*. Por cierto que en la edición de García aumentada por Barcia (1729), se añaden argumentos para las viejas teorías y todo ello lleva a la aceptación de la antigua información. Resultado de esa época, ya de decadencia española, fue la separación cada vez mayor entre los eruditos españoles y los del resto de Europa.¹

Al principio no hubo problema alguno acerca del origen de los indios americanos ya que Colón estaba convencido de que lo descubierto era parte de Asia. Cuando murió en 1506, conservaba esa creencia; pero desde fines del siglo xv, se inició la duda y empezaron las especulaciones sobre la realidad de las nuevas tierras particularmente las islas y su identificación con Asia. Por ejemplo Pedro Mártir de Anglería, ese hombre notable que se encargó de difundir los cada vez más importantes descubrimientos, menciona la teoría del Ofir de Salomón pero no se pronuncia sobre si los indígenas fueran o no descendientes de aquellos míticos pobladores. Se refiere también a varios rasgos etnográficos que unirían a los americanos con otros pueblos. Esa manera de pensar siguió teniendo adeptos durante cuando menos dos siglos.

Vasco Núñez de Balboa en septiembre de 1513, descubre el Pacífico y toma posesión de él en nombre de los reyes españoles; entonces la prueba es conclusiva. América no es parte de Asia. El viaje de Magallanes deja aún menor posibilidad de duda. En 1522 llega a Sevilla el único barco sobreviviente capitaneado por Sebastián El Cano. Por primera vez en la historia un navío ha dado la vuelta al mundo; con ello se intensificó en toda su magnitud el enigma del origen del hombre en América y se inicia la cascada de candidatos a la progenitura de los indios occidentales.

En un mundo para quien el Génesis era indiscutible, la verdad revelada, todo hombre tenía que descender de Adán. Puesto que los

¹ La separación entre el pensamiento español y el de otros europeos respecto a América, es clara casi desde el descubrimiento. Un indicio interesante de ello lo tenemos en el hecho de que mientras algunos libros en español referentes a América se traducen a otros idiomas, los de éstos nunca aparecen en español y que sólo en muy contados casos se usa el idioma común, el latín, que sería inteligible a los estudiosos de Europa. Esto ocurre aun con los Ilustrados del xviii.

indios americanos eran hombres, en alguna manera tenían que descender de Adán.

Edmundo O'Gorman ha demostrado con su habitual brillo, cómo es inexacta la acusación de que se considerara a los indios como animales.² Muchos supusieron que eran hombres. El tema fue base de la célebre controversia entre Las Casas y Sepúlveda. En un pasaje frecuentemente citado dice Sepúlveda, hijo de Aristóteles, que ciertas costumbres de los indios sólo prueban "que no son osos ni monos y que no carecen totalmente de razón, es decir, que no son animales; que son hombres pero deficientes". Si no fueran hombres, aunque inferiores, sería incompatible el deseo muy real y continuado con insistencia de evangelizarlos y bautizarlos. No se dan sacramentos a los animales. Entonces la única solución era encontrar de qué pueblo del Viejo Mundo podían descender, para venir de Adán, esos otros hombres nuevamente descubiertos. Desde 1520 aparece en Inglaterra una pieza de teatro de John Rastell, en la cual el autor se pregunta la manera en que se pobló América.

Es posible ver las ideas cambiar ligeramente tanto con el transcurso del tiempo como según el país de donde el autor es oriundo y la rama de cristianismo a la que pertenece. Todo ello siendo fascinante, se aleja demasiado del tema, por lo que sólo me ocuparé muy brevemente de los puntos sobresalientes cuando tengan bases arqueológicas por muy superficiales que sean. En la mayor parte de los casos, estas bases no eran posibles, ya que casi ninguno de los más numerosos autores españoles o de los demás europeos necesariamente más teóricos, estaban capacitados para expresar comparaciones o ideas basadas en monumentos u objetos.

Entre los más frecuentemente citados como posibles antepasados del hombre americano están los cartagineses, los judíos, o sea las famosas diez tribus de Israel, los viajeros chinos cuyas tradiciones migratorias recoge Antonio Galvao (1555), así como más tarde, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVII, los hombres del Norte de Europa colectivamente englobados en la palabra vikingos y, en realidad, casi todo pueblo que se sabía o se suponía navegante o había dejado leyendas de emigraciones antiguas. Hubo también las hipótesis mencionando continentes desaparecidos, sobre todo la Atlántida, muy popular en el XVI tanto por las líneas célebres de Séneca en Medea como porque se suponía que a ella se había referido Platón. Entre otros Agustín de Zárate en 1555 y Cervantes de Salazar, sostienen la teoría.

En Mesoamérica debemos distinguir entre dos maneras distintas

² Aparentemente hubo una errónea interpretación posterior de la Bula de Clemente VII en 1530 y de Sublimis Dénus promulgada por Paulo III en 1537.

de pensar basadas en la geografía. En el mundo maya los edificios eran tan admirables que no se podía suponer que sus arquitectos fueron gente como los mayas del siglo XVI o del XVII que parecían incapaces de tal proeza. Entonces había que imaginar otra raza pasada muy superior en desarrollo. Sólo algunos como Landa no creen en esta teoría. En el centro de México las grandes ciudades vivas que vieron Cortés y sus soldados eran prueba evidente de que habían sido erigidas por las poblaciones locales pero aquí también se recurre a otro pueblo pasado, sobre todo a los fabulosos toltecas y a Quetzalcoatl o a los gigantes emanados de la historia indígena convertida en leyenda.

Uno de los candidatos favoritos al poblamiento "civilizado" fue Cartago. La idea aparece con gran frecuencia, en imaginativas variantes; es de más relieve para nosotros porque a veces está sostenida por alguna consideración arqueológica. Varios como Lizana (1633) o Pedro Simón (1627) pensaron que los edificios de Yucatán fueron de origen cartaginés. El autor anónimo de la *Isagoge Apologética* complica las cosas combinando fenicios y españoles; según él "estatuas, edificios y caracteres" de Guatemala, prueban ese origen mixto. Gregorio García entre tantos argumentos señala cuánto los pictogramas americanos se parecen a los de los cartagineses, así como que tienen el estilo de ese pueblo las ruinas de Yucatán y Charcas. En cambio Calancha (1638), Pedro Cubero (1680) y Zamora (1701) rechazan la idea.

Otra teoría de considerable repercusión es la del origen hebreo, aunque pocos al principio la apoyen en firme. Durán, el más notable entre éstos, Las Casas, Oviedo, Torquemada, etc. . . mencionan el tema que estaba en el ambiente y entraba en las conversaciones de gente que discutía el problema. Aparentemente se inició en un libro en extremo confuso de Lumnio publicado en 1567. Allí aparecen los profetas Esdras e Isaías y el 4o. libro de los Reyes como pruebas. También Genebrand (París 1567) tuvo éxito con ella. El origen en las Diez Tribus parece iniciarlo en España Suárez de Peralta en 1580, y la idea de Ofir, lanzada por Pedro Mártir, más bien se refiere a los pobladores del Perú con Benito Arias Montano en 1572. En todo esto no encuentro argumentos de tipo arqueológico.

Según otra relación mítica fueron descubiertos judíos en el Ecuador; de ella salen esas curiosas publicaciones como la de Manaseh Ben Israel, 1650 o Thorowgood, mismo año. Todo esto lleva sus implicaciones políticas y apoya un sionismo "avant la lettre". No olvidemos la polémica entre Grotio que sostiene a noruegos, etíopes y chinos, y de Laet que pensaba en los tártaros-escitas (1642-1644).

Una hipótesis que no se aceptó mayormente, implica dos creaciones y dos Adanes. Parece iniciarse con individuo tan poco digno de crédito como Paracelso en 1520, pero en realidad toma algún relieve hasta 1655 cuando Isaac de la Pereyre supone Dios crea dos Adanes, uno de ellos para América. No está claro si son contemporáneos o no, pues se habla de un Adán cuyos descendientes, los indios americanos, desaparecen ¿en el diluvio? y otro, el de la Biblia, de donde vendrían los israelitas. Esto explicaría también la mayor antigüedad de Egipto y Mesopotamia en relación a Israel. La idea se esparció algo en el Norte de Europa donde se escribieron varios libros sobre todo en inglés, holandés y francés. No en España, tal vez por no permitirlo la Inquisición. Así Feijóo, por ejemplo rechaza violentamente las ideas adamitas de la Pereyre que sólo "vomitó tan pernicioso error". Lo interesante de esto es la idea poligenista que tuvo adherentes y su posible conexión con la de que el primer hombre pasó de América al Viejo Mundo.

Así con un eco que aún resuena en el siglo XIX algunos autores coloniales como el de la *Isagoge Apologética* o León Pinelo que escribió entre 1645 y 1650, voltean el argumento pensando que Adán se origina en América y entonces se abre la necesidad de demostrar el paso del hombre hacia el Viejo Mundo.⁸ Es curioso cómo a principios del siglo XIX Galindo, que no olvidemos era inglés y por tanto puede haber leído varias publicaciones otras que españolas sobre el tema, piensa que de los restos de pobladores sobrevivientes después de convulsiones internas de la primera civilización americana, se formaron los chinos, indios, persas y caldeos cuyos orígenes pueden buscarse en América, todo ello un siglo después de la destrucción de Roma.

Relacionado con las hipótesis sobre los primeros americanos pero con fines políticos, gentes como Vicente Palatino de Curzola, Gregorio García, Diego Durán o Fernández de Oviedo "demuestran" mediante fantásticos argumentos, el derecho de la corona Española a las Indias. Aunque también aceptan otras teorías. Piensan que al demostrar que fueron españoles los primeros pobladores del Nuevo Mundo, el derecho a poseerlo resultaba claro. Algunos como Oviedo, basado en la dudosa autoridad de Beroso (a quien no he podido consultar) y en numerosos autores, sostienen que, reinando el 12o. Rey de España, Hespero, en 1658 a. C., los españoles descubrieron, conquistaron y gobernaron las islas —de donde las islas Hespérides. Luego perdieron contacto y sólo quedó memoria de su hazaña en la mitología griega. A través de Colón "volvió Dios este señorío a

⁸ León Pinelo todo lo cree, inclusive los monstruos, las Amazonas, etc. Tiene sin embargo el interés de referirse a monumentos, plumarios, plateos, canteros y lapidarios, así como a implementos líticos.

España a cabo de tantos siglos". Hay que recordar que la primera parte de la obra de Oviedo apareció en 1535. Contemporáneos, como Las Casas, Fernando Colón y Herrera, se burlaron de estas ideas.

Para otros como Gómara cuya primera edición es de 1552, el derecho español se inicia en Cartago, el descubridor de América de donde pasa a Roma conquistadora de Cartago. A la caída de Roma los Papas "herederos del imperio romano" están en posesión, y debido a la bula famosa de Alejandro VI, lo ceden a España.⁴

Había para "demostrar" la llegada antigua de los españoles una "base" arqueológica. Consiste en la presencia de cruces en América y particularmente en Mesoamérica. Su existencia sólo se explicaría, piensan aquellos autores, por la presencia de españoles, grandes colonizadores cristianos.

Estas cruces halladas en varios lados y sobre todo en Yucatán, pudieran ser el origen del episodio que cuenta Landa según el cual un "indio de buen entendimiento" relató se habían hallado entierros con cruces de metal sobre los huesos de los difuntos. Pero Landa, más conocedor que tantos otros que sólo hablaban de oídas, comenta: "Si esto fue así, es posible allí haber llegado alguna poca gente de España y consumídose en breve, y no haber podido quedar, por eso, memoria de ello". Es decir Landa, aun aceptando el asunto de las cruces y la posibilidad de españoles, no piensa que éstos fueron los constructores de los edificios que, como veremos, está seguro edificaron los propios mayas. Román (1575) opina que las cruces y otros símbolos religiosos similares a los cristianos no son resultado de la llegada de antiguos españoles. Las llamadas cruces de Palenque se descubrieron demasiado tarde para causar efecto en los siglos inmediatos a la conquista y sólo después tomarán importancia.

Hay relación entre estos supuestos indicios de la presencia cristiana en América antes de Colón y la idea de la llegada de Santo Tomás, desde tiempos de los Apóstoles, para evangelizar el Continente. El tema se inicia muy temprano. Gregorio García en 1607 menciona la posibilidad y en Sur América, Calancha, poco después, se dedica a seguir el itinerario del Apóstol. Pronto en Nueva España éste se confunde con Quetzalcoatl pues se decía fue un hombre blanco, barbado, vestido con túnica sembrada de cruces. Este ejemplo de sincretismo entre la religión pagana y la cristiana, que no había de ser único, será estudiado por Sigüenza al fin del siglo XVII.

⁴ Sería curioso saber si la referencia que hace Galindo en Palenque, que ya mencionamos, cuando menciona sucesos ocurridos "un siglo después de la destrucción de Roma" no es uno de esos ecos casi inconscientes. Galindo no menciona la presencia de españoles en América. Puede verse también Román y Zamora (1897) o Diego Andrés Rocha (1891).

El pensó como Becerra Tanco (1675) que Santo Tomás estuvo en Tula, uniéndolo así a Quetzalcoatl. Por motivos varios que recientemente ha estudiado Lafaye, hubo un lazo espiritual con la Virgen de Guadalupe, lo que en cierto modo lleva también a Boturini, en sus estudios sobre la Virgen, a ocuparse del Apóstol. Veytia dedica gran espacio a la tradición. Un abogado, Borunda, que, espero, habrá sido más conocedor de las leyes que de la historia, al ver la recién descubierta Piedra del Sol (1790), decidió que los jeroglíficos allí esculpidos se refieren a la fundación de México por Santo Tomás. Alrededor de estas ideas un curioso dominico, Servando Teresa de Mier, resucita el tema con resultados catastróficos para él. En célebre sermón predicado el 12 de diciembre de 1794, sugirió entre otras cosas, que la imagen Guadalupana no estaba impresa en la tilma de Juan Diego, según reza la tradición, sino en la capa de Santo Tomás. Así demostraba que desde bien antes de la Conquista la Virgen estaba en Anáhuac y la evangelización no fue propiamente obra de españoles. En 1862, José Fernando Ramírez resumió la opinión sobre tamaño invento. "Apreciable como rasgo de ingenio, no tiene mérito alguno histórico ni filosófico. . ." Todo el asunto, aparentemente desligado del tema, nos interesa porque permite notar, en otro contexto, el interés despertado por un monumento arqueológico, y orienta, al fin de la Colonia, el deseo de estudios sobre el México antiguo y sus ruinas.

Mas volviendo al tema directo de los orígenes americanos. ¿Qué pensaban los indígenas? Toda la problemática religiosa, filosófica o de diversas índoles que tanto preocupó a los europeos no podía interesar a los mesoamericanos; mientras no supieron de la existencia de "viejos" continentes, no había motivo alguno para que el problema se presentara y se supusieran oriundos de otras partes. Tal vez por ello Sahagún el gran etnógrafo del siglo XVI presta tan poca atención al asunto ya que sus informantes indígenas nada tendrían que decirle. Ellos pensaban en leyendas cosmogónicas que relataban creaciones varias.

Sin embargo poseían la idea de que América estuvo habitada por gigantes antes que por hombres comunes y corrientes y hasta se dice que no cultivaban la tierra sino eran recolectores de frutos y raíces. Es la leyenda indígena de los quinametzin. Ya en el siglo XVI, Mendieta lo menciona como "cosa cierta" y aun, da ejemplos contemporáneos al de existir hombres muy altos. Simón (1627), habla del barco encontrado en los Andes y llegado antes del diluvio en el cual se ahogaron los gigantes. Todavía a fines del XVII Lionel Waffer, médico-pirata inglés, reproduce el relato sobre Nueva España de un capitán amigo suyo. Dice: "Es tradición en el país que hubo gigantes en Texcoco, pequeña ciudad situada a 5 leguas de México. Vi en

tiempos del Virrey, Duque de Albuquerque, huesos y dientes de un tamaño prodigioso; entre otros un diente de tres dedos de ancho y cuatro de largo. El Virrey ordenó una opinión anatómica por hábiles filósofos, médicos y cirujanos. . . Estuvieron todos en acuerdo en que por el tamaño del diente, la cabeza debió tener vara y media de medir de alto. . . El Duque ordenó dos retratos de esta enorme cabeza, de los cuales envió uno al rey y guardó el otro como curiosidad".⁵

En general cuando se mencionan huesos enormes, se ha supuesto que debió tratarse de una confusión con restos de animales prehistóricos. Es muy posible, pero es de interés que cuando menos Landa piensa que algunos "eran gente de más ser que los de ahora y muy de mayores cuerpos y fuerzas. . ." y Torquemada asienta que "sin duda los hubo en estas provincias, cuyos cuerpos han parecido en muchas partes de la tierra, cabando, por diversos lugares de ella; y hemos visto sus huesos tan grandes y desemejados, que pone espanto, considerar su grandeza". Tal vez el error se deba a que para el no conocedor los huesos humanos en los entierros a veces parecen más grandes de lo que son.

Excepto en el sentido general de suponer la existencia, como ya mencioné, de hombres más civilizados o de mayor tamaño físico anterior a la llegada de los españoles, el tema no afecta las escasas ideas arqueológicas del siglo XVI en adelante pero introdujo otra posibilidad para determinar el origen americano y por tanto llevó a principios de anatomía comparada como vemos en Tyson (1699) o a comienzos del siglo XVIII en los estudios más válidos de Linneo.

Todo lo dicho produjo una vasta literatura a veces de interés, otras solamente divertida, ya que alcanza absurdos inconcebibles. "It seems that the manifestly impossible has a greater appeal to the imagination than the merely improbable" escribió Spinden. De hecho los argumentos sacados de comparaciones con monumentos u objetos son muy escasos y rara vez se utilizan. Como dijimos, es explicable por la falta de libros publicados y la casi inexistencia de estudios arqueológicos antes de la segunda mitad del XVIII; por tanto no había material comparable ni en América ni en el Viejo Mundo. De hecho en Mesoamérica sólo encuentro, por ejemplo en

⁵ Hay confusión sobre el viaje de Waffer y sus fechas. Creo que nunca vino a México y él mismo menciona cómo la relación que hace de Nueva España la toma de un cuaderno que le dio un amigo suyo, capitán español cuyo nombre no aparece en el texto. Sería curioso averiguar si existen estos dibujos. Podían buscarse tal vez en el archivo Albuquerque. Recordemos por otro lado que los gigantes a veces no eran considerados como hombres. Eran más bien los "fairylings" y correspondían a las hachas y otros implementos de piedra.

la zona Maya, sugerencias que mencionaré adelante sobre quiénes construyeron los monumentos pero no necesariamente se refieren a los primeros pobladores de América o al lugar de donde vinieron; además el argumento racial se confunde con el cultural con demasiada frecuencia.

Pueden consultarse varias obras generales sobre el tema (Winson, 1887, Wauchope, 1962 y sobre todo Huddleston, 1967). Hubo muchos más que sostuvieron una u otra teoría. Deploro la imposibilidad de referir la historia por demás complicada de todo el desarrollo del problema desde el punto de vista del pensamiento Occidental y aun del pensamiento chino pero la disertación ocuparía un espacio no aceptable en este artículo.

Destaca entre toda esa confusión la figura egregia de un jesuita, José de Acosta. Desde 1590, publica en Sevilla, ya completa, su obra esencial: *Historia Natural y Moral de las Indias*. Con todo y la falta casi absoluta de datos que entonces había, desechando comparaciones hechas a la ligera y teorías sin fundamento real, llega, a base de buen juicio y razones seriamente meditadas, a la solución verdadera por muy incompleta que haya sido. "Y pues por una parte sabemos de cierto, que ha muchos siglos que hay hombres en estas partes, y por otra no podemos negar lo que la Divina Escritura claramente enseña, de haber procedido todos los hombres de un primer hombre, quedamos sin duda obligados a confesar, que pasaron acá los hombres de allá de Europa o de Asia o de Africa, pero el cómo y por qué camino vinieron, todavía lo inquirimos y deseamos saber". Invoca con gran razón el problema no sólo de la presencia del hombre sino de los animales que difícilmente hubieran llegado en barcos "embarcarlos consigo hombres es locura... de manera que como para los hombres, así también para las bestias nos es necesidad buscar camino por donde hayan pasado del Viejo Mundo al Nuevo... porque se ha de decir que pasaron no tanto navegando por mar como caminando por tierra". Apoyado en razones geográficas (aunque el Noroeste de América estaba inexplorado), sostiene la necesidad de un puente de tierra para explicar la distribución de los animales. Es el padre del tema científico.

Incontables seguidores aceptaron sus ideas que emergen entre la confusión y la ignorancia generales, salvando el pensamiento cuando menos español. Ya hemos mencionado algunos como Herrera y Torquemada. También Calancha o Solórzano en la primera mitad del siglo XVII, llegan como dice Huddleston a la conclusión inescapable de que el problema de la existencia de hombres y animales en América no puede resolverse sino suponiendo un puente que existe o existió entre América y el Viejo Mundo a través del célebre estrecho de Anián que ya menciona Enrico Martínez. El

desconocimiento de la geografía del Noroeste del Continente impedía más seguridad en sus razonamientos. Algunos ingleses y Johanés de Laet en los 1640s, también suelen estar de acuerdo con Acosta. En general la idea de la llegada por el Noroeste de Asia fue muy corriente en el siglo xvii.

La multiplicidad de individuos que se preocuparon por estudiar el problema del origen de los americanos (a muchos no he mencionado), produjeron las innumerables teorías de las que extracté las más difundidas hasta el siglo xviii. Entonces Feijóo escribió: "Un largo estudio y un examen cuidadoso de tantas opiniones diversas me han convencido que ninguna de ellas aporta las pruebas necesarias a un espíritu serio y que muchas ni siquiera tienen el mérito de la probabilidad". Algunos autores del xix, las descartan todas, como inútiles. Así lo hace Bancroft, sin haberlas estudiado con cuidado y sobre todo sin notar que en formas distintas se continuaron hasta sus días.

En placentero contraste, algunos autores que realmente conocen la zona maya no se cansan de reafirmar su creencia en que los monumentos fueron construidos por los mayas aunque no unen esta idea al origen americano.⁶ Landa, se adelanta casi 300 años a Stephens al afirmar "que estos edificios no son hechos por otras naciones sino por indios lo cual se ve por hombres de piedra desnudos y honestados de unos largos listones que llaman en su lengua *ex* y de otras divisas que los indios traen". En párrafo siguiente se refiere al entierro de una vasija encontrada en "un edificio que desbarataron"; entre otras cosas contuvo "tres cuentas de piedra buenas de las que usaban los indios por moneda. . . Todo lo cual muestra haber sido indios los constructores".

Lo mismo opina, aunque con menos seguridad, Fray Antonio de Ciudad Real que escribió la relación del viaje del Padre Ponce en 1588. Así en su magnífica descripción de Uxmal al referirse a las esculturas en las fachadas de las Monjas, repite a Landa al decir que "hay bultos de indios desnudos con sus masteles. . . en lo cual parece que aquellos edificios fueron labrados por indios". En cuan-

⁶ Es curioso que Landa y otros, a la mitad del siglo xvi, hayan pensado con mayor claridad que gran parte del público en México para quien aún hoy está borrosa la diferencia fundamental entre dos problemas: el general de los orígenes americanos y el particular de cada zona. Este se refiere a hechos locales, por ejemplo, averiguar de dónde vinieron los mexicas y el punto de salida de su migración al Valle de México, que muchos relacionan al de los orígenes sin fijarse en la inmensa diferencia en siglos entre ambos acontecimientos y en sus distintas causas y diversos resultados. Así con frecuencia se confundieron en el pasado el problema del primer americano y el problema de quienes fueron los constructores de los edificios.

to a su antigüedad opina de acuerdo a lo dicho por "un indio viejo y bien entendido" —de nuevo Landa— "que había más de novecientos años que se habían edificado". No menciona el origen de los varios otros sitios que describe muy brevemente.

Al hablar de Copán al extremo del área maya, Diego García de Palacio en 1576, también considera a los mayas como los constructores. "Dicen que antiguamente había venido allí y hecho aquellos edificios un gran señor de la provincia de Yucatán... Esto parece que de las pabrañas que cuentan es la más cierta". Su visión de Copán es tan notable para aquella época que con razón dice Maudslay: "It might have been written by any intelligent visitor within even the last few years".

Las "Relaciones de Yucatán" que muy frecuentemente se copian unas a otras o aprovechan el manuscrito de Landa, comentan ocasionalmente el origen de los mayas. Así según la versión de Kansahcab escrita el 20 de febrero de 1579 "descienden los naturales de los que hicieron los dichos edificios y hay en la tierra casta de ellos que por línea directa descenden de los dichos antiguos...". Por supuesto que en estos casos como en García de Palacio todo está confundido con la historia de Quetzalcoatl y de los toltecas.

Un siglo más tarde López de Cogolludo, en 1688, refiriéndose a los grandes edificios de Uxmal, Chichén y demás de la región, escribe: "Algunos han dicho que son obra de cartagineses o fenicios: pero esto comúnmente se refuta con las razones generales de no contar por historias algunas haber pasado tales naciones a estos reinos". También refuta lo dicho por Sánchez de Aguilar "por donde se colige ser obra de mexicanos y no de cartagineses como los nuestros pensaron". Por mexicanos él entiende toltecas. De nuevo Quetzalcoatl. Es interesante la cita de Cogolludo porque denota cómo en el siglo XVII, la seguridad original sobre el hecho de que los mayas fueron los constructores, se va diluyendo y evidentemente el autor se preocupa por lo que había leído en otras fuentes. Es la época donde empiezan con mayor insistencia las fábulas sobre los orígenes europeos o asiáticos. Recordemos que Pedro Sánchez de Aguilar escribía hacia 1635. Es interesante también notar la distinción ya clara entre "mexicanos" y gente de Yucatán.

En el centro de México durante aquella época no hubo opiniones tan precisas como fueron las de Landa sobre los constructores de los monumentos. Tal vez influidos por los encuentros de grandes huesos o por leyendas indígenas se piensa que Teotihuacan fue obra de gigantes, mientras las demás ciudades ya históricas, habían sido erigidas por toltecas o mexicanos. La realidad es que el interés por las ruinas fue tanto menor en la región Central que en Yucatán

que no hubo necesidad de decidir quiénes fueron sus edificadores originales.

Grande fue el número de arqueólogos e historiadores del siglo XIX que sostenían ideas similares a las de los más descabellados autores coloniales, por ejemplo Kingsborough. Más extraño es que no ha muerto en nuestros días la fascinación por esclarecer a base de fantasía el origen del hombre americano y su cultura. Se publican ahora numerosos libros y artículos de llamada divulgación sosteniendo las más peregrinas nociones. Es inútil referirse a los que solamente desean aprovechar la credulidad humana.

ANDRES BELLO, EL DESTERRADO

Por *Arturo USLAR-PIETRI**

De los sos ojos tan fuertemente llorando,
Tornaba la cabeza e estábalos catando.

EL hombre que con queda voz interior lee los mutilados versos donde fulgura el primer resplandor en la lengua del alma y de la pasión de una raza que, prodigiosamente, es todavía la suya, alza la cabeza y fija la vista en los altos ventanales empañados de niebla.

Está envejecido y refleja cansancio. Las arrugas, las canas y la calvicie prematuras no han destruido la bella nobleza de su rostro, ni la honda serenidad de aquella mirada azul que parece reposar sobre las cosas sin prisa, pero también sin esperanza.

Los guardianes del British Museum, que pasan silenciosos junto a su habitual mesa de trabajo, lo conocen bien. Es mister Bello, un caballero de la América del Sur, que desde hace diecisiete años visita asiduamente la rica biblioteca. Unas veces se enfrasca en la lectura de los clásicos griegos y su rostro se ilumina de una plácida sonrisa de niño sobre los renglones de una erudita edición de la Odisea. En otras ocasiones lo ven mecer tímidamente la mano, como marcando con vago gesto el compás de la medida de una égloga de Virgilio, y, en otras, se hunde en la Crónica de Turpin, o en un tratado de fisiología, o en el grueso infolio de Las Siete Partidas.

Cuando entra al gran edificio y se dirige a su sitio, se hace ligero y firme aquel pesado andar que arrastra entre la neblina de las calles. Se despoja de su raído abrigo y de su viejo sombrero, se sienta y suspira acongojadamente.

Pero en aquel invierno de 1827 no hace otra cosa que leer y releer con infatigable ansia el Poema del Cid. Día a día se llenan con su menuda y enrevesada letra los cuadernos de apuntes que lleva. Se propone analizar a fondo y reconstruir el poema, su lengua, su gramática, su sentido y su historicidad.

* Este excelente artículo del escritor venezolano lo reproducimos después de 30 años de haber aparecido en nuestra revista.

Pero no es sólo la curiosidad intelectual lo que ahora lo mueve: aquella aguijoneante ansia de saber, de escudriñar, de comprender, de poseer que lo arrastra a todos los campos del conocimiento, que lo embriaga de secretas y sutiles voluptuosidades y que le muestra con demoníaca tentación los oscuros y dilatados reinos que se le ofrecen en la sombra. Ahora, tanto como todo eso, hay un impulso del sentimiento, una sorda apetencia de su propia sensibilidad que lo lleva a repetir con emoción contenida los ásperos versos del juglar:

Vió puertas abiertas e uzos sin estrados,
Alcándaras vacías, sin pieles e sin mantos,
E sin falcones. . .

Y es que la gesta del Mío Cid es el patético canto del destierro y de la dolorosa lucha del caballero castellano por no desasirse y desprenderse de lo suyo. Y él, como Ruy Díaz, es también un desterrado, y también se ve reducido a batallar y conquistar sin tregua para que no perezca en él lo suyo, sino que se afirme y se agrande.

En las vidas altas, como en las sinfonías, siempre hay un tema, más o menos oculto, más o menos continuo, que es el que les da su unidad, su sentido y su grandeza. El tema de la vida de Bello aparece en esa visión primera de su prolongado peregrinaje por la gesta del Cid, y desde que lo advertimos todo lo que parecía fría erudición revela ser sentimiento vivo y dolor creador. Su humanismo tiene la calidad heroica de la gesta del desterrado que lucha por salvar y rehacer el país de su espíritu.

Una última mirada "de los sos ojos tan fuertementre llorando" había lanzado Bello, desde lo alto de la empinada cuesta por donde serpenteaba el camino de recuas, hacia el valle verde y azul, con sus rojos bucares, donde quedaba Caracas, bajo sus techos oscuros, entre sus coloridas tapias y sus rechonchos campanarios.

Aquella pequeña ciudad indiana, para sus veinte años en la vuelta del siglo, había sido un recoleto paraíso de lentas dichas infinitamente matizadas. La creciente riqueza del cacao que traía más y mayores navíos al puerto, también había hecho más altas y hondas las salas de las casas, más llenas de luces y reflejos las arañas, más pulidos y suaves los enchapados muebles ingleses, más sonoras y esplendorosas las sedas de las faldas y de los cortinajes, más profusa la plata en las alacenas y más numerosos y variados los libros.

Bello frecuentaba las tertulias literarias que celebraban en sus casas los jóvenes de las más ricas familias. La de los Uztariz y la de los Bolívar, donde aquel atormentado e inquieto Simón vivía sorprendiéndolos a todos con las historias, verdaderas o imagina-

das, de su vida y de sus viajes: viudo a los diecinueve años, famoso petimetre de París a los veinte, desordenado lector y hombre de opiniones radicales y atrabiliarias. Ya era allí Bello, aunque no el menos mozo, el más considerado y oído.

Muy temprano comenzó su fama de estudioso y de inteligente. Era todavía un niño y ya se conocía el latín como pocos canónigos, y los vericuetos y encrucijadas de la dialéctica. Había aprendido por su cuenta el inglés y el francés y traducía y adaptaba para aquellas tertulias un trozo de Corneille, una escena de Voltaire o algún soneto de Shakespeare.

En los conciertos de música sagrada o profana era de los que podían opinar con más tino, gracias a las enseñanzas de su padre don Bartolomé Bello que tocaba con gusto algunos instrumentos.

Era la música la más alta expresión cultural de aquella minúscula y refinada sociedad. Se celebraban con frecuencia conciertos en las casas de los más ricos señores y en ellos se oía, no sólo música de los grandes maestros europeos, algo de Mozart o de Haydn, algunas muestras de los polifonistas italianos, sino también la insuperada expresión sinfónica de aquella admirable familia de músicos que había florecido para entonces y en la que se destacaban un Sojo, un Olivares, un Landaeta, un Lamas. Era la fina y sorprendente diadema musical de aquella sociedad entregada a los ocios más fecundos y más corruptores.

Los primeros treinta años de su vida habían transcurrido en aquel ambiente a la vez recoleto y encendido del ardor de contenidas pasiones.

En aquellos años se condensó su condición espiritual, cuajó su vida en los moldes definitivos y se plasmó para siempre la hermosa serenidad de aquel rostro lleno del divino asombro ante la inmensidad interior y exterior que contemplaba.

La fama de sus estudios se extendía entre todos los pobladores de la pequeña villa. Se le consultaba, se le oía, se solicitaba su concurso para todas las iniciativas importantes. Un halo de gravedad circundaba su frente juvenil.

Leía de todo y a todas horas con una pasión inagotable. Los viejos infolios, los libros recientes, las discontinuas gacetas de Francia o de Inglaterra que llegaban al azar en los lentos veleros.

Sus lecturas y el conocimiento de la historia del último medio siglo, en el que habían ocurrido acontecimientos tan extraordinarios y decisivos como la victoriosa rebelión de las colonias inglesas de América, la revolución de los franceses y el ascenso apocalíptico del poderío de Napoleón, presentaban a su inteligencia los claros signos de un tiempo de transición del que no podrían escapar alma o tierra algunas.

A esa Caracas de 1800 había llegado por unos meses aquel joven europeo Alejandro de Humboldt, con su equipaje repleto de libros, apuntes, hojas de herbolario, dibujos, pieles, conchas, fragmentos de roca, pilas eléctricas, barómetros, sextantes y otras raras cosas.

Venía a inventariar y revelar la naturaleza americana al mundo y a los americanos. Bello procuró estar a su lado lo más posible y aquel contacto mágico acabó de abrirle las pesadas puertas contra las cuales había estado golpeando tímidamente su intuición. Ya el paisaje no era tan sólo un tema de égloga. Cada planta y cada piedra tenían su nombre y su ser y podían vislumbrarse los sutiles canales por donde la vida natural se comunica e integra en una unidad prodigiosa. La geografía dejaba de ser una nomenclatura para transformarse en el vasto escenario vivo de la naturaleza; los climas, las montañas, los ríos, las lluvias, las plantas, las razas, los astros eran partes de un proceso inmenso donde estaba tejido el destino del hombre y su historia.

No todo estaba en los claustros y en los viejos libros, sino que había que ir a la naturaleza y había tanto gozo en clasificar una hoja de hierba como en medir las exactas cantidades de un verso de Horacio.

Humboldt era hombre universal. Venía del mundo hacia el mundo y nada era extraño ni a su curiosidad ni a su sentimiento. Lo mismo exponía una teoría sobre la temperatura de las aguas del Atlántico, o las causas de los terremotos de Cumaná, como analizaba los aspectos políticos y sociales de la Revolución francesa o trazaba un colorido cuadro sobre los sucesivos estadios de la sociedad humana, que él veía curiosamente representados en las diferentes zonas del territorio venezolano.

Oyéndolo debía soñar Bello con la gloria de un Lucrecio americano, con la hazaña de una poesía culta expresando el misterio de aquel mundo al que los hombres se habrían asomado ciegos. Y no pocas de las reflexiones que aquellas lumbraradas despertaban en su penetrante capacidad de analizar tendrían por objeto la vida y el futuro de la tierra venezolana.

El fermento de la época había prendido visiblemente en los espíritus ansiosos y pasionales de muchos de aquellos mozos, que en edad eran sus iguales, aun cuando con la infranqueable distancia que entre ellos y él ponía su aureola de serenidad y de sabiduría. En muchas cosas coincidían, en el amor de la literatura, en el entusiasmo por las ideas generosas, en el anhelo de crecer y de servir. Pero, en otras diferían fundamentalmente. Muchos de ellos soñaban con una gloria teñida de violencia y de sangre y pensaban en trágicas conmociones que los hicieran dueños del destino de un

mundo donde pudieran plasmar en realidad sus audaces y ardientes visiones, mientras que el espíritu de Bello sentía la necesidad del orden y la paz para poder fructificar.

Algunas de esas dramáticas oposiciones debieron surgir más de una vez en los tiempos en que hubo de dar clases a Simón Bolívar, un mozo dos años menor que él. No debía reinar mucha regularidad en aquellos cursos interrumpidos y desviados por la desorbitada curiosidad del discípulo, por su orgullosa impertinencia y por los frecuentes estallidos de una naturaleza autoritaria y soberbia. Debieron comprender ambos, desde el primer momento, que no eran dos temperamentos hechos para entenderse.

El aprecio creciente de que Bello era objeto lo había de llevar naturalmente a desempeñar funciones públicas. Reinaba en las Españas Carlos IV y era su Capitán General y Gobernador en la Provincia de Venezuela Don Manuel de Guevara y Vasconcelos, quien mucho distinguía al joven criollo y gustaba de invitarlo a sus fiestas, donde éste recitaba versos de ocasión.

Cuando vino la expedición de la vacuna Bello fue nombrado Secretario de ella y compuso con mesurado entusiasmo un elogio de aquella humanitaria empresa regia, dedicándolo al Príncipe de la Paz, al fabuloso Godoy, que se movía en el claroscuro de una fama escandalosa.

Poco después fue hecho Oficial Segundo de la Secretaría de Vasconcelos, donde a poco sus luces, su laboriosidad, su discreción debieron transformarlo en el más calificado funcionario.

Desde que Napoleón invade a España en 1808, los sucesos se precipitan y a poco pasan de aquel medido tiempo de pavana al agitado alboroto del "joropo" popular.

La serena mirada contempla los acontecimientos y parece mirarlos desde arriba, desde una altura inaccesible a la pasión o a la descompostura.

Viene el 19 de abril de 1810, se constituye la Junta de Caracas y la plebe ebria de su primera hora de libertad arrastra por las calles empedradas los retratos del rey y grita enronquecida hasta el anochecer, poniendo temor en las gentes recogidas en las hondas casonas y en los ajardinados claustros de los conventos.

El golpe había estado a punto de fracasar. Pocos días antes había sido descubierta la conspiración. Muchos de aquellos jóvenes turbulentos fueron detenidos por breve tiempo, y otros confinados a sus casas o a sus haciendas.

Las mil lenguas de la calumnia comenzaron a bisbisear en la penumbra. Entre sonrisas de incredulidad o de complacencia muchos se hicieron eco de la repugnante infamia que señalaba a Bello como el delator de la conspiración.

La maldad de algunos y la mezquindad de muchos, incubadas al calor del estrecho recinto de aquella sociedad que vivía del juego mortal de su propio espectáculo, colmaron la medida de la amargura para Bello. Parecían querer complacerse en hacerle pagar en tortura moral los aplausos que habían tenido que tributarle a su talento.

Era como si de aquel valle risueño, de aquella compañía en que todos eran amigos y conocidos, de aquellas virtudes ensalzadas y ostentadas, se hubiera levantado una legión de furias invisibles para rebajar y destruir al que creía no haber hecho sino el bien.

Vivo como el primer día se conservó siempre en el alma de Bello el dolor de aquella herida sobre la que habían "escupido hiel". A ella aludió, con el pudor de su grandeza, en varias ocasiones y en su poesía se repite a distancia el desdenoso perdón de quien no pudo olvidar.

Con esa medida de amargura salió Bello de su tierra por primera y última vez. Era irrisoria compensación el nombramiento que llevaba de Secretario de la misión diplomática que, integrada por Bolívar y López Méndez, enyió en 1810 la Junta de Caracas ante el Gobierno británico.

Aquel hombre hermoso, robusto y tranquilo que llega a Londres en el umbral de la treintena, acaba de abandonar su paisaje, su familia, sus costumbres, su lengua. Ya no va por las calles soleadas y coloridas de la Caracas de su adolescencia, sino por las húmedas y neblinosas avenidas donde a la media tarde flotan los faroles como coágulos de luz amortecida. En lugar del corto radio que lo separaba de todos los rincones familiares y de todos los rostros amigos, ahora se perdía por la vasta urbe llena de miseria y de riqueza y se topaba en los vastos salones dorados con el tedio del "dandysmo" distante y de la nobleza altanera. En lugar de los bosques del Catuche y de Chacao, de los rojos bucares, de los inmensos cedros, de las mecidas palmeras, las fantasmales arboledas esfumadas en niebla y agua de Hyde Park; y en vez del materno castellano criollo con sus claras sílabas abiertas, lo rodeaba el ahogado rumor de aquella lengua gutural y apelmazada.

Aquella nueva etapa de su vida, que llegó a ser larga de diecinueve años, fue la de la pobreza, el abandono y la soledad. Después de unos breves meses esplendorosos en los que Bolívar derrochaba el dinero en los que se reunían con las más célebres personalidades en la casa de Miranda en Grafton Square, en la que eran el objeto de la curiosidad de aquella sociedad "snob", vinieron los largos años de pobreza y de estudio, de mucha niebla, muchos libros y pan escaso, en que el hombre de traje raído se refugiaba en su mesa del British Museum para proseguir la silenciosa fiesta inagotable que le estaba reservada.

Los escasos sueldos de su Secretaría se le pagaban mal o nunca. Los sordos días iluminados por el estudio se interrumpían con las noticias que llegaban de la patria remota. La guerra se había desatado con violencia infinita. Miranda, había caído arrastrado en la vorágine. Sus amigos de la niñez eran héroes o fugitivos. Caracas y las principales ciudades habían sido despobladas por la guerra o arrasadas por el terremoto. Estaba derruida la vieja casa de la esquina de las Mercedes y tan sólo quedaban en pie algunos árboles y los granados bajo los que corrió su infancia. Bolívar se había convertido en el jefe de la revolución y aquellas contradictorias condiciones que le había conocido se habían trocado en los elementos de una extraordinaria vocación heroica.

Aquella visión sangrienta y convulsionada surgía en mitad de las horas grises y frías. ¿Debía volver a luchar y servir junto a los suyos? ¿Debía permanecer fuera para alcanzar en el sosiego la madurez de aquella obra que, con serena convicción, estaba seguro de que tan sólo él podía realizar en América? ¿Debía esperar a que pasara la racha de la violencia para volver después, reconocido por todos, a ser el organizador, el legislador, el padre civil de la república? ¿Y qué podía ofrecerle aquella tierra agitada y desgarrada por la guerra? Lo fundamental de su espíritu, la raíz de su cultura, la imagen inmortal de su alma colectiva la estaba recogiendo él y acendrando en los libros del British Museum.

En 1814 se casa con Mary Ann Boyland. Es una inglesa, una mujer del norte y de la niebla, que no habla su lengua ni puede entender sus versos. Es el mismo año en que Boves a la cabeza de sus feroces jinetes parece que va a anegar en sangre y fuego a Venezuela.

Empiezan a nacer los hijos y la pobreza y la estrechez se hacen mayores. Los niños juegan en las sombrías callejas del barrio pobre y cantan canciones inglesas. Su nombre se hace irreconocible en la pronunciación de sus compañeros de juegos. Bello se esfuerza en hablarles en español, en hablarles de su raza, de su pueblo, de la civilización a la que pertenecen. Le parece que aquel mundo neblinoso que está devorándolo, acabará de tragárselo por entero en sus hijos el día en que el inglés llegue a ser la lengua materna de ellos. Su mujer sigue siendo extranjera, sus hijos no conocen la patria lejana, que cada día parece hacerse más remota e inaccesible, y la pobreza lo persigue y lo atenaza con su infinita cauda de humillaciones y amarguras de la que no es la menor la de no poderse dedicar de lleno a sus estudios y a su obra.

Más tarde enviada y en 1824 vuelve a casarse con otra dama inglesa, Isabel Dunn, quien le da nuevos hijos. Es el año de la victoria de Ayacucho y el joven héroe que la gana es el hermano

de María Josefa de Sucre, aquella fina mujer que fue el hondo amor juvenil de Bello en Caracas.

Su destino parece ser el de marchar agobiado y alejarse de todo lo que ama. No es sino el desterrado y por eso se aferra con tanta ansiedad a lo que ha podido llevarse consigo: la ciencia, la literatura, la lengua y la imagen de América.

Por eso resulta tan revelador que en sus investigaciones sobre la literatura española haya de detenerse por largo tiempo, por todo el tiempo de su vida, en el estudio y la meditación del poema del Cid. No sólo porque es el monumento auroral del alma castellana y el poderoso vagido de su lengua, que son esencia unificadora de su América, sino porque también es la gesta del desterrado, la hazaña del paladín que lucha para reconquistar lo que le han arrebatado, del que convierte la desgracia en grandeza y alegría: "Albrizias, Alvar Fañez, ca echados somos de tierra".

En el momento en que se sumerge en el poema del Cid va llegando a su término aquella larga etapa de Londres, que es la de la angustiada espera, la del aprendizaje inagotable de la pobreza y la del rumbo borrado.

Entre la modesta casa, que es casi tugurio, el trabajo en las ambulantes oficinas de la Legación de la Gran Colombia o de Chile, las clases a los hijos del Ministro Hamilton, la ocasional charla con Blanco White, el laborioso descifrar de los manuscritos de Bentham, la vasta sala del Museo Británico, y sobre el sabor de humillación del hombre que sabe lo que vale y se siente injustamente preterido, vienen a asaltarlo las visiones esplendorosas de su tierra.

Entonces parece olvidar todo lo demás. No oye el áspero quehacer de Mrs. Bello y las riñas de los chicos, no mira el empañado cristal de niebla que cubre la ventana, ni los maltrechos muebles, sino que únicamente siente aquella poderosa voz interior, "flor de su cultura", que brota en la contenida cadencia de unos versos perfectos:

Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribe
El vago curso. . .

Desfilan las estremecidas palmeras, el maíz, "jefe altanero de la espigada tribu", el cacao con sus "urnas de coral", el banano, amigo de la mano esclava, los jazmines del cafetal, las flores, todo el coloreado hálito del gran drama de la vida vegetal y animal del trópico, y después la visión "del rico suelo al hombre avasallado" abierto a la paz y a la dulzura de la vida, sin que la emoción llegue

a alterar un acento, ni a perturbar el sereno ritmo de la Silva inmortal.

Luego, con esa misma pluma, vuelve nuevamente a escribirle a Bolívar o a Revenga, para implorar:

"Carezco de los medios necesarios aun para dar una educación decente a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita, me lleno de arrugas y canas, y veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí, ni a mi familia, nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad. . ."

Aquella larga etapa de espera no puede prolongarse más. Han sido años de intenso estudio y de definitiva formación de su carácter. No puede continuar allí y tampoco puede regresar a su tierra, donde concluida la lucha de la independencia, dispersados o muertos sus amigos, destruido o cambiado mucho de lo que aún vivía en su recuerdo, ya nadie parece acordarse de él, y empiezan a brotar como una lepra la anarquía y la desintegración.

¿Qué iría a hacer en medio de las lanzas de los bárbaros, ebrios de su negativa fuerza, aquella cabeza cargada de pensamiento y aquella serena mirada?

Es entonces cuando se abre la tercera y definitiva etapa de su vida con el viaje a Chile en 1829. El signo del desterrado vuelve a afirmarse ante el pesado paso de aquel hombre de 48 años, lleno de conciencia, de fe en los destinos superiores del espíritu y de reflexiva desesperanza en su destino.

La Europa que deja es la de la batalla de los románticos. Los versos de Byron y los de Hugo han resonado con sus ricos ecos en aquella alma clásica. Ha ensayado, con alegre curiosidad, su mano en la versión de algunos fragmentos del *Sardanápalo* y ninguna de aquellas novedades escapan a su amor de la belleza, ni alarman al asiduo lector de los griegos, de los cantares de gesta y del romance-ro; pero tampoco lo arrastran a sacrificar la perfección de la forma, ni la pureza del lenguaje. Ese difícil fruto del esfuerzo paciente, de la fina sensibilidad y del estudio es el que le da ese sabor de eternidad sin fecha a todo lo que escribe y que empieza a ganarle el título intemporal de "Príncipe de los poetas americanos".

Vuelve a alejarse en el destierro. Es su "largo penar". Va ahora a aquella provincia perdida en las playas australes del remoto Pacífico, a la que llega después de dar la vuelta a toda la América, de rebasar el Trópico y de pasar por las heladas soledades del estrecho de Magallanes.

Aquel Santiago aislado y pueblerino, al que entra Bello en pleno invierno, debió añadir más amargura a aquella "casi desesperada determinación" que lo llevó a irse de Londres. Era para entonces Chile un país más atrasado e inculto que la refinada Caracas que

había abandonado en 1810. Pero él va revestido de aquella determinación forjada en los largos años de miseria y de abandono. Chile es parte de aquella América a la que ha consagrado su devoción entera y para cuyo servicio se ha estado preparando y armando sin tregua y sin desmayo, desde la primera hora de su iluminada adolescencia. Es acaso la más remota, la más pobre, la más extraña a su sensibilidad, pero también, y tal vez por ello mismo, aquella donde con más profunda huella pueda ensayar sus fuerzas y darse a las ansiadas tareas de crear en tierra y humanidad las formas de sus ideales de civilización.

Aquella convicción es la que lo sostiene en los fríos días de su llegada a la pensión de la señora Lafinur, y es la que después irá aumentando, al convertirse en ternura y en contento, cuando la flor de la juventud chilena venga a rodearlo como al maestro del destino.

Bello el desterrado, se ha ido refugiando paulatinamente en las formas más universales y permanentes de lo que fue el mundo de su natividad. El valle de Caracas se ha quedado atrás sin posible retorno, en lugar de la luminosa masa del Ávila, contempla ahora la ruda mole del Huelen; el mundo español se desintegra y debate en una larga y trágica crisis; pero ya desde Londres, desde las primeras horas de su presencia ante la soledad sin eco, se había aferrado a lo que no era precedero y tenía poder de salvación: la ciencia, la literatura, la lengua, las claves de la unidad cultural hispánica.

Tal vez por eso, parece a quienes se le acercan superficialmente hombre frío, sin calor de sentimiento, apegado a las formas inertes del pasado, cuando en realidad no era sino el que quería conservar el fuego y salvar las fórmulas de una vida fecunda.

Bello se refugia con fervorosa dedicación en el estudio de la lengua porque sabe que es la sangre de la unidad orgánica de Hispanoamérica, que su razón considera como el supremo fin de sus pueblos, y también porque su sentimiento halla en la unidad lingüística y cultural la patria posible.

En 1835, a los seis años de su llegada a Chile, publica sus *Principios de Ortografía y Métrica de la lengua castellana*. En 1841 aquel revolucionario y profundo *Análisis Ideológico de los tiempos de la Conjugación castellana*.

Entretanto escribe en alguna ocasión: "sé lo que cuesta el sacrificio de la patria", o aquellos melancólicos versos:

Naturaleza da una madre sola
Y da una sola patria. . .

Y envía a sus hermanos o a su vieja madre crepusculares cartas penetradas de emoción.

Lo que no le impide verse enfrascado en la áspera polémica con Sarmiento joven. Aquella polémica en la que Bello mira con horror asomar, al través de la encrespada prosa de aquel talento volcánico e improvisador, el rostro pavoroso de la desintegración cultural de América y la amenaza de un desvío sin rumbo en el camino hacia la civilización.

En 1847 sale su *Gramática de la lengua castellana*. Es un anciano de cerca de setenta años, movido por el poderoso anhelo de toda una vida, el que completa la extraordinaria hazaña, viva, fecunda y combatiente que está en esa grande obra.

En la vida de la lengua castellana hay dos dramáticos momentos cargados de destino: uno es aquel en que el habla del condado de Fernán González se transforma, bajo los Reyes Católicos, en el instrumento de la unidad y de la culminación de la raza española; y el otro, es aquel en que, roto y desmembrado el gran imperio, queda en la lengua la mayor esperanza de la reconstrucción de la unidad moral y cultural de las Españas. Dos de las mayores figuras de humanistas hispánicos realizan el sino de esas dos grandes horas. La hazaña de Nebrija que hizo la primera gramática de una lengua moderna porque "la lengua es la compañera del imperio", la repite Bello, el criollo, que liberta la gramática castellana de la imitación latina y la rehace para que no se repita en América "la tenebrosa época de la corrupción del latín".

Refugiado en lo que ya nadie podía arrebatarse, en la forma más alta y perdurable de su patrimonio, Bello llega a cumplir plenamente su misión de servidor del espíritu y de la civilización.

Chile crece y se densifica a su alrededor y se va pareciendo a su poderoso y sereno sueño de grandeza. Un generoso calor de gratitud lo rodea y lo halaga. Está sentado como en un trono en su vitalicio sillón de Rector de la nueva Universidad. Dirige *El Araucano*, va puntualmente a su curul de senador, se enfrasca en los trabajos de las comisiones legislativas, hace el monumento jurídico del Código Civil, y en los ratos tranquilos, se pasea por la sala de su biblioteca, fumando un oloroso habano y dialogando con sus discípulos con palabras llenas del don de la sabiduría.

Junto a su majestuosa serenidad de roca fundadora pasa la marejada de la pugna de "pipiolos" y "pelucones", y ruedan, como el trueno, las lejanas conmociones que sacuden los pueblos americanos.

Ya no se alejará más sobre la tierra. Bajo su sombra benéfica crece vigorosa la cultura chilena. Hijos del espíritu le nacen de su tarea sin tregua, y desde opuestos campos convergen hacia él: Lastarria, Vicuña Mackena, Amunátegui. Bajo la luz de su "enemiga estrella" ve ir muriendo uno a uno los hijos de su carne.

Cuando se acerca la hora de la muerte Venezuela se desangra en el caos de la guerra federal, la escuadra española ataca al Perú, un resplandor trágico parece cernirse sobre todas sus tierras, pero ya puede cerrar los ojos sosegados, después de tanto ver, de tanto hacer, de tanto esperar, adormecido en el rumor de la lengua que une a sus americanos en una abierta patria común.

FLORA TRISTAN EN AMERICA DEL SUR

Por Carlos M. RAMA

CON Flora Tristán (1803-1844) el Perú, y por extensión América Latina entera, han tenido el privilegio de aportar a los mismos centros del socialismo utópico europeo una figura de primera magnitud.

Esta mujer extraordinaria, seguramente una de las mujeres más destacadas de la historia universal en el siglo XIX, culmina sin discusión una línea ascendente de la condición femenina que arranca del siglo anterior con Mary Wollstonecraft en Inglaterra, y que tiene en Francia figuras tan conocidas como Claire Démar, Georges Sand, Pauline Roland, Clarisse Vigoureux o Eleonore Blanc.

No fue, sin embargo, una mera propagandista eficiente, una escritora "liberada", o una reivindicadora de los derechos de la mujer, sino que además de esos aspectos, se le debe considerar una creadora en el mundo de las ideas socialistas, y única que —en definitiva— se coincide en colocar en la línea de los Owen, Fourier, Saint Simon, Considérant, Leroux, Cabet o Lamennais, para citar a las primeras figuras del utopismo.¹

En Europa se viene estudiando en los últimos años la originalidad de sus ideas en materia de feminismo, ya sea a través de sus escritos, o por la versión de sus contemporáneos.²

¹ La obra clásica sobre nuestro personaje es la tesis de Jules L. Puech, *La vie et l'œuvre de Flora Tristán, 1803-1844. L'Union Ouvrière*, Paris, Rivière, 1925.

Esta ubicación entre los "grandes" del utopismo ha sido hasta señalada por sus detractores. Así P. J. Proudhon por 1844 escribía en sus notas: "Se predicán en este momento no sé cuántos nuevos Evangelios; Evangelios según Buchez, Evangelio según Pierre Leroux, Evangelio según Lamennais, Considérant, Mme. George Sand, Mme. Flora Tristán, Evangelio según Pecqueur, y otros muchos. No tengo la ambición de aumentar el número de estos locos", en *Carnets*, Paris, Rivière 1960; vol. I; p. XIV.

² Jean Bealen, *Flora Tristán: feminismo y socialismo en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1973; Edith Thomas, *Pauline Roland. Socialisme et féminisme au XIX^e. siècle*, Paris, 1956, y este es el tema por excelencia del libro de Dominique Desanti, *Flora Tristán: vie et œuvres mêlées*, Paris, 10:18, 1973.

De esos trabajos resulta que no se le puede confundir con una feminista "burguesa" al estilo de las sufragistas reclutadas por entonces en Inglaterra y los Estados Unidos, que se agrupan en la National Union of Woman's Suffrage Society, la Women Social and Political Union y la National American Woman Suffrage Association, pues su antecedente ideológico directo es el pensamiento protosocialista de William Godwin, y la renovación total del tema vinculadas al saintsimonismo y el fourierismo.³

Esta escritora de talento, que se relaciona personalmente con Charles Fourier, y dos años más tarde con Robert Owen, a la cual defenderá Carlos Marx contra los ataques de Edgard Bauer en 1844 en *La sagrada familia*, y en cuya obra se inspirará Federico Engels para preparar su clásico volumen *La situación de las clases laboriosas en Inglaterra* al año siguiente, ha dado al pensamiento socialista de la primera mitad del siglo XIX dos trabajos capitales. *Los paseos en Londres* (1840) la hicieron famosa en el socialismo, pero será *La Unión obrera* (cuatro ediciones desde 1843) que dará la medida de sus talentos.

En esta obra sostiene el reconocimiento del "derecho al trabajo", anticipándose a un principio que reivindicará la revolución francesa de 1848, y propicia la organización de los trabajadores "en el estado social actual a través de una Unión Universal de Trabajadores", ni más ni menos que la Asociación Internacional de los Trabajadores, la Primera Internacional, que recién verá la luz en Londres en 1864.

Este sentido clasista obrero de Flora Tristán es uno de los aportes más importantes de su pensamiento, y obligan a considerarle—inclusive por ese solo aspecto— más una protagonista del socialismo de transición o "quarantehuitard" que una utopista, y así lo hemos hecho desde 1947.⁴ Nuestra autora se ha adelantado a decir: "A fin de evitar toda falsa interpretación, yo declaro que yo no soy ni saintsimoniana, ni fourierista, ni owenista. Si tuviera que pronunciarle sobre el valor respecto de esas tres doctrinas, lo haría de mi punto de vista, después de haberme librado a un examen profundo de cada una y haberlas comparado entre ellas en sus apli-

³ Véase de George Woodcock, *William Godwin. A biographical study. With a foreward by Herbert Read*, London, Perarpine, s.f.; Henry N. Brailsford, *Shelley, Godwin y su círculo*, trad. al español en México, Fondo de Cultura Económica, 1942; recién en 1945 se publicó en nuestra lengua la obra principal de W. Godwin, *Investigación acerca de la justicia política*, Buenos Aires, Americalee, 1945. Las ideas *feministas* de Fourier se encuentran en sus obras *Teoría de los cuatro movimientos* (1808) y más todavía en *Le nouveau monde amoureux*, (que recién edita en 1967).

⁴ *Las ideas socialistas en el siglo XIX*, Barcelona, Laia, 1976; 5a. ed.; cap. V, p. 87.

caciones diversas, pero por el momento yo me ocupo de hacer conocer la obra del socialista inglés" (Owen, etc.), dice iniciando su obra sobre Inglaterra.

La más reciente de las obras que le son consagradas destaca, sin embargo, que a su discípula Eleonore Blanc recomendaba leer Saint Simon, que de Fourier —que mucho admiraba— había tomado la idea de falansterio y el sistema educacional, e incluso, hasta que de Pierre-Joseph Proudhon, que expresamente reprobaba, admite en su obra última la legitimidad de alguna de sus ideas. Sobre un total de once escritores que cita expresamente, analiza sobre todo las ideas de Louis Blanc, Enfantin y Victor Considérant, pero además valoriza — y esta es otra de sus originalidades— a los mismos obreros autodidactas, a los "compagnons" de los oficios, que le apoyarán hasta después de su muerte.⁵

Su biografía, y la resonancia que obtuvo a través de su breve existencia, la ubicarán como una típica figura stendhaliana, e incluso romántica.

"Un matrimonio ilegítimo, un matrimonio desafortunado, una naturaleza apasionada, se unen para componer el rostro de una heroína romántica", es como sintetiza su vida Edouard Dolléans.

Precisemos los hechos. Don Mariano Tristán y Moscoso, hijo mayor de una acaudalada familia española enriquecida en Perú, y más exactamente en la ciudad de Arequipa, prestaba servicios en el ejército peninsular a principios del siglo XIX en la ciudad de Bilbao. Allí conoce a la francesa Teresa Lainé o Laisney, de una familia que se había expatriado de Francia en tiempos de la Gran Revolución. Según explicará más tarde su hija Flora contrajeron un matrimonio irregular jurídicamente, y en 1802 pasaron a vivir en la ciudad de París. Al año siguiente nace nuestro personaje en la localidad de Saint Mandé, y pierde a su padre en 1807.

Entre las amistades *indianas* de la familia, se contaba el caraqueño Simón Bolívar, y su preceptor Simón Rodríguez, según quedará constancia para la posteridad al publicarse parte de la correspondencia que el primero dirigiera a los padres de Flora Tristán. Nunca se perdió en su formación, ni en su familia, su origen peruano, ni su interés por los asuntos americanos.

Flora, ahora en la pobreza, tendrá que trabajar como obrera en París y casa a los 18 años con el grabador Chazal, iniciándose una serie de incidentes que llevarán en 1838 al intento de asesinato de

⁵ Desanti, *ob. cit.*, p. 341 y sigs. Cabe señalar que *La Unión obrera* se publicó por suscripción popular; que Flora murió haciendo el "tour de Francia" del "compagnonage" y ante todo que fue ella quien reencontró la famosa divisa de los obreros revolucionarios de Lyon, que servirá a la Primera Internacional: *Proletarios del mundo, uníos.*

la escritora por su esposo. Desde 1829 recobra contacto epistolar con la familia de su padre, al ponerse en relación con su tío Pío Tristán y Moscoso, que había tenido una brillante carrera al servicio de las autoridades españolas en América. Comandó el ejército realista que se retiró de Buenos Aires a Bolivia después de 1810, en 1823 fue ascendido a Mariscal de Campo, y después de la batalla de Ayacucho fue el último virrey del Perú, y a quien correspondió negociar la capitulación española ante el Mariscal Sucre.

En un proceso que caracteriza, entre todos los países latinoamericanos especialmente al Perú, pasará sin embargo a servir a la nueva República, ahora como Jefe de la Intendencia de Cuzco y más tarde prefecto de Arequipa (1832-1833).

Flora Tristán decide viajar al Perú para reencontrarse con su familia paterna, reclamar sus derechos hereditarios (vivía todavía su abuela), e instalarse en el país.

Justamente en su libro *Peregrinaciones de una Paria* (París, Bertrand, 1838, 2 volúmenes), sirviéndose de notas tomadas a lo largo de los mismos hechos, relata cómo partiendo de Burdeos tardó cuatro meses y medio en llegar al puerto peruano de Islay, haciendo escala en Valparaíso. Era agosto de 1833 y permanecerá en el Perú hasta el 15 de julio de 1834. Fracasa en su intento de ser reconocida como hija de Mariano Tristán, y por tanto en recobrar la herencia familiar, pero a través de esa experiencia madura sus talentos y se convierte en una escritora, que entre 1835 y su muerte en 1844 publicará diversas obras literarias, artísticas (sobre arte español), documentales, autobiográficas, y ante todo de teoría del socialismo. Todavía póstumamente Adolphe Constant editará *L'émancipation de la femme eu le testament de la paria* (1845).

Durante ese periodo viaja a Inglaterra, recorre Francia y se convierte en una figura popular y famosa en el ambiente socialista. Arnold Rüge, incitando a su amigo Marx a que fuera a conocer París, le decía por 1843: "¡Qué mujer!... recién ahora solamente yo comprendo a los franceses". Se destaca que la primera de sus publicaciones (*De la necesidad de hacer buena acogida a las mujeres extranjeras*) de 1835, es editada en París a pocos meses de su vuelta de América del Sur. En otras palabras se preguntan sus comentaristas: ¿Ha sido el espectáculo del Perú de los años 1833 y 1834, y del contraste entre esa experiencia y su vida parisina la que ha madurado en Flora Tristán a la autora socialista?

La citada Dominique Desanti, en cambio, anota, que "Si en 1834 Flora, en el Perú, es considerada, por su tío (que sobre tantos temas ella irrita) y por toda la familia como buena consejera en

materia política, esto lo debe ella a Mary Wollstonecraft y a los saintsimonianos".⁶

Flora Tristán conocía ya en 1833 a fondo el pensamiento de Saint Simon, en que se había iniciado en 1826, contacto que renovará con los discípulos de Prosper Enfantin después de 1840. En definitiva, por entonces, su línea utópica central se emparenta con el citado maestro francés, y su caso no es distinto del argentino Esteban Echeverría, visitante de París por los mismos años, con el que asimismo comparte la admiración por Victor Considérant, al igual que Santiago Arcos Arlegui y sus amigos chilenos.

Sin embargo la misma Flora cuando en su obra *Peregrinaciones de una paria* evoca su viaje a América no deja de señalar sus propias limitaciones: "En 1833 me hallaba todavía muy lejos de tener las ideas que después se han desarrollado en mi espíritu. En aquella época era muy exclusivista. Mi país ocupaba en mi pensamiento más sitio que todo el resto del mundo. Era con las opiniones y los usos de mi patria con lo que juzgaba las opiniones y usos de los demás. El nombre de Francia y todo lo que se vinculaba con ella producían sobre mí efectos casi mágicos. Entonces consideraba a un inglés, un alemán, o un italiano como a otros tantos extranjeros. No veía que todos los hombres son hermanos y que el mundo es su patria común. Estaba todavía muy lejos de reconocer la solidaridad de las naciones entre sí, de donde resulta que la humanidad íntegra experimenta el bien y el mal de cada una de ellas. Pero relato mis impresiones tal como las sentí a la vista de nuestra superioridad sobre los individuos de las otras naciones que se encontraban en la Praya (Cabo Verde)". etcétera.⁷

En otra parte, después de vivir varios meses en Perú, declara: "Me resolví también a entrar en la lucha social. . . Estoy en medio de una sociedad en revolución, me decía, veamos por qué medios podría yo representar un papel. . . me puse en abierta rebeldía contra un orden de cosas del cual yo era la triste víctima". Si Flora confiesa su resentimiento y frustración vital como factor motivacional de su activismo político-social, esto no implica automáticamente una decisión de participar del socialismo revolucionario. Como resulta de otros textos, y en forma no muy distinta a otros saintsimonianos ("la revolución desde lo alto", etc.), considera la posibilidad de actuar en la vida política, incluso peruana, al estilo de la por entonces muy famosa "Mariscala" Doña Francisca Zubiada de Gamarra.⁸

⁶ Desanti, *ob. cit.*, p. 56.

⁷ *Peregrinaciones de una paria*, trad. de Emilia Romero, Lima, Antártica, 1946, págs. 36-37.

⁸ Este personaje femenino de la historia peruana, al fin de cuya carrera asistiera la propia Flora Tristán, ha merecido estudios como el de Jorge

Peregrinaciones de una paria fue publicada en español por vez primera íntegra en el año 1946, iniciando una colección de "viajeros en el Perú" (*sic*). ¡Hacia 112 años que se conocía en francés!

El Profesor Jorge Basadre, que prologa felizmente el volumen, destaca que "No ha sido considerada, hasta hace poco, Flora Tristán dentro de la literatura del Perú republicano. Sin embargo, su libro de recuerdos, aunque escrito en otro idioma y para otras gentes, y aunque la autora formara parte después entre los más avanzados agitadores franceses. . . pertenece también a nuestra literatura, aunque fuera tan sólo porque en muy pocas páginas revive, lo que había de turbulento y de monótono en esa nueva vida medioeval".⁹

"Mas no se crea —dice más adelante Basadre— que emana poesía la evocación de Flora Tristán. Cuando emprendió el viaje de retorno a Europa, con un fondo de trágica decisión sobre su alucinante inquietud marinera, debió partir del Perú sin añoranzas. Cuando algunos soñadores quieren embellecer aquella época, este libro servirá para la necesaria tarea de desilusionar. El lado peor de nuestras grises revoluciones está pintado allí con rudeza no igualada. Allí se muestra el afán incontenible del lucro personal, disfrazado por retóricas declamaciones; la incapacidad para la disciplina previa; la desolada paralización de la vida urbana; la confusión en los combates; el terror del pueblo mientras se libra y su servilismo cuando se han decidido; las recíprocas sorpresas que se dan los contendores, siempre desprevenidos; en que a veces los de la misma bandería luchan entre sí. Frecuentemente localiza amargas observaciones en la sociedad peruana. . . (admira a las peruanas). . . Prodigia rencor en cambio a la sociedad peruana. Lo que más se aprecia en ella es la falsedad", etc.

Basadre reconoce que a Flora Tristán "No se le oculta, sin embargo, la inmensa promesa que la vida americana representa para el mundo. . . pero de la realidad que tuvo ante sus ojos, sólo vio lo exterior, lo inmediato, lo sugestivo. Presenta como totalmente diferentes de las de Europa, las luchas políticas de aquí; pero sí resultamos herederos de las condiciones injustas de la sociedad. Su materialismo pesimista sentencia implacable a todos los bandos por igual como si una prohibición inviolable alejara de ella las pasiones generosas. No se detiene en ese fondo mesiánico que suele justificar al caudillaje, en los latentes anhelos de libertad y de progreso que dan a algunas causas las fuerzas redentoras del fervor", etc.¹⁰

Escribir tal obra —anotamos nosotros— viendo "por dentro" el

Cornejo Bouroncle *Doña Francisca Zubiaga de Gamarrá*, Cuzco, 1948 y una obra teatral del joven José Carlos Mariátegui.

⁹ *Peregrinaciones de una paria*, ed. cit., p. IX y sigs.

¹⁰ *Ob. cit.*, p. XIII.

núcleo dirigente del Perú independiente, desde el interior de la casa del último virrey español, participando de la familia de su primer dignatario eclesiástico, conociendo personalmente a todas y cada una de las "grandes figuras" de la historia política peruana de los años treinta del siglo XIX, las famosas "trescientas familias", ("que amaban lo antiguo —España— por afición, y servían lo nuevo —Perú— por interés"), permite demitificar la falsa versión retórica de la historia y de la vida que proveen las clases superiores, y desnudar sus intereses materialísimos, mostrar la superficialidad de la literatura hispanizante al estilo de Ricardo Palma, y al tiempo mostrar la miseria moral y material de las masas.

Aunque la autora no dijera que "Siempre me he interesado vivamente por el bienestar de las sociedades en medio de las cuales el destino me ha transportado y sentía un verdadero pesar por el embrutecimiento de aquel pueblo" (el peruano) ello resulta de toda la obra.

A juicio del profesor Basadre la obra en cuestión es "En realidad, una mezcla de diario íntimo, de novela de aventuras, de cuadros de costumbres, de diario de viajes, de panfleto viril".

Efectivamente, junto a la denuncia, la pintura implacable del reverso de la sociedad de los poderosos, hay la evocación de la naturaleza, de las costumbres hispanoamericanas de la primera mitad del siglo XIX, y de los graves problemas económicos y políticos que afrontaba la débil república peruana.

No pueden ocultarse tampoco sus limitaciones. Al principio Flora no conoce bien el español, está limitada para informarse por razones obvias, y puede probarse que ignora muchos aspectos de la vida americana.

Uno de los no menos sorprendentes es que habiendo conocido a Simón Rodríguez en casa de sus padres, no tenga noticias de su presencia, en esos años en la misma Arequipa, Lima y Chile. El maestro de Simón Bolívar, ya de cincuenta y siete años, llegó a la ciudad peruana de los Tristán y Moscoso, expulsado de Bolivia en 1828, y será en Arequipa donde inicia su carrera de escritor al editar en ese mismo año "el primer cuaderno de la primera parte" de su obra *Sociedades americanas en 1828*.

Según un biógrafo "Arequipa fue ciudad benévola para el gran educador, forzado a operar lejos de la égida de Bolívar. Hace el poblado contraposición con Chuquisaca. Los arequipeños, al menos en parte, entendiéronle al maestro y le ayudaron, haciendo real alianza con él para que efectuase sus publicaciones", etc.¹¹

¹¹ P. 63, de *La gran figura histórica de Simón Rodríguez: su personalidad como escritor*, de Alfonso Rumazo González, en "Semestre histórico", Caracas, no. 2, julio-diciembre, 1975.

Passará luego a Lima, donde en 1842, se editará el resto de la obra citada, y vivirá en Chile en que edita *Luces y virtudes sociales* (Concepción, 1834) y *Crítica de las providencias de gobierno* (1943). De esta cercanía, que no es solamente en el espacio, Flora Tristán no dice palabra.

Que Flora Tristán se siguió interesando por los temas latinoamericanos, aun después de abandonar para siempre el Perú (donde hubiera preferido residir para siempre), lo prueba la edición que hace en París en 1838 de las *Letras de Bolívar*.¹²

Esta obra de interés para todos los latinoamericanos, se inicia con una evocación de la figura del Libertador (a quien se compara con Lutero, Calvino, Voltaire y Washington) y de Simón Rodríguez ("hombre extraordinario") y cuenta las relaciones de ambos con sus padres en Bilbao y en París. Seguidamente se refiere a que posee "numerosas cartas" de Bolívar para sus padres, y procede a traducir al francés del castellano dos dirigidas a su madre Teresa y otra a su padre. Sus textos, aun siendo muy extensos, no son transcritos totalmente, y la autora intercala recuerdos de familia sobre el ideario bolivariano muy sugestivos. "Había abrazado los principios de la filosofía del siglo XVIII con mucho ardor; era republicano devoto, pero su incredulidad llegaba al ateísmo... sus salidas contra el catolicismo escandalizaban a aquellos que veían en la religión la trinchera del antiguo régimen", etc.

En su última carta a Teresa Laisney, fechada en Cádiz en 1807, Bolívar anuncia su vuelta a América. "Quiero —son sus palabras— buscar otro modo de vida. Estoy cansado de Europa y de sus viejas sociedades. Vuelvo a América, ¿pero qué haré allí? Yo mismo no lo sé".¹³

La resonancia de la versión de la vida social peruana proporcionada por Flora en el mismo Perú merece destacarse.

¹² Págs. 90 a 94 de la revista "Le voleur" de esa ciudad, de fecha 31 de 1838. Esta obra ha sido comentada por Marcos Falcón Briceño, en su trabajo *Teresa, la confidente de Bolívar. Historia de unas cartas de juventud del Libertador*, Caracas, 1955. Su reproducción facsimilar por vez primera se ha hecho en América Latina en 1971, gracias a la obra de Jorge Basadre, *Introducción a las bases documentales para la historia de la República del Perú con algunas reflexiones*, Lima, PLV, t. I; a partir de p. 230.

¹³ Allí también dice el futuro Libertador: "Dígale a Mariane que le amaré siempre, y que haré el largo viaje de Caracas al Perú, aunque más no sea que para darle sus noticias a su familia, y que abrazaré a su hermano Don Pío con tanto afecto, como podría hacerlo por él mismo. Después de todo lo que él nos ha dicho, ese Don Pío debe ser un hombre muy amable" (sic).

Lo curioso es que Bolívar lo cumplió, como le comunica Pío Tristán a su sobrina en su primera carta. Fue en la campaña del Perú de 1822-1824.

A pocos meses de publicada su obra en París, exactamente en el año 1840, tanto un ejemplar de la misma, como la propia efigie de Flora Tristán, fueron solemnemente quemadas en la Plaza de Armas de Arequipa. Solamente a Francisco Bilbao se le haría por *Sociabilidad chilena*, un honor semejante en Santiago de Chile en 1844. . .

Se afirma que asimismo otro tanto se hizo en Lima, ahora en el Teatro Principal de la ciudad, según noticias proporcionadas por Manuel Moncloa y Covarrubias en *El teatro de Lima* (Lima, 1909), pero la fecha es incierta. Por su parte la familia de Flora Tristán, o más exactamente su hija Aline, que en 1846 había casado con el periodista republicano Clovis Gauguin, ambos fieles a las ideas socialistas de su madre, huyen de Francia de la represión de 1849, para refugiarse en el Perú. Llevan con ellos a su hijo Paul (que será famosísimo como pintor) nacido el 7 de junio de 1848, y a otro hijo, pero Aline llegará viuda, perdiendo a su esposo en el viaje. Junto a los Tristán y Moscoso quedarán hasta 1855, y once años más tarde Aline fallecerá tan pobre como su madre en un falansterio de Francia. Tampoco a ella le hará justicia el longevo Pío Tristán y Moscoso.

Mientras Flora es famosa en Europa, por más de un siglo se le seguirá ignorando en Perú. Cuando se traduce por vez primera sus *Peregrinaciones de una paria*, la traductora Emilia Romero, y el mismo docto introductor, no dejan de hacerle lamentables salvedades.

Hasta la fecha no existe en español una edición de las obras completas de la más importante de las utopistas latinoamericanas del siglo XIX, y ni siquiera —que sepamos— están traducidos por lo menos sus trabajos principales *La Unión obrera* y *Los paseos en Londres*.¹⁴

Razón tiene Basadre, cuando terminando su estudio sobre *Peregrinaciones de una paria*, afirma: "Con la dolorosa gloria del precursor, ella trajo hasta nosotros, por primera vez, esa rebeldía proletaria que hoy inquieta a todos los que quieren llamarse hombres de su época. Han pasado ochenta años y tiene así valor actual aun

¹⁴ Aunque parezca anecdótico, es revelador que en el reciente *Diccionario Enciclopédico del Perú*, dirigido por Alberto Tauro (Lima, Mejía Baca), t. III, págs. 262 y sigs. mientras a Flora Tristán se le dedica solamente una columna, cada uno de sus tíos Domingo y Juan Pío, merecen el doble de espacio. . .

La edición de *Peregrinaciones* de 1946, no ha sido —que sepamos— reeditada. Aparte del citado trabajo de Basadre sobre F. T. (ya difundido desde 1923 en una primera versión), hemos relevado solamente las obras de dos grandes literatos, Magda Portal (Santiago de Chile, 1944) y Augusto Tamayo Vargas (Lima, 1946). No es mucho.

en el país que escarneció, donde también va aumentando el número de los que convierten en descontento el dolor que hay en ser pobre”.

Corresponde precisar que Flora Tristán no escarneció al pueblo peruano. Al contrario es la única autora de ese tiempo que se ocupa para elogiarlos de los miserables del Perú (de los esclavos, de los indios, de los sirvientes, de los soldados, de las vivanderas, de los pobres, de los negros libres, de los mestizos, de los artesanos, de los pescadores, de los marineros, de los labradores), en una palabra del noventa y nueve por ciento de los peruanos.

Lo que sucede es que el personaje es de la talla de Manuel González Prada, y su lucha no es muy distinta de la de José Carlos Mariátegui, a los cuales no se comprendería sin antes considerar la visión de su precursora, y hermana peruana en el socialismo, Flora Tristán.

UNA APROXIMACION AL TEATRO DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Por Jaime PEREZ-MONTANER

“¿POR qué no va la gente al teatro? ¿Es que hay teatro? ¿Puede llamarse así lo que se exhibe en esos escenarios ante las salas vacías? En España se trata de seguir escribiendo un teatro estúpido para una burguesía aburrida que quiere reír. Va al teatro, a veces —muy pocas veces—, a que un autor, sólo o en comandita, le encuentre las cosquillas”.¹ Con estas palabras describía Ramón J. Sender el panorama teatral español en vísperas de la guerra civil. Escasez de público, incluso de público burgués, y una organización comercializada que sólo podía beneficiar a los empresarios y a algunos actores de renombre. Las soluciones: abrir los escenarios a los escritores jóvenes y buscar un teatro nuevo, revolucionario, teatro de masas que llevara “la preocupación y la inquietud del espectador hasta la turbación”.² Las observaciones del escritor aragonés no eran aisladas; a favor de un teatro político se había pronunciado Max Aub con anterioridad en su artículo “Piscator y una nueva valoración del teatro”,³ y las mismas quejas sobre los malos espectáculos de las ciudades y las escasas iniciativas para construir un buen teatro popular expresan Manuel Altolaguirre y Antonio Sánchez Barbudo desde las páginas de *Hora de España*.⁴ Para remediar esta situación se crean diversos organismos que muestran el interés del gobierno republicano por el problema del teatro, como instrumento de formación cultural y política. A partir de octubre de 1936 se encarga la reestructuración de los espectáculos a la Alianza de Intelectuales Antifascistas, organismo que surgió a raíz del Congreso para la Defensa de la Cultura, celebrado en París en 1935. Su sección teatral, “Nueva Escena”, agrupó a un conjunto de autores, entre los que se encontraban Alberti, Altola-

¹ Ramón J. Sender, “El teatro nuevo”, en *Leviatán*, 25 (junio, 1936), pp. 45-46.

² *Ibid.*, p. 48.

³ *Nueva Cultura*, 3 (marzo, 1935), pp. 6 y 7.

⁴ “Nuestro teatro”, en el núm. 9 (septiembre, 1937), pp. 29-37 y “El grupo Arte y Propaganda en el Teatro de la Zarzuela de Madrid”, en el núm. 10 (octubre, 1937), pp. 75 y 76 respectivamente.

guirre, Bergamín y Dieste, y estrenó su primer espectáculo el 20 de octubre de 1936, en el Teatro Español, de Madrid, con las siguientes obras: *La llave*, de Ramón J. Sender, *Los salvadores de España*, de Rafael Alberti y *Al amanecer*, de Rafael Dieste.⁵

Después de la celebración en Valencia, en agosto de 1937, del Segundo Congreso Internacional de los Escritores para la Defensa de la Cultura, se creó en Madrid el Teatro de Arte y Propaganda, instalado en el Teatro de la Zarzuela y dirigido por María Teresa León. A su primer espectáculo, en septiembre de 1937, se refiere Sánchez Barbudo en el artículo ya citado; se representaron *Los títeres de Cachiporra*, de García Lorca, *La cacatúa verde*, de Schnitzler (ya dada a conocer con anterioridad por el Teatro Escuela de Arte, de Cipriano Rivas Cheriff) y *El Dragoncillo*, de Calderón (que ya había sido representado en muchos pueblos castellanos por las Misiones Pedagógicas).⁶ En este mismo año, para coordinar todos los esfuerzos en pro de un teatro revolucionario, la Dirección General de Bellas Artes creó el Consejo Central del Teatro, bajo la presidencia de Antonio Machado, María Teresa León como vicepresidente y Max Aub como secretario. A instancias del Consejo Central, el Ministerio de Instrucción Pública crea las "Guerrillas del Teatro", para llevar a los frentes, fábricas y agrupaciones populares un trabajo de esparcimiento y organización antifascista. Y se lanza la consigna del "Teatro de urgencia", en el que se busca, por encima de la perfección literaria, la rapidez y la eficacia teatral y política. La consigna dio lugar al volumen colectivo *Teatro de Urgencia* (Madrid: Signo, 1938) con las siguientes piezas: *El bulo* y *El saboteador*, de Santiago Ontañón; *Sombras de héroes*, de Germán Bleiberg; *El café... sin azúcar*, de Pablo de la Fuente; y *Radio Sevilla*, de Rafael Alberti. Además de estas obras cita Robert Marrast, dentro del repertorio nuevo de la guerra, la adaptación de la *Numancia* cervantina y la *Cantata de los héroes y la fraternidad de los pueblos*, de Alberti, y las cuatro piezas del *Teatro en la guerra*, de Miguel Hernández. La lista de obras y autores, sin embargo, podría extenderse considerablemente: las cinco o seis piezas del *Teatro de circunstancias*, de Max Aub, de las que sólo *Pedro López García* fue publicada; las aparecidas en *Hora de España* (*Nuevo retablo de las maravillas* y *Al amanecer*, de R. Dieste, *Tiempo a vista de pájaro*, de M. Altolaguirre, y la ya mencionada

⁵ *El mono azul*, 9 (22 de octubre, 1936), citado por Robert Marrast, "Le théâtre a Madrid pendant la guerre civil," en *Le théâtre Moderne*, París: Editions du C.N.R.S., 1958, p. 258. Véase también Antonio Castellón, "Proyecto de reforma del teatro español, 1920-1939," en *Primer Acto*, 176 (enero, 1975), pp. 4-13.

⁶ *Art. cit.*, p. 75.

de Max Aub); el teatro de urgencia "avant la lettre" publicado en *Nueva Cultura: El secreto*, de Sender y *Frescos sobre la guerra*, de Max Aub; y las obras publicadas por la Editorial Boreal de Barcelona, en 1936, en la colección Teatro del Pueblo: *Máquinas*, de Alvaro de Orriols, *La canción de Riego*, de Balbontín, *Asturias por la libertad*, de Trigueros Engelman, *Aguilas Negras*, de Arturo Cortado y *Lenin*, de José Bolea.⁷ Así como los nombres de otros autores directa o circunstancialmente implicados en la creación teatral del momento: L. Arbizu, C. M. Arconada, P. Garfias, J. Herrera Petere, Pla y Beltrán, A. Porras, E. Prados, G. Rodríguez y R. Sepúlveda.

No cabe duda que la participación de escritores e intelectuales fue masiva en los intentos de creación de un nuevo teatro español. Los resultados, sin embargo, son más difíciles de juzgar: en parte por el mismo carácter circunstancial de las obras que se escribieron, porque muchas de ellas se perdieron (como *Los salvadores de España*, de Alberti) o porque su consulta es prácticamente imposible en los momentos actuales, y, sobre todo, por el brusco final que esta experiencia tuvo con la pérdida de la guerra, privándole de desarrollo y continuidad. Dadas estas características, más que un quimérico valor literario, hay que buscar en ellas su viabilidad como instrumentos de concienciación política y eficacia teatral, su valor, en último término, como documentos de una época ya de por sí altamente interesante.

Hora de España —publicada desde enero de 1937 hasta noviembre de 1938— nos ofrece una aproximación inmejorable a la situación del teatro durante la guerra. A lo largo de sus veintitrés números aparecen cuatro obras teatrales completas, además del Prólogo de *El solitario*, de Concha Méndez, y un fragmento de García Lorca, el "Romance del maniquí", de *Así que pasen cinco años*. Enrique Díez-Canedo publica su extenso "Panorama del Teatro Español desde 1914 hasta 1936"; Manuel Valldeperes, una "Síntesis histórica del movimiento teatral en Cataluña"; y Manuel Altolaguirre el artículo "Nuestro Teatro", contribuyendo todos ellos a ofrecer una casi completa visión de conjunto del teatro español del momento. A lo que hay que añadir las diversas notas sobre la actualidad teatral, debidas a Max Aub, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert y Antonio Sánchez Barbudo.

Robert Marrast distingue en el repertorio de las obras estrenadas o publicadas durante la guerra diversas categorías "que no corresponden a una evolución cronológica sino a diversas tendencias que se manifiestan según el grado de adaptación de los autores a las

⁷ Véase A. Castellón, *art. cit.*, pp. 10 y 11.

necesidades de renovación".⁸ Se trata, en líneas generales, de aquellas obras excesivamente literarias que no han sabido adecuar sus medios a la finalidad buscada ni al público al que iban dirigidas. Y, por otra parte, las que, basadas en un estilo más directo, se alejan de abstracciones filosóficas y literarias, procurando ante todo la eficacia política.

Las deficiencias del primer grupo son lógicas, pues se trata en general de obras de poetas, improvisados dramaturgos por las exigencias del momento, bruscamente inclinados a unos temas y a una literatura comprometida para la que no habían tenido tiempo de crear una estética adecuada. Tal es el caso de *El Triunfo de las Germanías*, de Bergamín y Altolaguirre, estrenada en enero de 1937 en el Principal, de Valencia, en donde las escenas de innegable valor dramático no llegan a fundirse con el mensaje político que se pretende comunicar. Reparos que no le pasaron desapercibidos al comentarista de *Hora de España*: "se echan de menos en ella unidad en la concepción y relieve dramático, virtudes entorpecidas por un desbordamiento de escenas accidentales y de alocuciones, con que los autores quisieron, sin duda, reforzar los efectos de propaganda".⁹ Y muy semejantes son los reproches que le dedica Antonio del Toro: "un noble intento truncado en su raíz; en su raíz histórica, que es tanto como decir en su vena dramática, ya que en la historia trata de encontrar su contenido dramático y fuerza ejemplar".¹⁰

Algo muy semejante ocurre con *Tiempo, a vista de pájaro*,¹¹ también de Altolaguirre, en la que las cualidades literarias prevalecen sobre las puramente dramáticas y políticas. Se trata de una escenificación poética muy personal del tema de la muerte, "espejo sin porvenir" hacia el que confluyen nuestras vidas con todos los recuerdos, pues —como dice uno de los personajes— "tal vez únicamente seamos memoria". Contemplado desde la muerte, el tiempo pierde su razón de ser y la vida se nos aparece como una unidad en la que infancia, juventud y vejez coexisten en un mismo plano. Así, los personajes Juan y María se nos presentan en diversas etapas no cronológicas de su vida y después de su muerte tras un bombardeo en 1937; pero al mismo tiempo se nos aparecen reencarnados en los dos niños y en los dos adolescentes de 1875. La idea, altamente sugestiva desde el punto de vista teatral, adolece de un excesivo esquematismo, que sólo mediante una mayor profundización psicológica y un tratamiento más extenso hubiera podido ser evi-

⁸ *Art. cit.*, p. 261.

⁹ *Hora de España*, 2 (febrero, 1937), p. 60.

¹⁰ *Nueva Cultura*, III, 1 (marzo, 1937).

¹¹ *Hora de España*, 6 (junio, 1937), pp. 81-94.

tado. El elemento político es mínimo: analogía entre la guerra carlista de 1875 y la guerra civil; y el homenaje a García Lorca, en el cuadro segundo, en el que la muerte hace desfilar ante los protagonistas el cortejo fúnebre de los personajes lorquianos. En el último cuadro nos explica el poeta por medio de uno de los personajes que la obra fue escrita en 1932 "con intención exclusivamente lírica", a la que incorporó posteriormente "motivos de la tremenda actualidad española".

De mucho mayor contenido político es *Pedro López García*,¹² de Max Aub, obra que en versión reducida fue estrenada por El Bubo en septiembre de 1936 en la iglesia de los Dominicos de Valencia. El argumento es simple y responde a las exigencias del momento: un joven campesino se ve incorporado a la fuerza en el ejército rebelde que acaba de asesinar a su madre; la Tierra se le aparece en forma de mujer exhortándole a desertar mientras está en las trincheras. A pesar del fuerte realismo de algunas escenas la obra pierde fuerza dramática, precisamente por la inclusión de elementos simbólicos no completamente justificados, o tal vez por el mismo carácter híbrido de realidad y simbolismo.¹³

En la presentación del volumen *Teatro de Urgencia* escribía Rafael Alberti en 1938: "Ya se dibujan dos géneros en el teatro de urgencia. ¿Cuál es el más eficaz? Los dos corresponden a las más elementales reacciones del hombre: la risa y el llanto. Por esas dos venas, el teatro de urgencia cumplirá su papel de agitador".¹⁴ Rafael Dieste escoge el primero de estos géneros, la risa como burla y desmitificación, y en él logra algunos de los mejores y más eficaces ejemplos de teatro político. *Al amanecer*¹⁵ se centra en una situación límite en la que un grupo de facciosos de un "poblachón con obispado y castillo" intenta secundar el alzamiento fascista. El humor, brusco a veces, pero finísimo en la mayoría de las ocasiones, recorre toda la obra. Humor que se inicia ya en el mismo nombre de algunos personajes: "Pascalín", el intelectual pedante y rastrero; el obispo "Capellini"; Agüero, el capitán encargado de iniciar la sublevación. A pesar de su carácter circunstancial, destaca la ironía en el retrato de caracteres tan arquetípicos. Y destaca sobre todo la figura del Marqués, personaje de claras reminiscencias valleinclanescas, representante lúcido y consciente de una clase en decadencia, que impide la sublevación al poner sobre aviso a los milicianos.

Las mismas características de ironía y sarcasmo se observan en

¹² *Hora de España*, 19 (julio, 1938), pp. 81-100.

¹³ Véase F. Ruiz Ramón, *Historia del teatro español. Siglo XX*, Madrid: Alianza Editorial, 1971, p. 278.

¹⁴ En *Prosas encontradas*, op. cit., p. 158.

¹⁵ *Hora de España*, 15 (marzo, 1938), pp. 11-119.

su *Nuevo retablo de las maravillas*,¹⁶ magnífica actualización del entremés de Cervantes. El retablo, representado en zona rebelde, sólo lo pueden ver aquellos "que no estén tocados de marxismo, sindicalismo, anarquismo y demás plagas". Fantasio —el Chanfalla cervantino—, para poder exhibir el retablo, tiene que recurrir al título fingido de "doctorado en Munich, revalidado en Bolonia, diplomado en Coimbra, bendecido en Roma e hisopado en Burgos". Los espectadores son: el Alcalde, el Terrateniente, el Señorito, la Remilgada, la Tarasca, el Cura, la Marquesa, el General y el Cornetín de Ordenes. Símbolos todos, menos el último, de las clases más reaccionarias. Con ellos se ensañan los tres prestidigitadores, haciendo resaltar su papanatismo y su devoción ciega ante lo tradicional. Al final sobreviene la realidad con la llegada de los campesinos, y la obra termina a palos como en los entremeses clásicos.

Conviene destacar que son precisamente las adaptaciones de los autores clásicos las que mejor se acoplan a las exigencias de eficacia del teatro político. Entran en esta tendencia, además de la obra de Dieste, la actualización de *Numancia* por Rafael Alberti y *Los hijos de la piedra*, de Miguel Hernández.¹⁷ La relación autor-espectador, sobre todo en Alberti y Dieste, es enteramente directa. Lejos de todo distanciamiento o de sutiles psicologías, se establece desde un principio la clase social y el papel a desempeñar por cada personaje, y se sumerge al espectador en las circunstancias políticas que se están viviendo. El acierto dramático de estas obras reside en la justeza con que se hacen resaltar los defectos típicos, a veces llevados al absurdo, de los personajes y la clase social que representan, la burla cruel y grotesca, pero muy pocas veces chabacana, y el humor que deriva no sólo del diálogo sino de la situación teatral misma.

El teatro político que se desarrolla en España, sobre todo durante la guerra civil, tiene su origen en la oposición a la dictadura de Primo de Rivera, y bajo este aspecto se pueden considerar algunos de los esperpentos de Valle-Inclán y la *Mariana Pineda* de García Lorca. Con la proclamación de la República las actitudes esteticistas ceden ante un compromiso cada vez mayor de los escritores. Una primera muestra en el teatro de esta nueva orientación la constituye el *Fermín Galán*, de Alberti, estrenada en 1931, así como las farsas *Bazar de la Providencia* y *Farsa de los Reyes Magos*.¹⁸ Dentro de

¹⁶ *Hora de España*, 1 (enero, 1937), pp. 65-79.

¹⁷ Sobre el teatro de este último véase mi trabajo "Notas sobre la evolución del teatro de Miguel Hernández, en *Revista de Occidente*, 139 (octubre, 1974), pp. 97-106.

¹⁸ R. Marrast, *art. cit.*, p. 266. Sobre el estreno de *Fermín Galán* véase

esta tendencia comprometida y a la búsqueda de un teatro políticamente revolucionario cabe situar también *El secreto*, de Sender y *Frescos sobre la guerra*, de Max Aub, publicadas en 1935 en la revista *Nueva Cultura*. *El secreto*¹⁹ es una pequeña muestra de las posibilidades de un teatro realista, directo y activamente comprometido. Obra que refleja la situación española después de la represión de Asturias y el fracaso de la sublevación en Cataluña, escenifica un sádico interrogatorio contra dos detenidos políticos, uno de los cuales solicita de los interrogadores el fusilamiento de su ya titubeante compañero, a fin de salvaguardar el secreto de un depósito de armas perteneciente a la organización. La obra se caracteriza por un realismo sin fisuras, en la que incluso el heroico y cruel desenlace, por la dureza misma del interrogatorio y la desesperación psicológica a la que llegan los detenidos, se nos aparece dramáticamente verídico.

Muy distintos en su composición son los *Frescos sobre la guerra*,²⁰ cuatro reducidísimas farsas concebidas probablemente como esbozo para una representación antibelicista. El primer cuadro lo constituye el discurso del "Parlamentario" exaltando los ánimos de la población para la guerra. A continuación, desde uno de los laterales, el mitin pacifista del "Obrero", cuyo discurso queda segado al recibir un disparo desde el público. En tercer lugar, la lección de historia, el "Maestro" mostrando a sus pequeños estudiantes el pasado imperial y el poderío militar de la patria. Y por último, el juicio contra los desertores y pacifistas, cuyo número crece rápida y progresivamente hasta quedar convertidos jueces, sentencias, acusados y fusilamientos en juguetes mecánicos con movimientos semejantes a los de la primera época del cinematógrafo. La obra termina con la reaparición de los fusilados, acribillando a los jueces que les acusaban.

Con estas pequeñas obras de carácter político intentaron los escritores españoles sentar las bases para un nuevo teatro más en consonancia con las reivindicaciones populares. Teatro que quedó reducido —como escribía Altolaguirre—, "para suerte de un futuro teatro que se anuncia", a un estado primitivo semejante al de la época de Lope de Rueda: "romances dialogados, farsas entre soldados, campesinos y obreros, contra el moro, el italiano, el alemán y los generales facciosos. Teatro antifascista de gran sencillez de forma y gran unanimidad en su contenido, redactado con la mayor simplicidad, para que pueda ser captado por un público que no

las memorias de Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, Barcelona: Seix Barral, 1975; p. 312 y ss.

¹⁹ *Nueva Cultura*, 5 (junio-julio, 1935), pp. 10-13.

²⁰ *Nueva Cultura*, 6 (agosto-septiembre, 1935), p. 10.

entiende de sutilezas literarias".²¹ Teatro que, por desgracia, sólo pudo encontrar su desarrollo literario en la obra, ya en el exilio, de Max Aub y Rafael Alberti. Teatro sin duda de circunstancias, adscrito a una época histórica muy concreta, cuyo interés, sin embargo, puede renovarse en periodos de crisis o cuando situaciones semejantes se repitan. Tal vez, bajo este aspecto, no sería demasiado aventurado intentar una relación sociológica y literaria entre estas obras de urgencia y el teatro de guerrillas que hoy florece en la mayoría de las ciudades.

²¹ *Art. cit.*, pp. 29-30.

LA UNIDAD POPULAR Y EL PROCESO CULTURAL CHILENO

Por *Carlos MALDONADO*

MUCHAS manifestaciones artísticas chilenas, los públicos del resto de América y de Europa han tenido oportunidad de conocer en mayor profundidad después del golpe fascista de 1973, ya que la mayoría de los mejores creadores debieron abandonar el país e irse al exilio. A partir de marzo, por ejemplo, una exposición de dibujos y grabados de 60 artistas chilenos se expone en ciudades de Francia; se proyecta otra no menos numerosa para septiembre de este año en Dresden. Conjuntos musicales como Inti Illimani, Quilapayún, Aparcoa, Jaspampa y otros dan recitales en diferentes países. En varias ciudades de Latinoamérica funcionan grupos de teatro chileno y también se han formado otros en Europa, como el "Lautaro" en Rostock, RDA. En cuanto a literatura, son numerosas ya las antologías de poesía y cuento, como algunas novelas, obras de teatro y testimonios de escritores en exilio que han aparecido en las editoriales latinoamericanas, especialmente mexicanas, y algunas de Europa y Norteamérica. Unas 20 películas, entre documentales y argumentales, realizadas también por chilenos en estos últimos tres años han sido proyectadas en los cines y en la televisión, alcanzando algunas resonante éxito de crítica.

Frente a tal fenómeno conviene aclarar algunos aspectos. El hecho que la mayoría de los artistas chilenos en exilio sean relativamente jóvenes, especialmente en literatura y música, pudiera hacer pensar que todo este arte irrumpió como movimiento articulado sólo a partir del gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), mediante una mera tarea de reflejo pasivo de las transformaciones político-sociales acaecidas en ese trienio. Por ello es menester ante todo dejar establecido que las actuales manifestaciones pictóricas, teatrales, literarias, fílmicas, musicales, etc., espigan en Chile a partir de la década de los 60, a la manera de un vasto y peculiar movimiento cultural engendrado por el compromiso de los artistas con la lucha revolucionaria del pueblo. Lo cual se hizo posible debido a la creciente situación de crisis que vivía la sociedad chilena. Alrededor de los años 60, puede decirse que se fue abriendo paso

la necesidad objetiva de que la cultura y los creadores comenzaran a desempeñar una función renovadora frente a la autoconciencia de éstos de ser elementos simplemente decorativos del desarrollo social, en el mejor de los casos, cuando no defensores ideológicos de una clase dominante que ya no tenía ninguna tutela espiritual válida. Este mundo de los creadores culturales en busca de caminos de expresión eficaces a las ansias de cambio que la inmensa mayoría de la sociedad sentía, se unió en esa etapa con el pujante movimiento popular. En Chile la organización y lucha de la clase obrera comenzó ya a fines del pasado y a comienzos de la presente centuria contaba ya con un partido político proletario y una central sindical nacional (POS y FOCH). Por tanto, la gravitación alcanzada en todos los ámbitos de la vida nacional por el movimiento obrero alrededor de los años 50 era notable. Con Neruda a la cabeza un considerable número de brillantes intelectuales pertenecían al Partido Comunista. Por otra parte, la prolongada vigencia en Chile del Estado de Derecho y las libertades democráticas burguesas y que permitió a la larga el desarrollo de un proceso revolucionario por la vía pacífica se debió fundamentalmente a la presencia de una clase obrera organizada y combativa que permanentemente pugnó por preservar y ampliar tales prerrogativas.

Finalmente, se debe señalar que el triunfo de la Revolución Cubana que estremeció a todo el continente hasta sus cimientos, hizo en los inicios de la década del 60 las veces de detonante y de elemento unificador de este movimiento cultural que venía en gestación. Poco más adelante, la postulación programática de la Unidad Popular que abría un anchuroso cauce transformador del país movilizó en tal dirección al quehacer cultural, sin que por ello se produjera una cabal identidad ideológica de sus miembros.

De tal suerte, en el agitado panorama histórico chileno de las últimas décadas, no ocupó el arte y la cultura en nuestro país el lugar de vagón de cola; sino por el contrario, vino dando la batalla en los puestos de vanguardia, abriendo cauce concientizador y estimulante a los cambios sociales.

En particular, la pintura debió experimentar una transformación radical, pues hasta el primer lustro de los años 60, se hallaba sumida en un informalismo cosmopolita que repetía con eclecticismo los últimos resplandores de los "ismos" europeos de postguerra. Paso a paso, ésta se fue convirtiendo en "pintura de protesta". Las primeras muestras de artistas como Balmes, Núñez, Gracia Barrios, Bonatti y otros, denunciaban la invasión de marines yanquis a la República Dominicana, los crímenes contra el pueblo vietnamita o las masacres de obreros ocurridas por esos años en Chile.

En la música ocurrió otro tanto. La labor relativamente aislada de algunos recopiladores y recreadores del folklore, especialmente Violeta Parra que venía haciendo esta labor de los años 30, se convirtió en un amplio movimiento que entró a competir, por la recepción masiva que tuvo, con la mal llamada música "popular", generalmente norteamericana, que se difundía profusamente a través de las radios y discos. Ocurrió un fenómeno muy notable: aparte de aparecer una pléyade de intérpretes y compositores de sobresaliente calidad como Víctor Jara, los hermanos Isabel y Angel Parra, Rolando Alarcón, Patricio Manns, Héctor Pavez, compositores hasta entonces exclusivamente de música "cult" (o sinfónica), como Sergio Ortega, Luis Advis y otros pasaron también a engrosar las filas del neofolklore.

En teatro, a partir de los años 60, las nuevas manifestaciones se canalizaron de preferencia a través de los grupos aficionados. Estos organizados en torno a la ANTACH (Asoc. Nacional de T. Aficionado de Chile) llegaron en su mejor momento o sumar alrededor de 500, constituidos por estudiantes, pobladores, obreros o campesinos. Este nuevo teatro se expresaba mediante trabajos de improvisación u obras concebidas colectivamente por los integrantes de los conjuntos y sobre problemas políticos y sociales del momento. Se sumaron también a este movimiento actores y dramaturgos profesionales utilizando nuevas formas expresivas que en buena medida rompieron con el teatro tradicional. Se puso en boga por ejemplo, formas de la pantomima, de las diabladas andinas, del teatro de guiñol, etc., en un creciente intento de llegar al público popular.

En literatura este nuevo movimiento cultural se hizo presente en especial a través de la joven poesía y el cuento. De la primera comenzaron a darse recitales en círculos culturales de comunas, en sindicatos y asentamientos campesinos. Los nuevos cuentistas comenzaron a utilizar el lenguaje callejero, coloquial, lleno de giros populares, de una manera directa y antirretórica para abordar, de preferencia, temas candentes de la situación y la lucha del pueblo.

En cine se forma una vigorosa falange de nuevos documentalistas que muestran la realidad bajo el prisma de una fuerte crítica social. Además, creadores jóvenes realizan las mejores películas argumentales del cine chileno, como fueron "El Chacal de Nahueltro", "Lunes primero, Domingo siete", "Caliche sangriento", "Tres tristes tigres" y otras.

En el constante flujo y reflujo histórico durante el presente siglo surgieron movimientos artísticos similares, como expresión en el plano de la superestructura de ciertos avances logrados por las fuerzas populares en la lucha de clases. Especialmente importantes fue-

ron los producidos en los años 20 y más tarde, en la década del 40 con el triunfo en Chile del Frente Popular. Aunque constituyeron hitos positivos en ningún caso estos movimientos anteriores lograron alcanzar el nivel de organicidad, cohesión y definición de objetivos del movimiento de los años 60.

Sin embargo, de ellos se heredan algunas ideas medulares, como entre otras es la lucha por el rescate de los auténticos valores culturales y por tanto contra la colonización cultural que involucran también el subdesarrollo y la dependencia económica de nuestros países latinoamericanos. Esto de preferencia se hizo sentir durante el gobierno del Frente Popular estrechamente ligado a la creación de las bases de la industria nacional.

Se puede decir que el movimiento cultural surgido en Chile en la década del 60 se plantean tres objetivos centrales: a) La denuncia y la crítica a la explotación, la dependencia, la miseria, la incultura en que vive el pueblo y para ello se esfuerza por utilizar un lenguaje formal accesible a las grandes masas, siguiendo en este aspecto el ejemplo que muestra a los creadores la evolución descrita por la obra de Neruda, es decir, que supo llegar al nivel de lo popular sin desmedro de su calidad estética. Desde esta perspectiva es un movimiento artístico doblemente realista, porque se propone como tema central el análisis de la realidad y porque la recrea por medios realistas, en un sentido formal muy amplio, en que se asimilan ante todo los aportes del arte experimental moderno; b) Es también un movimiento de carácter nacional porque se propone luchar por el rescate de las riquezas básicas del país en manos del imperialismo y los monopolios nacionales, así también como por los auténticos valores culturales de la nación y del pueblo hasta ahora sojuzgados y desnaturalizados. La presencia del indígena, por ejemplo, en especial en la actual música (composiciones e instrumentos andinos) y en la plástica, no son por tanto casuales, y corresponde al redescubrimiento de las raíces culturales precolombinas; y c) su identidad con los objetivos revolucionarios del pueblo y su abierta y franca puesta de sus expresiones al servicio de la lucha política contingente, lo hacen ser también un movimiento auténticamente popular.

Todo esto fue posible porque se produjo un profundo cambio en la concepción de los creadores que comenzaron a ver la obra como un instrumento de lucha, como un elemento capaz de transformar la realidad, y no como un adorno o una mercancía de lujo como la estima la sociedad burguesa.

Sobre este concepto de la funcionalidad de la cultura en relación a la realidad nacional, hizo sin duda importantes aportes el proceso de reforma universitaria, que se viene desarrollando en Chile a par-

tir de 1967 y que a la postre trajo consigo una profunda democratización de la universidad y una reorientación de sus funciones.

Muy ligado también a los objetivos de esta reforma universitaria, fue la redefinición que se hizo de la difusión cultural y artística. Entendiéndose ahora, por el contrario del enfoque que se hacía en los años 40, que las clases trabajadoras no pueden seguir siendo consideradas inválidas en este terreno, como simples receptoras pasivas de un producto envasado y distribuido por ciertas élites, sean éstas universitarias, estatales o instituciones privadas. Por tanto, la tarea en este campo debe ser la de incorporar a las grandes masas al proceso cultural de manera activa, entregándoles herramientas y posibilidades para manifestar sus posibilidades creadoras; sin entender por cierto el ámbito cultural exclusivamente como el del arte, sino como los frutos de toda la praxis material y espiritual creadora del hombre. Se comprendió también que para tales fines era menester arrancar al pueblo de la alienante influencia de la mal llamada "cultura de masas", expresión ésta de la ideología dominante y de la colonización cultural.

Otra característica muy peculiar de este movimiento ha sido su pluralismo, el cual deriva a su vez del que imperó en el movimiento popular chileno antes y durante el Gobierno de la UP. Esta ausencia de un dirigismo rígido explica la amplitud numérica del contingente cultural y la diversidad en cuanto a los medios expresivos. Al respecto, ninguno de los partidos políticos populares oficializó algún determinado estilo, escuela o concepción artística.

Ahora bien, todas las características expresadas sobre el movimiento cultural chileno espigado en la década del 60, no tendrían más valor que una mera hipótesis, y tal vez muy aventurada, si su actividad práctica no lo hubiesen demostrado hasta el día de hoy.

Es imprescindible entonces reseñar algunos hechos. Los más significativos.

Fue destacadísimo el rol que jugaron los intelectuales y artistas en el triunfo electoral de 1970. No hay que olvidar que aquélla era la cuarta vez que Salvador Allende postulaba como abanderado popular a la Primera Magistratura de la nación. Las tres ocasiones anteriores también contaron con la adhesión de significativos sectores de intelectuales y artistas; pero su participación en la faena política fue más bien esporádica e inorgánica. En 1970, se integraron, en cambio, a la campaña a través del Comando Nacional de Artistas y Escritores el que organizó disciplinadamente en todo el país a la inmensa mayoría de los creadores de acuerdo a su actividad específica, incluyendo en una de sus ramas hasta a los artistas circenses, que por cierto hicieron un incalculable aporte con su presencia en los actos, concentraciones y desfiles. La candidatura popular presentó

como peculiaridad durante todo el proceso electoral el de que cada proclamación suya constituía un espectáculo cultural, en la mayoría de los casos, de primer orden. Antes de los discursos políticos se presentaban los conjuntos folklóricos, los danzarines, los humoristas, a veces también se presentaban pequeñas obras de teatro escritas ex profeso o equipos de pintores ejecutaban murales enormes mientras se desarrollaba la manifestación.

Poco antes del término de la campaña electoral, los artistas plásticos organizaron la más singular exposición de grabados que recuerda el país, pues simultáneamente se inauguró en 80 ciudades de Chile. La principal, en Santiago, se realizó en una carpa gigante que se levantó simbólicamente frente a la Escuela de B. Artes, y la inauguró el propio Salvador Allende.

No deja de ser significativo tampoco el hecho que haya sido precisamente este Comando de Artistas y Escritores el primer "gremio" que recibió al candidato electo, como al "Compañero Presidente", sólo dos días después de la elección en una desbordante asamblea, en la que Allende destacó en emocionadas palabras el enorme aporte realizado por los creadores al triunfo popular.

Una vez que asumió el Gobierno de la Unidad Popular, se constituyó un Consejo Nacional de Cultura adjunto a la Presidencia de la República, integrado por representantes de las diferentes ramas de la creación, y que tuvo a su cargo el diseño de la política cultural que luego de discutirse y aprobarse, debería ser implementada por el Instituto Nacional de Cultura (INAC). La creación de tal organismo constituía la última de las 40 Primeras Medidas del Gobierno Popular, y fue una de las pocas que no pudo cumplirse.

Las serias dificultades que desde el primer momento debió enfrentar el gobierno en lo económico y lo político impidió que a las tareas de la planificación cultural se les pudiera dar el lugar de prioridad que se requería.

Esta postergación, aunque en un comienzo resintió a algunos sectores que se habían hecho demasiado ilusiones de que todo después del triunfo sería muy fácil, a la postre no desanimó ni paralizó a los integrantes de este nuevo movimiento cultural.

No puede dejarse de mencionar tampoco, otro factor que atentó contra la fertilidad creadora en el primer año del proceso; y que fue la dificultad de muchos artistas para reorientar el sentido de sus obras que hasta ese momento estaban concebidas exclusivamente en la línea de un arte de protesta, de rechazo al orden de la sociedad de clases. Tras una ardua discusión se llegó a comprender que el arte de crítica seguía estando vigente en una sociedad en vías de transformación como era la chilena y en la que se libraba una dura lucha contra el enemigo de clase; pero que también era nece-

sario un arte que exaltara lo nuevo que iba conquistándose y que tuviera como divisa impulsar al pueblo en la faena transformadora y en la defensa de su gobierno amenazado por el imperialismo y la oligarquía.

En una Conferencia sobre los problemas de la Revolución Cultural celebrada por el Partido Comunista en el año 1972, se recogían ya los consensos fundamentales a que se había llegado en ese primer año de discusión y de experiencia práctica. Se señaló que las transformaciones culturales eran inseparables del proceso revolucionario que en esos momentos se desarrollaba en la sociedad chilena, y que resultante de esta gran tarea histórica debía ser el surgimiento de un hombre nuevo, de un hombre apto para construir la sociedad futura, la sociedad socialista. Por tanto, las líneas directrices de la política cultural —y que algunos las intentaban concebir en abstracto, como existentes en un ámbito exterior a la sociedad— no podían ser otras que el logro de los objetivos revolucionarios hacia los que caminaba el pueblo. En primer lugar, debería impulsarse la incorporación de las masas a los problemas políticos y sociales, hacer, como decía Lenin: "que las masas lo sepan todo, que puedan juzgarlo todo, que puedan hacerlo todo conscientemente". De allí, por ejemplo, surgió la primera tarea práctica: erradicar del país el analfabetismo. Esta campaña de preferencia fue abordada por los estudiantes, los maestros, pero también se sumaron escritores y artistas. Al ser entendida la cultura como una praxis integral, no se hizo durante el proceso una abierta dicotomía entre los objetivos materiales y espirituales. Se comprendió en buena medida la interrelación que existe entre unos y otros, y la prioridad que en determinados momentos adquiriría uno como requisito para más tarde conseguir el otro. Así se vio, por ejemplo, a los cantantes, pintores, cineastas, etc., en la primera línea de trabajos voluntarios de carga y descarga de alimentos en los difíciles días del paro patronal de octubre de 1972.

El trabajo de los creadores ligados a la base, entre estudiantes, obreros, pobladores, campesinos, etc., fue una constante en el proceso y fue a la larga la característica principal de todos los logros que se alcanzaron en el plano de las transformaciones culturales. Fue por eso que la ausencia de una planificación oficial, aunque reclamada y sentida por todos, no paralizó la labor de los intelectuales y artistas.

Como fruto de este esfuerzo se organizaron, por ejemplo, las brigadas muralistas (que ya habían surgido durante el proceso electoral) que a lo largo de los tres años cubrieron kilómetros de muros con formas, colores y consignas. Todos los visitantes, y especialmente periodistas, que llegaron en gran número al país en

esos años, quedaron gratamente impresionados tanto por la vastedad como por la fuerza expresiva de estos trabajos que se podían ver en las ciudades así como en los más apartados rincones del país. En el Congreso de Artistas Plásticos de A. Latina que se celebró en 1972, en La Habana, se le consideró como una de las notables experiencias de masificación del arte en el continente. Por lo general, estaba a cargo de cada brigada un artista diseñador y la componían entre 10 a 15 jóvenes obreros, estudiantes o campesinos. Trabajaban con gran premura, movilizados en camión y casi siempre de noche, para evitar el ataque de los grupos fascistas, que los odiaban ferozmente por la función conscientizadora que hacían en el pueblo.

La canción popular alcanzó también un alto grado de masificación. Los grupos folklóricos de canto y baile se multiplicaron rápidamente a partir de 1970, en los sindicatos, asentamientos campesinos, en las escuelas y en los barrios. Durante los tres años del proceso se organizaron varios cientos de festivales a todos los niveles, desde el interior de una empresa, en las comunas, por ramas industriales en las federaciones sindicales, hasta los festivales provinciales y nacionales y en ellos participaban miles de artistas aficionados.

Para el desarrollo de esta masificación cultural se comenzaron a organizar los CCP, Centros de Cultura Popular, en cada unidad vecinal, asentamiento campesino o sindicato. Allí se realizaba la alfabetización, las charlas de educación política y las actividades de artesanía, folklore, teatro, etc. Para atenderlos, aparte de la colaboración que entregaban los artistas, en cada organismo de planificación, tanto del Agro (INDAP, CORA), sindicales (CUT), como de Estudiantes (FECH) y Pobladores se empezaron a formar Instructores culturales, especialmente con jóvenes estudiantes de arte. Para promover la formación de CCP, se emprendieron campañas de difusión a los sitios de trabajo, a las poblaciones obreras, al agro, y operaciones específicas como la "Saltamontes", que consistía en grupos de 8 a 10 activistas en diversas expresiones culturales que permanecían junto a los trabajadores no más de diez días para organizarlos y motivarlos.

Con fines de difusión la Presidencia de la República, con colaboración de las facultades artísticas de las universidades, planeó los "Trenes de la Cultura" que recorrían de norte a sur el país, haciendo representaciones en todas las ciudades y pueblos.

Los logros conseguidos en la esfera de la cultura durante los tres años del proceso, pensamos que pueden sintetizarse básicamente en una cifra: los 5 millones de libros editados y vendidos por la Editorial "Quimantú" (estatizada sólo a fines de 1971). Lo cual signi-

fica que durante ese lapso de cada dos chilenos uno adquirió un libro.

Frente a todo lo expresado sobre el movimiento cultural chileno, que se vino formando desde 1960, que ayudó a abrir cauce al triunfo de la clase obrera y las fuerzas populares, y luego se fortaleció y creció durante el Gobierno de la Unidad Popular, no puede extrañar la saña mostrada por los militares fascistas contra este sector a partir del 11 de septiembre de 1973.

Tres meses antes del golpe, en un llamamiento a todos los intelectuales del mundo, Pablo Neruda denunció las siniestras maniobras que se fraguaban contra el pueblo, y afirmó: —"derrotar esta acción reaccionaria que pretende enlutar los hogares de Chile es un deber de la inteligencia que debemos asumir de inmediato". Recogiendo esta exhortación los artistas y escritores chilenos realizaron en el mes de julio de 1973, las llamadas "Jornadas culturales antifascistas" que consistieron en una semana de actividades diversas: teatro, cine, exposiciones, ballet, conciertos, etc., que se realizaron en varios escenarios levantados en un parque de Santiago. Se repetía con ello, a un nuevo nivel, la experiencia ya ejecutada en octubre de 1972 (con motivo del paro patronal sedicioso) y que consistió en una "Marathón cultural", realizada frente al Palacio de La Moneda, donde ininterrumpidamente desfilaron artistas por un escenario gigante, durante dos días.

Como es sabido, pese a la grave enfermedad que le aquejaba a Pablo Neruda, días después del golpe su casa fue allanada y saqueada. Una vez precipitada su muerte por efectos de la bestialidad represiva de los fascistas, el cadáver del insigne poeta fue trasladado a un lugar desconocido para evitar que prosiguieran las manifestaciones de adhesión popular que se iniciaron con sus funerales, acto en el que incluso se cantó la Internacional.

El odio de los militares fascistas contra los artistas más representativos del movimiento popular se hizo evidente desde el primer instante, cuando asesinaron con increíble sadismo a Víctor Jara, fusilaron a Jorge Peña, director de la Orquesta infantil de La Serena y torturaron y encarcelaron a cientos de otros. Después destruyeron el mural del pintor Julio Escamez en la Municipalidad de Chillán y dismantelaron la mayoría de las obras que decoraban el edificio de la Cultura "Gabriela Mistral", le cambiaron el nombre e instalaron allí el gobierno. Pese a las reiteradas reclamaciones de la Asociación Internacional de Críticos de Arte, de UNESCO y otras instituciones hasta el momento no se sabe la suerte corrida por las obras que constituían el Museo de la Solidaridad, que fueron donadas durante el Gobierno de la UP por artistas de todo el mundo, entre ellas hay de Joan Miró, Vasarelli, Matt, Le Parc y otros.

La mayoría de los mejores artistas han debido salir al exilio. Hoy se encuentran repartidos en diferentes países del mundo. Continuando consecuentemente su línea de conducta iniciada en la década del 60, desde el primer momento han puesto su creación al servicio de la lucha de resistencia contra el fascismo y de la unidad de todo el pueblo chileno en pro de derrocar a la Junta de Pinochet. Y hasta dentro del país han habido muestras de este carácter, como sucedió con la exposición realizada en 1974, por el pintor Guillermo Núñez en el Instituto chileno-francés de cultura en Santiago, en que presentó una serie de monstruos y algunos objetos muy sugestivos, como corbatas colgadas al revés en simbólica forma de horcas. La exposición fue destruida por los esbirros de la Junta y el artista detenido. Como se trataba de un pintor lo mantuvieron por mucho tiempo —como castigo— con los ojos vendados. Arrancado de la prisión por la solidaridad internacional, Núñez actualmente forma parte de la Brigada muralista "Luis Corvalán" en Francia (compuesta por Balmes, Gracia Barrios, Olavarría, García y otros pintores chilenos) y que ha ejecutado trabajos en diferentes ciudades de Europa, incluyendo Venecia, con motivo de la prestigiosa bienal que allí tiene sede. En Italia existe también otra brigada similar, ambas, como otras que se organizan en distintos países, pretenden mantener funcionalmente viva esta forma específica de arte popular combatiente nacida en el proceso chileno.

En el curso de los últimos tres años, los artistas en exilio se han ido organizando progresivamente, y como señalábamos al comienzo hoy ya se organizan exposiciones colectivas con trabajos de más de 60 pintores de 20 países distintos y se hace otra serie de tareas de este tipo. Pero al margen de esto, que corresponde a la continuación de la labor de los profesionales del arte, la colectividad chilena en la emigración está demostrando también que la masificación del arte producida en el transcurso de los tres años del proceso ha dejado una honda huella en todos los chilenos.

A nuestro juicio, hay un fenómeno de singular importancia y es que pese a las duras condiciones del exilio, se siguen reproduciendo las peculiaridades que presentó en general el movimiento cultural durante su auge. Y esto se debe, lo mismo que antes, a la actitud que asumen los artistas que ya verdaderamente por hábito han dejado de concebir su faena creadora limitada exclusivamente al ámbito del taller. Fuera de su labor personal el artista chileno necesita el contacto con la masa. Y hoy puede apreciarse esto en muchos países de Europa y América, pues una parte importante de la organización de solidaridad gira en torno a talleres de artesanía o grabado, de grupos folklóricos de canto o baile dirigidos e incentivados por artistas. En otros casos, se continúan efectuando en el exterior al-

gunos trabajos iniciados en el interior, especialmente por los detenidos. Fue el caso, por ejemplo, del muñequito de trapo denominado "Soporopo", que comenzaron a confeccionar las prisioneras del campo de concentración "Tres Alamos" y que se han vendido miles en algunos países europeos para la solidaridad, confeccionado por mujeres exiliadas.

Aunque está demás decirlo, el trabajo solidario de la emigración, ha hecho y está haciendo formarse a nuevos escritores, artistas plásticos, músicos, y especialmente en torno a él han surgido muchos nuevos conjuntos folklóricos.

En el interior del país, no obstante las drásticas restricciones que impone la dictadura en todos los planos de la actividad social, el pueblo sigue creando, escribiendo, componiendo canciones en ese lenguaje simbólico pero de ácida crítica indirecta que siempre situaciones de este tipo imponen al arte; pero que a su vez el arte sabe aprovechar tratándose de un vehículo amplio y susceptible de penetración más que otros en la lucha de resistencia frente a regímenes dictatoriales. Al margen del trabajo artesanal, literario, teatral y musical que se realiza entre los prisioneros del fascismo, una considerable masa de artistas y pueblo están desarrollando actualmente una inmensa faena creadora, que más tarde seguramente se le denominará la "cultura de la resistencia". El proceso de adecuación a las condiciones actuales imperantes bajo el fascismo ha hecho surgir una rica gama de nuevas formas de expresión, que va desde el zahiriente chiste contra los verdugos hasta la obra de teatro que se representa públicamente. Y decimos que esta será una materia de estudio futuro, ya que por razones obvias no es aconsejable su publicación actual.

En general, se puede decir sí, que algunas formas de cultivo y difusión del folklore que siendo importantes no fueron muy numerosas durante el gobierno de la UP, como por ejemplo, las "Peñas", hoy se han multiplicado notablemente. Sólo en Santiago funcionan más de 60 de manera permanente. Pero sin duda han sido hasta ahora los festivales de la canción la forma que ha alcanzado en la cultura mayor expresión de masas. Se realizan en diferentes regiones del país, y como es sabido, en la capital en algunas oportunidades su celebración ha congregado miles de personas, especialmente jóvenes que han transformado tales actos en verdaderas acciones masivas de repudio a la dictadura.

Algunas expresiones de resistencia cultural en teatro, como la obra "Hojas de Parra", por ejemplo, debió ser acallada por parte de la policía incendiando la carpa-teatro en que se estaba representando.

Pese a las adversidades que ha debido enfrentar el pueblo chileno, su cultura y su arte siguen hoy como ayer haciendo las veces de instrumento de lucha por el progreso, la libertad y la democracia, actualmente unidas bajo las banderas del antifascismo.

Dimensión Imaginaria

MEMORIA DE LA ESPECIE

Por Raúl NAVARRETE*

REFLEXION DEL DORMIDO

Vivo dormido y casi nunca siento
más que frío o calor. O hambre cuando quiero
seguir por corredores largos que no
terminen pronto. Siento recuerdo y muerte
alrededor de mí, y odio y sinsabor
y desaliento claro. Vivir no es amanecer
a un nuevo día ni levantar paredes
con uñas desgastadas. Hombres hijos del siglo
se dan la mano en hora y día precisos
como si no tuvieran el tiempo suficiente
para hacer lo mismo otra vez. La luz los ilumina
y el temor los agobia. Bestias y dioses
viven juntos bajo techos y estrellas, esperando
una hora que ha de llegar. Vivo dormido y nunca siento
más que soles que crecen, pasan o se detienen
en la calle en tinieblas. Llegan los huracanes
y cuerpos y caras de mortal llegan también y también
pasan. No los veo más que en sueños pero escucho
tumultos y palabras dichas a media voz.
Recorro corredores, plazas de medianoche y años
de rojas alas. Frío, hambre o calor,
muerte y necesidad
me atrapan en su pecho sin lograr despertarme.

UNA VUELTA COMPLETA

No he visto el mundo, las montañas,
ni la hierba quemada a la orilla del Brienz,
ni el vaho de las islas en mitad del océano

* Premio Nacional de Poesía 1977.

ni la puerta de hierro que se alza seguramente
en medio de las ciudades altas. Pero les doy la espalda
ahora que aún es tiempo, y apartado
permanezco como un leproso sin rencor
mientras cae una piedra en un rincón del Deva
y las luces en el anochecer de Viacha
se encienden y se apagan. Nada he visto
que hoy no pueda tocar con la mano segura
de los necesitados. Nada he visto que sea
fugaz, quieto o percedero. Ninguna cosa
se ha ido en este día de abril. Mujeres y hombres
bajan por las colinas y el mundo
da una vuelta completa, crece,
queda siempre en su sitio y no se apaga.
No lo he visto y lo veo: se levanta
como los muros ante el mar, hace gestos de retirada
y se inclina y se levanta otra vez. El sol
lame sus plantas. Nada he visto, aseguro,
y nada quiero ver. Le doy la espalda
ahora que aún es tiempo mientras
las aguas de los arroyos de Malawi
hierven y, ateridos, una mujer y un hombre,
lejos, en otros sitios, han comenzado a construir
un techo que cobije sus cuerpos, repitiendo
que nada es percedero, que todo
es y ha sido, que nada huye ni se acabará.

LOS QUE FUERON

Multiplicaban piedras y en su pecho guardaban
cantos de las llanuras.
Pero ahora están muertos.
Mezclaban fuego y agua y habitaban en casas
risueñas o inocentes. Iban detrás de huesos
blancos o ennegrecidos, dormían, despertaban
a la hora precisa en que una voz los alcanzaba.
Pero ahora están muertos.
Tenían temor y dudas, plenitud y vacío
detrás de las orejas. Se mecían en el tiempo
y lloraban de desamor y miedo.
Venían y se alejaban con ojos asustados
y en noches de humedad atravesaban muros

como si no los vieran.
Pero ahora están muertos.
Pero ahora están muertos.

UN HOMBRE

Esto no es una fábula aunque así lo parezca,
y si no sucedió en el pasado sucederá muy pronto:
un hombre quiso entender el transcurrir del hombre
y escribió las historias sucedidas, recopiló los hechos
de un siglo y de otro. No olvidó los instantes
perdidos ni los gestos más nimios de las criaturas todas.
Recorrió calles, lunas. Cortó hojas de fresnos, incendió
calendarios
y arrojó sus cenizas a ríos que aún no pasan.
Entendió poco o nada aunque hundió caracoles
en tierras venturosas y descifró mensajes guardados en botellas.
Terminó su tarea de escribir las historias
sucedidas: una luz mentirosa surgió de todas ellas.
Más tarde creyó tener respuesta
y una a una destruyó las verdades, las fechas y los nombres
y describió los hechos que no habían sucedido.
Le dio miedo y calló. En esos pocos hechos sin forma y aún sin
tiempo
llameaba la verdad: un monstruo frío y redondo que a su lado
acechaba.

DEBIL, CIEGA Y PERDIDA

Herida bajo el sol despiadado
agoniza la tierra.
Vieja aplastada y débil, su piel
cae en pedazos
y hace gestos y grita. La picotean
pájaros. Desnuda entre cañadas
abre la boca inútil,
se estremece y despierta
la vieja bienamada y sangrante.
Lluvias de estío la mojan y noches
del antiguo esplendor mortifican
sus carnes. El silencio le rompe

el corazón. Los vientos le arrebatan
 sus últimos cabellos. Agoniza
 la vieja y los gusanos le roen
 las entrañas. Débil, ciega y perdida
 bajo el cielo en quietud,
 oh amigos, enemigos, observemos
 cómo muere la tierra.

EL FUEGO EN NUESTROS CUERPOS

Nadie sabrá que el fuego salió de nuestros cuerpos,
 dice un hombre pequeño, hermano de la necesidad.
 Despertamos: la luz amarotada de la luna deshace
 lo que vemos. La bella tierra ha sido creada
 y los dioses nos dicen al oído
 claras cosas, largas y engañosas palabras.
 Manantiales y bestias nos rodean y piedras y luminosidades
 descienden del espacio. En qué tiempo, en qué sitio
 vivimos, pensamos mientras el fuego en nuestros cuerpos
 se oprime y nos susurra al igual que los dioses.
 Despertamos: una ancha opacidad nos cerca,
 una engañosa irrealdad nos delimita. Oscurece.
 Nadie sabrá que el fuego salió de nuestros cuerpos,
 dice alguien que no está, que ya se ha ido.
 Despertamos: vemos bestias, llanuras, espacios
 y dioses irreales. El tiempo que vendrá nos hace muecas.

PAIS, DIOS, DESTINO

Toda la noche llovió sobre nosotros, animales
 del abismo y del aire. Hombres lejanos, fantasmas
 parecíamos detrás de las cortinas de nuestras casas
 solas. Como un fuego invisible nos rodeaban
 los vientos de la noche y caían nuestro cabello y nuestra
 carne. Se ennegrecía la tierna piel
 de nuestro hermano y en sus ojos se apagaba la vida.
 Llovió sobre nosotros fuego y brasas todá una noche gris
 y había preguntas que nadie contestaba.
 La perversa alegría nos agitaba el alma.
 Nosotros los sobrevivientes de aquella noche breve
 no quisimos huir: agonizábamos entre cadáveres

deshechos, miserables, y así nos alegrábamos
porque ese fue nuestro deseo, ese había sido
nuestro anhelo secreto desde el día que fuimos
la especie poderosa de la tierra. La muerte, el exterminio
nos ahogaba de placer y de dicha;
temblábamos presintiendo la hora, el exacto minuto,
la bien venida muerte: país, dios, destino,
paraíso esperado.

UNA MARCA

Asustado del mundo dejo una marca
en la pared. No estuve
aquí, no soy ni he sido; no he estado en pie
ni he caminado nunca: eso quiere decir
la marca en la pared. Hay más. Afuera
alguien nos llama. Asustado del mundo
obedezco a la voz, tiemblo, borro la marca,
me levanto y no acudo al llamado. Son
las diez de la mañana, afirma un pájaro
que pasa, vuela y se detiene reflejado
en el cristal de un edificio. Hay sol,
viento y tranquilidad. Ven a mi lado, aquí,
torrente milagroso, y no destruyas nada.
No me abrazo a un pilar ni a los muros
ni huyo ni me reflejo en los cristales
como el pájaro viajero. Enmudezco
asustado del mundo y dejo una marca
en la pared. Alguien me llama.
Vamos, cuerpo, tú y yo, y observemos
las plácidas acciones de un hombre
y de una multitud. Los envuelven
torrentes milagrosos, años, luz y palabras.
Un río los divide abajo, arriba, y una voz como a mí
les reclama a toda hora
la marca en la pared que van dejando.
Asustado del mundo borro la marca
en la pared, borro todas
mientras un pájaro viajero
afirma que son las diez de una mañana
quieta, clara y nada fugaz, que se refleja
en el limpio y veraz cristal de un edificio.

UN CANTO QUE LLEGA HASTA NOSOTROS

La tierra blanca ha florecido en este mediodía.
 Es noviembre. Está lejos aún la primavera.
 Nosotros no vivimos: asesinados por nuestras palabras
 hemos muerto una noche. Viento y humo
 reptan en nuestros dientes. Una montaña nos sepulta.
 La tierra se ha llenado de luz y de colores
 este día de pavor: un canto que llega hasta nosotros
 nos trae horas de mediodías y noches
 que antes fueron. Muertos en otro tiempo
 no sabemos quién canta: la voz como una tempestad
 lejana y poderosa da su canto a los aires.
 La tierra ha florecido en este mediodía.
 Crecen ríos, manantiales. Perdida y humillada
 bajo el cielo en quietud, al igual que nosotros
 se estremece un momento la tierra blanca y muerta.

ANCIANO

Esta mañana soy un anciano de dientes fríos y manos grises.
 Todo lo recuerdo, Nemrod, Hermógenes de piel amarillenta.
 Aprendí a caminar bajo los dulces cielos, huí y la ciencia
 del vivir me encerró en sus murallas. Soy un anciano
 que dice la verdad mirando ríos neblinosos, barcas de quillas
 rotas.

Digo: Tierra encarnada, niña de los sepulcros claros.
 Y callo recordando una voz, un grito oído
 cuando el tiempo azorado vagaba por el mundo como un negro
 ciempiés. Recojo las cenizas de antiguos huesos,
 su sombrío destello de flor petrificada.
 Tan viejo como el caos me oculto en los rincones, callo,
 busco ramas de abetos en donde no las hay. Cantos
 de medianoche me ofuscan. Los párpados me pesan
 y apenas puedo abrirlos. El caos, padre herido,
 arroja al mundo soles, islas inseputas y leves
 que en mis manos recojo. Esta mañana digo
 la verdad. Una clara presencia se columpia inmortal
 en mi espalda de anciano.

EVADNE

Muertos en días recientes o hace infinidad de años
los fantasmas recorren los rincones
y se agazapan junto a la turbia claridad.
Bajan los tordos a los pequeños charcos de los barrios
y beben en espejos ni humanos ni divinos.
Muerta en el río de aguas negras, Evadné se retira.
Los fantasmas le cuentan al oído, uno a uno, su historia,
y en todas ellas hay un niño nacido de mortal
que desciende en su hora a los infiernos.
Siento tu mano, odio, mujer increada y desaparecida
mientras las multitudes van llenando las calles.
Llovió ayer, no llovió, hace tantos meses que no cae
ni una llovizna fina, susurran los fantasmas
bañados por la claridad de los rincones.
Hoy es jueves, día fatigoso de los principios de la primavera.
La semana ha pasado y yo, gusano negro que se dora al sol,
pienso en días remotos y en que nunca, jamás
descenderé a los infiernos. Aterrado escucho
a los fantasmas: susurran
al oído de la muerta dormida, la sangrante
Evadné, vanas palabras.

LOS DIOSES NOS PREFIEREN

Un día completo hemos reflexionado.
Ha caído la lluvia, han soplado los vientos
y en un rincón oculto se ha humedecido el polvo.
Otros han muerto, llorado o revivido en lugares lejanos.
Levantados en armas hemos huido en campos
temblosos, bajo cielos que estallan.
La luna y diferentes soles nos han visto.
En épocas distintas hemos llevado en brazos
a hijos de esta tierra, y largos sinsabores
nos han sorbido el alma. Los dioses
nos prefieren, dicen. Hemos cruzado ríos
y mares de algas remotas, y erigido ciudades
ajenas, tumbas gloriosas para cuerpos sin mancha.
En nuestras viejas chozas, tranquilos, inocentes,
pensamos en todo esto.
Graznan los cuervos, pasan hombres contrarios

con rostros diferentes y heladas invernales
recuperan el mundo. Pero nosotros
que en un día completo hemos reflexionado
en todo lo que pasa, de esto, de todo esto
muy poco comprendemos.

ROQUE DALTON: PUNTOS DE PARTIDA PARA EL ESTUDIO DE SU OBRA POETICA

Por *Judith A. WEISS*

"Cuando sepas que he muerto, no pronuncies
mi nombre"

Roque Dalton, "Alta hora de la noche"

¿QUÉ quedará del poeta sino sus voces? El mismo nos lo afirmó por su obra, y en algún poema suplicó que no se le nombrara después de su muerte. Acaso nombrar a un fantasma equivale a invocarlo, a reafirmar la presencia de un ser viviente; es un intento de confirmar la persistencia del nombre y, en el caso del poeta, de sus voces y de su identidad principal.

Estudiar al poeta es el tributo más completo, aunque cada estudio individual representará una aproximación parcial. No pretendo aquí más que proponer algunos puntos de partida para el estudio de la obra de Roque Dalton, resumiendo algunos que ya han sido establecidos e intentando abrir otros caminos. El enfoque fundamental será el desarrollo de las voces poéticas del escritor salvadoreño asesinado en mayo de 1975, a los cuarenta años de edad.

PODRÍA afirmarse que la voz del poeta revolucionario es su huella más allá de la muerte. La praxis —Partido, guerrilla, o verbo impreso— forja para el intelectual el camino hacia lo que Robert Jay Lifton estudió como "inmortalidad revolucionaria", o supervivencia a nivel de ejemplo, de enseñanza. Pero la escritura, además de praxis, es el medio en que puede observarse el desarrollo ideológico del autor. Para el revolucionario que es también poeta, las percepciones objetivas y subjetivas, la documentación de la vivencia revolucionaria y la objetivización épica o lírica de la acción y del pensamiento, representan la suma del trabajo del individuo creador como ser social.

Se nos presenta esto como una aproximación a la manera en que el propio Dalton analizó su obra, que presenta indicadores excelentes del desarrollo poético e intelectual del militante salvadoreño. La praxis del verbo (acto de formulación humana e ideológica, acto de comunicación) y la del acto social e histórico (la crítica política, la planificación, la militancia en el Partido) recibieron de Dalton el compromiso máximo. Por la praxis del verbo (llamémoslo acto, gesto) nos llegan sus voces: principalmente, en las palabras de Dalton, la voz anecdótica y la voz crítica y analítica.

Es difícil, muchas veces, distinguir entre estas voces, que se oyen repetidamente como conjunto: son categorías que tienden a combinarse en modos algunas veces corrientes y otras, inusitados. Dalton resumió el desarrollo de su obra como una transición desde un tipo de poesía al otro.¹ Carlos María Gutiérrez, en su tributo a Dalton, habló de "esa paradoja daltoniana que confundía siempre los colores de la vida y la muerte, de la lucha y del goce vital."² Otros han hablado de la insolencia y el pudor que se expresan simultáneamente en los versos de Dalton.³ Es posible sugerir que las voces se combinan en esa paradoja, en que los tonos, los temas y las actitudes poéticas de Dalton parecen confundirse y florecer.

La maduración artística de Dalton paralela su desarrollo intelectual y su experiencia vital como revolucionario. El poema analítico, ideológico, surge de la experiencia concreta, y del tiempo y del espacio que permiten la reflexión. La base específica, la individualización, sin desaparecer por completo, contribuyen a la creación eventual de una poesía más generalizadora.

La compasión, la piedad, son elementos que resaltan en la obra de Dalton. La reacción subjetiva que es la expresión de esta compasión en la poesía primera se resuelve en el análisis con determinantes científicos, racionales; la formación intelectual en antropología y derecho le sirve de introducción a una visión totalizante del mundo, facilitada por supuesto por el materialismo histórico.

Es innegable, por cierto, que la perspectiva racional y analítica aparece ya en sus primeros volúmenes de poesía; queda, efectivamente, denotada en "Testimonios". El efecto de la metáfora y de las imágenes tiende ya desde el principio a ser —visto como elemento de la "paradoja daltoniana"— uno de ironía. La razón del creador está ya, pues, en su percepción del conflicto y en la deter-

¹ Mario Benedetti, *Los poetas comunicantes* (Montevideo, Marcha, 1969), págs. 19-20.

² Carlos María Gutiérrez, en *Casa de las Américas*, XVI, 94, enero-febrero 1976, pág. 37.

³ Nota introductoria, *El turno del ofendido* (La Habana, Casa de las Américas, 1962).

minación del poema/verbo como gesto de testimonio, de solidaridad, de entendimiento —en fin, de compasión activa. (El filo de la ironía —¿distanciamiento?— merece ser estudiado como un elemento que redime el valor de esta poesía.)

Aunque puede suponerse que esta compasión tiene raíces en la formación cristiana del poeta, no se expresa en términos religiosos. (Se observará más adelante el uso de tales términos como valores puramente irónicos.) Dalton se percibe muy temprano de estar enajenado de la religión, pero no se manifiesta en su poesía una crisis explícitamente profunda. El poeta acepta la evolución, y coexiste con ciertos elementos familiares del culto:

Ya veo la crucecita brillante en tu pecho
mi retrato de Marx en la pared
y creo que la vida a pesar de todo es bellísima.

(“Ya ves como...”, *Los pequeños infiernos*)

Su relación con la ideología religiosa, empero, es más compleja. Las contradicciones que ve el Dalton humanista —y materialista— en el Dios dicho del amor aparecen repetidas veces en su obra. En “Las cicatrices” es el poeta escrutador, el antagonista, que desafía con sus testimonios y con sus preguntas:

Pregunté a Dios (esto es lo único, en verdad, valedero)
por mis hermanos.

Y no sabía nada.

Entre los horrores y los heridos, su oración va dirigida por fin a la humanidad, quien sola puede deshacer aquellos horrores y “ahogar las viejas heridas”:

Creo que mis hermanos deberán amarme por sobre tanta cicatriz. Su amor me sea propicio. Su amor me salve siempre. Así sea. Así...

(“Las cicatrices”, *El turno del ofendido*)

Donde acecha la angustia, Dalton mira hacia la colectividad como fuerza vital activa y solución probable:

Pero los hombres los demás hombres
.....
se embriagan como Dios anchamente
establecen sus puños contra la desesperanza

sus fuegos vengadores contra el crimen
 su amor de interminables raíces
 contra la atroz guadaña del odio.

La angustia existe sí.

Como la desesperanza
 el crimen
 o el odio.

¿Para quién deberá ser la voz del poeta?

(“Por el ojo de la llave. Arte poética”,
El turno del ofendido).

Su impaciencia con la pasividad tiene una voz acerada, implacable:

Crucificadle crucificadle
 crucificadle
 porque a su tiempo más debido
 no ahorcó a los señores del hartazgo
 porque no dio cuchillos al genuflexo apóstol
 porque repartió el agua de la humildad y el amor
 en vez del ácido final
 de la sedición.

(“Cristo”, *El turno del ofendido*).

Dirigiéndose otra vez a Cristo, vuelve a exhortar a la sedición:

También se vive de matar, lo sabes
 hoy que anda por las nubes hasta el hambre.

Deja que viva en paz mi bello crimen,
 rescata tu cadena y vete al pozo.

(“Charla”)

El Dios de la religión institucional es corrompido por su asociación con el peor de los hombres:

aun podrás llegar a San José
 dios lamentablemente derrumbado
 y te pondrás en fila para usar al Gran Dios
 que al fin y al cabo pagas.

(“Dios lamentable”)

El sujeto del epíteto es ambiguo: el "dios lamentable" puede estar dirigido al individuo poderoso, pero sugiere la corrupción de su Dios. Este sentimiento se ve connotado en otros poemas en que Dalton expresa su desdén y su desilusión, y puede servir como tema para un estudio de gran valor.

El polo hacia el cual se vuelve Dalton al rechazar a la Jerarquía Máxima es el pueblo de sangre y hueso, cuyo sufrimiento está presente en una mezcla de subjetividad y razón objetiva:

Los sabios dicen "ah" y levantan el dedo
mientras el hombre roto se desangra.

("Los sabios")

El poema, inspirado en un grabado de Orozco, expresa la visión marxista de la filosofía y la ciencia; su sentimiento es análogo al de Otto René Castillo (ver su poema a los intelectuales apolíticos). Ambos, como Brecht, responden al impulso de "traicionar", de rechazar los valores de su clase, y de denunciar a los miembros de su clase que permanecen dentro de los círculos apolíticos o reaccionarios.

Su amargura y su ironía se hacen más evidentes en otros poemas, como "Con el 60% de los salvadoreños":

Ciento cuarenta mil dólares
y te podrás rascar la espalda
con el Bird in Space, de Brancusi.

Diecisiete dólares tan sólo
y recibirás por doce meses
la Revista Fortune.

Su compromiso, como ternura fosilizada por la realidad circundante, es terrible,⁴

Mis lágrimas, hasta mis lágrimas
endurecieron.

Yo que creía en todo.
En todos.

⁴ Ver "Holocausto del amor" y "Holocausto del abrazo" de Otto René Castillo.

Ahora es tarde ya.
 Ahora la ternura no basta.
 He probado el sabor de la pólvora.

(“Lo terrible”)

Había necesitado la realidad concreta y específica como base para sus análisis del orden social. El detalle concreto puede servir de punto de partida y punto final (con ira atenuada por la ironía) cuando asume la voz del militar arquetípico:

Yo estuve con un sable (pero añorando las ametralladoras)
 entre los Voluntarios de Fernando VII
 bastó un poco de alcohol —fue en 1814?—
 y maté con un palo
 a un muchachito de la Universidad.

Yo fusilé a un tal Farabundo Martí a un tal
 Gerardo Barrios
 —hace sólo unos días—

Sangre de vuestra sangre es mi antigüedad y mi memoria

Yo soy de allá vosotros
 yo qué culpa

(“El hombre del orden”)

o cuando se dirige al colaborador apolítico o reaccionario:

No te importa
 subes las escaleras como todos los días
 buenos días doctor

 tus diez dedos pulcrísimos y tac
 tac tac tacatac no te importa
 nada tacatac
 eternamente tac

(“Mecanógrafo”)

Parece sentir cierta piedad junto con su desprecio, y muestra ternura con su agresividad:

asisten a la ópera italiana se persignan
 firman los pliegos nítidos del anticomunismo
 los hunde el adulterio se suicidan sin arrogancia
 tienen fe en el deporte se avergüenzan
 se avergüenzan a mares
 de que su padre sea un carpintero.

(“Los burócratas”)

El detalle concreto puede, por otra parte, servir de trampolín, cuando el poeta abraza a ciertos sujetos con la voz anecdótica y lírica y los liga con la magia, las fuerzas oníricas y la naturaleza: María Tecún, los brujos, los “dioses secretos”, María Quezalapa, el espíritu de Oolge, Tlaloc. No puede sorprendernos la hábil penetración de Dalton con el mundo de los mitos y las creencias mesoamericanas, que entronca con los estudios antropológicos que cursara. Es, además, con cierta humildad y con gran sensibilidad que se aproxima a estas creencias populares, hallando en sus propias raíces poéticas el lenguaje idóneo para su expresión.

Dalton, poeta y revolucionario, combina la modalidad lírica con la épica. No por ser objetivo o científico cae en un racionalismo frío, ni pierde, por la perspectiva de la lírica, su capacidad analítica. Si el humanismo encuentra en la épica un medio singularmente efectivo, los arranques vallejianos establecen de una manera más intensa el potencial generalizador, totalizante, de los sujetos específicos.

Es aparente la individualidad metafórica de los núcleos anecdóticos o explicativos; a decirlo con mayor precisión, estas individualizaciones son como sinécdoques que materializan repetidamente el orden social —en cada víctima, en cada verdugo, en cada colaborador, en cada brujo.

Aparte de los valores arquetípicos representados por sus sujetos humanos y los míticos, ya nombrados, de un sistema cultural americano, pueden observarse otros, relacionados principalmente con la trayectoria personal del poeta. En los poemas autobiográficos se nota una corriente que (en sus viajes y su búsqueda, por ejemplo) corresponde a mitos clásicos establecidos. En otros poemas, específicamente aquel que dedicara a Lenin, es el mito concretizado que, sin perder su valor simbólico y mítico, se humaniza en la complejidad y hasta en la paradoja conflictiva; el mito, en este caso, es contemporáneo e histórico.

Podría explorarse la relación entre la individualidad de ciertos temas (la vivencia personal) y dos mitos reconocibles: el de la búsqueda del progenitor y el del héroe errante. La condición de

hombre errante se expresa en Dalton con una voz de tipo personal y anecdótica ("El mar", "Temores", "El gran despecho") y, más tarde, con una voz analítica y racional (*Taberna y otros lugares*, y su poema a Lenin). No falta, por cierto, en sus primeros poemas, el intento de analizar, ni falta lo anecdótico en sus antologías más recientes; lo que debe señalarse es la madurez de un libro como *Taberna*, en que alternan y se integran las percepciones individuales, personales con la observación objetiva y crítica, de un modo eminentemente irónico.

También es evidente que Dalton entra de lleno en la tradición del revolucionario geográficamente marginado, y motivado por un deseo de reintegrarse a la patria que lo lleva a la expresión de celos, de amargura, y por fin de amor por su país usurpado.

Con la conciencia del deber (de luchar por la liberación de su pueblo) y del amor que lo mueve, se genera la fatalidad, el determinismo, la probabilidad del sacrificio —huellas de José Martí más bien que Vallejo, o de coetáneos como Otto René Castillo y Javier Heraud.

Se puede distinguir hasta cierto punto entre el poema de amor en que parece cortejar a la idea de la muerte:

..... Es hora de decirte
lo difícil que ha sido no morir.

.....
Hace frío sin ti. Cuando yo muera,
cuando yo muera
dirán con buenas intenciones
que no supe llorar.

("Hora de la ceniza. I.")

y aquellos ("Alta hora de la noche", "Para cuando la muerte...") en que el amor del individuo no rige como elemento causal; en estos dos poemas, la preocupación existencial se manifiesta de una manera más abstracta, y, al mismo tiempo, con un tono más contenido, que indica cierta distancia objetiva. Dalton parece, pues, ir más allá de un fatalismo neorromántico de tendencia más bien individual, para aceptar por completo su papel, en un nivel ideológico, racional, ontológico — sin perder jamás su ironía.

El segundo asunto mítico que parece interesar a Dalton es la búsqueda del padre. El padre de Dalton (un norteamericano) parece constituir una ausencia en la obra del poeta. Quizás sea demasiado arriesgado proponer que Miguel Mármol (fundador del Partido Comunista Salvadoreño, en cuya autobiografía colaboró Dalton

en Praga) se revelara a Dalton como padre ideológico/espiritual. De todos modos, sería posiblemente un hilo que valdría la pena seguir en otro estudio. Dentro del contexto de su obra poética, abundan los ejemplos de sujetos (revolucionarios, traidores, héroes y víctimas) que Dalton parece analizar con un fin identificador. Esta serie culmina, a mi parecer, en el poema a Lenin, que abarca una gama considerable de reflexiones teóricas sobre la realidad revolucionaria a la vez que enfoca en una figura modelo de dimensiones míticas.

En la sección llamada "la verdad es concreta", dice Dalton:

Tú le diste un corazón de carne y sangre a la verdad

pero nos advertiste que funcionaba
como una bomba de tiempo
o como una manzana.

Que podría servir para volar la maquinaria
del odio
pero que también se podría podrir.⁵

Se refleja en estos versos cierta presencia de Huidobro, de Vallejo —y diría yo que de Neruda, cosa que rechazara Dalton— con imágenes explosivas, surreales, radicadas en una realidad polifacética. El elemento de sorpresa —tan revolucionario en la poesía como en la guerra— se ve amenazado por el anticlímax de la inacción; las proyecciones subjetivas del poeta y del guerrillero pueden hacer de la verdad objetiva un arma de liberación o un pedazo inútil de naturaleza muerta. La verdad —es decir, el conjunto de circunstancias que enfrentan al poeta— es una fuerza dinámica, siendo determinado el curso de su *kinesis* interna por las actitudes revolucionarias. Estas actitudes pueden optar por la expresión clandestina, pero, dice Dalton, la "clandestinidad moral" no es aceptable; Lenin reveló al mundo que

el Partido se construye
a imagen y semejanza de los hombres
y cuando no es la imagen y semejanza de los
mejores hombres
es necesario volver a empezar.

⁵ Roque Dalton, "Para un poema en el centenario de Lenin", *Casa de las Américas*, X, 59 (marzo-abril, 1970); pág. 136.

La posición ideológica de Dalton se opone de modo tajante a la atrofia que se han permitido ciertos partidos comunistas. Documenta este caos y esta quiebra moral en su "concurso en el tercer mundo" (una parodia de concursos políticos internacionales), donde enumera los intentos más disparatados de definir a Lenin, como hombre y como figura histórica.

Hay un elemento de verdad en estos intentos de resolver el enigma de Lenin, pero las respuestas tienden a neutralizarse en las contradicciones:

¿Lenin? El anticristo, sin lugar a dudas.

Lenin fue el gran amigo y camarada (en el sentido dialéctico) de Trotski.

Lenin salvó al bolchevismo del trotskismo.

Lenin era un ruso.

Lenin era un poeta.

¿Lenin? No sé de quién me habla...

¿Lenin? es *la* libertad del hombre en la historia. Un símbolo, vaya.

Lenin fue un pro-soviético.

Lenin era pro-chino.

(Estas respuestas fueron analizadas... y consideradas más bien parciales, por lo cual el premio dotado de las *Obras completas* de Lenin en edición argentina, con encuadernación en piel fue declarado desierto.)

El humor de Dalton sigue siendo sutil, y permite que el poema lleve al lector a un compromiso crítico con el sujeto y con la misma ambivalencia en que se expresa el sujeto; es suave, y no insulta ni al lector ni al sujeto, pero se burla de la confusión, del dogmatismo, de la intolerancia.

En "el estado y la revolución" alude a la lucha contra los contrarrevolucionarios, los "full-backs de la burguesía", los radicales pasivos, los "portaestandartes de la espera". Hay momentos del poema que sugieren una letanía —de hecho, más bien un legajo de pecados contra la revolución. El sustrato cristiano de su formación reaparece aquí en plena función irónica. Se resumen estos pecados con algunas alteraciones del orden verbal en un patrón litúrgico —o sencillamente retórico:

contra los que se pasan con armas y bagajes al oportunismo,
 contra los que van a buscar sus armas y bagajes en el oportunismo,
 contra quienes no usan sus armas y bagajes contra el oportunismo.

Un breve trozo en prosa ("en 1957 yo vi a lenin en moscú". II), explica el mecanismo que había venido desarrollando Dalton en su obra. El poeta explica a un lector ficticio que la ironía es un lenguaje crítico que el hombre colonizado adopta para desecrar los valores de la cultura que le ha sido impuesta. Las muecas ideológicas de Dalton tienen alguna conexión con las "ganancias inmensas" que tiene durante su visita a Moscú, de dinamitar el Mausoleo, "para que Lenin salga de entre las gruesas paredes de mármol, a recorrer de nuevo el mundo, cogido de la mano con el fantasma del comunismo!"

Es sumamente irónico e impresionante el uso de la palabra "fantasma" para aludir al comunismo, porque puede significar tanto la fuerza que persigue como un alma en pena a los enemigos del comunismo a cada momento, como a la cualidad, de movimiento intangible, de fenómeno vago e impalpable, de una energía que no ha hallado aún un sitio dónde descansar.

Otra sección titulada "la verdad es concreta" (XII), que dedica a los poetas de la "oposición", la "ultra-izquierda-que-no-osa-decir-su-nombre"; en ella la poesía parece ser un manotazo a la cara de aquellos incapaces de bregar con la realidad y con el imperativo de la praxis.

El poema a Lenin es como un crisol de las voces poéticas de Dalton, en que domina por cierto la voz analítica, ideológica, hecha tanto más persuasiva por la ironía.

"Todo... aquí tiene otro sentido", había dicho Dalton en una mesa redonda sobre el intelectual y la sociedad. "Toda piedad *aquí* es cruel si no incendia algo".⁶ Los escritos de Dalton, que se cuentan entre los más radicales de Latinoamérica, quieren incendiar estructuras y géneros caducos o insuficientes a la vez que documentan y comunican su testimonio. Son el testimonio de su piedad, su compasión.

Dalton se arriesga, y uno de los riesgos que asume es el de equivocarse. Esta voluntad lo define directamente como un escritor humano (y como tal, de momentos débiles), pero dispuesto a perfeccionarse, a evolucionar hacia un análisis más preciso de la realidad objetiva, hacia un mayor rigor expresivo y un entendimiento estético tanto más maduro.

ENTRE los aspectos de la obra de Dalton que más se destacan, merecen estudiarse: la presencia de Vallejo en su poesía; la tensión

⁶ Roque Dalton y otros, *El intelectual y la sociedad* (México, Siglo XXI, 1969), pág. 11.

épico-lírica; la función de los mitos y las creencias populares ante el materialismo histórico de Dalton; la evolución ideológica del poeta a través de su obra; y, por supuesto, y de forma más detallada, la búsqueda de una voz íntegra.

De la voz risueña que, a pesar de las sombras y las violencias, no perdió su más profunda ternura, han quedado reproducciones parciales, voces impresas, señales en la trayectoria poética e ideológica de Dalton. En la sinceridad, la pasión, el humor y el intelecto, están las claves más certeras para la recreación de esa voz.

LA POESIA CHILENA ACTUAL

Por Jaime CONCHA

Es bueno partir de ciertas fechas. 1931: *Altazor*, de Vicente Huidobro; 1935: *Residencia en la tierra*, de Pablo Neruda; 1938: *Tala*, de Gabriela Mistral. Es decir, en la década del 30 y en el umbral de la victoria del Frente Popular, se publican tres de las obras más significativas de la lírica chilena en el presente siglo. Son libros que sacan definitivamente a nuestra poesía de su marco provinciano, otorgándole una indudable resonancia internacional. Huidobro es un poeta bastante conocido en España, un poco menos en Francia; la obra de Mistral hará que muy pronto, en 1945, se le conceda el Premio Nobel de Literatura; y la poesía de Neruda es recibida por los mejores poetas españoles de la época como una de las más altas expresiones del idioma.

Estos poetas definían ya, a la altura de esas obras, tres orientaciones sensibles y espirituales en la lírica chilena. Mistral, con su mensaje del Norte, de una zona rural y campesina, traía a la poesía chilena un sentimiento arcaico sin duda, pero dotado a la vez de fuerza y vitalidad. La poesía mistraliana es por ello muy ambigua o, mejor, fecundamente contradictoria. Pues si por un lado aporta una repriminación de viejas ceremonias precolombinas o coloniales, cual cristianismo conservado en su pasión primitiva, por otro posee una atención casi religiosa a las cosas humildes. En la Mistral la vida productiva y familiar del pueblo se esencializa, adquiriendo, así, una suerte de rotundo platonismo. El pan, la sal de sus "Materias", por ejemplo, no son sólo alimentos y substancias de vida, sino formas santificadas de un reino absoluto. Huidobro, nacido en Santiago, en el seno de la clase alta, se liga desde muy joven a la vanguardia europea. Su poesía estará caracterizada por un gran dinamismo, por una especie de activismo en que el supremo valor será la velocidad — de las máquinas o las golondrinas, no importa. Y Neruda proyecta su experiencia del Sur, una región nada eglógica en ese tiempo, sino laboriosa y progresista, frente a la cual contrasta aún más el subdesarrollo nacional o de otras partes del planeta (el Asia de sus años residenciarios).

La sombra de estos poetas gravitará marcadamente en el decurso de la nueva poesía chilena. Entre 1938 y 1973 estos poetas irán

desapareciendo — su sombra se irá deshaciendo en sombras. En 1948 muere Huidobro, dejando tras sí un círculo de seguidores que practicará un culto secreto y exhibicionista a la vez. Ellos convierten lo que para el maestro era el poeta, un "pequeño dios", en simplemente un pequeño. . . burgués. La influencia de Mistral, muerta en 1957, será por el contrario de otra índole. Su ausencia completa de Chile en los últimos años —salvo esa *tournée* infame a que la condenó el gobierno de Ibáñez— posiblemente explique esta situación. Gabriela Mistral, como se sabe, se desterró voluntariamente de un país cuya clase alta jamás le perdonó sus orígenes humildes. Hay hartas pruebas de esto en su epistolario, muy duro contra el mundo diplomático oficial y la clase ociosa chilena. Desde lejos —en la costa soleada de California o en el frío solitario de Nueva York— su poesía alimenta formas populares (rondas, poemas infantiles, oficios artesanales), pero dará lugar también a versos "esencialistas" que delatan con facilidad el sello del parasitismo. Gran parte de la poesía femenina más reciente, signada por las huellas de la Mistral, lleva a caricatura la voz de la poetisa. Es una "poesía" superflua, excrecencia del confort, baratillo estético del lujo.

El caso de Neruda es más complejo. Después del *Canto general* (1950), el poeta escribe torrencialmente, fundando de manera definitiva un territorio poético que aparecerá en adelante ligado a su nombre y a su obra. Desde su regreso a Chile, en agosto de 1952, se propaga en el país un tipo de crítica que entraña un fuerte antagonismo político. La actitud surge ya a causa de la publicación de *Las uvas y el viento* y las *Odas elementales*, en 1954. Más sutilmente después, este punto de vista se va a disfrazar como preocupación por la cantidad. Neruda, según estos apóstoles de la calidad, escribe demasiado, lo cual va en detrimento del valor estético de su poesía. Un poeta debe escribir poco y quintaesenciado. Tal argumentación se advierte en el *Encuentro de Escritores* realizado en Concepción, en 1958, y representa principalmente la posición ideológica de los sectores más conservadores de la Democracia Cristiana que, habiéndose apoderado prácticamente del aparato cultural del país (gracias a la inercia y haraganería de los grupos más tradicionales) arremete ahora contra una de las figuras más sólidas de la izquierda chilena. Más adelante, en la década del 60, esta actitud se continuará en el ataque sostenido a cada nueva obra de Neruda por parte de los críticos oficiales del diario "El Mercurio". Igual que en otros planos de la vida nacional, no hay diferencia sensible, en lo que a Neruda respecta, entre los portavoces ideológicos de la oligarquía y de la Democracia Cristiana. En este punto de la vida

cultural, la derecha oligárquica y la derecha burguesa se revelan como igualmente desnacionalizadas.

Como en todo período cultural, coexisten en los últimos decenios de la poesía chilena varios momentos, varias fases de desenvolvimiento histórico. Hay superposiciones, los entrecruzamientos diacrónicos se imponen. A la vigencia de las grandes figuras mencionadas, deben agregarse los nombres de otros poetas, significativos también en el cuadro de la literatura nacional. Pablo de Rokha (1894-1968), Angel Cruchaga (1893-1964), Humberto Díaz-Casánueva (1908), Rosamel del Valle (1900-1965) no dejan de escribir y publicar con intensidad en estos últimos años. Su presencia no da sólo variedad temática y estilística al panorama literario, sino que dinamiza el paisaje cultural de Chile. Es un dinamismo que va desde la pugna feraz de actitudes y orientaciones espirituales a la degradación anecdótica y a la rivalidad personalista. (Hado y desgracia de la vida intelectual en todas las latitudes). Pero lo que define con mayor firmeza a la vida cultural de Chile y que da incluso relieve e interés a rencillas que de otro modo serían meramente folklóricas, es la profunda politización de sus escritores y de la actividad literaria en general.

En efecto, desde 1933, año de la fundación del Partido Socialista y de la III Conferencia del Partido Comunista, se producirá una gradual pero sustantiva incorporación de los elementos intelectuales a las posiciones de la clase obrera. La crítica anarquista, empecinada en mantener en su pureza un "proletarismo" platónico, no deja de señalar el fenómeno. El novelista Carlos Sepúlveda Leyton, en sus valiosas narraciones subproletarias del período, expresa bien este punto de vista. Lo más creador de la intelectualidad chilena empieza a participar activamente en las luchas populares de este tiempo. De ahí que la relación entre la vida política y la vida cultural sea algo muy profundo en Chile, casi natural, en la medida en que responde a circunstancias históricas y a bases sociales muy sólidas. Curiosamente —y en esto es bueno, aunque sea retrospectivamente, deshacer ilusiones— no ocurre lo mismo en los claustros universitarios. Las universidades chilenas permanecen hasta muy tarde como reducto directo o indirecto de las clases dominantes. El desarrollo democrático de la vida universitaria es muy escaso, comparado con la totalidad del país, y, lo que es peor, es sobre todo superficial. Engañoso, por lo tanto. El hecho mismo de que el estallido de la Reforma Universitaria fuera tan eficazmente utilizado en su propaganda por la derecha política, muestra bien que se trataba de un fenómeno sin raíces verdaderas. Mientras el socialismo científico era un ingrediente decisivo de la ideología de las clases trabajadoras chilenas desde comienzos de siglo, los "templos del

saber" se abren al marxismo sólo alrededor de 1960. Por otra parte, hay que tener en cuenta que las agrupaciones de derecha, en el seno y fuera de la universidad, fueron un factor importantísimo en la preparación psicológica del golpe militar de 1973. Pues así como hubo un teólogo del golpe, el cura Hasbún, quien por cadena de Televisión universitaria remozó la metáfora clásica de la nave del Estado (que, según él, iba con Allende a la deriva), así también las constantes campañas de catedráticos en la "prensa libre" crearon objetivamente un ambiente pre-fascista. En la práctica de los hechos, la Democracia Cristiana tuvo, dentro de la Universidad, un decidido comportamiento fascistoide. El Rector Boeninger fue uno de los precursores de las marchas contra-revolucionarias, al movilizar contra la Moneda a grupos de profesores en defensa de una "amenazada" autonomía universitaria. Por supuesto que, luego del golpe, cuando la autonomía universitaria dejó de estar "amenazada" y fue protegida por las botas militares, el Rector Boeninger ya no pudo *marchar*... sino que tuvo que *marcharse* del país. Y William Thayer, Rector de la Universidad Austral —Ministro del Trabajo ya manchado, durante el gobierno de Frei, con la sangre de los mineros de El Salvador— encabezó una vez más, directamente, la represión contra los profesores de su Universidad. Actualmente, es un lacayo obsecuente de la Junta, representándola como Embajador cultural (*sic*) en la *Unesco*. Así, pues, ninguna agitación, ninguna vocería ni estridencia izquierdistas podían borrar el hecho cuantitativo y cualitativo de que las fuerzas progresistas eran ínfima minoría en la Universidad. (No, desde luego, en las universidades técnicas donde, por la composición social al alumnado y de los profesores, la situación era muy distinta). A cada momento, en cualquier votación, para las huelgas patronales de octubre y de abril, por ejemplo, quedaba al desnudo que la izquierda era un ghetto en la universidad. De este modo, el craso voluntarismo, los gritos de guerra y un ciego activismo sin plan ni sentido impidieron consolidar alianzas que eran necesarias para corregir una correlación de fuerzas tan desfavorable.

Había, pues, en el desarrollo cultural del país, una desigualdad entre creadores y universitarios que, a veces, se manifestaba en la instintiva desconfianza de los primeros frente a los segundos. El grado de conciencia nacional de poetas o novelistas en su mayoría contrastaba con la alienación intelectual de los catedráticos. La guerrilla entre escritores, por un lado, y profesores, por otro —larvada o declarada, disfrazada de múltiples maneras— expresaba en realidad un desfase en la evolución cultural del país, divergentes tendencias de polarización en las capas medias intelectuales de Chile. Pocos espíritus y, lo que es más grave, ningún dirigente advirtió

la situación. Caben al Rector Eugenio González, durante su mandato en la Universidad de Chile, varias medidas destinadas a relacionar en forma más orgánica a los escritores con la vida universitaria. Y en esto como en tantas cosas, la sensibilidad político-cultural de Neruda se reveló también muy lúcida. A contracorriente de los embates constantes y, en gran parte fundados, que sufría la universidad por parte de los creadores, trató de vincular a unos y a otra, integrándolos, desarrollando los gérmenes positivos que existían en la vida académica. Su actitud de respeto ante la universidad como institución y como frente de trabajo cultural se destaca frente al desprecio más o menos ostensible de otros escritores. Su esfuerzo fue algo aislado, lamentablemente, y no tuvo eco ni continuidad.

El decenio 1938-1948

EL decenio 1938-1948 refleja bien, en la lírica, lo que está ocurriendo en la realidad del país. Abiertas en grado máximo las puertas de la esperanza en 1938, éstas se cierran bruscamente con la represión iniciada en 1947. El mismo partido hegemónico del Frente Popular es el autor, no sin divisiones, de la traición de 1947. El *Canto general*, testimonio combativo de este período, revela a las claras el umbral de libertad y el colofón de tiranía que enmarcan este breve ciclo de la vida chilena.

En los términos de la sensibilidad poética se trata, pues, en este período, de un desencantamiento progresivo. La vida se va opacando, estrechando más y más. La vibración internacional del Frente Popular —nacido en la lucha mundial contra el fascismo, en el apoyo a la República española, en simpatía por la Unión Soviética asediada por el invasor hitleriano— se apaga en campos de concentración situados en el extremo del mundo (en el desierto, en las islas), alejados implacablemente de "la mano de Dios". Era la expresión antártica, en nuestro país, de una política de Guerra Fría que en otras partes sembraba la destrucción violenta (Grecia, más tarde Corea). El populismo inicial del período y la temprana poesía de Gonzalo Rojas pueden ser considerados como los hitos extremos de este lapso histórico.

Al calor de la solidaridad con la República española y sobre la base de la unificación de las energías colectivas posibilitada por el Frente Popular, se desarrolla en Chile un tipo de poesía menor aunque no exenta de significación, que se expresa en motivos y formas populares. El ejemplo y la imagen de Federico García Lorca, con su doble aureola de mártir político y de autor del *Romancero gitano*, reina emocionalmente en esos años. Poetas pertenecientes a la pe-

queña burguesía más modesta o de franca extracción proletaria son los que cultivan principalmente esta vena lírica. Casi todos ellos son narradores y serán fundamentalmente eso; pero empiezan como poetas o despliegan una línea secundaria o marginal de creación lírica. Así, Nicomedes Guzmán, autor de varias novelas que describen las condiciones de vida de las masas trabajadoras en la ciudad, se inicia como poeta, con *La ceniza y el sueño* (1938), presentada por Neruda. Fernando Alegría, conocido ante todo como narrador y ensayista, escribe también el poema *Viva Chile, m. . .*, muy escuchado por el pueblo durante la campaña presidencial de 1964. Pero es sin disputa Oscar Castro (1910-1947) el autor más representativo de esta tendencia. Nacido en Rancagua, militante del Partido Radical, es el que mejor expresa, social y poéticamente, este momento de la poesía chilena. Aunque externo y cayendo muchas veces en el facilismo, cultiva estrofas populares (romance), populariza otras (soneto), dando el sesgo estilístico que caracteriza a esta orientación poética: la mezcla de motivos populares y pirotecnia metafórica, la coexistencia de una realidad deficiente con una bella superestructura compensatoria.

Otro escritor, cuya real importancia se vendrá a aquilatar más tarde, ya entrados los años 60, es Alfonso Alcalde (1923). Su primer libro de poesía, también prologado por Neruda, es *Balada para una ciudad muerta* (1947). Con posterioridad, luego de un largo silencio, publicará *El panorama ante nosotros* (1969), vasto friso épico-lírico de la historia de Chile tras el cual están, sin duda, los modelos del *Canto general* y del muralismo mexicano, pero más que nada una visión rokhiana de la realidad y del lenguaje.

El relativo optimismo en los inicios del decenio da lugar, en su extremo terminal, a una poesía muy diferente, la de Gonzalo Rojas (1917). Con una obra muy concentrada, tendida como un arco entre *La miseria del hombre* (1948) y *Contra la muerte* (1964), este poeta resulta ser una de las figuras mayores en la poesía chilena contemporánea.

Nacido en Arauco en 1917; ligado en su adolescencia al grupo "Mandrágora", de devoción huidobriana; aprendiendo muy pronto la lección de Breton y del surrealismo, Rojas alcanza un poderoso nivel de expresión en *La miseria del hombre*. El sabor medieval del título implicaba, más que un consciente arcaísmo, otras cosas. Formado el autor en una espiritualidad de cuño católico, vemos aún en su poesía la condenación a una naturaleza humana caída. Las imprecaciones contra el dinero como "encarnación de la muerte en la tierra" son afines a la sensibilidad de la crítica pre-capitalista al atesoramiento, a la usura y al capital monetario, tal como es posible seguirla en los grandes clásicos de la Edad Media española y, sobre

todo, en Quevedo. Sin embargo, desde muy temprano y a la altura ya de su primer libro, exhibe Rojas un temperamento volcado hacia lo material, un gusto por la intensidad sensible de las cosas, que entra en pugna con su tendencia espiritualista. Su infancia en la zona del carbón, a través de un padre vinculado, como mando medio, a la producción minera, moldea y fragua otras virtualidades de su comportamiento estético. Trabajo y religión hacen cortocircuito, no hay duda. De ahí que la primera poesía de Rojas, en su turbión emocional, postule una fusión de cielo e infierno, de suciedad y purificación y sea, entre otras cosas, una experiencia de la lujuria sentida a la vez como pecado y como vitalidad corporal. Su poesía nace, entonces, regida por valores de intensidad. El gran fruto posterior de esta tensión será *Contra la muerte*, que se inicia con el bello poema metafísico "Al silencio", abriéndose inmediatamente a la experiencia erótica y a una toma de conciencia de la historia. Esta entra de golpe, aireando para siempre esta poesía, que deja de ser, así, una Danza de la Muerte medieval hasta llegar a un pleno reconocimiento de la faz de la historia contemporánea.*

El decenio 1947-1957

EL lapso que transcurre entre 1947 y 1957 está dominado por la represión y la dictadura en su primera parte y, en su segunda mitad, por la mantención en la ilegalidad política del Partido Comunista, que sólo vendrá a conquistar garantías democráticas con la derogación de la llamada "Ley Maldita" por el pueblo, en 1957, poco antes del cambio de gobierno. Cambio de gobierno que es, en los hechos, continuación y empeoramiento de la dirección política del país. Un caudillo caduco, Ibáñez, entrega el mando a Alessandri, caduco representante de la oligarquía. Es como si la vieja clase hubiera sacado, y no por última vez, su viejo rostro en la figura senil de "Don Jorge", el caballero chileno por antonomasia.

En esas condiciones objetivas de la vida política viven su adolescencia o su primera juventud los poetas más importantes que surgen en estos años. El desencanto progresivo de la etapa anterior se vuelve ahora, por una parte, servilización, apatronamiento, miseria chilena en general; pero, por otra, nuevas fuerzas emergen que dejan ya vislumbrar una salida para esta deprimente situación. El 2 de

* Otro nombre, muy inflado, es el de N. Parra. Por su comportamiento con la Junta Militar, puede decirse de Parra lo que él mismo escribiera de otro poeta, en un epitafio: "Total cero". Y, lo que es peor en este caso, se trata de un *cero... a la derecha*.

abril de 1957, en que cientos de compatriotas son masacrados en las calles de Santiago, muestra bien la doble cara del momento histórico que vive Chile, la combinación de inmovilismo y combatividad que está en su base. Cerca de esa fecha comienzan a publicar su obra Enrique Lihn (1929), Jorge Teillier (1935), Efraín Barquero (1931) y Armando Uribe (1933).

El rasgo diferencial de la poesía de Lihn es su tenacidad evolutiva. Menos quizá que creadora de nuevas formas, esta poesía va deshaciendo sus propias fórmulas, sometiéndolas a un proceso de pertinaz auto-destrucción. Desde sus primeros libros, publicados alrededor de 1950, esta obra pretende luchar contra su propia fijeza, rehaciéndose una y otra vez. La imagen del viejo Narciso que atenece sus poemas iniciales es, en este aspecto, reveladora. Y las más altas cimas de su creación: *La pieza oscura* (1963), *Poesía de paso* (1967), *Escrito en Cuba* (1968) son también saboteadas en *La musiquilla de las pobres esferas*, libro posterior, de 1969. Cada vez el poeta va quedando más solitario ("Rilke, el solterón" es otro de sus símbolos preferidos), en un solipsismo que sin romper amarras con la realidad histórica, enarbola como única herramienta, como única bandera, como única consigna una máquina de escribir —abuela de dientes viejos y marchitos. Allí hunde sus dedos con tesón, escarbando la chirriante música de esas pobres teclas.

Para captar la existencia de las diferencias sociales y de la lucha de clases, el poeta va a un rincón alejado de Chile y a un espacio mortuorio. Escribe, entonces, "Cementerio de Punta Arenas", donde contempla con solemne ironía el espectáculo del mármol y cipreses levantado por los ilustres pioneros de la ciudad magallánica. No alude ni habla Lihn de cómo hicieron su fortuna esos degolladores de indios, culpables de un brutal y casi desconocido genocidio. No necesita hacerlo, pues recorta su espacio en una escena funeral de lápidas, en el orgullo póstumo de las familias. Allí "reina... la paz". Pero esta calma de los muertos no es un reposo definitivo, sino que fomenta desde las tumbas su movimiento explosivo:

la paz, pero una paz que lucha por trizarse,
 hasta romper en mil pedazos los pergaminos fúnebres
 para asomar la cara de una antigua soberbia
 y reírse del polvo.

Con rasgos casi goyescos, con una visión grotesca que une la rigidez funeraria a la vitalidad desbordante de la risa ("Reírse del polvo"), sorprende Lihn, desde dentro, la trizadura y grieta de ese orden estable de los muertos. El peso de la tradición, la pesadilla de la historia se burlan de nosotros, allá en esas frías regiones ma-

gallánicas, oprimiendo y dominando con un poder de ultra-tumba; pero en ellos habita ya su propio fermento destructivo, el factor desencadenante de la risa. Su propia bufonería es la enterradora de esta clase, que sepulta en pleno día y ahora sobre la tierra el vacío hieratismo, su imponente insustancialidad.

Educado en su infancia y pubertad en colegios católicos; conociendo por experiencia un país capitalista dependiente como es Chile y una sociedad, como la de Cuba, que construye el socialismo, Lihn expresa en su poesía todas estas contradicciones que son, a escala mayúscula, las de varias épocas y edades histórico-sociales. Remanencias feudales, pobreza capitalista y la presencia de otro mundo, todo ello se junta en la experiencia del poeta, en su misma poesía. El futuro está allí, visible y a la mano; pero el poeta sigue enfatizando los órdenes del deseo, la dialéctica corrosiva y estéril de la transgresión.

Jorge Teillier describe así sus orígenes familiares y las raíces de su poesía: "Hijo de comunista, descendiente de agricultores medianos o pobres y de artesanos, yo, sentimentalmente, sabía que la poesía debía ser un instrumento de lucha y liberación y mis primeros amigos fueron poetas que en ese entonces seguían el ejemplo de Neruda y luchaban por la Paz y escribían poesía social o de 'realismo socialista'. Pero yo era incapaz de escribirla, y eso me creaba un sentimiento de culpa que aún ahora suele perseguirme" (*Sobre el mundo donde verdaderamente habito*).

Desde sus primeros poemas, Teillier irá excavando en el territorio de la Frontera como en una patria propia. No hay territorio mejor reconocido, habitado y decantado dentro de la poesía nacional, que éste suyo, de Lautaro y de Victoria. Quizás únicamente el valle de Elqui o algunos hielos y nieves australes en la poesía de Mistral alcancen esta trasmutación de una región concreta en zona simbólica, en espacio soberano de maravilla y reverencia. El espacio se convierte en alma, las estrellas y el día vienen a habitar el tiempo del poeta que los recibe en un ritual de sacrificio. Es la poesía que Teillier ha llamado "lárca", de los lares, poesía de aldea y de la comunidad, que trata de recrear el fuego y la tibieza de la fraternidad destruida.

Para Teillier, toda la realidad está poblada por huellas y signos de esa Arcadia dolorosa, atravesada, en la infancia misma, por el conflicto y la contradicción. Cae, por ejemplo, en un poema suyo una "Nieve nocturna", como potencia leve y absoluta ante la cual el poeta sólo puede reclinar la cabeza, para recibir esa ceniza de un cielo exterminado o, mejor, exterminándose. Y apenas puede contemplar, en "Los dominios perdidos", la emoción horadada en su alma por la lluvia, pero ya el alma está seca y ya nada gotea, sino

una infinita desconsolación. Así la poesía de Teillier emigra de la tristeza a un pleno desconsuelo, en que toda la realidad está traicionándose a sí misma.

La visión de Teillier es siempre la de una belleza que se escurre. Pero en esto no hay nostalgia, pues ella es el presente. Y en esta herida que mana consiste precisamente la poesía. Es realidad que se desangra. El árbol derrotado que está en el límite del bosque ha dejado de ser un individuo viviente entre sus hermanos, es un miembro mutilado que simboliza al poeta.

Ningún escritor como Teillier ha expresado en su existencia y en su obra este sentimiento romántico de la poesía. En nadie como en él la bohemia —que ya cumplía un papel progresista en Pezoa Véliz, al ser antídoto contra el arribismo— llega a ser un oficio sagrado donde la poesía brota como un herido esplendor. Para él la poesía sigue siendo un suicidio cotidiano o, mejor, es en su cuerpo la cotidianidad que se suicida para transfigurarse en fruto incandescente: la ofrenda ardiente de esa "nieve nocturna".

Efraín Barquero no procede de un ambiente urbano, como Lihn, ni de la zona de la Frontera, como Teillier, sino de una localidad campesina enclavada en el interior del Valle Central. Mientras Lihn y Teillier son poetas de la escisión y el desgarramiento, Barquero intenta aprehender en su poesía —y cantar— más bien núcleos o centros de permanencia. En *La piedra del pueblo* (1954), su primer libro, halla esa veta en la fuerza granítica de las masas. La obra es amplia sucesión de poemas, divididos en dos territorios mayores: "La tierra" y "El fuego". Y es precisamente de la unión de estas dos sustancias elementales que, como emanación volcánica, nace y surge la piedra popular del poeta:

la embriagada de muerte y azufre, la necesaria
piedra de las erupciones,
la piedra del pueblo!

Posteriormente, en *La compañera* (1956), descubrirá un núcleo de permanencia semejante en el vínculo amoroso, vínculo activo y abierto que comunica al poeta con el mundo y con la especie. Este ánimo de fundamentación se prolonga aún más en su poesía del ancestro, expresión privilegiada de la cual son sus libros *El pan del hombre* (1960) y *El regreso* (1961). En ellos la familia, concebida como continuidad de los muertos y los vivos, adquiere una poderosa revelación que comunica ahora al poeta con la unidad de la tierra. Tierra, mundo y especie fundan así, en la obra de este poeta, una morada permanente.

Esta es la vena de mayor densidad en la poesía de Barquero. Hay otra, más frágil tal vez pero muy sugestiva, que nos habla de las actividades y los oficios sencillos del pueblo. El arte doméstico lleno de picardía, en *Maula* (1962) y las artesanías aldeanas o rurales en sus *Poemas infantiles* (1965), representan esta otra orientación. Es una faceta más de su poesía en pleno desarrollo.

Si es que hay realmente un antipoeta en la poesía chilena, él no puede ser otro que Armando Uribe Arce. Poeta culto, que usa su cultura para promover asociaciones humorísticas o irónicas, hay en Uribe un tesonero ir en pos del nervio de la poesía. La sucesión de sus libros revelan un proceso de marcado despojamiento. Sus primeros libros, muy influidos por la poesía inglesa contemporánea, son sobre todo situacionales. *Transeúnte pálido* (1954) y *El engañoso laúd* (1956) están llenos de escenas familiares, vistas por el ojo distorsionador de un adolescente; escenas de colegio o de salón inglés. En *No hay lugar*, su último libro, casi todo esto ha desaparecido por un arte, más que de concentración, de excoriación. La experiencia ha sido pelada, como una fruta, y queda sólo el nervio... de la experiencia. Por ello el lazo común que conservan sus nuevos poemas con los anteriores es un cierto trazo epigramático. Pero ahora son los fragmentos líricos griegos y la poesía de Ezra Pound los que más se dejan ver en las líneas buriladas y percutientes de Uribe. El poeta trata de captar, en un mínimo haz de palabras, el máximo fulgor. De ahí que en ellos se junten —puntos como son y emanaciones a la vez— nitidez y sugerencia, perfil e irradiación, esencialismo y vitalidad.

Los nuevos

LA Revolución Cubana triunfante, capaz de derrotar al invasor de Playa Girón y de superar la crisis internacional de 1962, pone en marcha un despliegue considerable de energías históricas en todo el continente. El canal más poderoso de comunicación popular no fue, sin embargo, la nueva poesía, sino la canción popular chilena, un fenómeno de extraordinaria valía y repercusión que habría que justipreciar alguna vez. Las voces de Violeta Parra, de Angel e Isabel Parra, de Patricio Manns, de Rolando Alarcón, de Víctor Jara, Charo Cofré y conjuntos artísticos como el "Quilapayún" y el "Inti-Illimani" propagan y difunden el sentimiento que experimentan las masas de participar en un proceso de liberación a escala continental.

Los poetas empiezan más atrás, con una subjetividad más replegada en sí misma. Es como si la poesía debiera reandar cada vez el camino y todo poeta tuviera que pasar nuevamente por el túnel

de su propia interioridad. Pero ello ocurre ahora en un punto más alto de la espiral histórica. Por eso todos ellos luchan por acercarse más y más a la actividad popular, por absorber y revelar el momento histórico que vive el país. Juzgarlos, a esta altura de su producción, sería prematuro. Dejo aquí simplemente sus nombres: Oscar Hahn, Waldo Rojas, Omar Lara, Gonzalo Millán, Hernán Lavín, Floridor Pérez, Jaime Quezada, Sergio Hernández, Jaime Giordano, Osvaldo Rodríguez. . . Varios de ellos fueron hechos prisioneros en el instante del golpe militar y conocieron las cárceles o los campos de concentración. Únos pocos quedan en Chile. Casi todos están exiliados, en una diáspora sin cuento. Todos sin excepción continúan escribiendo, denunciando la situación de opresión que vive Chile bajo la Junta Militar.

AMOR, TIEMPO Y MUERTE EN LOS POEMAS DE RUBEN DARÍO

Por Enrique CHIRINOS SOTO

EL mismo derecho que, para desdeñar a Velásquez o El Greco, tuviese el admirador de Picasso o, en general, de las innovaciones en pintura, tendría quien guste de la poesía de hoy para endosar a Rubén Darío el incomprensible epíteto de anticuado. Como respuesta a tamaño dislate, el más grande poeta de América, si viviera, diría seguramente, con palabras tomadas del prólogo de *Cantos de Vida y Esperanza*, que permanece inalterable su añejo desprecio por la mulatez intelectual, por la chatura estética.

Rubén es ya —o ha pasado a ser— clásico, aunque fue revolucionario en su tiempo. Acaso, precisamente, porque fue revolucionario dentro del orbe poético. Pertenece a la estirpe ilustre de Góngora, de Fray Luis y San Juan y aun del Maestro Gonzalo de Berceo, a quienes tanto admiraba, forjadores de imágenes como Darío, aristócratas, orfebres de la palabra como instrumento llamado a expresar altos pensamientos y sentires hondos.

A la muerte de Rubén, recomendó Antonio Machado, poeta de profundidades, que nadie pulsara su lira, excepto Apolo mismo, y nadie sonase su flauta, salvo Pan en persona. "Cuánto de Darío hay en mí todavía", comprobaba hace años Juan Ramón Jiménez. Y nuestro César Vallejo, devoto y también en alguna medida tributario de Rubén, habla del "Darío de las Américas celestes".

"Con el montón de piedras que me han arrojado, pudiera bien construirme un rompeolas que retardase en lo posible la inevitable creciente del olvido", dijo Darío. También con los elogios que le rinden los mejores poetas del idioma. Construido con una de cal y otra de arena, el enorme rompeolas resiste incólume, en todo caso, los embates del tiempo. Por eso, Darío es ya clásico. Porque, "ciego de ensueño y loco de armonía", como decía él de sí mismo, derrota, en definitiva, al tiempo y el olvido.

Sin Rubén, no se explicaría la revolución literaria del siglo XX, y el vacío sería tan grande que no existe antología, aun estrictamente peninsular, que no haya de incluir en sus páginas a este indio choro-tega que tenía manos de marqués y que devolvió a España, en

términos de vasallaje poético, el agravio imaginario de la conquista del Nuevo Mundo. Por lo demás, él se reclamaba hijo de América y nieto de Cid, emparentado con la España heroica de la lucha contra el moro, y también, sin duda, con la España permanente del ingenioso don Quijote, Rey de los Hidalgos y Señor de los Tristes.

Reconociéndose "loco de crepúsculo y de aurora", se atribuía Rubén, harto paradójicamente, "el horror de la literatura". Más que de su calidad propiamente literaria, sin embargo, o de los valores formales que incorpora al verso castellano, o del horizonte estético que descubre, quiero referirme al amor, el tiempo y la muerte en sus poemas. .

Amor, tiempo y muerte son la vida misma, la vida que fue drama continuo, zozobra sin tregua, desgarramiento, para quien admitió paladinamente: "Como hombre, he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido a la eternidad". He ahí a Rubén Darío, hombre y poeta, de cuerpo entero. En su claudicante condición de hombre, acepta la miseria cotidiana y hasta, como veremos, en ella se solaza. En su clara condición de poeta, aspira a la eternidad y procura serle fiel.

Como entre los inflexibles cuernos de un dilema, Rubén, según refiere en uno de sus poemas más admirables, está cogido, de un lado, por la seducción de la carne "que tienta con sus frescos racimos"; y, del otro, por el temor de la muerte "que aguarda con sus fúnebres ramos". Seducción y temor. Halago inmediato y angustia remota, pero no menos tangible. Alternativa torturada que es, en una de sus puntas, el deleite de los sentidos; y, en la otra, el horror físico y metafísico de la tumba y de la ultratumba. Trágico conflicto, en suma, que no se resuelve, en Rubén, pero sí se expresa en la desconsolada incertidumbre de "no saber a dónde vamos ni de dónde venimos".

Es, sin duda, poeta del amor, del amor entendido, no como diálogo platónico, sino como impulso, como persecución elemental de la hembra en celo por el macho, como afán invasor, como posesión luminosa, como el "celeste, supremo acto", para decirlo, en fin, con sus propios adjetivos lujuriosos. Poeta del amor, no siquiera como pasión, sino como "dulce ejercicio", poeta erótico, pues, según lo describe Pedro Salinas en el bellísimo estudio que consagra a Rubén Darío.

A nadie engaña Rubén cuando alaba los negros ojos de Julia, o dibuja a la princesa triste de la sonatina, o retóricamente reprocha a la celosa muerte por haber deshojado a la amada "como una margarita de amor". No ama a esta mujer ni a aquélla. Ni a varias o muchas mujeres, como los tenorios vulgares. Quiere simplemente beber el "vino de la viña de la boca loca, que hace arder el beso,

que el mordisco invoca", sin importarle la propietaria de la boca ni la identidad del beso o del mordisco. Ama a la mujer sin nombre propio, a todas las mujeres, a la mujer total, a la diosa Venus, al "útero eterno" que dice en uno de sus versos. Ama y reclama a la mujer anónima que sea, al mismo tiempo, "fatal, cosmopolita, inmensa, universal, única y sola y todas, misteriosa y erudita... mar y nube, espuma y ola".

Más que a la mujer, el poeta ama, en realidad, a la carne, celeste carne de la mujer. A la carne como tal, autónoma, elevada a suprema categoría óptica, abstraída de toda referencia. En múltiples poemas, según anota el mismo Pedro Salinas, propone Rubén una interpretación erótica de la historia, tan cerrada y tan dogmática como la interpretación económica de los marxistas, aunque muchísimo más seductora ciertamente. Pues "líricos cantan y meditan sabios por esos pechos y por esos labios"; y en la carne "está la rosa" y "la ciencia armoniosa", y en ella se respira "el perfume vital de toda cosa"; y es inútil el grito "de la legión cobarde del interés" e "inútil el progreso yanqui" si desdeña a la carne; y por la carne "se combate o se sueña"; y es ella "néctar, ánfora, dulzura amable", y en ella existe "el placer de vivir hasta la muerte y ante la eternidad de lo probable".

Para el poeta, la vida es bella por poseer "la perla, la rosa, la estrella y la mujer". Invita alegremente a amar y reír, pues, en efecto, "la vida es corta" y "gozar de abril es lo que importa", y "la vida se soporta, tan doliente y tan corta, solamente por eso: roce, mordisco o beso". Al contemplar el firmamento, imagina sin más el ayuntamiento cósmico de Venus y del Sol que, en las revueltas extensiones, "hacen nacer mil rosas". Dice: "en cada mujer miro como una ninfa griega". En el museo, se complace ante la núbil Primavera del divino Sandro, y aun tiene una mirada mórbida, casi equívoca, para "el bello hermafrodita de cadera redonda". Si, en el edificante retiro de Mallorca, se ve a sí mismo como un antiguo griego, no puede menos que interrogarse por el templo de mármol y por la gruta "donde mordí aquel seno, dulce como una fruta". Por último, traza como programa de existencia, con energía desesperada y obsesiva:

Amar, amar, amar, amar, siempre, con todo
el ser, y con la tierra y con el cielo
con lo claro del sol y lo oscuro del lodo.

Amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.

Así, por el orbe poético de Rubén transitan la adolescente a quien inicia en el misterio del amor, la canéfora púber, la náyade

desnuda, la ninfa hechicera. Su alma misma es como una estatua bella "sentimental, sensible, sensitiva" a la que, de pronto, nacen "en el muslo viril patas de chivo, y dos cuernos de sátiro en la frente". Pasan también por sus poemas jóvenes faunos robustos y violentos, que son "dulce terror de las ninfas incautas". ¡Dulce terror! Nadie como Rubén ha adjetivado nunca en castellano con tan inesperada y audaz exactitud. Pasan, asimismo, los centauros, bestias mitológicas con apetitos heterogéneos que, súbitamente, descubren a Diana bañándose desnuda con su cortejo de diosas. El poeta describe el panorama turbador: "amplias caderas, pie fino y breve, las dos colinas de rosa y nieve", y añade, con libidinosa impaciencia: "¡Cuadro soberbio de tentación!" Pasa, en fin, el cisne.

El cisne es símbolo predilecto del poeta. Proviene de estirpe sagrada. Tiene forma "de un brazo de lira y del asa de un ánfora griega". Hay en su cuello una interrogación divina. Es egregio príncipe, alado aristócrata, ebúrnea joya. Y su blancura

...es hermana del lino,
del botón de los blancos rosales
y del albo toisón diamantino
de los blancos corderos pascuales.

Pero Rubén muy pronto vende el secreto de su admiración por el cisne. Hay, en la historia sentimental del ave ilustre, un episodio con tanta frecuencia aludido en los poemas de Darío que —bien puede pensarse— constituyó, para él, una obsesión. Harto se sabe que Júpiter, dios de dioses, dios de lascivia, tal como asumió formas de toro para raptar a Europa, asumió formas de cisne para poseer a Leda, hermosa reina de Esparta. El poeta descubre en el cisne la melancolía.

...de haber amado
junto a la fuente de la arboleda
el luminoso cuello estirado
entre los blancos muslos de Leda.

El cisne fue instrumento para la estratagema galante de Zeus. Diríase que, con envidia, Rubén se deleita morosamente en el relato de la mítica escena:

Tal es, cuando esponja las plumas de seda,
olímpico pájaro herido de amor,
y viola en las linfas sonoras a Leda,
buscando su pico los labios en flor.

Suspira la bella desnuda y vencida
 Y en tanto que al aire sus quejas se van,
 del fondo verdoso de fronda tupida
 chispean turbados los ojos de Pan.

Dos poemas suministran la clave para entender la actitud de Darío frente al amor. El primero, *Divagación*, es —según él mismo dice en apunte autocrítico— algo así como un curso de geografía erótica. El segundo, *Canción de Otoño en Primavera*, contiene la historia de su propio corazón atormentado. Comienza *Divagación* con una pregunta: “¿Vienes?” ¿A quién invita a ir el poeta? A la que lo escucha, a cualquiera, a la mujer, a todas las mujeres, aun las prostitutas “que mastican pan de crimen y de llanto” pues la filosofía de Rubén —como la que él atribuye a los osos— “no señala diferencia, ni da halago ni reproche, a la mística azucena que alumbró el pecho del día, o a la lúgubre mandrágora de la entraña de noche”.

Tras esa invitación en forma de interrogante —“¿Vienes?”— el poeta, acompañado ya de la amada, se lanza a un viaje por épocas distantes y por parajes distintos. Odisea amorosa verdaderamente cinematográfica. Propone en sucesión un amor florentino con sonos de bandolín y rojo vino; y un amor alemán, “que no han sentido jamás los alemanes”, en el que, al claro de luna, estén la celeste Gretchen, y el aria, y el nido del ruiseñor; y un amor lleno de sol, amor de España, “amor de sangre y luz, pasiones locas”; y un amor chino, “en el sonoro chino de Li-tai-pe”; y un amor de japonesa antigua “que no sepa de naciones occidentales”; y un amor de hindú que alce sus llamas “en la visión suprema de los mitos”; y, finalmente, un amor de negra,

... negra como la que canta
 en su Jerusalén el rey hermoso,
 negra que haga brotar bajo la planta
 la rosa y la cicuta del reposo.

En *Canción de Otoño en Primavera*, Rubén empieza por admitir: “plural ha sido la celeste historia de mi corazón”. Y va enumerando, en efecto, a las amadas plurales, múltiples, retratándolas, recordándolas, no por sus nombres, sino por la incidencia lírica que acusan en el alma del poeta. A la que “miraba como el alba pura” y “sonreía como una flor”, aquella cuya cabellera oscura “estuvo hecha de noche y de dolor”. Y a la que “a su continua ternura una pasión violenta unía”, bacante halagadora y expresiva que “en sus brazos tomó mi ensueño y lo arrulló como un bebé”. Y a las demás que

...en tantos climas,
 en tantas tierras, siempre son,
 si no pretextos de mis rimas,
 fantasmas de mi corazón,

¿Por qué Rubén canta la *Canción de Otoño en Primavera*? El título melancólico del poema denuncia la preocupación mayor que lo absorbía. Fuera Darío epicúreo absoluto si pudiese, como los dioses, apurar en la fuente castalia la droga de la inmortalidad. Nada como el placer, empero, como el placer de los sentidos, el placer erótico, trasmite la sensación, la certeza, la dolorosa evidencia de la fugacidad del tiempo. El placer eterno no existe. Nutrese el placer acaso de propia condición transitoria. Nace para morir de inmediato, indefectiblemente; y, aunque renazca de sus propias cenizas y se renueve en una sucesión de ardores, su existencia de todos modos se mide por décimos, milésimos de instante.

Dice Rubén "...el tiempo al amor muerde y la ilusión que se pierde ya no nos vuelve jamás". "La primavera y la carne acaban también", comprueba como sorprendido y quejumbroso. Y, según la conocida estrofa, advierte, casi entre sollozos, que se le va la Juventud, que se le está yendo:

Juventud, divino tesoro,
 ¡ya te vas para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro,
 ¡y a veces lloro sin querer!

El fauno que hay en él reacciona con presteza, sin embargo, para formular un voto que fuese todo lo contrario de los votos de castidad:

Mas a pesar del tiempo terco,
 mi sed de amor no tiene fin:
 con el cabello gris me acerco
 a los rosales del jardín...

Alivio puramente verbal y metafórico que Rubén ensaya de muy diversas formas. Dice que "las amorosas" aun vencen a la muerte, el tiempo, el hado. Se acoge, en verdad, a harto equívoco consuelo: "en las tumbas se han encontrado mirtos y rosas". Quiere hacerse a la idea del fin inevitable. Termina por comprender que la carne "ese bien que hoy nos hechiza" se tornará después "en polvo y ceniza". Y, por último, en heroica tentativa, él, fauno impenitente, que envidia al cisne la luminosa posesión de Leda, y as-

piraría a compartir el furor elemental de los centauros, proclama una especie de resignado epicureísmo estoico:

En nosotros la vida vierte
 fuerza y calor.
 ¡Vamos al Reino de la Muerte
 por el camino del Amor!

Por el camino del Amor, va Rubén, hombre y poeta, hacia la muerte. A través de senderos de tiempo, el amor desemboca sin remedio en la muerte. Así se instala Darío finalmente en el meollo mismo de su angustia. Está ya en la encrucijada de la carne "que tiente con sus frescos racimos" y de la muerte "que aguarda con sus fúnebres ramos". Del deleite físico asciende a la preocupación metafísica. El poeta se transfigura, como en una ascética catarsis. Crece en dolor. Gana en tormentosa intensidad. La circunstancia, a fuer de trágica, se ha hecho trascendente. Tiene lúcida, acongojada conciencia de la tentación de aquí, y del fúnebre enigma de más allá. Todavía no está derrotado como cuando formule, en el atardecer de la existencia, esta desoladora confesión: "Ya tengo miedo de querer". Porque el amor conduce a la muerte, Rubén, tímido como un niño, tembloroso y cobarde, se allana a evitar el amor por puro temor de la muerte, y tal vez con el cabalístico designio de retrasarla.

El poeta sensual, al que se le iba la mirada tras de la virgen náyade "llena de miedo y de pasión", cómplice o catecúmeno de Pan bicorne, sátiro él mismo, se convierte en el poeta agónico, transido de eternidad e incertidumbres. Su vida ha sido amargamente desflorada "por un vasto dolor y cuidados pequeños". En el silencio de la noche, el corazón de Rubén sangra dolor y "lejanos recuerdos" y "desgracias funestas" y "las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores, y el duelo de mi corazón, triste de fiestas". ¡Triste de fiestas! ¿Ha habido nunca más amargo y desconcertante género de tristeza?

Dice:

Como la esponja que la sal satura
 en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
 corazón mío henchido de amargura
 por el mundo, la carne y el infierno.

Siente la atroz amargura de no gustar de nada "de no saber adónde dirigir nuestra prora". Dice:

Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando a tientas.
Voy bajo tempestades y tormentas.

Dice:

"Ese es mi mal. Soñar. La Poesía es la camisa
férrea de mil puntas cruentas que llevo yo en
el alma"...

Siente "el espanto seguro de estar mañana muerto". Siente la angustia de "ser y no saber nada", y de ser "sin rumbo cierto", y el temor "de haber sido y un futuro terror". Sufre "por la vida y por la sombra y por lo que no conocemos y apenas sospechamos". Lo invade "el horror de sentirse pasajero, el horror de ir a tientas, en intermitentes espantos, hacia lo inevitable desconocido". Y aún padece, en queja retrospectiva y anacrónica:

...el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que un instante pude no haber nacido,
¡y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

Como por prurito supersticioso, Darío rehuye la mención de la muerte. Piensa quizá que sería imprudente llamarla por su nombre. La existencia es un "dormir de llantos", una "pesadilla brutal" de la cual no hay más que Ella "que nos despertará". Cuando el poeta insomne perciba que "se ha cerrado una puerta", y "ha pasado un transeúnte", y "ha dado el reloj trece horas", se pregunta al borde del pánico: "¡Si será Ella!..."

Es el tránsito de la ultratumba "terrible viaje largo" empujado por el "ronco viento amargo cuyo siniestro nombre hiela". Pero, "en el vago desierto que forma la Página Blanca", tras los tardos camellos que conducen a la Reina de Saba, y, como muerto lirio, a la pobre Esperanza, aparece en último término, el dromedario sobre el que camina "la Pálida, la vestida de ropas obscuras, la Reina invencible, la bella inviolada: la Muerte". ¡Cuánto demora y qué alucinaciones necesita la medrosidad de Rubén para designar a la muerte por su propio apelativo!

Si Darío hubiese atravesado la valla de sus incertidumbres, si tras la agonía de su huerto, tras la noche de su alma hubiese tenido valor para soportar el Gólgota, habría sido, muy probablemente, poeta místico, de extraordinaria envergadura. En realidad, lo intenta con esfuerzo que pudiera calificarse de desesperado. En la vacilación de siempre entre el placer y la eternidad, entre la carne y la muerte,

que es ya no sólo ética o de conducta, sino también filosófica o de pensamiento, y aun teleológica o de fe y de destino, el poeta pregunta:

¿Qué vereda se indica,
cuál es la vía santa,
cuando Jesús predica
o cuando Nietzsche canta?

Llama a Cristo. Ven, Señor, le dice: "Ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo, ven a traer amor y paz sobre el abismo. Y tu caballo blanco que miró el visionario, pase. Y suene el divino clarín extraordinario". Y le promete ardientemente: "Mi corazón será brasa de tu incensario". Implora al Señor:

Jesús, incomparable perdonador de injurias,
óyeme; Sembrador de trigo, dame el tierno
pan de tus hostias; dame, contra el sañudo infierno,
una gracia lustral de iras y lujurias.

Pero Rubén se conoce demasiado:

¡Y he vivido tan mal y tan bien, cómo y tanto!
¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!
¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!
¡Y he gustado bocados de cardenal y papa!...

Se introspecciona con rigor implacable; y, a la postre, se resigna a la fatalidad de su íntimo desgarramiento:

...¿qué voy a hacer, si estoy atado al potro
en que, dos mí mismo, siempre puedo ser otro!

A modo de epílogo, empero, en reemplazo del acto de contrición y el propósito de enmienda que se exigen en el confesionario, el poeta aleja responsabilidades y se limita, asaz imprecisamente, a formular el utópico deseo de quedar libre

...de maldad y engaño
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño
o al silencio y la paz de la Cartuja.

Poeta marmóreo como Leconte de Lisle, oriental y parnasiano; poeta ebrio como Verlaine, borracho de música y ajeno; poeta mal-

dito como Baudelaire, hermano suyo en la servidumbre de la carne y la excelsitud del verbo; poeta angustiado del amor, del tiempo y de la muerte, fue Rubén Darío.

Poeta humanísimo, trágico, trascendental, escatológico, si se tolera este último adjetivo. Poeta cristiano también, a su manera. Yo mismo he osado decir en otra parte que el pecador no representa la antípoda psicológica del santo. El pecador vive, tanto como el santo, en actitud fundamentalmente religiosa, bien que de signo negativo. Y el pecado es modo efectivo aunque patético de sentir a Dios. De sentirlo aunque fuere por ausencia, por falta de Dios, por irreprimible necesidad de Dios. De sentirlo por la vía de la contradicción. ¿Cómo no ha de sentir a Dios y de afirmar el hecho misterioso de Dios aquel que contra Dios se rebela? El pecador vive entre los polos antagónicos del mal y del bien, como cantó y vivió Rubén Darío, varón universal nacido en la diminuta Nicaragua, poeta del pecado eminentemente, del pecado de la carne, que es el más humano y más antiguo de los pecados, si no andamos equivocados en la interpretación de la alegoría aquella de la manzana, fruta prohibida y, sin embargo, capturada.

“NO SOY INTELECTUAL NI LITERATO”

Por *Bernardo VERBITSKY*

DESAPARECEN muchos cafés de Buenos Aires. Es cierto que se abren nuevos, muchos con algo de barcitos en los que también almuerzan económicamente los empleados, pero el café como institución, representada por aquellos grandes locales como el Richmond de Suipacha, o el de Esmeralda, El Aguila, El Telégrafo, El Olmo, apenas existe. Hasta la Confeitería Real, distinguida, sobriamente lujosa, con sus columnas, su gran mostrador, sus mesas y sillas que creaban un ambiente propicio a la tertulia y donde podía encontrarse a todos los que triunfaban en la calle Corrientes, autores, actores, músicos, se ha convertido en una moderna pizzería con mesas de fórmica. Años atrás era distinto, y en el centro y en los barrios el café no sólo era lugar para perder el tiempo, o ganarlo en apresuradas citas de negocios, sino asiento de cónclaves de notables que resolvían, no sin apasionadas discusiones previas, todos los problemas del país y del mundo, y no descuidaban tampoco una rigurosa fiscalización de los talentos del día, valorando y promoviendo prestigios, sobre todo en el plano del arte. En uno de esos acogedores refugios que ya no existe se reunían regularmente, hace unos treinta años, de una a dos de la tarde, un grupo de abogados, procuradores, algunos amigos, y empleados de los respectivos estudios para resolver, antes de la recorrida vespertina del Palacio de Justicia, qué libro era indispensable leer, de cuáles se podía prescindir, qué película merecía un “no se la pierdan” perentorio, y no se omitían anécdotas de las estrellas literarias del momento, apreciándose aquellas en que la vanidad superaba los méritos del protagonista. Todavía no se había difundido el término “promoción” pero ya había precursores que se sacrificaban en favor del propio prestigio, lo que no pasaba inadvertido para ese cónclave que, si elegía papa todos los días, se convertía también en tribunal que dictaba fallos severos si no inapelables. “Si a Bertone lo compran por lo que vale y lo venden por lo que él cree valer, harían un gran negocio” dijo suavemente una vez Farías, ejemplo de que esos juicios se traducían no en estilo truculento sino con tendencia al buen humor. Se trataba de gente culta. Algunos habían querido ser escritores en su juventud y tal vez merecían más que nunca ese título, reducido a veces al de

escribano, pues si habían abandonado el cuento, el ensayo, la poesía, sus escritos jurídicos mantenían activas sus plumas, metafóricamente hablando. Pero sobre todo había en el grupo grandes lectores que tenían además la saludable costumbre de comprar libros de autores argentinos, y de leerlos, pagando al menos su derecho a juzgarlos, lo que no era entonces tan frecuente. Algunos de ellos publicaban en revistas y periódicos notas bibliográficas en un estilo, como en el caso de Kohan, no inferior al de los críticos profesionales. Excluyente especialista en conciertos era Giovine, gran admirador de Brailovsky, mientras que Roqué quien un día se calificó a sí mismo como de temperamento "musicálico", prefería la adquisición de discos y su empeño era tener el mayor número posible de grabaciones de Bach. Máxima autoridad literaria era Farías quien compraba cuanto libro aparecía, todas las novedades en realidad, y se complacía en recomendar y en prestar los que le gustaban. Yo a los 25 años, con sólo un modesto sueldo en su estudio, estaba abonado a su generosidad.

En cierto momento el interés de estos diletantes se desplazó a la plástica. No es que Farías renunciara a la literatura ni Giovine a los conciertos o Roqué a los discos pero un buen día el Dr. Landman anunció haber comprado un cuadro a un pintor, Castagnino; poco después el Dr. Serebrisky informó haber adquirido uno de Policastro. Esos nombres eran mucho menos conocidos que hoy. El procurador Goldman empezó a llevar la voz gritante en esta nueva afición, fomentando una emulación convertida en puja. El escribano Koifman anunció que consiguió un Victorica y casi enseguida Goldman dio el golpe anunciando que compró un Spilimbergo en una cantidad entonces alta aunque no llegaba a los mil pesos. Si se quiere generalizar el fenómeno local de ese lugar de reunión, puede decirse que mientras la linajuda aristocracia vacuna sólo se interesaba por las firmas europeas, una clase media acomodada, y la pequeña burguesía judía fueron los más entusiastas mecenas de la plástica nacional. Que se lo pregunten a Berni, Seoane, y otros. Claro que en aquel tiempo podían comprarse cuadros de un pintor argentino por 150 a 200 pesos ¡pero eran los primeros que vendían! Esos 200 o 300 pesos de antes permitieron a muchos pintores realizarse integralmente en el cumplimiento de su vocación. Y cuando en el curso de la segunda guerra mundial prosperó la industria del país, empezaron a colgarse cuadros en muchas paredes de modernas residencias. Si los abogados de las pequeñas empresas, de pronto en expansión, aumentaron paralelamente su quehacer, sus ingresos y su bienestar, los empresarios para quienes trabajaban, no se quedaron atrás, elevándose constantemente la cotización de las telas y de las firmas de sus autores, que dejaron de ser marginados por marchands

y galerías. Cuando el procurador Goldman superó las sumas conocidas con la compra de un cuadro de Gómez Cornet, mi pintor preferido dicho sea de paso, aseguró que traería al artista a la tertulia. La palabra "procurador" sugiere un avenegra, flaco y picudo cuervo humano. Goldman era todo lo contrario. Alto, corpulento, eufórico, ganaba y gastaba mucho dinero. Tenía la originalidad de permanecer soltero lo que no le impidió instalarse en un lujoso piso de la calle Ayacucho al dos mil, en pleno barrio Norte. Y trajo a Gómez Cornet, esbelto en su poca estatura, simpático y serio. Quizá para competir con Goldman, el Dr. Balparda, un médico agregado a la tertulia de los hombres de los códigos, trajo ese mismo día a Nicolás Olaviaga que acababa de ganar un premio literario, quien se apareció con una mujer llamativa, "Norma, mi esposa", únicas palabras que pronunció en esa calificada reunión. Gómez Cornet no vino más, pero Olaviaga y su esposa se volvieron asiduos. El Dr. Balparda al presentarlo aseguró que se trataba de un novelista cuyo primer premio municipal confirmaba "su lugar honroso entre los literatos argentinos de la hora".

—Más que honroso —intervino con entusiasmo Riverita, un muchacho de veinte años, estudiante de derecho como yo, y empleado en el estudio de Kohan—. Su última novela, *Obsidiana*, es extraordinaria.

Y esa admiración la proclamó, tímido pero categórico, al conocerlo, al mismo Olaviaga, quien aceptó sobriamente sus elogios, como si no creyera mucho en ellos.

—En cuanto a usted —se dirigía a Balparda— sépalo de una vez para siempre: no soy intelectual ni literato.

Balparda sonrió sin molestarse, pero cuando Olaviaga agregó desdenosamente que su desprecio por la literatura era total y prefería jugar a los dados antes que discutir sobre el compromiso literario, le contestó:

—Ya conozco tus salidas, pero así como lo ven —esto era para nosotros— es un Faulkner porteño, no por imitación sino por afinidad espiritual, su tajante crueldad.

Esta frase, un Faulkner de tajante crueldad, fue consagratoria, pero también motivo de discusiones en ausencia del nuevo miembro honorario de la tertulia en la que pronto tuvo algunos lectores, que discrepaban en sus juicios. Goldman, sin leerlo, se hizo rápidamente amigo del escritor y de su esposa, con marcada preferencia por ésta, y menos interesado en el prestigio del marido. Pude notar que Riverita también había sido impresionado por Norma aunque en forma diferente: ni se atrevía a conversar con ella, pero no le sacaba los ojos de encima. Ella, sin duda la primera en adivinar la seriedad de los sentimientos del muchacho, al sentirse observada le sonreía

amistosa lo que enrojecía a Riverita como si hubiera sido sorprendido en falta.

Olaviaga, alto, de una apariencia que a mí me parecía enigmática, tenía una extraña cabeza con la perfecta forma de un farol. A la altura de los pómulos su cara mostraba su ancho mayor y la línea que los unía parecía dividirle el rostro en dos partes, la superior más corta —medio exágono— y la inferior, alargada por una mandíbula caballuna. No bebía café como los demás sino vino blanco y cuando su botella quedaba vacía el farol despedía no una luz sino una opacidad helada. Con concienzuda formalidad jugaba a la generala, golpeaba fuertemente el cubilete sobre la mesa, anotaba cuidadosamente su resultado, como si fueran otras tantas afirmaciones de su menosprecio por la literatura. Balparda aseguraba que el escritor atravesaba crisis periódicas de insoportable tormento espiritual. Frecuentemente repetía: es un torturado; en lo que casi todos estaban de acuerdo aunque nunca se aclaró la índole de sus torturas y crisis.

—Esto tienen que leerlo todos —dijo una tarde Farías, agitando nerviosamente un libro de tapas de un azul oscuro con el título en letras blancas—: es extraordinario. Cuando se habla de Joyce uno parece referirse exclusivamente al *Ulyses* pero la monstruosidad de ese monumento puede dejar un tanto a oscuras un verdadero juicio sobre la genialidad del autor inclusive, porque ¿cuántos la han leído, o la han leído íntegra? Pero —dijo con más calma como si hubiera recuperado su normal ritmo respiratorio —hay más de una piedra de toque para probar su legitimidad, citaré dos: el *Retrato del artista adolescente* admirablemente traducido al castellano por Alfonso Donato que no es otro que Dámaso Alonso quien antes salió triunfante de otro laberinto casi en tinieblas, Góngora nada menos. Y ésta —volvió a alzar el libro—, *Exilados*, la única obra de teatro de Joyce. Ha sido calificada de ibseniana y tal vez lo sea por la forma clásica de drama en tres actos. Es sabido que Joyce, gran admirador de Ibsen, con su fantástica facilidad para los idiomas, aprendió el noruego y lo leyó en el original: incluiría esta devoción entre las pruebas de la seriedad de Joyce como artista, y no sólo como innovador formal. Aquí se revela de una sola vez como un dramaturgo de tremenda garra pues sin recurrir a ninguna revolución escenográfica sino al más claro de los diálogos, sin ninguna de las elipsis de su obra mayor, pone en conflicto a cuatro personajes, uno de ellos algo en penumbra.

Y me alargó el volumen.

—¿Por qué a mí? —pregunté sorprendido.

—Porque mañana es tu cumpleaños, los demás que la comprenden.

—Pero usted se queda sin su ejemplar. Eso es lo que le cuesta su buena memoria.

—No te preocupes, tengo otro, y pienso prestarlo no bien termine de leerlo mi mujer.

—Yo haré lo mismo, y gracias por el privilegio de ser el primero.

Exilados me produjo una tremenda impresión, me conmovió hasta la médula de los huesos. La leí el día mismo en que cumplí los 26, hacía cinco meses que me había casado, y encontré allí muchos interrogantes sobre el matrimonio y la fidelidad que yo mismo me había planteado de modo informe, referidos sobre todo a la profundidad de la unión de los dos términos de la pareja, a través de la franqueza total y el absoluto conocimiento mutuo. Joyce consigue algo que yo intuía era el secreto del teatro, cuyos problemas me interesaban, es decir lograr que la absoluta nada del escenario vacío se llene de tensiones, en este caso dinamita pura, lográndolo con una economía verbal, en el extremo opuesto del *Ulyses* pero que alcanza una intensidad para mí desgarradora. Ricardo Rowan permite que su esposa pase una noche de amor con un amigo que la quiere o dice quererla. Ella espera una palabra de su marido para eludir la cita que el enamorado le ha propuesto pues todos están al tanto de lo que ocurre; pero él no la pronuncia, se va y deja a los otros solos y vive probablemente infernales momentos cumpliendo su decisión de dejarla a ella en libertad y que resuelva por sí misma si acepta o no esa especie de reto para ser auténtica, no importa el precio. Creo que yo sufrí con Ricardo Rowan esa consumación de lo irremediable. Joyce alcanza eso que se llama situación límite que lleva a los personajes y al lector o por lo menos a algunos lectores al borde de la locura. No pretendo convertirme en el protagonista de esta historia; sólo he querido dar una idea de que esa problemática me importaba. Que fuera capaz de traducirlo en actos es otra cosa, pero los personajes de Joyce lo hacen y yo he padecido con ellos. Esto quizá explica indirectamente mi solidaridad con Riverita, mi pena por él, cinco o seis años menor que yo, pues andaba por los veinte. Tal vez quiera decir que siendo yo varios años mayor, era tan tonto o tan ingenuo como él, o estaba tan indefenso como él frente a la posibilidad de ser destruido.

La leyeron los demás y empezaron las discusiones. Comprendí que no a todos les conmovió.

—Plantea un problema, pero no lo resuelve. Así no vale —opinó Giovine.

—Perdone, doctor, me animé a decirle, creo que no se debe exigir soluciones al artista, y su éxito se mide por el poder revulsivo de su problemática sobre el lector.

Me interrumpí, pues no tenía interés en que supieran hasta qué punto me emocionó.

—La posición expuesta en *Exilados* —dijo Olaviaga que intervino sólo al final— es mi propia posición: libertad absoluta para la plena realización del individuo. Vivimos maniatados por tabús, pero yo no tengo por qué respetar las convenciones que otros crean y por eso mi lema es: libertad en la vida, desde luego en el pensamiento, pero también en la acción, ojo, porque otra cosa sería quedarse en las palabras, algo muy de los intelectuales y yo dudo. . .

—¿Así que para vos —dijo inesperadamente el procurador Goldman que comúnmente no opinaba sobre temas artísticos— *Exilados* sostiene el derecho a la libertad total? Yo también la leí —dijo, como si quisiera sorprendernos, lo que por cierto había logrado.

—Por supuesto. Pero tengo una duda: Joyce lo predica, pero no estoy muy seguro de que fuera capaz de practicarlo.

—Y vos ¿sí? —preguntó Goldman mirando ostensiblemente a Norma.

—Por ahora no me interesa este punto, terminemos con la obra. Ya te dije cómo la interpreto yo. Vos ¿cómo la entendiste?

—Yo entendí que son todos medio locos, y la vaca se les volvió toro.

—Bien dice Farías que Goldman come como un chanco y lee como un cerdo —me dijo Giovine en voz baja.

—Empezaron como jugando —siguió el procurador— y cuando se acordaron estaban metidos en algo que los arrastraba sin que pudieran hacer otra cosa que patalear.

—Claro que al lado tuyo parecen locos, porque vos, Goldman, sos bien cuerdo ¿no es cierto? aunque a veces te dé por hacerte el loco; de puro exhibicionista hasta te leíste un libro. Se sintieron arrastrados, pero empezó por su voluntad. Rowan se desafió a sí mismo para ver si podía conceder a los demás la libertad que quería para sí.

—Pero se ve que ni el autor sabe cómo sacarlos del atolladero. Aunque se metieran por su voluntad ¿cómo salen de esto? Y en el final el autor parece decirles: a ver cómo se arreglan después del lío. La obra termina, pero ellos ¿cómo la siguen. . . después?

—No entendés nada. La obra termina cuando Rowan soporta la prueba. Se pone a prueba frente a su propia idea de la libertad, y gana, porque la aguanta. Estoy con él, libertad absoluta, ilimitada, también en el amor. La gente cree que hay amor cuando dos se esclavizan uno al otro.

—Entonces, vos, Olaviaga ¿dejarías que tu mujer se acueste con otro?

Olaviaga pareció estudiarlo atentamente y al concentrarse, al

contemplantlo a Goldman, su cabeza acentuaba su forma de farol. Bebió medio vaso de vino, avanzó su grueso y saliente labio inferior, y terminó por decirle:

—Me conocés mal, y se te pondrían los pelos de punta si supieras hasta dónde soy capaz de llegar. Y cuando hablo, digo lo que siento.

—Entonces ¿sos partidario del amor libre?

—No me vengas con una terminología de los anarquistas de principios de siglo.

—¿Ellos hablaban así? Te lo diré a mi modo: partidario de toda la libertad, pero para vos, para encamarte con cuanta mina se te ponga a tiro. Ya he visto cómo se te iluminan los ojos ante todas.

—Observador, Goldman. ¿Así que vos también lo notaste? —dijo con indiferencia Norma.

—Se me iluminarán los ojos, pero la libertad la admito para todos, no sólo para mí.

—¿Para tu mujer también?

—¿Es una pregunta o un desafío?

—Un desafío.

—Te contesto: siempre que ella acepte ¿por qué no? ¿O vas a pretender que se lo ordene?

—Nada de eso. Sólo hace falta que no te opongas si ella dice que sí.

—No me pienso oponer.

—Lo demás déjalo por mi cuenta. De tu parte: no intervención.

—De acuerdo, no intervención.

Ella estuvo escuchando con una sonrisa, como siguiendo una broma, pero al fin sería dijo hablando para todos:

—Oiganlos a estos dos. A mí no me ha desafiado nadie, yo no tengo nada que ver con esta apuesta de valentones. Ellos son los guapos y yo pongo el cuero.

—Algo tendrás que ver. Es un desafío o una apuesta y vos serás el premio.

—No porque vos lo decidás.

—La decisión será tuya. Olaviaga ya aceptó.

—Estás loco, ruso. ¿Por qué no me juegan a la generala, mejor?

—Eso es también una buena idea —dijo inesperadamente su marido.

—¿Te parece? —dijo áspera ella.

Escuchábamos tensos; esto no era teorización ni sentido del humor, y el diálogo mostraba una faceta de las relaciones del matrimonio hasta ahora no exhibida públicamente.

—Bueno —Olaviaga pareció pensarlo— es un buen punto de partida para discutir el plan.

—A mí no me vas a obligar a discutir ningún plan.

—No se trata de obligar sino de consentir, o de rechazar.

—Yo me voy —dijo Norma.

—No te apures. Yo le pregunté a Olaviaga si él se atrevería a lo que hizo el tipo ese en la obra. Me dijo primero que no le interesaba. Pensé que tendría miedo y me equivoqué. Ahora resulta que la que tiene miedo sos vos.

—Yo no tengo miedo, pero lo que no voy a permitir que dos puercos como ustedes se permitan rifarme.

Y sin embargo lo aceptó. Despechada, en mi opinión, por la actitud de Olaviaga. Se concertó en un asado que dio Goldman en su quinta de Ingeniero Maschwitz. No sé cómo fue exactamente pues no estuve en la comilona, pero alguna idea me dio Farías: borrachos de vino y carne, entre el calor del sol y la parrilla, y la voluntad de Norma de desafiarlo a su vez a su marido, se decidió el match, aunque no sea quizá la denominación exacta. Y se realizaría al día siguiente. Ellos se irían al departamento de Goldman y nosotros en el café, como en un ring side, no contemplaríamos el encuentro pero aguardaríamos el resultado. ¿Qué significa exactamente aguardar el resultado. No lo puedo precisar a treinta años de distancia. Sería esperar a verles la cara, pues, lo resuelto era que regresaran al café. Estábamos todos, y un anticipo del desenlace o del espectáculo, en realidad parte del mismo, era observar la expresión de Olaviaga que jugaba impasible a la generala, como siempre. Nosotros simulábamos seguir el partido pero creo que cada uno estaba obsesionado por las escenas del combate erótico que a algunas cuerdas de allí se estaría desarrollando. Había una nerviosidad entre hipócrita y electrizante y las imágenes que nos mareaban, mas sus implicaciones, entreveradas con los presentes, hacían aparentemente más densa la concurrencia. Tampoco yo pude liberarme de ese juego tenebroso, pero de pronto veo que entra Riverita y su figura me causó el mismo efecto que a un borracho el olor del amoníaco. Me despejé de turbios desconciertos pues fue como si me introdujeran una aguja por la nariz que llegase al cerebro. El muchacho, ignorante del verdadero motivo de la reunión, me explicó que sólo había entrado por casualidad, de paso hacia Tribunales, seguro de no encontrar a nadie a esa hora. ¿Cómo es que estaban todos? ¿Se había decretado feriado? Hubo monosílabos pero nadie contestó concretamente la pregunta porque todos estaban demasiado ocupados observando a Olaviaga pues la mujer de éste era quien se había ido con el procurador para realizar la famosa experiencia. Tal vez creían que Riverita estaba enterado. Olaviaga golpeaba los huesitos con el vigor de siempre. Yo me sonreí vagamente y con la cabeza indicó la partida de generala como si fuera ese el motivo de la reunión.

Riverita se dio por satisfecho y miró con interés mientras yo consideraba la opción de huir. Me contuve, comprendiendo que mi deber era sacar de allí al muchacho.

—Parece que tardan —dijo en ese momento Fernández a nuestro lado, provocando algunas sonrisas.

—¿A quién esperan? —preguntó interesado Riverita.

—A Norma y a Goldman.

—¿Viene Norma?

Su sonrisa era la de quien no pretende ocultar que la noticia le alegra. Riverita estaba enamorado profundamente de esa mujer. Me lo confesó una tarde en que por casualidad fuimos los primeros en llegar a la tertulia.

—Tengo miedo de volverme loco —terminó.

—¿Ella lo sabe?

—¿Cómo se te ocurre? No pienso decírselo. Antes me corto la lengua. Pero tanto callar hará que en algún momento explote. Por eso te lo cuento, me alivia más que hablar solo.

—¿Y qué pensás hacer?

—Es lo que quisiera que me digas, qué debo hacer.

Yo era para él el mayor, el adulto; para un muchacho de veinte, alguien de veintiséis que se acaba de casar ya conoce el secreto de la vida, tiene todas las respuestas a las difíciles preguntas que a los veinte años aturden. Y yo no quería desengañarlo. Que se creyera que yo podía serle útil. Ya lo era si él lo creía.

—¿Por qué me ha tocado esta maldición de enamorarme de la esposa de un amigo a quien además admiro? No, esto no tiene salida, y terminará conmigo.

—Un momento, Riverita, un poco de calma, por lo menos hasta que pueda comprender la situación. ¿Hasta qué punto estás loco? Ya que tu amistad y admiración por Olaviaga son a tu juicio una valla insalvable: ¿por qué no retroceder? Voy a esto. Será una maldición enamorarse de la mujer de un amigo, pero ¿y si te aceptase? partamos de esta hipótesis... de trabajo.

—Imposible. De mi boca no saldrá una palabra. Esto queda entre vos y yo.

—Entonces, si tu propósito no es romperte la cabeza contra la pared, hay otras mujeres en el mundo, a tu alrededor. Hay que mirar a otro lado.

—Quisiera que me enseñes cómo. Hace tiempo que quería hablarte de esto y no me animaba y ya que pude, al fin, no dejemos en el aire las cosas. Tal vez puedas ayudarme a recuperar el juicio. Te ruego que me ayudes, sin evasivas. Te lo ruego, y te lo exijo, aunque te suene a absurdo.

—¿Así que ella no sabe nada? ¿No lo sospecha?

—Nada. Me trata como a un chico, me acaricia la cara, me arregla la corbata y me peina usando los dedos de su mano como un peine.

—Sí, ya lo he notado. ¿Y eso contribuye a enloquecerte?

—No. Me llena de. . .

—Vamos, no te calles. ¿De qué te llena?

—De más amor, de dulzura.

Pude haber apostado que usaría esa palabra. Lo miré indeciso y terminé por decirle con cierta cautela:

—He visto cómo, a veces, mientras Olaviaga juega la generala, ella rodea tus hombros con su brazo, apoyándose contra vos para seguir el juego. ¿A él no le molesta?

—No tiene motivos, yo no soy nada para ella, es como si se apoyara en una silla. Pero cuando siento su pecho tierno y tibio sobre mí, me desintegro, me muero.

—Y Olaviaga, un escritor, ¿no tiene la imaginación suficiente para pensar en lo que puedas sentir —y aquí lo provoqué deliberadamente— cuando te clava una teta en la espalda? ¿Te calienta?

—No me hables así! —gritó alterado.

—Perdóname, no quise molestarte, me has pedido ayuda, necesito orientarme.

Hoy, no sé, pero hace treinta años era preciso saber hablar a un muchacho de veinte, enamorado.

—Soy yo el que debe pedirte disculpas; yo te dije que estoy loco. Y no me calienta, es otra cosa, ya te lo expliqué. En cuanto a mi admiración por Olaviaga. . .

Aquella conversación debió tomar otro rumbo pues en ese momento se sentaba Farías, que escuchó esas últimas palabras, y le dijo:

—Así que para vos, pibe, Olaviaga sigue siendo un ídolo.

Riverita, ya compuesto, tras su agresiva salida anterior, dijo:

—Para mí, nadie escribe mejor en Buenos Aires, lo hace maravillosamente.

—Qué Riverita —y Farías usó el diminutivo de su apellido con que todos lo llamábamos como si se dirigiera a un chico—. Es cierto, escribe muy bien —siguió calmoso— pero justamente de ningún escritor verdaderamente grande se nos ocurre decir que escribe bien. Se pronuncia su nombre y ya sabemos que nos estamos refiriendo a un mundo peculiar, único y admirable. Escribir bien, escribe cualquiera.

No recuerdo ni importa cómo siguió la discusión entonces, pero ahora, en medio de esta excitante expectativa, pensé que sucedería una catástrofe si Riverita se enterase de la apuesta. Era preciso alejarlo a toda costa. En ese momento Giovine se levantó.

—Me voy, después me cuentan el final.

—Yo también, entré por un minuto, salimos juntos.

Respiré aliviado, pero eso duró pocos segundos, hasta oír que Riverita preguntaba a Giovine:

—¿Qué tienen que contarle? ¿Cómo termina esta generala?

—¡Pero no, hombre! Creí que lo sabías. En el camino te lo explico.

Yo, desesperado quise hacerle señas para que nada le dijese pero debí contenerme pues Riverita se despedía de mí con su débil sonrisa simpática como si reiterara mudamente sus excusas, y hubiera advertido cualquier ademán de prevención. Quedaba una esperanza, que se distrajeran con sus propias obligaciones y hablaran de otra cosa.

Quando volví a la noche a mi casa, Graciela mi mujer me recibió con una expresión rara y al preguntarle si ocurría algo me contestó, vacilante:

—Hace un rato habló el Dr. Farías. Una mala noticia, ese muchacho amigo de ustedes, Riverita, se suicidó, se pegó un tiro. El velatorio será en la casa, pero tarde, pues hay trámites que cumplir. Allí está la dirección.

Horrorizado, me metí los puños en los ojos. Telefoné Kohan en ese momento confirmando la noticia. Di una explicación incoherente a mi mujer que me miraba asombrada. Sólo al día siguiente pude contarle mejor el caso.

Estuvo toda la tertulia en el velatorio, pero no aparecieron Olaviaga, ni Norma, ni Goldman. Riverita, hijo menor y el único soltero, vivía con la madre que allí estaba aturdida de sedantes sin comprender nada ni admitir la realidad. Me prometí a mí mismo visitarla, llevarle algún consuelo, pero después del sepelio no la vi más. Murió ella también dos años después. La tertulia, que empezó a ralear, terminó por disolverse, pero nos cruzábamos a menudo en Tribunales, y supe que un mes después de la apuesta, Olaviaga y la mujer se separaron. Oí decir que más tarde él viajó a México. La deducción lógica era que a pesar de sus desplantes también sufrió el episodio que tal vez aceptó sólo por amor propio. Algunos dirán que eso fue una aflojada. Para mí, no, y me pareció, al contrario, que por encima de las razones que pudo tener para aceptar el desafío, razones superficiales como por ejemplo querer mostrarse muy por encima de cualquier prejuicio, la separación probaba que había sido herido, y eso era una señal de humanización por mucho que pretendiera ocultarlo.

Quando llegué a esa conclusión, el villano resultaba indudablemente Goldman. Conté a unos pocos los detalles complementarios que ellos ignoraban, y me resigné a dar por terminado el asunto.

Pero se reabrió hace poco cuando yo, que no lo había olvidado, sabía que en pocos días se cumplirían treinta años del suicidio de Riverita. ¿Lo seguirían llamando así a los cincuenta años que ahora tendría? Que veinte años no es nada, canta Gardel, y pudo decir treinta. Me encontré con Roqué a quien hace mucho que no veía. Charlamos, tomamos un café, y tal vez el verlo provocó una revuelta afluencia de recuerdos que traduje en una sola frase que resumía mi reaparecida tristeza:

—Pensar que en estos días se cumplen treinta años de la muerte de Riverita.

Me resultó simplemente inconcebible su respuesta:

—¿Quién es Riverita?

No lo recordaba. Esto prueba una vez más que el mismo hecho puede ser interpretado de la más opuesta manera por sus diversos testigos. Y aun ignorado. No fue esa la contestación a su pregunta. Le dije:

—¿Pero es posible que no se acuerde de aquel jovencito que venía a nuestra mesa y se mató después de aquella apuesta por la cual Olaviaga no se opuso a que Goldman se acostase con su esposa? Si usted estuvo también en el velorio del pobre pibe.

—Ahora me acuerdo, claro. Pero yo no estuve en el velatorio.

—Si yo lo recuerdo entre todos. Nos impresionó tanto el final inesperado de aquella experiencia.

—Usted cree recordarme entre todos, pero no estuve. Me enteré del suicidio unas semanas más tarde.

—¿Unas semanas más tarde?

—Sí, no asistí al final de esa apuesta, pues esa misma tarde salía para Bahía Blanca donde tenía una audiencia. Y tengo motivos para no olvidarlo pues era la primera vez que viajaba en avión y tenía bastante miedo. El asunto me demoró más de lo que pensaba y al regresar a Buenos Aires pasó un tiempo antes de que volviera a la tertulia. Encontré a muy pocos. Y es cierto, alguien mencionó de pasada la muerte de ese muchacho, pero veo que usted relaciona la apuesta y el suicidio. No recuerdo que nadie vinculara los dos hechos. Le confieso que no recuerdo su cara. Me dijeron que ni dejó unas líneas.

Toda la historia había pasado inadvertida para él, para otros, y aunque yo parecía culparlo por esa indiferencia me vi obligado a contestar educadamente a su pregunta:

—Yo creía que usted lo sabía. Olaviaga aceptó el desafío que le formuló Goldman y permitió que se acostara con su esposa, siempre que ella no tuviera inconveniente, claro está. Una locura en realidad pero la idea la sacaron de una obra de teatro donde había una situación al menos superficialmente parecida. La cosa se formalizó

y estábamos aquella tarde todos en el café esperando que Goldman regresara con Norma. Era la cara de Olaviaga la que queríamos ver, quien se portó por cierto muy dignamente de acuerdo a lo que parecían sus convicciones, aunque un mes más tarde el matrimonio se disolvió, lo que demuestra que Olaviaga no era ningún superhombre sino un simple ser humano, lo que por cierto habla en su favor.

—Un momento, vayamos por partes, y a lo esencial; ¿por qué se mató ese muchacho?

—Porque estaba enamorado de la esposa de Olaviaga y cuando un imprudente que salió con él le explicó lo de la apuesta, fue y se pegó un tiro. Imagínese, un adolescente, Riverita lo era por sus sentimientos, enamorado en silencio, al enterarse, no lo pudo soportar.

—¿Así que fue por eso? No lo sabía. Pero parece que también usted ignora algo. No sé qué importancia tiene el detalle, pero usted ha repetido cinco o seis veces "la esposa de Olaviaga". Esa mujer no era su esposa. Norma era... bueno, a qué calificar a esa dama, era una de las tantas que...

—Pero si la presentó como a su esposa. Y un año seguido vino al café con ella.

—Sí, le duró más que otras. Tal vez esto explique la experiencia, como usted la llama.

Yo no tenía por qué mostrarle a Roqué mis remolineantes emociones, así que con algún dominio de mí mismo me limité a decirle:

—Siempre estuve convencido que se trataba de un matrimonio, y hasta bien avenido, al menos hasta cierto momento.

—Mire, la historia de Olaviaga es más complicada que eso de tener una esposa y jugarla. Alguna vez estuvo casado, pero no con esa señora. Podría contarle muchas cosas de él, pero no en este momento. Tengo que pasar por una Secretaría, no en Tribunales, sino por Callao al 600 y se me hace tarde.

Pagó él los cafés y yo de puro confundido ni hice ademán de sacar dinero aunque iba a quedarme allí.

—Así que su joven amigo estaba enamorado en secreto de la esposa de Olaviaga. Tiene gracia —dijo recogiendo el vuelto y despidiéndose.

Tiene gracia, dijo. No para mí. Pocas veces estuve tan confuso como en el momento en que quedé solo. Chocaban unos con otros fragmentos de ideas, de preguntas, hablaba solo, algo decía en voz alta. ¿Farsa? ¿Caricatura? ¿Parodia grotesca? Preparada, quizá con premeditación... Pero ¿con qué objeto? En *Exilados* hay un problema de libertad y la voluntad implacable del llegar al fondo mismo de la verdad, aunque sea inalcanzable. Creo que es Nietzsche quien

se pregunta ¿por qué el hombre tiende a la verdad? Lo importante no es el porqué, lo significativo es la evidencia de que en efecto tiende a la verdad. Olaviaga se mantuvo impávido. Estaba por encima de prejuicios. Libertad para todos —era su lema muchas veces proclamado, no a gritos, porque no era su estilo sino con una frialdad que parecía dar más consistencia a sus convicciones. Pero la libertad sin responsabilidad no vale nada, y si no era su esposa ¿qué arriesgaba? Bueno, esa no es la pregunta adecuada. Si yo mismo planteo ¿qué verdad estuvo en juego? La pregunta es si Olaviaga quería a Norma o no, fuese o no su legítima consorte; la pregunta correcta es si un hombre que ama a su mujer puede al mismo tiempo por respeto a su libertad, permitirle que se acueste con otro. Roqué insinuó otra posibilidad más: tal vez estaba harto de ella y la empujó a entregarse para terminar algo que duraba demasiado. Pero rechazo esta hipótesis, pues quizá quiero una motivación más noble, que justifique mi propia tensión aquella lejana tarde y sobre todo que justifique el sacrificio de Riverita. Y yo tal vez no rebaje la cuestión al subrayar lo de que "no era su esposa", aún no repuesto de la increíble novedad. Debe tenerse en cuenta que aquello ocurrió treinta años atrás y quizá lo juzgo todo con la mentalidad de entonces. Lo que no tiene importancia hoy pudo ser decisivo entonces. Además, al seguir balbuceando para mis adentros, "no era su esposa" no sólo reflejo mi sorpresa ante lo que desconocía sino que tal vez me identifiqué con aquel Riverita para siempre joven que se sentía terriblemente culpable por haberse enamorado de la "esposa de un amigo" que era además su ídolo, y condenado por ello al sufrimiento resignado, a la impotencia, al amargo silencio.

Ayer se cumplieron los treinta años. Fui al cementerio. Pensé encontrar a alguien en la Chacarita pues todos los testigos de la historia viven. Ni Farías, que me prometió venir, apareció. Roqué ni se acordaba de él: se le traspapeló en la memoria. Quizá lo mismo a los demás, comenzando por Olaviaga. Pero ¿se puede traspapelar de ese modo, como si fuera un expediente, un destino humano? Parece que sí.

Una concepción elevadamente concebida en Dublín se transforma en sucia telaraña en Buenos Aires, y en sus hilos viscosos es atrapado Riverita. Y como pude comprobarlo ¿a quién le importa?

COSAS QUE PASAN

Por *Hugo RODRIGUEZ-ALCALA*

EL día de mi cumpleaños —los dieciocho— vi por primera vez a Bárbara en un partido de fútbol; ella estaba con otro que parecía vigilarla; yo me las arreglé para hablarle mientras el tipo desaparecía en busca de no sé qué. Bárbara me dio su número de teléfono y tres días después todo estaba listo. ¡Qué ardor de muchacha y qué manera de sorberme el seso! Lo cierto es que el asunto fue tan incontrolable que a los pocos meses no hubo más remedio que el casorio.

En casa de mis padres me dieron un cuarto grande que yo mismo tuve que revocar y pintar. Papá hace unos diez años que tiene su casa sin terminar. Nunca le alcanza la plata para techar las piezas del ala derecha. Imagínense la idea de construir una casa de setenta mil dólares con las entradas de un empleado de correos. . .

Bueno: el cuarto ese para mí y para mi futura tenía dos ventanas que daban al lago. Ese lago había sido nuestra locura. Peter y Jack, mis mejores amigos, vivían como nosotros casi sobre el agua misma. Los tres habíamos crecido nadando o remando juntos o cazando entre los carrizos y los sauces. A Peter y Jack y algunos cuantos parientes no más invitamos a la boda. Bárbara se hizo hacer un vestido con muchos velos y creo que hasta con una especie de miriñaque, porque el heredero ya se hacía visible y había que disimularlo. Nadie sospechaba entonces que el heredero era doble: un par de mellizos colorados que después resultaron preciosos.

El día antes del casorio Peter, Jack y yo salimos a cazar llevando las escopetas y los rifles calibre 22 de nuestra niñez. Era una manera de recordar los buenos tiempos y de despedir al primero del grupo que perdía su libertad. Los tres nos entendemos muy bien; durante todo el día nos olvidamos de que éramos ya hombres y nos divertimos como criaturas. Peter, como siempre, tiró los mejores tiros; Jack y yo pudimos bajar un par de faisanes cada uno. Nos pasamos dos horas, después del almuerzo, recogiendo hongos buenos y hongos malos. Jack se llevó todos los hongos buenos porque su mamá es la mejor cocinera del condado. Y los hongos venenosos quedaron tirados entre los carrizos.

ESA noche nos pegamos una buena borrachera. Mis padres se habían ido a Spokane; Bárbara estaba en Seattle; yo, en la casa del lago, en condiciones de agasajar a mis amigos. Comenzamos con algunas cervezas que se acabaron a las nueve; yo fui al garage del viejo y allí encontré dos botellas de *Old Crow*. El whiskey nos puso sentimentales y nos juramos amistad eterna. Peter propuso que mezcláramos las sangres y sacó su cuchillo de caza. Mezclamos las sangres sobre la cruz de su cuchillo. Cada uno tuvo que herirse el brazo derecho y colocar su gota colorada donde la hoja comienza a ser empuñadura.

A las dos de la mañana fuimos al lago para remar. En el bote había unas latas de cerveza. Las despachamos y de repente nos tiramos al agua. Casi me ahogué porque me dio un ataque de risa y no podía nadar. Estaba hermoso el lago bajo la luna. Una luna sin astronautas todavía redonda y como de oro. Volvimos a casa dando traspies y dormimos la mona en mi cuarto de soltero.

Me despertó el viejo, al mediodía, con fuertes sacudones. Furioso: —Wake up, son of a bitch! Cuando abrí los ojos, lo vi fornido, enorme, encima, rojo de rabia. Creí que me iba a estrangular.

Mamá, más furiosa todavía, me hizo tomar una jarra de jugo de naranja y diez tazas de café con aspirinas. La boda estuvo bien aunque mis amigos Peter y Jack parecían recién llegados de Vietnam y yo, con el jugo de naranja, el café y las aspirinas, sentía sólo la mitad de la cabeza; la otra mitad no sé dónde estaba.

BÁRBARA resultó una buena esposa: barría el cuarto, tendía la cama, ayudaba en la cocina. Mamá, que no la aguantaba al principio, la quería como a una hija a los dos meses. Y estuvo bien que así fuese porque a los seis del casorio nacieron los mellizos. Y entonces sí que los viejos se volvieron locos con los nietos y su *wonderful mother*. Así la llamaban: *maravillosa madre*. Yo les daba la razón.

Entonces senté cabeza y hasta resulté buen padre. Me pasaba horas con los mellizos, les cambiaba los pañales, jugaba con ellos como si ya fueran gente. Peter y Jack venían a visitarme o me llamaban por teléfono; yo rara vez salía con ellos para tomarme unas copas. A cazar, sí, nos íbamos apenas llegaba la estación. Yo ponía a disposición de mis amigos la vieja camioneta que me regalaron el día del casorio. ¡Hermoso el Este de Washington no lejos ya de Idaho! Peter se encargaba de la cuestión comida y Jack y yo de buscar alojamiento o de improvisarlo. Volvíamos a los ocho días descansados y contentos y Bárbara nos cocinaba los faisanes. ¡Qué banquetes en la casa del lago!

—Aquí traemos los hongos para el arroz; no te olvides —le decíamos. Y ella preparaba sus faisanes con arroz y hongo con un arte que dejaba a los viejos boquiabiertos. Porque solíamos invitar a los viejos y darnos todos juntos un atracón.

—¡No hay como las salsas que hace mi nuera! —decía la vieja.

—Ni en Italia se come así —aseguraba papá, que nunca estuvo en Italia pero como es nieto de italianos cree que Italia es el país de la comida.

En octubre del '64 fuimos hasta bien cerca de Idaho detrás de los faisanes. Trajimos el número máximo; llegamos a casa un domingo de tardecita.

—Darling —me dijo Bárbara al entrar— te presento a Cliff Martin, viejo amigo del colegio, que acaba de ser licenciado del Marine Corps.

Cliff Martin era alto, fuerte, simpático. Un tipo de esos que se llevan bien con todo el mundo y que saben hablar de cosas interesantes. Mis amigos y yo encantados con él. Yo lo invité a terminar con nosotros una de las botellas de whiskey que sobraron de la cacería, y después insistí en que se quedara a cenar.

Papá vino cayendo a eso de las diez de la noche y en seguida se hizo amigo de Cliff Martin; le preguntó qué pensaba hacer y cuando supo que Cliff no tenía planes, le propuso que se viniera a trabajar en su granja. El viejo siempre habla de "su granja" aunque esa granja no existe en ninguna parte. Sólo tiene un terreno grande a orillas del lago donde plantamos albaricoques y manzanos. Esta vez el viejo anunció que iba a criar pavos y no sé qué más.

A los dos días se vino llegando Cliff Martin y preguntó por papá. Lo llevé a donde el viejo y allí arreglaron el negocio. Cliff estacionaría su camión-casa a unos treinta metros del lago, en nuestro terreno, claro está, y viviría allí. Traía, dijo, herramientas para construir "el domicilio de los pavos" y le dio al viejo un librito sobre cría de estos bichos. El viejo, encantado, le dio la mano y trato hecho.

Yo, mientras tanto, jugaba en el patio con los mellizos. Ya sabían caminar sin caerse.

Muy trabajador el granjero Cliff Martin. Desnudo cintura arriba, con pantalón militar y botas también militares, los brazos como los de Charles Atlas y el pecho de jabalí, nos decía a los tres amigos:

—No hay que ir al Ejército o a la Aviación; hay que ir al *Marine Corps*. Allí uno se hace hombre. Fijense en esto: miren cómo rompo este palo sin esfuerzo.

Y agarrando un palo grueso con las garras peludas lo rompía de un solo golpe sobre el muslo derecho.

Yo —solía repetir—. Yo puedo matar a un hombre con uno o dos golpes sin ningún arma. El entrenamiento de los Marines es formidable.

También solía hablar de mujeres terribles en el amor. El siempre era el centro de las cosas que contaba, por ejemplo, de riñas en puertos y tabernas, noches en las Filipinas o el Japón.

Peter y Jack lo invitaron a ir a cazar con nosotros. Yo, de acuerdo. Fuimos haciendo gran ruido en la camioneta. En varias partes recogimos hongos; volvimos con unos faisanes bien alimentados y como con diez libras de hongos. Cliff resultó buen cazador; lo malo es que nos tomaba casi todo el whiskey y que, a veces, cuando uno de nosotros tenía asegurado un pájaro, él le tiraba primero y nos dejaba sin el gusto.

Mi camioneta, después de una de nuestras cacerías —porque habremos ido unas cinco veces de caza juntos—, no anduvo bien. Peter, Jack y Cliff me ayudaron a alzarla sobre unos troncos duros de pino, de forma cúbica. Durante días trabajé debajo del vehículo manchándome de grasa y de aceite los brazos, el pecho, la cara. Desarmé el motor pieza por pieza. Bárbara venía a verme trabajar con unos *shorts* muy cortos y unas blusas medio transparentes. De abajo del vehículo la veía yo y la deseaba. Venían también los mellizos pero había que llevarlos pronto porque se metían bajo la camioneta y se ensuciaban.

Un sábado de tarde, ya a comienzos de noviembre, tenía yo casi terminado mi trabajo en la camioneta. Estaba debajo, boca arriba, atornillándole la tuerca del aceite, y Bárbara y Cliff allí cerca, me felicitaban por el éxito. El motor funcionaba como un cronómetro; al día siguiente iríamos a Spokane.

Y fue entonces cuando pasó la cosa. La camioneta se me cayó encima. Fractura de cráneo, rotura de varios huesos en los brazos, heridas profundas. Nadie se explica cómo no estiré la pata. Por suerte, pura casualidad, Peter y Jack venían llegando a esa hora a la casa; ellos y Cliff, con ayuda del viejo, me sacaron de debajo la camioneta y me llevaron al hospital. Pasé allí meses.

Recuerdo bien a Peter y Jack sentados junto a mi cama, durante mi convalecencia, en el dormitorio ese que yo revoqué y pinté. Los mellizos jugaban por ahí con autitos de plástico. Yo, cubierto de yeso y vendas, boca arriba.

—La camioneta —dijo de pronto Peter— no pudo haberse caído sola.

—Yo creo lo mismo —dijo Jack. Hace tiempo que Peter y yo no hablamos de otra cosa. Esos troncos de pino son grandes y duros; no pueden haber rodado.

No les podía mirar la cara. Imaginaba la frente de Peter toda arrugada y sus pecas oscuras. Hablaba muy en serio. La voz de Jack no era la normal; la manzana de Adán debía de subirle y bajarle por el pescuezo.

—Jack y yo, al día siguiente de aquello, venimos para ver a tus viejos y para examinar después la camioneta volcada y los troncos esos. Bárbara había salido de compras con Cliff. Los viejos fueron a verte en el hospital. Reconstruimos todo el accidente, parte por parte. Como nosotros te ayudamos a alzar la camioneta sobre los troncos de pino, recordábamos bien todo. Alguien, con absoluta seguridad, provocó el accidente.

Esto y algo más me dijeron.

Yo, que durante el tiempo de la fiebre tuve muchos sueños que no sé si eran del todo sueños, comprendí lo que querían decirme. Uno de mis sueños fue más o menos así:

—Está mucho mejor —decía ella tapando la mitad de la luz de la ventana con su cuerpo. Y Cliff contestaba: —Parece que sí. Es que tuvimos que sacarlo demasiado pronto de allá. Unos minutos más y. . .

Peter y Jack se despidieron; al día siguiente volvieron a visitarme, más temprano que de costumbre. Uno de ellos, no recuerdo quién, me dijo:

—Hay que cumplir el pacto de las sangres.

Hablamos en voz baja hasta que llegaron Bárbara y Cliff del supermercado.

Cliff entró en la pieza de muy buen humor, seguro que con algunas buenas copas encima:

—Jack y Peter: mañana es mi cumpleaños. Voy a dar un banquete. Ya traje todo lo necesario: whiskey, ginebra, vino tinto, vino blanco. Vamos ahora a recoger esos hongos para el plato fuerte. No hay hongos como los de aquí. Jack siempre encuentra los mejores. Me cambio de ropa y vuelvo dentro de media hora. ¿O. K.?

Cliff se fue a su camión-casa; Bárbara a la cocina de mamá.

Cuando quedamos solos los tres, Peter se me acercó para mirarme en los ojos y decirme:

—Ahora verás lo que pasa. Jack y yo tenemos un plan perfecto.

—¿Qué plan, qué plan? —pregunté.

Me contestaron que era un secreto; que ahora irían a recoger los hongos y que después hablaríamos de la cosa. Después. . .

PETER y Jack no vinieron al banquete del día siguiente; de tarde tomaron demasiado y chocaron con un árbol. El auto se les quedó como un acordeón; ellos apenas se lastimaron superficialmente, aun-

que sangraron bastante. La madre de Jack llamó por teléfono para dar la noticia. Bárbara atendió el teléfono. Mis viejos estaban de viaje en Oregon.

Cliff y Bárbara comieron solos en la cocina, sin hacerme caso, después de haberse tomado no sé cuántos martinis.

Ella murió rápidamente; Cliff tardó más tiempo; vino arrastrándose hasta cerca de mi cama y quería hablarme. Allí estuvo pataleando y babeando un rato.

—¿Decías que podías matar a un hombre sin ninguna arma, Cliff?

Creo que no pudo oír mi pregunta aunque se la repetí más de una vez.

Lo malo es que los mellizos también comieron el arroz; amanecieron fríos, de bruces, sobre el piso del baño.

Se terminó la impresión de este libro el día 31 de agosto de 1977 en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Se imprimieron 1 650 ejemplares.

NUESTRO TIEMPO

- Octavio Rodríguez Araujo* Una reforma política en México.
Luis Córdoba La colonización de guante blanco.
Subcomisión de Salud Mental- ¿Salud mental en la Argentina de hoy?
Casa Argentina en México
Francisco Martínez de la Vega Panamá; soberanía y negociación.

HOMENAJE A NUESTRO DIRECTOR

- Alfredo S. Duque y*
Ana Magdalena Gama Muñoz Homenaje a nuestro director.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Francisco Romero* Nietzsche.
Iring Fetscher Reflexiones sobre el cinismo como problema de nuestro tiempo.

Otra vez, ¿entre Escila y Caribdis? Nota, por
Manuel Mejía Valera

PRESENCIA DEL PASADO

- Ignacio Bernal* Opiniones sobre el origen del indio americano.
Arturo Uslar-Pietri Andrés Bello, el desterrado.
Carlos M. Rama Flora Tristán en América del Sur.
Jaime Pérez Montaner Una aproximación al teatro de la guerra civil española.
Carlos Maldonado La unidad popular y el proceso cultural chileno.

DIMENSION IMAGINARIA

- Raúl Navarrete* Memoria en la especie.
Judith A. Weiss Roque Dalton: puntos de partida para el estudio de su obra poética.
Jaime Concha La poesía chilena actual.
Enrique Chirinos Soto Amor, tiempo y muerte en los poemas de Rubén Darío.
Bernardo Verbitsky "No soy intelectual ni literato".
Hugo Rodríguez Alcalá Cosas que pasan.